
SANTUARIO
votos malvados
USA TODAY AUTORA MÁS VENDIDA
JANE HENRY

# SANTUARIO

## UN OSCURO ROMANCE DE MATRIMONIO ARREGLADO EN LA MAFIA

## VOTOS MALVADOS

LIBRO DOS

JANE HENRY

Traducido por

JASON O'BANNON



**Santuario: Un oscuro romance de matrimonio arreglado en la mafia**

Copyright © 2024 por Jane Henry

Todos los derechos reservados.Esta es una obra literaria de ficción. Cualquier nombre, lugar o incidente es producto de la imaginación del autor. Las similitudes o parecidos con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o establecimientos, son puramente coincidenciales.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros.

La reproducción, transmisión, distribución no autorizadas o el uso de la obra con derechos de autor en el entrenamiento de Inteligencias Artificiales (IA) es ilegal y constituye una violación de la ley de derechos de autor de EE. UU.

Diseño de portada por Popkitty

# ÍNDICE

Advertencia sobre el contenido
Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Preestreno

Meet Jane

# Advertencia sobre el contenido

**Aviso:** *este libro contiene temas y descripciones que pueden resultar perturbadores o angustiosos para algunos lectores. Se advierte del siguiente contenido:*

- **Agresión sexual:** *a lo largo de la narración hay referencias a la agresión sexual y sus secuelas.*

*Se recomienda discreción. Si este tema puede ser perjudicial para ti, te rogamos que leas este libro con precaución.*

# SINOPSIS

Cuando huyo, él siempre me persigue.
Vaya donde vaya, él siempre me sigue.
Primitivo, poderoso, posesivo.
Aleksandr Romanov es mi némesis...
Y mi nuevo marido.
Él piensa que soy la princesa consentida de la mafia.
Que tengo el mundo a mis pies.
Puede que sea su nueva esposa,
pero él no me conoce de verdad.
Nadie lo hace.
Pero cuando Aleksandr me toca,
me abre en canal,
como si intentara ver los secretos que oculto.
Cada caricia se convierte en un juego previo,
cada mirada aviva nuestra pasión.

Nuestro odio se convierte en obsesión.

Pero cuando desentierra los secretos que he mantenido bien ocultos al mundo...

Ya no tengo dónde esconderme.

Nadie que me salve de la verdad,

nadie que me salve de mis enemigos...

Nadie que me salve del único hombre que he amado jamás.

# CAPÍTULO I

*ALEKSANDR*

—Haré lo que haga falta, Mikhail. Lo que sea que la puta familia necesite. —Cuando cierro los ojos, todavía puedo ver a mi hermano Lev, con la cara machacada hasta convertirla en una masa sanguinolenta. Irreconocible. Fue una amenaza, una advertencia apenas velada para enviar un mensaje a mis hermanos: *Os estamos vigilando*.

Lo asaltaron después de una sesión nocturna en el gimnasio, eran cinco contra uno. Lev es un oponente formidable, pero su par de puños no tuvo ninguna oportunidad contra la jauría de cinco enmascarados que empuñaban botellas rotas, un trozo de tubería y un maldito bate de béisbol.

Encontraremos a quienes hicieron esto y, cuando lo hagamos, desearán no haber nacido, joder. Pero hasta entonces, tenemos que planificar nuestro próximo movimiento estratégicamente.

Mi hermano mayor, Mikhail, camina de un lado a otro delante de mí, con las manos metidas en los bolsillos. La luz azul de los monitores de nuestros ordenadores proyecta sombras en el suelo de su despacho en penumbra.

Llevamos en esto toda la maldita noche. Hay cajas de pizza vacías apiladas de cualquier manera en un rincón de la habitación, y la reserva de emergencia de vodka se acabó hace mucho. El ambiente de la sala está cargado, el peso de nuestra decisión nos afecta a todos.

No hemos conseguido averiguar quién le dio la paliza. Todavía no. Pero hemos recibido el mensaje. La muerte de nuestro enemigo Fyodor Volkov fue solo el principio.

Me pellizco el puente de la nariz; me escuecen los ojos de mirar la pantalla del ordenador durante demasiado tiempo.

Mikhail resopla. —Lo sé. Ese es el problema, Aleks. Quiero estar seguro de que traer a los Bianchi a través de un matrimonio sea el mejor paso a seguir.

Me aparto del escritorio y me estiro; me duelen los músculos por haber entrenado antes y por haber estado sentado demasiado tiempo. Por instinto, miro el móvil para comprobar los detalles de la seguridad de nuestra familia. Siempre estoy en estado de máxima alerta, pero desde la paliza de Lev, estoy prácticamente pegado a la pantalla.

Repaso la lista de todos los que no están aquí. Mi madre y Polina están en casa, Viktor y Nikko en las suyas, nuestro hermano pequeño, Ollie, en Moscú. Lev sigue en el hospital. Puedo sostener mi mundo entero en la palma de mi mano.

Las cámaras de seguridad no muestran nada fuera de lo normal, incluyendo a los dos hombres que tenemos retenidos y que trajimos aquí, a Estados Unidos, desde Rusia.

Me vuelvo a sentar mientras Mikhail sigue paseando.

—Mikhail, probablemente sea mejor que no tomemos decisiones cuando llevamos toda la noche despiertos. —Kolya se recuesta en su silla y se acaricia la barba veteada de plata. El cerebro del grupo, el compañero de guerra de mi difunto padre. Kolya ha asumido el papel de figura paterna del grupo, aunque solo es media generación mayor que nosotros y más joven de lo que era mi padre.

Mientras que Mikhail y yo nos hemos puesto camisetas y vaqueros, Kolya sigue vestido de manera más formal con una camisa de vestir y pantalones impecablemente planchados. Es bienintencionado, pero ya debería saber que no se nos convence ni a mí ni a Mikhail de dejar pasar algo cuando la seguridad de nuestra familia está en juego.

Aun así, Kolya lo intenta. —¿Por qué no se van a la cama? Vete a casa con Aria.

—¿A casa con Aria? —La esposa de Mikhail, Aria, aparece en el umbral, vestida con una camiseta y un chándal de Mikhail, la única ropa que al parecer le vale cuando está atrapada en la oficina, embarazada de nueve meses. Lleva el pelo en un moño desordenado y las gafas apoyadas en la punta de la nariz. Tiene un portátil en una mano y un gran vaso de plástico lleno de algo de un rosa vibrante en la otra—. He estado aquí, trabajando entre siestas todo el tiempo, solo que no quería saber nada de los chupitos de vodka por razones obvias.

Antes de que llegara Aria, yo era el experto en ciberseguridad del grupo… al menos oficialmente. Todos sabíamos que el verdadero trabajo por el que me pagaban un pastizal era hackear, hasta que Aria me demostró que era mejor. Ya lo he superado, sin embargo, sobre todo porque no es que sea solo mejor que *yo*. Es mejor que nadie en este puto mundo.

Sin embargo, Aria no está muy versada en los asuntos de la Bratva, por lo que ella se encarga de ciertos trabajos y yo de otros.

—Ven aquí. —Mikhail se sienta en la silla de su despacho y le hace un gesto para que se acerque. Ella se desliza sobre su regazo y deja el portátil sobre el escritorio. La verdadera razón por la que está aquí es porque Mikhail no la pierde de vista. No es que lo culpe. Si yo quisiera a alguien la mitad de lo que él la quiere a ella, tampoco lo perdería de vista.

—He estado escuchando todo lo que decíais, solo que necesitaba hacerlo en una postura cómoda. —Se acurruca contra mi hermano —. Aunque si hubiera sabido que estabas *así* de cómodo…

Él le besa la sien y la rodea con los brazos, susurrándole algo al oído que no alcanzo a oír.

Vuelvo a mirar mi ordenador, con un dolor de cabeza que empieza a formarse detrás de mis ojos.

—Aria, ¿cuál es tu opinión? —pregunto. Si hay algo que me encanta de mi cuñada es que es absolutamente brillante, del nivel de Mensa, probablemente la persona más inteligente que he conocido. Solo por diversión, aprendió *ruso* en unos pocos meses. Puede programar mejor que nadie en este maldito mundo. En la era digital, tener a la mejor hacker del mundo en nuestro equipo nos da una ventaja decisiva.

Pero ni siquiera Aria ha sido capaz de identificar a los autores.

—Bueno, voy a poneros al día de lo que estoy pensando. —Sus dedos vuelan sobre el teclado como si estuviera realizando un truco de magia—. Tenemos dos informantes en los que podemos confiar, y creo que…

—*Quizás* de confianza —la interrumpo—. No estoy convencido. Sabes que aún no los hemos soltado, ¿verdad?

Mikhail me mira con los ojos entornados. No le gusta que haya interrumpido a su mujer, pero ya nos ocuparemos de eso más tarde si quiere ponerse tonto.

—¿Todavía no confías en ellos? —pregunta ella, enarcando las cejas —. ¿En serio?

—Por supuesto que no.

—¿Qué hará falta? —pregunta, lanzándome una mirada curiosa.

—Una muestra decidida de lealtad. Que se jueguen el pellejo. Hablar es fácil. —Me encojo de hombros—. Necesitan sangrar por nosotros, joder, antes de que confíe en ellos.

—Estoy de acuerdo —dice Mikhail con seriedad.

—Y yo también. —Kolya asiente en señal de acuerdo.

—Vale, vale —dice Aria, negando con la cabeza—. Calmaos un poco. Lo único que iba a decir es que podrían ser capaces de orientaros en la dirección correcta.

Niego con la cabeza y Mikhail y yo respondemos al unísono: —No.

Aria suspira. —Esto me está volviendo loca.

—Ya somos dos —mascullo—. Las máscaras significan que no podemos usar el reconocimiento facial.

Ella contempla la pantalla de su portátil. —Y la calidad del vídeo parece la de un iPhone en una rave. Solo digo que vuestros prisioneros podrían tener alguna información útil, eso es todo.

Dmitri Petrov y Pavel Kuznetsov dieron la espalda a su antigua organización mafiosa tras la muerte de su *pakhan,* Fyodor Volkov. Antes de que se ahorcara en la cárcel, la misión de Volkov en la vida era diezmar a mi familia. Mantenía a sus hombres enfrentados y los controlaba con tácticas de intimidación. No había líderes, la jerarquía era una farsa y, tras su muerte, han empezado a desmoronarse.

Petrov y Kuznetsov se entregaron a Mikhail después del suicidio de Volkov. Los hemos tenido retenidos varios meses. No han tenido ningún contacto con antiguos socios. Yo lo sabría, porque están a mi cargo.

—Quizá si me enviaras a *mí…*

Mikhail suelta una maldición y la agarra con más fuerza. —¿Has perdido el juicio? *Jristos,* Aria. No vas a acercarte a ellos.

—Pero si pudiera hacer las preguntas adecua…

—*Basta*. —Mikhail rara vez le levanta la voz, pero lo que sugiere es impensable. Por lo que sabemos, podrían ser topos. Topos pacientes, pero topos al fin y al cabo.

Con un suspiro, Aria cierra la sesión y se recuesta pensativa contra Mikhail. —¿Sabéis algo de la secuoya?

*Joder*. Aprieto la mandíbula para no saltar. Estoy hecho polvo y no me apetece un puto examen de ciencias…

—Aleks. —Mi mirada se clava en Mikhail. No dice ni una palabra más. Mi nombre es solo una advertencia. Es increíble cómo puede leerme la mente.

Suelto un bufido y cierro el portátil. De todas formas, necesito un descanso para la vista. —Sí. La secuoya es uno de los árboles más grandes del mundo. Pueden llegar a medir unos noventa metros de altura y son tan grandes de circunferencia que algunos tienen túneles lo bastante grandes como para que pasen coches por ellos. ¿Qué pasa con ellas?

Aria me dedica esa mirada de suficiencia que a veces pone cuando me gana en una carrera de hackeo. Tiene suerte de que la quiera como a una hermana.

—¿Y qué puede decirme de sus raíces, Aleksandr? —pregunta en un tono que usaría una profesora al pedir a un alumno que recite el abecedario.

La mandaría a la mierda, pero Mikhail está mirando y todavía valoro mi vida.

—No sé nada de las raíces —admito entre dientes.

Los ojos de Aria brillan de triunfo. Le encanta dejarme en evidencia.

—Uno podría *pensar* que tienen raíces enormes, ¿verdad? Pero no, no las tienen. Sus raíces son bastante superficiales. No es la *profundidad* de sus raíces lo que las hace tan robustas, sino lo lejos que se extienden.

Los ojos de Kolya brillan al mirarla. Asiente lentamente y Mikhail le da un pequeño apretón.

—Vosotros sois *secuoyas.* Los reyes de la selva. ¿Volkov *quién?* A buen puerto. Él *creía* que iba a acabar con vosotros, pero ni de coña. Y, por suerte para vosotros, era tan engreído que prácticamente se autodestruyó por el camino.

Vuelve a encender el portátil. —Así que sí, tenéis razón. Esto no tiene buena pinta. Aunque sois fuertes *financieramente*, nuestro grupo es comparativamente pequeño. Aunque sois fuertes *físicamente,* todavía os falta personal de confianza para fortificaros. Y aunque estamos haciendo todo lo posible por crecer —dice, acariciándose la abultada barriga—, llevará un tiempo que en realidad no tenemos. Mikhail tenía razón cuando sugirió un matrimonio con la familia Bianchi, Aleks. Tenemos que considerar también otras uniones para los demás hombres.

—Sí. Hemos sufrido tres ataques físicos y dos ciberataques desde la muerte de Volkov. No somos los únicos que queremos sacar provecho de su caída —dice Kolya—. Tenemos que consolidar nuestras alianzas más pronto que tarde. No podemos subestimar el potencial de ruina si no lo hacemos.

Mi mente bulle. —Bien. ¿Qué aporta Bianchi?

—Contactos —dice Mikhail—. Estoy de acuerdo con Kolya. Necesitamos asegurar una alianza que fortifique nuestras defensas. Necesitamos un salvavidas.

Aria asiente. —Cierto. Además, chicos, hemos revisado la contabilidad y, aunque seguís estando podridos de dinero, algunas de vuestras inversiones se han ido al traste. Mientras habéis estado trabajando duro para estableceros como el principal grupo de la Bratva aquí en The Cove, otros han estado intentando hacer lo mismo.

The Cove, enclavado en el corazón de Nueva York, justo entre Coney Island y Manhattan, es nuestro terreno, el lugar que nos pertenece.

Respiro hondo y de forma entrecortada mientras una claridad escalofriante atraviesa la nebulosa de mi agotamiento. La carga de lo que suceda recae directamente sobre mis hombros. Ya no tenemos el lujo del tiempo. Cada segundo que pasa podría significar la ruina de mi familia.

—No hay más tiempo. Mi matrimonio con Harper Bianchi tiene que celebrarse *ya.*

Le sostengo la mirada a Mikhail y oculto mis puños apretados. No puedo expresar con palabras por qué la idea de un matrimonio sin amor me da ganas de estrellar el portátil contra la pared de su despacho. Creía que a estas alturas ya me habría acostumbrado a la idea. No es la primera vez que lo hablamos, pero pensaba que todavía tenía unos meses más para hacerme a la idea.

Es solo una boda.

Para toda la vida. Con una mujer a la que no amo y que ni siquiera conozco.

Pero se lo debo a mi familia.

Me trago la rabia que hierve en mi interior al pensar en lo que tengo que hacer.

Mikhail sigue sosteniéndome la mirada.

—Tu lealtad a la hermandad es admirable, Aleksandr —dice en voz baja.

Desprecio lo que tengo que hacer para demostrarla.

Amé una vez, y con una vez basta para toda una vida. Sé que nunca volveré a amar. Lo menos que puedo hacer es traer la paz a mi familia.

Se lo debo a mis hermanos. A mi familia. Si alguien llegara a tocar a mi hermana Polina, o a mi madre, o, Dios no lo quiera, al bebé inocente de Mikhail y Aria… nunca me lo perdonaría.

No cometeré el mismo error dos veces.

Mi móvil vibra con un mensaje. Mikhail asiente, dándome permiso en silencio para mirarlo.

Miro la pantalla. —Hablando del rey de Roma.



# CAPÍTULO 2

*HARPER*

—Levanta la barbilla. Y, por el amor de Dios, Harper, deja de fruncir el ceño.

Irónicamente, que mi madre me regañe por fruncir el ceño no hace que me apetezca esbozar una sonrisa. Aun así, como no quiero escuchar sus críticas, levanto la barbilla y fuerzo una mínima sonrisa. La verdad es que ni siquiera *estoy* frunciendo el ceño. Estoy cansada y no me apetece que me utilicen por enésima vez. Tampoco quiero tener que lidiar con su ira, así que me aguanto. Es una de esas situaciones en las que hay que elegir qué batallas librar.

—Así, mucho mejor —dice, levantándome la barbilla—. Parpadeo bajo el intenso resplandor de la luz del techo. —¿Has vuelto a tomar lácteos, Harper? ¿Qué te dije que le hacían a tu cutis? Hay un límite para la base y la prebase que se puede usar, ¿sabes?

Suspiro y aprieto los labios para evitar que los polvos que me está aplicando en la nariz me entren en la boca, pero esto tiene la ventaja añadida de no tener que responder. Por dentro le digo que los ocasionales granitos rosas, apenas perceptibles, que me salen en la barbilla probablemente tengan más que ver con el estrés que con un cucurucho de helado, pero en fin.

Cierro los ojos. De pequeña aprendí un truco: si cerraba los ojos mientras ella me acicalaba, podía imaginar que me preparaba para la gran pantalla. *Imagina que es tu equipo preparándote para el rodaje.*

—Bien. Quédate quieta. Te están volviendo a crecer las cejas. Jesús, creía que acabábamos de depilártelas.

Abro un ojo. Aunque normalmente es muy nerviosa e irritable, esto está alcanzando un nivel superior incluso para ella. Me estremezco cuando, sin piedad, me arranca unos cuantos pelos de las cejas como si la hubieran ofendido personalmente.

—No te pases —protesto—. Se te pondrá la piel roja, y el rojo es más difícil de tapar.

Frunciendo los labios en una fina línea, da un paso atrás y admira su obra. Me examina las cejas, el pelo, el maquillaje y luego asiente. —Estás preciosa —dice con frialdad, sin un ápice de calidez o aprecio real. Solo está siendo pragmática y admirando su propio trabajo.

Hubo un tiempo en el que yo podría haber dicho lo mismo de ella, pero los años de ocultar los reveses de mi padre le han pasado factura.

No es hasta que veo temblar su labio inferior que empiezo a pensar de verdad que algo va *muy* mal.

Miro a mi alrededor.

—¿Dónde está el aro de luz? —pregunto. A estas alturas, ya debería haber preparado el aro de luz, la cámara y todo lo demás para grabar y filmar mi próxima aparición en redes sociales.

—¿Mamá? —El corazón empieza a latirme más deprisa—. ¿Qué está pasando aquí?

Mordisqueándose el labio, no responde. Le brillan los ojos con... ¿*lágrimas*?

¿Qué demonios? No recuerdo haber visto llorar a mi madre en la vida.

—Mamá —digo en un susurro, rogándole en silencio que me diga algo, cualquier cosa, que me haga saber que es medio humana y que soy para ella algo más que un peón deslizándose por un tablero de ajedrez.

Llaman bruscamente a la puerta.

—Es hora de irse. —Es mi hermano Saul.

¿Ir... adónde?

Ella yergue los hombros y aprieta los labios en una fina línea.

—¿Qué está pasando? —pregunto, con la voz endurecida. Como no responde, me doy la vuelta y abro la puerta del dormitorio de un tirón.

Saul está en el pasillo; es una versión en miniatura y más delgada de mi padre, con el ceño fruncido. —Joder —masculla—. Ya era hora.

—Si hubiera sabido que estabas esperando, habría tardado más.

Sin inmutarse, mira a mamá por encima de mi hombro. —No le has contado una mierda, ¿verdad?Mi estómago da un vuelco. ¿A qué juego están jugando conmigo ahora? —¿Contarme *qué*?

Entonces me doy cuenta de que Saul lleva *traje.* Las únicas veces que lo he visto con traje ha sido en funerales. Esto no puede ser bueno.

Niega con la cabeza y da un paso hacia mí para agarrarme del brazo. —Ya lo verás. Y te lo digo desde ya, Harper, ni se te *ocurra* huir.

Se me dispara el pulso. Estoy mareada. Sé perfectamente de lo que es capaz mi familia.

Si me está diciendo que no huya, es porque está planeando algo que hará que quiera hacerlo. ¿Van a obligarme a volar a Italia otra vez? Oh, Dios. *No.* No puedo irme, no otra vez. *Tengo* que quedarme. Me necesitan aquí.

Les encanta echarme en cara que huya, pero ninguno de ellos sabe la verdadera razón.

Saul maldice entre dientes mientras me lleva escaleras abajo, con la mano aún apretada en mi brazo. —¿Quieres soltarme? No voy a ir a ninguna parte.

Me sujeta con fuerza. —Debería habértelo dicho. ¿Por qué creías que te había hecho ponerte algo bonito?

El corazón me late tan deprisa que me mareo.

—Porque íbamos a hacer una sesión de fotos. Para poder publicarlas, obviamente. —Le devuelvo sus propias palabras—. Es mi trabajo, ¿recuerdas? ¿La forma en que me gano el pan? Es lo que se supone que tengo que hacer.

—*Hacías* —dice con un suspiro—. No quería ser yo quien te lo dijera, y no iba a decírtelo antes de tiempo, pero ahora tienes que saberlo.

El hielo recorre mis venas. Trago saliva, intentando calmar mis crecientes nervios, pero no parece aliviar la inquietud.

Me lleva por el pasillo hacia las escaleras, nuestros pasos silenciosos sobre la gruesa alfombra. Esta casa es enorme. Lo que la mayoría de la gente no sabe es que tres cuartas partes de las habitaciones están vacías.

—Bueno, ¿vas a decírmelo o qué? —pregunto, traicionada por mi voz. El temblor incesante no se detiene.

Aprieta los dientes. Deja de arrastrarme por un momento. Finalmente, niega con la cabeza y dice con un torrente de palabras: —Tu futuro marido está aquí.

Antes de que pueda recuperarme del golpe que acaba de darme, me agarra el brazo con tanta fuerza que me quejo de dolor. —Nada. De. Puñeteras. Huidas. Te juro por Dios que si huyes te mato. Estamos aquí para discutir los detalles y, si la cagas, habrá que atenerse a las consecuencias.

Mi mente sigue atascada en... Futuro. *Marido.*

Por supuesto que sabía que las posibilidades de que me casaran con alguien eran bastante altas, pero es algo en lo que piensas de la misma manera que en la muerte. Sabes que está ahí, que llegará, pero ¿para qué preocuparse ahora si todavía falta una eternidad?

Tengo veinte años. Ni siquiera he terminado la universidad.

Recuerdo la expresión de mi madre y el nudo que se me hizo en el estómago al ver su evidente angustia. A ella le encanta exhibirme y sacar tajada, y a ellos les encanta quedarse hasta el último céntimo que gano, pero esto… esto es diferente.

Intento zafarme del agarre de mi hermano, pero me aprieta demasiado. Me clava los dedos con tanta fuerza que seguro que me deja un moratón.

Echamos a andar de nuevo, esta vez más deprisa, y me aprieta con más fuerza.

—No voy a huir —digo con voz tensa—. Me estás haciendo daño.

—No me fío de ti. —La impecable alfombra vuela bajo nuestros pies y el olor a limpiador de lavanda me llega a la nariz. Mi madre se ha estado preparando para nuestro invitado, probablemente durante todo el día. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta?

Intento serenarme mientras mi mente da vueltas. Trato de mentalizarme para superarlo.

*He pasado por cosas mucho peores. Puedo con lo que sea que venga.*

*Además, no ha dicho que vaya a casarme hoy.*

Puedo ir, hacerme la buena, fingir que soy dócil… y luego encontrar la forma de escapar. Lo he hecho muchas veces a lo largo de los años. Siempre me han encontrado y siempre ha habido repercusiones, pero puedo hacerlo. Sé que puedo.

¿Oigo una voz? Intento no imaginarme cuál de los gilipollas con los que se junta mi padre cree que va a llevársela a casa.

¿Será el calvo del diente de oro? ¿Ese que siempre me dice que soy muy guapa y me da palmaditas en la cabeza o me soba en cuanto tiene ocasión? ¿Será uno de los muchos amigos de mi hermano,

apestando a hierba y a whisky? ¿O algún don nadie de Italia que quiere una esposa trofeo?

Da igual quién sea, porque sé cómo funcionan todos estos hombres. Me he pasado toda la vida siendo la hija de un mafioso.

Te cogen y te arreglan como a una muñeca durante un tiempo. Luego te calman con personal de limpieza, vacaciones extravagantes y tarjetas de crédito para que pases por alto el tufo a perfume de otra mujer que traen cuando se meten en la cama por la noche. Algunos imponen el orden a base de tortas. Pero ninguno, ni uno solo, es leal o fiel. Si tengo suerte, será del tipo que me dejará hacer lo que quiera mientras no le monte un numerito cuando decida tirarse a una jovencita guapa.

Aunque no me iré.

*No puedo.*

La puerta se abre. Pierdo la capacidad de hablar cuando oigo el sonido de una voz profunda y con acento, fría como el hielo y dura como la piedra.

Me tiemblan las rodillas y chocan entre sí.

Creía que a estas alturas ya sería más valiente, pero no. Estoy tan aterrorizada como siempre, igual que aquella noche…

*No*, no puedo pensar en eso ahora. No puedo pensar en nada que no sea seguir la corriente para poder superar esto antes de planear mi huida.

He estado ahorrando algo de dinero de las clases particulares. No es mucho, pero es suficiente para ganar tiempo, pagarme un hotel barato y comida mientras esté a la fuga.

Y *estaré* a la fuga. Aunque es complicado. Jodidamente complicado.

Saul y yo nos detenemos ante la puerta cerrada del salón. —Sonríe mucho y vigila lo que dices. Ni una de tus putas gilipolleces, Harper,

o te juro por Dios que…

—¿Qué? ¿Vas a montarla delante de mi futuro marido? ¿A él le parece bien? —Por lo menos, mi hermano no podrá abofetearme mientras me entrega a alguien que probablemente ocupe su lugar.

—Harper —masculla entre dientes.

Gilipollas.

Pensaba que lo echaba de menos cuando se alistó. Hubo un par de veces, cuando era más joven, en las que me salvó el pellejo. Una vez incluso pensé que éramos un equipo. Dio la cara por mí, arriesgándose a la ira de mi padre, incluso cuando mi madre no lo hacía. Pero algo cambió cuando regresó. Era un hombre diferente y ya no era mi aliado.

Saul abre la puerta. Siento que voy a vomitar.

—Ahí está. —La vozarrón de mi padre me hace dar un respingo. Odio ser tan asustadiza.

Pienso en la única persona que sonríe al verme. La única persona que me quiere por quien soy, ni más ni menos. Y es por ella por quien pondré la cara de valiente que me han enseñado a poner solo para superar esto.

Enderezo los hombros, con el desconocido todavía oculto tras la puerta. Mi padre luce su sonrisa falsa, la que le estira los labios, pero no le ilumina la mirada. Unas gotas de sudor perlan su frente, donde el pelo empieza a ralear, y su habitual tez rubicunda está aún más roja de lo normal después de unas copas.

—Harper, cariño. Entra a conocer a nuestro invitado.

Un escalofrío me recorre la espalda. Está exagerando muchísimo.

—*Vamos* —sisea Saul. Me da un tirón tan despiadado que pierdo el equilibrio. El tacón se me engancha en el marco de la puerta y caigo de bruces en la habitación. Lanzo las manos hacia delante para

agarrarme a algo y recuperar el equilibrio… y aterrizo sobre el cuerpo cálido, firme y duro como una roca de mi futuro marido.

A veces, en las películas de sobremesa, es muy mono cómo una mujer tropieza y su pretendiente la sujeta, todo galantería y encanto. Quizá la ayuda a recoger los libros que se le han caído de los brazos tras una sana visita a la biblioteca, o se ofrece heroicamente a invitarla a otro café. Sus miradas se cruzan, se les corta la respiración, Cupido dispara su flecha… y el resto es historia.

Por algo es ficción.

Mi pretendiente me sujeta por los brazos y me inmoviliza como si yo fuera un pájaro descarriado al que hay que devolver a su jaula. Me mantiene frente a él, con sus gélidos ojos azules fulminándome con la mirada.

Desde luego, este no parece viejo y sórdido… no con esa mandíbula dura, que su ceño fruncido vuelve aún más angulosa, y ese pelo negro y corto que, de alguna manera, hace que sus ojos azules parezcan tallados en hielo. No hay pelo grasiento ni dientes amarillentos, ni hedor a puros o aroma a alcohol rancio. No. Su traje, hecho a medida, se ciñe a su fuerte complexión, y la anchura de sus hombros basta para dejarme en la sombra. Está tranquilo y sereno, sin miradas lascivas ni fanfarronería. En resumen, es lo opuesto a los hombres que he conocido, y el efecto me deja momentáneamente en shock.

¿O quizá no?

Su ruda belleza irradia confianza y poder…, pero algo me dice que ande con ojo.

Tiene un aire de autoridad y un toque de poder que emana la energía de un macho alfa. El rey de la selva. Todo en él exige obediencia, como si gobernara mi casa, aunque no tiene ningún derecho sobre mi familia. Resulta desconcertante, porque un hombre como él no pinta nada en presencia de mi padre y mi hermano. Es

un rey entre bufones, y me está mirando con una mueca de desdén en los labios. Me siento diminuta y tan torpe como una niña que aprende a caminar.

—Su hija es torpe, Bianchi —dice con el ceño fruncido. Es todo lo contrario a lo que había imaginado.

—Debería andarse con más cuidado —espeta, con una voz teñida de nuevo de ese acento.

Genial. Es un *capullo* increíblemente guapo.

La experiencia me dice que la mejor forma de evitar un castigo es, simplemente, no hablar. Mentalmente, me cierro la boca a cal y canto, aunque estoy que trino. Mi hermano prácticamente me ha empujado, e incluso si me *hubiera* tropezado...

Sus manos grandes y fuertes siguen en mis brazos. Su agarre se siente cargado, como si unas pulsaciones eléctricas vibraran a través de sus palmas. Me siento descolocada y no sé qué hacer. Cuando se cruza con mi mirada, me suelta.

—Siéntese —ordena, señalando sin mediar palabra un sofá vacío—. Su padre y yo tenemos asuntos que tratar.

Lo miro entornando los ojos para que sepa que no voy a ser su perrito faldero. Pero cedo esta vez, ya que es nuestro primer encuentro y quizá tengamos más reuniones con carabina en el futuro.

Genial.

Todos los hombres se sientan, Saul a mi lado.

—Me llamo Aleksandr Romanov —le dice a mi hermano. Apenas me mira—. Usted conoce a mi hermano Mikhail.

—Así es —dice Saul, que parece demasiado serio, demasiado ansioso, como un niño que espera recibir algo de atención del héroe al que idolatra—. Lo saqué del trullo y él prometió casar a mi

hermana antes de que sea demasiado tarde. —Suelta una risa desprovista de alegría—. Harper, te presento a Aleksandr Romanov. —Espero a que diga «tu futuro marido», pero no tiene cojones.

—Encantada de conocerle —miento con una sonrisa empalagosamente dulce que espero que le provoque una indigestión.

Él no me devuelve la cortesía, solo me mira con impasibilidad.

—El señor Romanov ha venido hoy con una petición —dice mi padre, con un brillo de codicia en los ojos. Se me encoge el estómago cuando el sonido de mi madre carraspeando me sobresalta. ¿Cuándo ha entrado? La miro y ella echa los hombros hacia atrás sin decir nada, una advertencia silenciosa para que me siente más recta.

Me enderezo y aparto la mirada para que no pueda volver a mangonearme. Mi vida entera consiste en gente diciéndome lo que tengo que hacer, y parece que este tipo, que cree que de verdad va a casarse conmigo, no es una excepción.

—¿Sí? —pregunto, cuando mi padre no continúa.

Mi padre se remueve inquieto y le hace un sutil gesto a mi hermano. Por qué, no tengo ni idea.

—Los Romanov necesitan una alianza antes de lo que habíamos planeado —continúa mi padre—. Son buenas noticias para ti, Harper. El señor Romanov está dispuesto a hacerte su esposa. He aceptado este acuerdo. Haremos los preparativos definitivos para finales de este mes.

Lo miro fijamente, manteniendo el rostro impasible mientras hago cálculos rápidamente. Estamos a día seis. Eso me da algo más de tres semanas.

Muy bien. Tiempo de sobra para planear mi huida.

Aleksandr frunce los labios, claramente disgustado. —Eso no fue lo que yo dije.

Parpadeo, sorprendida por su osadía. Nadie le replica a mi padre. Las manchas rojas en sus mejillas me dicen que se está conteniendo. Quiere a este pretendiente. Probablemente *necesita* este acuerdo.

Si fuera más amable conmigo, puede que me sintiera mal por lo que estoy planeando hacer.

—¿Ah, no? —pregunta mi padre con tensión—. ¿Qué tiene en mente, señor Romanov?

—Disculpe cualquier malentendido. —Dios, no he conocido en mi vida a nadie que mienta tan bien como mi padre y este hombre. Las falsas cortesías son repugnantes—. Me gustaría proceder con nuestro acuerdo sin demora. Ya sabe lo que tenemos que ofrecerle, Bianchi. La oferta solo es válida durante veinticuatro horas.

¿Qué demonios le está ofreciendo a mi padre? Los ojos codiciosos de mi padre casi se le salen de las órbitas mientras asiente, la papada temblándole de entusiasmo.

—¿Cuán pronto está pensando, señor?

Aleksandr vuelve su mirada hacia mí y aprieta los labios. En lugar de responder a mi padre, me interroga a mí. —¿Me han dicho que tiene cierta inclinación a escaparse. ¿Le gusta escaparse, Harper?

El hecho de que acabe de delatar el plan exacto que tengo en mente hace que me retuerza incómoda. Esto no es… bueno.

Me humedezco los labios y trago, encogiéndome de hombros con indiferencia. —Solía hacerlo… cuando era más joven —digo, con la voz extrañamente ronca. Es verdad. De niña, tenía una maleta hecha y lista para escapar. Me castigaban cada vez, pero merecía la pena fingir que no estaba bajo el yugo de mi madre durante un rato.

—Tampoco se tolerarán las mentiras —dice en un tono cortante—. Resulta que sé que la última vez que se escapó fue hace seis meses.

Las mejillas me arden de indignación. ¿Cómo sabe eso de mí?

Mi hermano niega con la cabeza. —Ya les dije la verdad y lo que puede esperar. Hay una razón por la que hemos decidido que esto suceda más pronto que tarde.

Pero hay una razón por la que me «escapo», y no tiene nada que ver con lo que ellos piensan.

No soy una niña. No corro hacia el tráfico.

Encuentro una forma de escapar para poder hacer una visita en privado. Y luego siempre vuelvo a casa, como un pájaro que regresa a su jaula de oro.

Aparto la cabeza y no lo miro.

El desconocido chasquea la lengua. —La ha malcriado, Bianchi.

Mi hermano me aprieta el brazo. Me muerdo la mejilla para no saltar. No soy como las otras princesas italianas. No tengo ni un duro. Ni tarjetas de crédito. Ni paga.

—¿Malcriada? —dice mi padre con una risa forzada—. Me gusta pensar que tiene experiencia y que quizá está un poco consentida.

Apenas. Otra mentira.

—Me ha concertado un matrimonio con una esposa rebelde, frívola y patosa, cuyo único mérito es una belleza mediocre. En Rusia no le llegaría ni a la suela del zapato a la mayoría de las mujeres —dice, negando con la cabeza—. ¿Tiene más hijas?

¿Ah, sí? Pues, por mí, puede coger su prepotente culo y volverse *directo* a Rusia. Noto un escozor en la nariz y me arden las mejillas mientras siguen hablando de mí como si fuera un maniquí en un escaparate.

—Ah, soy su única hija y, créame, no estoy malcriada —espeto. Me muerdo la lengua para no decir nada más cuando mi madre ahoga un grito y mi padre me fulmina con la mirada. Tengo que elegir mis palabras con cuidado.

Romanov parece ligeramente divertido, si el más leve arqueo de sus labios sirve de indicio. —Mmm. No tengo más opciones, y quizá me he equivocado. Nunca pensé que sería tan afortunado de tener una futura esposa tan recatada.

Añade «sarcástico» a la lista. Excelente.

Me cruzo de brazos. —Y *yo* nunca pensé que sería tan afortunada de tener un futuro marido tan gentil y amable. Tenía la esperanza de que fuera medianamente atractivo, pero supongo que a falta de pan, buenas son tortas.

El fuego arde en sus ojos. —¿La vida está llena de sorpresas, no cree?

—Desde luego.

—Bien, bien —dice mi padre, frotándose las manos como el cabrón codicioso que es, listo para frotar la lámpara del genio y pedir su deseo—. Dice que la oferta solo es válida durante veinticuatro horas, pero no las necesitamos. Nos gustaría seguir adelante con este acuerdo.

¿Ah, sí? ¿«Nos gustaría»?

Me digo a mí misma que espere a que se vaya y que, *entonces*, trace mi plan. Muérdete la lengua. Aguanta.

—Perfecto —dice Aleksandr, lanzándome una fugaz mirada—. Nos iremos de inmediato. Gracias por aceptar.

Espera.

¿*De inmediato*?

Hasta mi madre parece sorprendida; se queda con la boca abierta y la postura rígida mientras se lleva su cuidada mano al pecho. —¿«Nos», señor Romanov?

Él no se molesta en mirarla al responder. —Sí. Quiero estar casado para el fin de semana. Haré que mi gente redacte los papeles y se

los envíe.

Mi madre palidece, pero mi hermano asiente. Él lo sabía. Lo sabía, el muy cabrón.

No puedo dejar que me lleve. Si me lleva, no habrá esperanza.

—No he hecho la maleta. No estoy lista.

Busco excusas a la desesperada, intentando racionalizar por qué no puedo, sin más, *irme*. Una abrumadora oleada de pánico me inunda como agua helada por las venas mientras una angustia pesada como el plomo se me instala en el estómago. *No puedo irme.*

—Yo le he hecho las maletas —dice Saul.

—No será necesario —dice Aleksandr, con un acento más marcado —. No necesitará nada de casa. Empezará de cero conmigo. Haré que mi chófer venga ahora. —Se lleva el teléfono a la oreja y espeta algo en ruso.

Empezar.

De cero.

Observo cómo saca algo del bolsillo. ¿Un... talonario de cheques? ¿Quién usa cheques hoy en día?

Los ojos llorosos de mi padre relucen al mirar el talonario, como un dragón observando una pila de oro, atraído por ella como si le fuera la vida en ello. Si Romanov cree que de verdad va a recibir una dote...

—Le extenderé un cheque para todos los gastos de la boda, con la condición de que ella vuelva conmigo ahora.

—No sé si eso me conviene —dice mi padre, el muy cabrón mentiroso y codicioso. Yo no le importo en absoluto, solo intenta regatear—. La inocencia de mi hija, Romanov...

Aparto la mirada, con un nudo en la garganta. Me está pintando como una virgen. En la mafia italiana, la virginidad es prácticamente un requisito para un matrimonio concertado.

Pero ¿y... en la mafia rusa? ¿Cómo funciona esto?

Mi padre sabe que no soy virgen. Es la misma razón por la que me desprecia y quiere deshacerse de mí. Están engañando a Romanov con mercancía defectuosa y cuando se entere... porque se enterará, sin ninguna *duda*...

—No se haga el altruista ahora, Bianchi —dice Aleksandr con voz aburrida—. No la tocaré hasta nuestra boda. Pero si me salgo con la mía, eso será dentro de dos días.

Ahogo un grito.

*Dentro de dos días.*

¿Cómo voy a escapar? Si me lleva ahora...

—¿No puedo coger nada? —pregunto con voz temblorosa. No me importa la ropa, pero tengo algunas baratijas especiales que sí son importantes para mí. La cajita con un mechón de pelo, una foto doblada y un pequeño amuleto que son míos. *Tienen* que venir conmigo.

—No. —Se pone en pie—. ¿Tenemos un trato o no?

Mi padre se levanta con él, sus ojos codiciosos se abren de par en par.

—Por supuesto que sí.

Mi madre se pone en pie con él, cada vez más pálida.

Niego con la cabeza cuando la realidad de la situación me golpea con fuerza. —Yo... yo no puedo irme con usted ahora. No. No me iré. Ni siquiera lo conozco. No puedo dejar atrás a todo el mundo y todo lo que conozco así como así. Si quiere que vaya con usted antes de la boda...

—Harper —espeta mamá. Mi hermano observa en un silencio sepulcral. Mi padre parece a punto de sufrir un ataque al darse cuenta de que no voy a irme por las buenas. Conozco bien esa mirada, su tez enrojecida y llena de manchas, sus labios convertidos en una fina línea. Es un milagro que no le haya reventado una vena.

Niego con la cabeza y me viene a la mente un extraño recuerdo del instituto. Mi profesor de poesía, de pie frente a la clase, con la mano en el corazón mientras recitaba un poema.

Un poema sobre la muerte y sobre no rendirse, sobre luchar contra ella, que me gustó tanto que al llegar a casa me lo aprendí de memoria.

*Aunque los sabios, al morir, entiendan que la tiniebla es justa,*

*porque sus palabras no engendraron el rayo,*

*no se adentran dóciles en esa noche quieta...*

*Enfurécete, enfurécete contra la muerte de la luz.*

—Harper. Vete con el señor Romanov —me apremia mi madre con fervor, como si deseara poder convencerme de hacer lo imposible—. Él te cuidará muy bien.

Me reiría si no estuviera tan asustada.

Niego con la cabeza. No. No me iré. *No puedo.*

Mi futuro marido se quita la chaqueta del traje. La tela tensa de la camisa se le ciñe a los abdominales y los bíceps abultan en las mangas. Genial, también es fuerte. Al menos, habría sido más fácil dejar atrás a los amigos pringados de mi padre. Clava la mirada en la de mi padre. —¿Tenemos un trato o no, Bianchi?

El corazón se me sube a la garganta. Oh, Dios *mío*.

Mi padre asiente y se abanica con el cheque doblado.

—Sí. Tenemos un trato. —Sus ojos fríos se entornan hacia mí y agita el cheque en mi dirección—. Llévesela.

Niego con la cabeza y doy un paso atrás. —No puede llevarme —susurro.

Siento la pared que es el cuerpo de mi hermano a mi espalda. La sombra de sus manos en mis brazos antes de que Romanov espete: —Como la toque, lo mato, joder. Ahora es mía.

Oh, Dios. Las náuseas me revuelven el estómago. Me tiemblan las manos. Es ahora o nunca.

*Espera*. Mi hermano muere si me toca.

No puede detenerme. Es mi única oportunidad.

Reúno valor y respiro hondo.

Le piso el pie a mi hermano con todas mis fuerzas. Le doy un codazo. Lo empujo torpemente hacia Romanov y salgo corriendo.



# CAPÍTULO 3

*ALEKSANDR*

La mocosa es tan jodidamente predecible.

Aunque no sabía lo rápida que era.

En cuanto se escapa de su inútil hermano, se dirige al pasillo. Lo aparto de un empujón y paso por delante de él, entrando en el pasillo tras ella. Ya me saca unos tres metros, corriendo como una conejita asustada de un lobo hambriento en la noche.

*Corre, pequeña, corre.*

Me arremango mientras la observo decidir adónde ir. Su madre grita detrás de mí, algo ininteligible en italiano. Su padre maldice y su hermano se endereza mientras refunfuña.

Italianos. Siempre tan dramáticos por cualquier puta cosa.

Me dirijo con paso firme hacia la puerta cuando veo salir una melena de un rubio miel. Es una cosita bonita, y parece mucho más inocente en persona de lo que cabría esperar de una Bianchi. Pelo bañado por el sol, pómulos altos, un cuerpecito con curvas vestido impecablemente con ropa de diseño.

Era de esperar que se diera a la fuga.Por desgracia para ella, yo también lo soy.

Le doy un poco de ventaja. La dejo pensar que puede ganar, que puede dejarme atrás. La atraparé, y cuando lo haga, la castigaré por esto.

Todos ganamos.

Un regalo de bodas, envuelto en un lacito.

Doy la vuelta a la esquina de la casa y llamo a mi chófer. Vas responde al primer tono.

—¿La ves?

—¿Viene hacia aquí?

—Sí.

En el momento en que vi cómo me la trajo Bianchi, supe que era del tipo de chica a la que han estado mangoneando. No me importa una mierda alguien a quien no conozco, pero tampoco voy a dejar que los Bianchi me la jueguen. Sabía que si la dejaba sola aunque fuera un día, se largaría de aquí.

No volveré a casa con las manos vacías.

Exploro los terrenos de la finca y al principio no la veo. Está oscuro, pero por suerte hay luna llena. Bajo un rayo de luna veo un destello de piel pálida y unas piernas preciosas.

Voy tras ella. Soy más rápido, pero ella conoce la distribución del terreno, lo que le da ventaja en la oscuridad.

Jugaremos un poco al gato y al ratón. Siempre me ha encantado la emoción de la persecución.

Le ladro una orden a Vas.

—Córtale el paso en la salida.

El coche arranca bruscamente, se le adelanta y bloquea la única salida del camino de entrada. Puede saltar la valla, lo que le llevaría demasiado tiempo, o cambiar de rumbo. Se da la vuelta y corre hacia una zona boscosa en el perímetro.

Acelero el paso. Ni siquiera he perdido el aliento; por una vez en mi vida, agradezco el despiadado entrenamiento de Kolya y su insistencia en que nos mantengamos en plena forma física.

Casi estoy agradecido de que haya decidido ponerle un poco de interés. ¿Qué gracia tiene una esposa dócil que ya sabe cuál es su lugar? Es mucho más gratificante someterla si primero me planta cara.

Las ramas crujen bajo mis pies mientras la persigo. Cree que puede esconderse aquí en el bosque, pero como cualquier presa asustadiza en plena huida, prácticamente me está abriendo el camino. Una oleada de emoción me recorre cuando se mantiene por delante de mí. Soy un cazador cautivado por su astucia, y ella es mi objetivo. Puede correr, pero no tiene adónde ir.

Miro más allá de nosotros y veo una valla de alambre de espino al frente. Nuestro juego del gato y al ratón está llegando a su fin demasiado pronto.

Lanza un grito cuando una rama le golpea, pero se recupera rápidamente y gira bruscamente a la izquierda.

Y entonces, desaparece. Se ha evaporado en el aire, como si hubiera encontrado un portal a otra dimensión.

¿Pero qué coño?

Ralentizo el paso.

No puedo evitar recordar lo que Aria me dijo antes de irme.

*—Hay algo que esconde. No estoy segura de qué, pero dos más dos no son cinco y, sin embargo, cada vez que intento hacer la suma... eso es lo que me sale. Algo no cuadra con Harper Bianchi. Simplemente ten cuidado.*

*Me eché a reír.*

*—Pesa cincuenta kilos empapada. ¿Por qué crees que no puedo con ella?*

*—No, no, no es eso... Es que esconde algo y me está volviendo loca. Sea lo que sea, lo han tapado... Es como... como si hubiera un filtro, ¿sabes? A primera vista, todo parece normal, pero de vez en cuando, hay un... destello que te dice que las cosas no son lo que parecen.*

Así que no es una santa. Ya somos dos. No necesito una mujer a la que amar. Necesito una mujer que tome mi apellido y mi anillo, y mi puta polla para que pueda darme hijos.

Ella solo conoce este lugar mejor que yo, así que me llevará un poco más de tiempo.

Ralentizo el paso y agudizo los sentidos. Aunque estoy decidido a atraparla y castigarla, tengo que admirar su arrojo. Me debato entre la frustración de que esté alargando esto y un respeto a regañadientes. Su evasión es un guante arrojado al ruedo. Mi necesidad de capturarla y poseerla parece arraigada en la necesidad primordial de dominar.

Busco a mi alrededor alguna señal de ella, pero no veo nada.

¿Dónde está? Enciendo la linterna de mi teléfono y escaneo la zona boscosa. No ha ido lejos. Está justo aquí.

Busco una roca o un árbol grande, un montón de hojas. Algún sitio donde pueda esconderse. Es una listilla. Sabía que no podía dejarme atrás, así que ha decidido despistarme.

—Sal, sal, dondequiera que estés —la provoco—. Sabes que es solo cuestión de cuándo, no de si te encontraré. —Bajo la voz para que oiga la amenaza—. Cuanto más tiempo me hagas perder, peor será para ti.

Un destello de luz de luna cae sobre un atisbo de rosa pálido en el denso follaje a mi derecha.

Finjo que no lo veo, que me dirijo en la otra dirección. Cada segundo que pasa aumenta la tensión. Ahí está, agazapada detrás del tronco de un gran árbol. Tomo aliento y me abalanzo sobre su figura oculta. *Bingo.* Mis dedos se aferran a una mata de pelo.

Ella grita y me da manotazos en la mano. Apenas lo siento. Podría agarrarla por el brazo o la pierna, pero podría morderme o zafarse. En su lugar, le aprieto más el pelo.

—¡Ay! ¡Suéltame! —grita mientras la arrastro y la pongo delante de mí. La victoria martillea en mi pecho.

*Ahora que la tengo, no la soltaré.*

Le tiro del pelo hacia atrás, dejándole el cuello al descubierto. Iluminados por el haz de mi linterna, sus ojos están desorbitados por el terror y agita las manos delante de ella. Me late la polla.

—Se acabó —. Ya no estoy jugando. La necesidad de castigarla por haber huido me araña el pecho.

Considero echármela al hombro o acunarla en mis brazos y pienso rápidamente en la forma más fácil de sacarla de aquí.

—Ven aquí —. Si se aparta, se hará daño. A regañadientes, se coloca delante de mí y el mundo se desvanece. El único sonido es nuestra respiración agitada en el denso silencio del bosque.

—Por favor —susurra. No sé si pide clemencia o libertad, pero no obtendrá ninguna de las dos cosas.

—¿Por favor, qué? ¿Que te suelte? ¿O que considere suavizar tu castigo por haber huido? La respuesta a ambas preguntas es no.

Me inclino, deleitándome con el sonido de su respiración acelerada. Incluso húmeda de sudor, huele a primavera, un aroma delicado, dulce y floral con un matiz ligeramente exótico. ¿Qué *es* eso?

Se humedece los labios y traga saliva, pero no aparta la mirada. Sus ojos, tan cálidos como la miel fundida, casi me fulminan. Aprieta los labios.

—Eres lista, ¿verdad? —Sus ojos brillan con inteligencia e ingenio a pesar de que está furiosa conmigo—. No sé por qué estás tan enfadada. La que ha huido has sido tú. Dime —. Niego con la cabeza —. ¿Nunca te dijo tu familia lo que te deparaba el futuro?

No sé por qué estoy hablando con ella. No sé por qué no me la echo al hombro o la arrastro del pelo de vuelta a casa, o como mínimo,

por qué no la castigo, aquí mismo, por ponerme a prueba y hacerme perseguirla.

—Por supuesto que sabía que me casarían con algún capullo forrado de pasta —espeta.

Enarco una comisura de los labios. —Aprenderás a respetar a tu marido, princesa.

Una chispa se enciende en sus ojos. —Todavía no eres mi marido y, desde luego, yo no soy ninguna princesa —. Traga saliva y desearía poder verle los ojos con más claridad en la oscuridad. Lo haré, cuando esté abierta de piernas debajo de mí, tragándose mi polla—. Te prometo que iré contigo, solo que no puedo ir ahora mismo. Tengo… Tengo cosas de las que *tengo* que ocuparme.

Resoplo. —Seguro que tus redes sociales sobrevivirán un tiempo sin una nueva remesa de selfis.

Eso toca una fibra sensible. Sus fosas nasales se dilatan. —¿Y tu ego sobrevivirá a unos segundos de desafío?

Podría dominarla tan fácilmente que es de risa. Podría intimidarla o maltratarla, pero todo eso es demasiado fácil, demasiado simple. Predecible.

Tengo otras formas de demostrarle quién manda.

Cuando extiendo la mano para tocarla, ella se estremece.

Sorprendido, mi mano se congela en el aire. Estaba preparada para recibir un revés.

No tengo reparos en darle un azote en el culo si se lo merece, y ya puedo decir que se lo merecerá, joder. Diablos, puede que incluso aprenda a que le guste. Pero solo un mierda le pega un revés a una mujer.

Joder, ¿a quién asesiné en una vida pasada para merecer meterme literalmente en la cama con los putos Bianchi?

Quiero que sepa que me pertenece, desde ahora mismo.

Le paso el pulgar por los labios, embadurnándole el brillo rosa. Observo su reacción cuando le separo los labios y le meto el pulgar en la boca.

No estoy preparado para la sensación sensual de sus labios envueltos en mi dedo. Me duele la polla.

—Algo me dice que se te puede enseñar —digo pensativo—. Te entrenaré para que te sometas a mí.

El aleteo de sus pestañas y su respiración agitada me dicen que no le soy tan indiferente como le gusta pensar. Retiro el pulgar y le doy una palmadita firme en la mejilla. —Eres guapa para ser una mocosa.

Es imposible leer microexpresiones en la oscuridad, y obviamente ella está muy versada en controlar sus reacciones. Pero no se me escapa su tono de voz. —Eres aceptable para ser un villano.

Me llevo la mano al pecho. —¿Un *villano*? Siempre me han gustado mucho más los villanos que los héroes, ¿a ti no? Cualquiera puede ser un héroe. Se necesita clase *y* cojones para ser un villano —. Le cojo el pelo de nuevo y le doy otro tirón—. Nos vamos. Podemos retomar esta pequeña charla más tarde —. Le susurro en la curva de su oreja—. No intentes ninguna estupidez, o te encontrarás doblada sobre el capó de mi coche con mi cinturón en tu culo mientras te uso de escarmiento. ¿Así es como quieres irte de aquí?

Aún con la cabeza bien alta, no responde.

—Respeto, Harper.

—El respeto se gana —espeta.

—Y a veces, el respeto se exige y se toma. Pienso tomar lo que es mío.

Con la mano todavía entrelazada en su pelo, la conduzco hacia el linde de los árboles. Imagino que su familia está mirando, escondida en el oscuro interior de la casa. Putos cobardes.

El aire es fresco y puro, los únicos sonidos son nuestras pisadas sobre las hojas crujientes y el zumbido del coche que espera con el motor en marcha en el camino de entrada.

—Ni un pie fuera de lugar —le advierto, dispuesto a azotarle el culo si intenta algo ahora.

Pero no lo hace. Aprieta los dientes y frunce los labios en una fina línea.

Abro la puerta del coche. —Entra —. Tras un momento de vacilación, lo hace.

Su desafío es como una cerilla en un polvorín. La necesidad primordial de dominar a esta mujer me araña las entrañas, una bestia furiosa que necesita dominar y controlar.

Pero puedo ser paciente y esperar mi momento.

Me deslizo en el asiento a su lado, con todo mi cuerpo presionado contra el suyo, una señal silenciosa de que no podrá escapar de mí aunque lo intente.

Le gruño a Vas. —¿Sácanos de aquí de una puta vez. Ya cogeré el abrigo luego. No quiero volver a poner un pie ahí dentro, no ahora.

Ella se aparta para que no la vea secándose las mejillas. Es imposible que esté llorando porque me la lleve de *esta* casa. No. Hay otra razón.

—¿Adónde me llevas?

Aprieto la mandíbula. —A casa.



# CAPÍTULO 4

*HARPER*

*Hogar.*

Puede repetirlo hasta la saciedad, pero no significa nada ni lo significará nunca. Llama a una vaca pez y seguirá siendo una maldita vaca.

Su hogar será mi prisión.

Miro por la ventanilla, deseando fervientemente que el viaje sea corto. Al principio, en la oscuridad, es difícil ver adónde vamos. Al cabo de un rato, me doy cuenta de que las farolas iluminan grandes señales de tráfico con una flecha que apunta hacia The Cove.

El corazón me late un poco más deprisa. Por primera vez, siento el más leve atisbo de esperanza, pero apenas me atrevo a pensar que he tenido un golpe de suerte. ¿Nos dirigimos a The Cove? Esto podría jugar a mi favor.

Trago saliva con dificultad y me humedezco los labios, fingiendo indiferencia para que no sepa cuánto pende de un hilo con su respuesta. —¿Dónde vive usted?

—¿No le han dicho nada? —espeta, sentado tan cerca de mí que nuestras rodillas casi se chocan. Me enderezo en el asiento porque preferiría no tocarlo hasta que ya no tenga elección.

Siento un vuelco en el estómago. Llegará un momento en el que ya no tendré elección.

Y cuando descubra que no soy quien él cree que soy…

—Si me hubieran dicho dónde vive, ¿cree que me molestaría en preguntárselo?

El aire entre nosotros se enfría mientras él me entrecierra los ojos. Su voz tiene un matiz de acento ruso cuando responde. —Nos

dirigimos a The Cove. La familia Romanov es propietaria de la mayor parte del terreno de la zona. También tenemos una residencia en Moscú, pero The Cove es nuestra residencia americana. —Un músculo se le contrae en la mandíbula. Abre la boca como si fuera a decir algo más, pero en lugar de eso la cierra y se gira.

Finjo que el corazón no me da un vuelco en el pecho ante su respuesta.

*The Cove. Nos dirigimos a The Cove.*

No tenía ni idea de que los Romanov fueran los dueños de la enorme y extensa «Pequeña Rusia» situada entre Coney Island y Manhattan.

En The Cove, los comerciantes hablan ruso. Hay restaurantes, supermercados, centros culturales y una iglesia ortodoxa. Hay una playa y un paseo marítimo, muy concurridos en verano. Menos en invierno. Si su familia es la dueña de The Cove…

Sin embargo, no puedo hacerme demasiadas ilusiones.

Puede que no sea el respiro que espero. ¿Podré hacer lo que necesito bajo la atenta mirada de los Romanov? Si son los dueños de The Cove, tendrán ojos por todas partes.

*The Cove.*

Necesito más información. Decido darle conversación, hacer que hable. Quizá aprenda algo útil, como si tiene hermanas. Hay una ley no escrita entre las mujeres —la mayoría de nosotras, al menos— de que nos cubrimos las espaldas. Podría escaparme, podría mentir… o podría encontrar a alguien comprensivo y defender mi causa.

—¿Y nos casamos en dos días?

—A menos que decida volver a jugármela.

Me giro para mirarlo, sorprendida por el fuego que arde en el azul de sus ojos. ¿Cómo pueden unos ojos hacer eso?

—¿Y si lo hago? —pregunto con un respingo de la barbilla antes de poder censurar mis palabras. Antes de que pueda evitar contestarle. Sé que estoy jugando con fuego, pero parece que él sabe cómo sacarme de mis casillas.

Nuestras rodillas chocan cuando me agarra. No tengo tiempo de prepararme antes de que unos dedos fuertes y ásperos me sujeten la barbilla y se claven en mi piel, abrasándome. Me quedo paralizada, atrapada en su mirada y en la amenaza latente.

—Entonces nos casaremos esta noche.

Mi mente da vueltas. *¿Esta noche?* No me esperaba eso. Quería que supiera que no me acobardaré ante ningún tipo de maltrato, y los he sufrido todos. Quería que me dijera qué haría para poder afrontarlo, porque quiero demostrarme a mí misma que sobreviviré al matrimonio con este hombre.

—Y si decide desafiarme, cuando estemos a solas, le enseñaré exactamente lo que le pasa a una esposita traviesa que decide desobedecer a su marido. —Me suelta la barbilla.

Ahí está. Allá vamos.

No puedo negar que tengo miedo, pero a estas alturas he aprendido a disimular tan bien las señales delatoras que apenas noto el cambio en mi respiración, el aumento de mi ritmo cardíaco o cómo me sudan las palmas de las manos.

Me humedezco los labios. —De la vieja escuela, entonces.

Un destello de algo parecido a la malicia, pero no del todo, parpadea en su mirada. —No tiene ni idea.

Eso debería asustarme. No estoy muy segura de si lo hace.

Verá que no me dejo abatir con palabras. He aprendido a dejar que se deslicen sobre mí, como mero humo en el viento. Soy inmune a las amenazas y a los insultos, gracias a la generosidad de mi jodida familia.

*Se cree mejor que nadie.*

*Deshonras nuestro apellido.*

*Señorita estirada.*

*Mierda inmunda.*

*Puta de mierda.*

*Deshonra.*

*Zorra.*

Reprimo una mueca ante el interminable aluvión de insultos que giran en un bucle en mi cerebro.

Mientras avanzamos en silencio, mi mente se acelera, gestándose una tormenta de conflicto y confusión. Su presencia, a un pelo de distancia, me pone nerviosa. La fría puñalada de su mirada me provoca un escalofrío por la espalda, una mezcla indescifrable de miedo y excitación.

Me regaño a mí misma por permitir siquiera el más mínimo indicio de atracción no deseada entre nosotros.

Nos miramos fijamente, con algo tácito flotando en el aire entre nosotros. La parte delantera del coche se hunde al pasar por un tramo de carretera en mal estado, pero el vehículo se desliza sin esfuerzo como si fuéramos en una alfombra mágica, hasta que chocamos con un bache y nos sacudimos hacia delante. Sin decir palabra, me sujeta los antebrazos para estabilizarme. Aprovecho la oportunidad para hacer más preguntas.

—Así que vive en The Cove. ¿Solo… o con gente?

Su voz, aderezada con un inconfundible acento ruso, es autoritaria pero de algún modo sexi. —Tengo un personal de siete personas.

Personal. Tiene un personal de siete personas. Tengo curiosidad. Ya hemos entrado en un terreno poco común.

Siete es un buen número, no obstante. Al menos uno podría ser persuadido para que se ponga de mi lado…

—¿Para qué necesita personal? ¿No puede limpiar sus propios retretes?

Una sonrisa burlona deja entrever un hoyuelo. —Ahora ya sabe por qué he tenido que buscarme una esposa.

Siento que se me desencaja la mandíbula mientras una sonrisa de satisfacción se extiende por su rostro.

*No. Me. Lo. Puedo. Creer.*

—Pues asegúrese de no pedirme que le haga un sándwich —digo con desdén, volviendo a acomodarme en mi asiento.

El sonido apagado de su risa siniestra es un poco inquietante, a decir verdad. Sé cómo lidiar con un revés o un comentario despectivo, con un empujón dentro de un armario o cosas peores. Sé lo que es que te traten como a un objeto, que te ignoren y te desechen.

Pero una risa fría que te pone la piel de gallina es harina de otro costal. Engañosa en su simplicidad, enmascarada para ocultar el peligro que lleva como un sudario.

Me imagino la expresión de horror que tendría mi madre en la cara si estuviera aquí ahora mismo. Me sisearía con esa voz estridente que me volvía loca. *¡Harper Lee Bianchi!*

Se puede ir a la mierda. A Harper Lee Bianchi acaban de sacarla a rastras de su casa y la han metido en un coche de lujo con un hombre al que el peligro le emana por todos los poros. En un día normal no me permiten ni sudar, y mucho menos pelear, así que imagínate ahora que todo mi universo se ha puesto patas arriba. Necesito un minuto.

*Deshonra.*

*Asco.*

*Zorra.*

Aprieto los dientes y miro por la ventanilla, sorprendida al ver que la vista está un poco borrosa. No soy de llorar. ¿Por qué ahora?

Durante un rato, no dice ni mu. Está con el móvil, deslizando el dedo por la pantalla con una expresión de intensa concentración. Me he dejado el móvil, pero, en realidad, una parte de mí se siente aliviada por ello. Ya no existe la expectativa de mantener una apariencia de perfección con cada selfi y cada publicación si no lo tengo.

Cuando mi madre descubrió que las redes sociales podían ser rentables, tomó una decisión. Necesitaban dinero y yo tenía una cara bonita. Investigó todo lo que pudo y, cuando quise darme cuenta, era toda una sensación en las redes sociales.

Lo odio. Así que me alegro de dejar atrás esa parte de mi vida.

Los móviles son desechables, como tantas otras cosas. La ropa. Los sentimientos. Las hijas, por lo visto.

*¿Tiene más hijas?*

En realidad, me molestaría, si no fuera porque imagino que es exactamente por eso por lo que lo ha dicho.

—Ya casi estamos en casa —dice, aún con el móvil en la mano—. Venga aquí.

El sonido de su voz es como la superficie resplandeciente de un lago en el que nadaba de niña. Plácida y tranquila; pero, bajo la superficie, la gélida profundidad del agua tiraba con una corriente que podía hacerte perder el equilibrio y arrastrarte al fondo.

*A mí no me arrastrarán al fondo.*

—¿Que vaya ahí? Estamos en el asiento trasero de un coche. ¿Cuánto más quiere que me acerque?

Un destello peligroso en su mirada me dice que no le hace ninguna gracia. —¿Necesito enseñarle exactamente cuánto más espero que se acerque? —Se inclina hacia mí y baja la voz a un registro grave—. Y *esperaré* que se corra, princesa.

*Oh, Dios.*

Conozco este juego. Conozco estas maniobras. Quiere ponerme nerviosa para poder hacer su jugada.

No soy fácil de manipular, piense lo que piense. Tengo *años* de experiencia.

Manteniéndome la mirada, se da unas palmaditas lentas en la rodilla, una llamada silenciosa. —Las manos aquí, por favor.

¿Quiere que ponga las… manos… en su regazo? ¿Qué clase de parafilia rara es esa?

Atónita, obedezco, y presiono los dedos contra sus pantalones. Siento la dureza de los músculos de su robusto muslo bajo mis manos mientras arqueo la espalda.

Se oye un chasquido metálico y noto algo frío en las muñecas. Bajo la mirada y veo que me ha *esposado*. Ha sacado un par de esposas como si fuera un mago.

—Así es como espero que se acerque —dice con un aire de fría determinación. Tira de mis muñecas y todo mi cuerpo se estrella contra su pecho—. Así.

El coche se ha detenido y la puerta se abre. Un destello de la luz de la luna me demuestra que no mentía: el brillo plateado y la luz muestran el perfil de Manhattan en todo su esplendor contra el cielo oscuro, hasta donde alcanza la vista.

Él baja primero y luego viene a por mí. Me muevo con torpeza, tropezando con las muñecas esposadas, pero me sujeta con demasiada fuerza como para que me caiga. El áspero sonido del

ruso llena la noche mientras sus hombres hablan en voz baja entre ellos, una muestra de deferencia cuando se dirigen a él.

Me pregunto qué rango tendrá. Solo conozco la jerarquía de mi familia, pero desconozco casi por completo la de los rusos.

—Bienvenido a casa, señor. —El resto habla en ruso, así que supongo que este cambio es por mí. He levantado la cabeza para ver dónde estamos, para ver por dónde podría planear mi huida, cuando una tela sedosa me cubre la cara y mi mundo se sume en la oscuridad. *Me ha vendado los ojos.*

Tropiezo al no poder ver por dónde voy. Siento un vuelco en el estómago y me quedo sin aliento, intentando prepararme para una caída, pero tengo las manos atadas. Entonces, unos brazos fuertes me rodean y me levantan en el aire.

—Cuidado por dónde pisa —espeta, mientras mi vientre choca contra lo que debe de ser su hombro. No puedo ver, por supuesto, pero la sensación es que estoy muy alto y esto es extremadamente incómodo.

—¿Con los ojos vendados? Claro, tiene todo el sentido. A lo mejor la próxima vez me pide que cante con una mordaza, o…

Me quedo boquiabierta cuando su palma golpea mi culo, con fuerza. Aprieto los labios. Así que acaba de hacerlo, y tengo la sensación de que no será la última vez.

—Le he dicho que vigile lo que dice.

Muevo las piernas en tijera porque es el único movimiento que puedo hacer, y quiero ponérselo más difícil. —Doble moral de cinco estrellas en esta casa. Muy bien hecho.

Espero que eso me valga otra bofetada, pero no responde. Sin embargo, nuestro ritmo se acelera. Siento la ráfaga de aire frío mientras camina más rápido, ladrando órdenes en un ruso áspero.

Sin embargo, mientras nos movemos, algo me inquieta. Solo puedo suponer que me venda los ojos porque no quiere que vea dónde estamos, para que no sepa cómo irme. Ha investigado sobre mi historial de fugas.

Dios, tengo que hacerlo. Pero si se entera…

Se cierran puertas. Retumban pasos. Los sonidos empiezan a desvanecerse, excepto sus pisadas, que rápidamente se amortiguan. ¿Alfombra, entonces? Observar con los ojos vendados no es mi fuerte. ¿Cómo de grande es este lugar? Parece que llevamos quince minutos caminando, pero quizá todo parece ir a cámara lenta cuando el corazón te late a mil por hora.

Finalmente, sus pasos se ralentizan. Mi cuerpo se mueve mientras me acomoda sobre su hombro. Se oye el sonido inconfundible de una cerradura que se abre, pero no el de una llave, así que supongo que la cerradura era digital o algo así. Una puerta se abre. Permanezco quieta sobre su hombro, esperando que, si me porto bien y hemos llegado al final, este sea el momento en que pueda bajarme de su maldito hombro y echar un vistazo.

—Le dije que no corriera, Harper. Y ha decidido desafiarme a las primeras de cambio. Todavía no es mi esposa, pero está en mi poder, así que ya es hora de que aprenda que sus actos tienen consecuencias.

Siento que me arden las mejillas. El corazón me late tan deprisa que me siento mareada. ¿Ha sido ese primer azote en el culo el preludio de...?

Grito cuando de repente me caigo, agitándome en el aire... mi cuerpo aterriza con suavidad sobre una cama. Estiro los brazos, intentando agarrarme a algo, cuando sus dedos, fuertes y ásperos, me agarran las muñecas esposadas. El pánico me recorre como un maremoto, barriendo cualquier atisbo de razón o lógica. —¿Qué está... *agh*? Una tela suave se desliza sobre mi boca y mi barbilla.

—Me ha gustado su sugerencia de la mordaza. Está aquí, en mi casa, y, con el tiempo, cuando considere que ha aprendido la lección, le concederé algo de libertad. Pero después del numerito de hoy, empezaremos poco a poco. Asienta si lo entiende.

El pulso se me acelera tanto que siento náuseas, pero, aun así, asiento.

—Bien. Volveré pronto. Por ahora está a salvo y lo bastante cómoda. Pórtese bien hasta mi regreso. Tengo que hacer unos preparativos.

*Preparativos.* ¿Cuándo se ha convertido mi boda en un funeral?

De repente, noto la habitación más fría. La puerta se cierra con un *clic* definitivo y el teclado numérico de fuera emite un pitido.

Me ha dejado sola aquí dentro. Atada como una cautiva para que no huya.

¿Cuánto tiempo me tendrá prisionera? Si nos casamos este fin de semana, es imposible que me deje atada y amordazada mientras el cura me arrastra hasta el *sí, quiero*, ¿no? O sea, necesito poder dar mi consentimiento verbalmente.

Pero después de eso..., después de que hayamos pronunciado los votos..., me considerará de su propiedad. Ni siquiera se ha molestado en ocultarlo.

¿Y entonces qué? ¿Cuando no haya nadie que le impida hacerme daño?



# CAPÍTULO 5

*HARPER*

Me despierto con el sonido de una puerta al abrirse. Al principio, estoy completamente desorientada y el pánico me invade cuando me doy cuenta de que no tengo el control total de mi cuerpo. Tengo las muñecas atadas, estoy amordazada y llevo una venda en los ojos.

Pero qué co…

—Oh, Dios mío. —Antes de que pueda recomponerme, oigo una voz de mujer. Intento calmar los nervios y recordar lo que ha pasado.

Me van a casar con Aleksandr Romanov, un capullo guapo y arrogante que se cree mi dueño.

Mis padres me han entregado como si fuera una propiedad con la que se puede negociar y comerciar.

¿Mi futuro marido me ha atado y encerrado en una habitación?

Menudo gilipollas.

—Y tanto que Dios mío. Yo pensaba que *Mikhail* era un capullo cuando estuve en esta misma situación. —Una segunda voz suspira —. Todavía estamos a tiempo de influir en los demás.

La puerta se cierra con un clic. No se oyen más voces, así que puede que fueran dos mujeres. Una de ellas tiene la voz más aguda; la de la segunda es un poco más grave y pragmática.

—Estamos aquí para ayudarte —dice la de la voz más aguda—. Por favor, no intentes oponer resistencia.

Pelear no tiene sentido cuando me superan en número. Asiento y entonces me doy cuenta de que la venda está húmeda. ¿Estoy llorando? ¿Una pequeña muestra de compasión por parte de alguien y me pongo a llorar? Tengo que centrarme.

Aunque espero que me toquen, me sobresalto cuando siento unas manos sobre mí. En segundos, me quitan la mordaza y la venda.

Parpadeo y las miro fijamente mientras mis ojos se acostumbran a la luz. Una de ellas es una rubia alta y esbelta con ojos azul pálido y piel clara y marfileña. La otra es más baja, con una enorme melena de pelo oscuro y ondulado recogida en un moño deshecho, gafas en la punta de la nariz y, obviamente, está muy, muy embarazada. Me mira las muñecas y niega con la cabeza, dirigiéndose a la rubia. —Esposas. La ha *esposado*. En serio, ¿es que no hemos conseguido hacer mella en sus cabezotas? *Dios*. Tengo llaves en el bolso por si son las esposas universales básicas.

La rubia arruga la nariz. —Vale, no necesito saber por qué tienes llaves de esposas en el bolso.

La embarazada pone los ojos en blanco. —Oh, por favor, las esposas son tan básicas que son de lo más vainilla. —Se vuelve hacia mí—. Soy Aria, por cierto. La mujer de Mikhail. Mikhail es el hermano mayor de Aleksandr.

Ya había oído su nombre. Mikhail conocía a Saul y está casado con la embarazada.

La rubia asiente. —Y yo soy Polina, la hermana de Aleksandr y Mikhail. —Niega con la cabeza y pone los ojos en blanco—. Por desgracia. Joder, ¿por qué mis hermanos no podían ser profesores o bibliotecarios o algo así? De verdad, tengo que dejar de acostumbrarme a conocer a mis hermanas de esta manera.

Vale, aquí hay historia. El corazón me late un poco más deprisa.

*¿Conocer a mis hermanas?*

Mi voz suena ronca y débil cuando hablo. —Soy Harper.

—Harper Lee Bianchi. ¿Quién es el literato de tu familia?

Trago saliva. —Mi madre.

—Harper, vamos a ponerte a punto —dice Aria—. Polina es prácticamente la única, aparte de su madre, a la que estos hombres escuchan de verdad, así que estás en buenas manos. Aunque admito que me ha costado un tiempo, pero cada vez se me da mejor persuadirlos. —Se dirige hacia la puerta—. Ahora vuelvo, voy a por esas llaves.

Polina se sienta en el borde de la cama.

—¿En qué puedo ayudarte? ¿Agua? ¿Comida?

Tengo los ojos irritados por una noche de sueño intranquilo. Estuve despierta la mayor parte del tiempo intentando trazar diversos planes de fuga, cuando no estaba planeando el asesinato de mi futuro marido.

—Agua y comida me vendrían genial, pero necesito ir al baño. Probablemente será más fácil cuando me quiten las esposas. ¿Sabe él que estáis aquí?

Ella asiente. —Mmm. Creo que decirnos a Aria y a mí que viniésemos ha sido su intento de ser medio humano.

No sé si se supone que eso debe consolarme o qué. La ha enviado para que me ayude, pero ni siquiera se ha molestado en ocultar que estoy aquí en contra de mi voluntad, y ella no parece terriblemente sorprendida de encontrarme así.

—Cuando vuelva Aria, te quitaremos las esposas y podrás usar el baño. —Se le iluminan los ojos—. He cotilleado tus redes sociales y he tomado nota de todos tus productos favoritos. Tengo todo lo que necesitas ahí dentro.

Parpadeo. Mis redes sociales. ¿Ha cotilleado la fachada de mi vida y se ha formado una opinión sobre mí basándose en eso? Ha visto los montones de publicaciones mías con mis productos de lujo para el cuidado de la piel, los selfis con pies de foto superficiales, mis falsas amistades y la promoción de cánones de belleza inalcanzables. *Qué*

*asco.* Ojalá pudiera decirle que todo es mentira, que no tiene por qué creérselo. Que esa no soy yo.

Quizá pueda.

¿Las habrá visto Aleksandr también?

*Dios.* Por supuesto que sí.

*Gracias, mamá.*

—Es muy amable de tu parte —digo—. Gracias.

—Claro. Y para desayunar sueles tomar yogur griego con frutos rojos, ¿no? Desnatado y sin azúcar, ¿verdad? He mandado al personal a comprar un poco de es…

Niego con la cabeza. —No, odio el yogur.

Sus ojos se abren un poco, mostrando una leve sorpresa.

—Lo siento, solo quiero decir que… no, gracias. No me gusta el yogur. Pero como casi cualquier otra cosa. —Siento que se me acaloran las mejillas.

La puerta se abre y el corazón me da un vuelco al pensar que podría ser Aleks. Aunque ha dicho que él sabe que están aquí…

—Vale. He encontrado un juego. A ver si funcionan.

Uf. Es Aria.

Extiendo las manos frente a mí. Aria saca la lengua mientras juguetea con la cerradura. Finalmente, gira la llave y las esposas se aflojan. Mis muñecas quedan libres. Estiro los brazos y muevo los dedos, y luego me masajeo suavemente la piel donde estaban las esposas.

—Dios, qué bien sienta esto.

Aria arruga la cara. —Eso parece doloroso.

—¿El qué?

Señala mis muñecas, donde la piel está irritada y enrojecida.

—Estoy bien —digo, encogiéndome de hombros. Lo estoy. He pasado por cosas mucho peores que esto.

—Más le vale compensártelo —gruñe ella—. Podría joderlo, pero bien.

La miro sorprendida. Aleks es mucho más grande que ella, así que resulta gracioso pensar en que pueda joderlo.

Polina asiente, con los ojos muy abiertos. —Aria es la reina de las hackers. Podría hacerlo *totalmente*.

—Es bueno saberlo.

—Bueno, hala, al baño —dice Polina—. Y dime si necesitas algo más, que voy a llamar para pedir el desayuno.

Asiento. —Gracias. La verdad es que empezaba a preocuparme que Aleksandr fuera a tenerlo todo bajo siete llaves —me río, pero ellas intercambian miradas de preocupación.

Genial. Nada preocupante, vamos.

En mi familia no pedimos el desayuno. Tuvimos servicio hace muchísimo tiempo, pero ya no. Mi madre cocinó durante una temporada, pero mi padre estaba malacostumbrado por nuestra ama de llaves y no le gustaba su comida.

Aquí, Polina dice que va a pedir comida. Sobra decir que los Romanov son muy diferentes a nosotros.

Sienta bien ducharse, pero no tardo mucho porque me da miedo que, si lo hago, Aria y Polina se hayan ido, y tengo preguntas. Me lavo rápidamente y luego me seco con la toalla. Encuentro un albornoz mullido en el dorso de la puerta. Si esto no fuera un caso evidente de que me retienen contra mi voluntad, casi parecería una estancia en un hotel de lujo.

Cuando tengo la mano en el pomo, oigo una voz masculina y grave. No me muevo. Espero hasta oír que la puerta vuelve a cerrarse con un chasquido.

Cuando vuelvo a la habitación, solo están Polina y Aria.

—¿He oído a alguien más?

Polina asiente. —Aleks se ha pasado para ponernos al día sobre los preparativos de la boda.

—Ah, vale.

—¿Te encuentras mejor?

Asiento. —Sí, me encuentro mejor, gracias. —Me fijo en un vaso de agua que hay en una mesita—. ¿Es para mí?

—Claro, dale.

Cojo el vaso y me lo bebo de un trago. Cuando termino, suspiro. —Qué bueno estaba.

—Mira lo que ha hecho este gilipollas. Está que baila una jota con una ducha y un vaso de agua —dice Polina—. Pero ¿por qué te esposó? Eso ha sido pasarse un poco, incluso para él.

*Incluso para él.*

—Porque sabía que iba a intentar escaparme.

Polina ladea la cabeza. —¿Lo habrías hecho? Quiero decir, aparte del hecho evidente de que te han desmoralizado como mujer y te han tratado como una propiedad —dice con claro desdén—, ¿hay alguna otra razón?

¿Se lo puedo contar? ¿Puedo confiar en ella? Quizá algún día.

No respondo, y espero que mi silencio sea respuesta suficiente por ahora.

Sí..., creo que podría confiar en ella.

—¿Quieres contármelo? —pregunta en voz baja. Ay, Dios, quiero, tanto que me dan ganas de llorar, pero si se lo cuento y ella tiene la obligación de decírselo a Aleks, él podría cancelarlo todo. Entonces no tendría adónde ir. Odio que mi familia me haya puesto en esta situación, pero ahora mismo mi única opción es casarme con él.

—Yo... no puedo. Al menos, no ahora.

Ella y Aria intercambian una mirada. Son mujeres listas y, como mínimo, es probable que hayan supuesto que, si estoy esperando para compartir mi información personal, puede que esté intentando que esta boda siga adelante.

Polina juguetea con un delicado collar de oro que lleva al cuello. —Mi familia está en peligro, Harper. Lo ha estado durante algún tiempo. Mis hermanos necesitan consolidar la familia con alianzas y contactos. Es nuestra forma de sobrevivir.

Asiento. Sé que solo soy una marioneta, al menos a ojos de la Bratva. —Sé cómo funcionan estas cosas —digo con hastío—. Lo pillo.

Nos quedamos en silencio un momento. Todas estamos enredadas en esta telaraña de un modo u otro.

—Bueno, pues —dice Polina—. Pongámonos en marcha. Tienes que prepararte para bajar a desayunar. —Sonríe con timidez—. La discusión que hemos tenido hace un momento iba de eso. Aleks cree que deberías comer abajo con todo el mundo.

¿Todo el mundo? Trago saliva. —¿Quién es todo el mundo?

Aria y Polina vuelven a intercambiar una mirada. Polina suspira. —Pueees. Somos muchos. Mikhail es el mayor, luego están mis otros hermanos, seis en total, aunque uno de ellos está ahora mismo fuera del país, y luego mi madre...

—¿Tienes seis hermanos? —Madre mía. Aunque se supone que me caso con Aleks, la idea de verme superada en número por más como

él da un poco de miedo.

—A mí me lo vas a contar. Venga, vamos a vestirte y a bajar.

Me muero de hambre y quiero desayunar. Tarde o temprano tendré que enfrentarme a todos. —De acuerdo.

—He elegido un par de conjuntos. Los encontrarás en el armario.

—Gracias.

Probablemente ha elegido la ropa del mismo modo que mi maquillaje, pero a estas alturas, me da igual. Lo más importante que puedo hacer ahora mismo es hacerme amiga de estas dos para poder sobrevivir a esto. Para poder hacer lo que tengo que hacer.

*Aliadas. Necesito aliadas.*

Miro la ropa rápidamente. —¿Informal?

—Algo que te pondrías para desayunar.

Yo no desayuno y probablemente me tomaría el café en pijama, pero entiendo lo que quiere decir. La pequeña pila de ropa cuidadosamente doblada y los vestidos en perchas en el armario son un crudo recordatorio de que no me permitieron traer nada conmigo.

*Nada.*

No puedo pensar en eso ahora.

Elijo unos leggings suaves y un jersey largo adecuado para este tiempo fresco, y luego entro rápidamente en el baño para prepararme. Me pinto un poco.

Aria suspira. —Podría pasarme una hora preparándome y seguir pareciendo una niña jugando con el maquillaje de su hermana mayor.

Le dedico una sonrisa irónica. —Quizá podría ayudarte con eso.

Se le iluminan los ojos. —Me encantaría.

Me cae bien.

Cuando bajamos a desayunar, puedo ver bien la casa. No me sorprende que, al mirar por los grandes ventanales, vea que estamos en un lugar seguro, resguardado tras densas hileras de árboles. Me jugaría hasta el último céntimo a que los sistemas de seguridad que rodean esta casa son de primera categoría. Él sabe de cada pájaro que se posa en su propiedad, de cada coche que pasa.

La casa es moderna y casi minimalista, construida con líneas elegantes y limpias, sin una mota de polvo ni nada fuera de lugar. Una gruesa moqueta bajo mis pies, cuadros enmarcados de arte contemporáneo. Me fijo en algunas cosas que son un poco fuera de lo común: un panel de control para las lámparas que parece sacado de una nave espacial, un termostato en la pared con una pantalla impresionante.

—Soy una chica de tecnología —dice Aria cuando ve que me estoy fijando en todo—. Bajamos un pequeño tramo de escaleras hacia el olor a beicon y café—. Y déjame decirte que se me cae la baba cuando vengo aquí.

Un enorme cuadro enmarcado cuelga sobre la chimenea del salón. Tardo un minuto en darme cuenta de que es el televisor, aunque está enmarcado como un cuadro y en este momento muestra una obra de arte. Pasamos por esa puerta y entramos en el comedor.

Se me encoge el estómago cuando el sonido de las conversaciones se apaga. Efectivamente, hay todo un grupo de hombres sentados a la mesa del comedor, pero ni rastro de Aleksandr.

Un hombre que aparenta unos treinta años se levanta y se acerca a mí. Sus ojos de un marrón oscuro y profundo bajo unas cejas pobladas, su piel dorada y bronceada y su pelo castaño oscuro con reflejos dorados le dan un aspecto casi divino. Me sorprendo a mí misma comparándolo mentalmente con el atractivo más oscuro y

rudo de Aleksandr, e inmediatamente me reprendo. *Basta.* Este hombre es imponentemente masculino e innegablemente atractivo, pero un poco más civilizado que Aleks.

Me tiende la mano.

—Mikhail Romanov, el hermano mayor de Aleksandr y cabeza de la familia Romanov. Bienvenida.

Asiento en silencio, sin saber muy bien qué es lo correcto en esta situación.

—Soy Harper.

Se me sonrojan las mejillas. Obviamente, saben quién soy. Todo el mundo me está mirando. Por suerte, no tengo que pensarlo mucho, porque Mikhail va directo hacia Aria y le pone la mano en la parte baja de la espalda.

—¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras?

—Más o menos igual que cuando te vi hace quince minutos —dice ella con un brillo en los ojos.

Siento una punzada de celos. Yo me he despertado en la cama atada y cautiva.

*No merezco una ternura así.*

*No merezco que me quieran.*

*Deshonra.*

*Asco.*

*Puta.*

—Ven, siéntate. Mi madre se unirá a nosotros más tarde. Está preparando las cosas para mañana por la noche.

Parpadeo. Mañana por la noche. Mi boda.

Asiento, todavía muda, y entonces noto una sombra que se cierne detrás de mí. Me estremezco cuando la temperatura de la habitación desciende.

Mi prometido ha llegado.

Mientras que todos los demás visten de manera informal pero elegante, Aleksandr lleva pantalones cortos de deporte y una camiseta blanca. Aún tiene el pelo húmedo, como si acabase de ducharse, y el aroma masculino de su gel de baño flota en el aire. Pondría la mano en el fuego a que acaba de entrenar. Sus músculos se marcan bajo la camiseta, un físico nacido del trabajo duro y el esfuerzo.

Me saluda con un frío gesto de cabeza y me retira una silla para que me siente. Es un gesto casi íntimo, pero parece tan falso, tan ensayado, que no me produce la cálida sensación que he tenido al ver a Mikhail con Aria.

—No toda mi familia está aquí —empieza, mientras me siento—. ¿Acaso se está portando así de bien solo por su familia? —Pero te presentaré a los que sí están. Conocerás a la mayoría en la boda.

Asiento.

—Ollie está en Moscú, pero ya lo conocerás. Es otro de mis hermanos. —Mueve la cabeza hacia el otro lado de la mesa, donde están sentados algunos de sus hermanos.

A su derecha se sienta un hombre de aspecto peligroso, cubierto de tatuajes, con un atractivo rudo y primitivo. Su gran corpulencia y su ceño amenazador hacen que me den ganas de esconderme.

—Nikko, y a su lado, Viktor.

Viktor, un hombretón musculoso con la cabeza rapada y una cicatriz que le recorre una mejilla, levanta una mano. Sus facciones, fuertes y marcadas por la cicatriz, son un poco aterradoras.

Sin embargo, Polina dijo que tenía seis hermanos. Incluyendo a Aleksandr, solo he conocido a cuatro y uno está en Moscú.

—Nuestro hermano pequeño ha sido herido recientemente... Ha pasado un tiempo en el hospital, pero debería estar lo suficientemente bien como para asistir a la boda.

—Oh, lo siento —digo, pero mis palabras se pierden rápidamente por el ruido de las puertas y los pasos del personal que trae grandes bandejas de comida.

Observo platos típicos americanos como salchichas, beicon y huevos revueltos junto a una fuente de sándwiches abiertos cubiertos con una variedad de ingredientes. Me intriga la gran bandeja de tortitas pequeñas que se sirven con guarniciones de crema agria, mermelada y miel.

Normalmente me salto el desayuno por completo, aunque mis redes sociales me pinten como la amante del yogur rico en proteínas. Hoy, sin embargo, me voy a dar un festín.

Aleksandr se sienta a mi lado y sirve un vaso de zumo de naranja y una taza de café, colocándolos ambos junto a mi plato.

Lo miro con curiosidad, preguntándome si ha sufrido un trasplante de personalidad en el gimnasio. A ver, no me imaginé despertarme esposada y amordazada, ¿verdad? Y ahora, ¿se hace el caballero sirviéndome el zumo?

—¡Sonreíd, vosotros dos! —dice Polina, levantando el móvil para hacer una foto.

Le dedico a la cámara una sonrisa radiante, como un resorte. Lo hago sin pensarlo. Siento el calor y el peso de su brazo sobre mis hombros y me quedo helada. Es demasiado familiar. Demasiado caballeroso. Demasiado incoherente con la forma en que me ha tratado.

—Aleks —dice Polina—. No pasa nada por sonreír para una foto.

Por el rabillo del ojo, veo que le hace una peineta.

Quizá *sí* que nos llevemos bien.

—¿No tienes frío? —le pregunta Polina, mientras pasa por nuestro lado y se sienta a mi otro lado.

Él se encoge de hombros.

—Esto no es nada. Aquí hace calor en comparación con los inviernos rusos.

—No solo los inviernos —murmuro por lo bajo.

Polina se ríe disimuladamente, pero Aleks solo se acerca un poco más a mí.

Se inclina sobre mí para coger una fuente de esas tortitas. Su calor hace que mi piel resplandezca y su innegable aroma masculino hace que todos mis nervios se pongan en alerta. Aleks irradia testosterona, y mi cuerpo está tomando nota.

*Maldita sea.*

—¿Qué son esas tortitas?

—Syrniki. Tortitas fritas de requesón que tradicionalmente se comen con crema agria o algo dulce como mermelada o miel. Los sándwiches también son una tradición rusa: buterbrody. Toma, pruébalos.

—No estoy segura de lo que me gusta, pero lo probaría todo una vez —digo.

Se queda helado, con el tenedor a medio camino de pinchar una de las pequeñas y regordetas tortitas.

—¿Cualquier cosa? —susurra en mi oído—. Lo tendré en cuenta.

Ignoro el sonrojo de mis mejillas. Odio la facilidad con la que me desarma. Tengo que recuperar el control.

—¿Fruncir el ceño a la comida es una tradición de los Romanov o estás improvisando? —pregunto dulcemente, antes de dar un gran bocado a la tortita.

Es untuosa, dulce y deliciosa.

—¿El sarcasmo desenfrenado es un rasgo de los Bianchi o estás perfeccionando el arte?

—Oh, eso es solo para ti.

Una comisura de sus labios se curva, pero no parece divertido.

—Llevas tus defensas como una segunda piel, princesa.

El corazón se me acelera.

—Y tú llevas tu arrogancia como una corona, su majestad.

Polina se ríe a mi lado.

—Me gustas, Harper. Oh, me gustas mucho.

Aleksandr la fulmina con la mirada.

—Mantente al margen.

—Ni en sueños —responde ella dulcemente, parpadeando.

—Compórtate —me dice en voz baja al oído.

Puede que no tenga ningún control sobre su hermana, pero al parecer necesita ejercerlo sobre *mí*. Se me calienta la piel, y el vello de la nuca se me eriza.

—¿O qué? ¿Vas a romper el compromiso? —le susurro yo. Me inclino hacia él, de modo que mi cuerpo queda presionado contra su brazo desnudo y mis pechos pegados a él. Le poso la mano con delicadeza en el pecho—. Que yo recuerde, no tenías una cola de mujeres dispuestas a casarse contigo, ¿o sí?

Aria suelta un grito ahogado. Miro y la veo con la mano en el vientre.

Mikhail se levanta de un salto tan rápido que vuelca la silla.

Polina sonríe.

—¿Estás bien?

—¿Ha sido una contracción? —susurra Aria con los ojos como platos.

—Tendrás que esperar a ver qué pasa —dice Polina, siempre tan calmada. Mira a Mikhail, que está de pie y blanco como el papel—. Tranquilo, Mikhail, es la primera vez. Tienes tiempo de *sobra*.

—¿Acaso tienes una bola de cristal? —le espeta él, lanzándole una mirada furibunda.

Ella le hace un gesto displicente con la mano.

—Aria, vamos a asegurarnos de que tienes todo lo que necesitas en la bolsa. De todos modos, es bueno caminar si estás en las primeras fases del parto.

*Recuerdo el destello de dolor, el chorrito de agua. La carne desgarrándose y el llanto reciente.*

Cierro los ojos mientras una punzada de dolor me atraviesa el pecho. Solo me concedo unos segundos antes de abrirlos y coger un vaso de agua. Se van. No quiero que se vayan.

Me tiembla la mano y casi tiro la jarra. Sin decir palabra, Aleks coge la jarra y me sirve un vaso.

—Gracias —susurro, intentando calmar mi corazón desbocado a sorbos del agua helada.

*Señorita estirada.*

*Pedazo de basura inmunda.*

*Puta de mierda.*

Bebo agua a sorbos hasta que me arde el pecho. Me amontono comida en el plato, aunque ahora mismo todo me sabe a nada. Agradecida, cojo la taza de café y acojo con gusto la quemazón abrasadora que me produce en la garganta.

Si Aria está de parto, podría ser una buena distracción..., una oportunidad.

Podría escapar de aquí para siempre. Quizá podría escapar del inevitable horror de nuestra noche de bodas.



# CAPÍTULO 6

*ALEKSANDR*

El sol brilla con fuerza sobre la multitud de invitados, crudo en invierno sin la sombra de las hojas. Levanto la mano para protegerme los ojos y examino a la multitud.

Siempre alerta. Siempre vigilante. Aparte del puñado de miembros de mi familia, nunca me fío de verdad de *nadie.* Alguien podría estar aquí dispuesto a matar. Todos sabemos que estar prometida a un Romanov es una sentencia de muerte. La lista de prometidas de Mikhail podría dar fe de ello... si siguieran vivas.

Algo no va bien. Examino a la multitud una y otra vez, buscando una pista, pero a diferencia de leer la pantalla de un ordenador, interpretar a un gentío no es tan sencillo.

El sol parece demasiado brillante; el viento enérgico, demasiado frío.

Empiezan a sonar los acordes de una pieza de música, un clásico ruso que no logro identificar. Todo parece un poco confuso y desorientado. Estoy hiperconcentrado en una amenaza entre nosotros.

—Aleks. —Miro a mi derecha y veo a Nikko, vestido completamente de negro. ¿Por qué va vestido de negro? Es una boda, no un funeral.

¿Hay alguna diferencia en mi familia?

—Alguien ha burlado a nuestros guardias. Ha habido una brecha en la seguridad. —Sigue dándome detalles, pero mi cerebro zumba con las primeras palabras que ha dicho.

Tenemos que avisar a las chicas. Polina y Aria están con Harper. Tenemos que llegar hasta ellas.

Avanzo por el pasillo, con los ojos de nuestros invitados siguiéndome, cuando la veo a ella: a Harper. Vestida con un blanco de ensueño, con un velo cubriéndole el rostro. Tengo que llegar

hasta ella. Tengo que protegerla. Hay alguien aquí con la intención de destruir a mi familia, y ella prácticamente tiene una diana en la espalda.

Abro la boca para decirle que se ponga a cubierto cuando alguien grita a mi espalda. Resuenan unos disparos ensordecedores. Echo mano a mi pistola cuando oigo otro grito. No encuentro al tirador. No encuentro al enemigo.

Ya he estado aquí una vez, incapaz de proteger a la gente que quiero, tan indefenso como un niño.

—¡Aleks! ¡Aleks! —La voz chillona de Polina, al borde de la histeria, hace que mi mirada vuelva a la suya.

*No.*

*¡No!*

Sangre carmesí sobre tela blanca. Harper está encorvada, agarrándose como si pudiera contener la hemorragia con sus propias manos. La sangre fluye y fluye, sobre el encaje y las perlas, manchando el suelo, manchando sus zapatos, manchando mis propias manos cuando por fin llego hasta ella.

*No.*

La acuno contra mi pecho, el recuerdo de haber hecho esto mismo en una vida pasada es tan vívido como el dolor. He fracasado. No he conseguido protegerla.

Me despierto del sueño con el corazón desbocado. Me siento en la cama y me quedo mirando. Todavía puedo sentir el calor pegajoso de su sangre en mis manos. Todavía puedo oler el hedor metálico de la sangre. Todavía puedo sentir el pesado peso de saber que he vuelto a fracasar.

Paso las piernas por el borde de la cama. Tengo que moverme.

El tenue atisbo de luz al otro lado de la ventana me dice que aún no ha amanecido.

Cierro los ojos.

Fue un sueño. Solo un sueño.

Es el día de mi boda, y solo fue un sueño.

Nadie grita ni llora. Hay un silencio maravilloso. Incluso apacible.

Salgo de la cama y me estiro, agradeciendo el dolor en las piernas y los brazos del agotador entrenamiento de ayer. Controlo mis emociones en el gimnasio, y hoy no será una excepción.

Me acerco a la ventana y casi espero ver sillas plegables blancas manchadas con la sangre de mi novia.

Sin embargo, no hay más que hierba escarchada. Ni siquiera vamos a tener invitados fuera. La boda será en el interior.

Y aquello fue solo un sueño.

Entonces, ¿por qué mi corazón sigue acelerado como si hubiera ocurrido de verdad?

*Ocurrió una vez. Hace años. En otro momento y en otro lugar, pero ocurrió una vez.*

Camino hacia el baño en piloto automático y me echo agua en la cara. Me miro el reflejo, esperando ver los mismos ojos hundidos y la piel pálida que tuve durante los meses posteriores a su muerte.

Pero a veces las imágenes no se corresponden con la realidad. Tengo un aspecto demasiado sano para lo que pasa por mi mente.

Un puño golpea la puerta. No es un toque, sino un portazo. Probablemente sea Nikko.

—Entra —grito por encima del hombro.

—Joder, podrías avisar de que estás meando —dice con asco.

—Me acabo de despertar, gilipollas. ¿Qué necesitas? —Levanto la mano que no estoy usando y le hago una peineta.

—¿Crees que solo vengo a verte cuando necesito algo?

—No —digo con un sarcasmo que gotea—. Has venido a desearme lo mejor el día de mi boda. A darme algún consejo de hermano. —Termino mis asuntos, tiro de la cadena y me lavo las manos. Miro su reflejo en el espejo—. ¿A darme un abrazo?

—Vale, ahora te estás pasando. Joder —murmura Nikko—. Primero, feliz día de tu boda.

—Sí, gracias. ¿Está todo despejado?

—Clarísimo. Demasiado claro. Tenemos a todos y cada uno de nosotros en alerta máxima, y no hay nada fuera de lugar. No tiene sentido, a menos que ya hayan aprendido la lección y sepan que es mejor no cruzarse en nuestro camino.

Me encojo de hombros, con aire despreocupado para no delatar el ritmo staccato de mi corazón.

A Mikhail lo llaman el Tigre Siberiano. A Viktor, el Puño de Hierro. A Nikko, la Serpiente de Acero.

Se podría decir que tenemos cierta reputación.

—No bajamos la guardia ni un segundo —le digo, poniendo pasta en el cepillo de dientes—. ¿Quieres darle a las pesas conmigo?

Frunce el ceño y arruga la nariz.

—Ni de coña. ¿Crees que quiero morir?

Él entrena con Viktor, pero no le gusta la paliza mañanera.

—Bueno, pues sé un cagueta. ¿Vas a decirme qué necesitas o qué?

Me dedica una sonrisa avergonzada.

—Bueno, ya que estoy aquí...

Pongo los ojos en blanco y escupo la pasta de dientes.

—Pues, eh... tengo un pequeño problema con unas grabaciones que podrían no darnos muy buena imagen. ¿Puedes limpiarlas? Hacer que parezca que nunca estuvimos allí.

Entrecierro los ojos.

—¿Lo sabe Mikhail?

—Joder, no, pero no es nada grave. Que quede entre nosotros.

Resoplo.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias, tío.

Necesito ver a Harper.

Solo quiero demostrarme a mí mismo que no fue más que un sueño.

Necesito verla ya. Cuando cierro los ojos, todavía la veo envuelta en un vestido de novia empapado en sangre. Necesito borrar esa imagen de mi mente.

Nikko se marcha y yo voy hacia el cuarto de invitados donde se aloja. Los rusos tenemos nuestras tradiciones, y los italianos, las suyas. La idea de una princesa italiana compartiendo cama con su futuro marido es un escándalo. Normalmente me importan una mierda esas cosas, pero me aferro a las tradiciones. Simplifican las cosas.

Se oye un leve tintineo de platos en la cocina, el personal preparándose para el día que empieza; pero, aparte de eso, la casa sigue envuelta en la quietud que precede al amanecer. Mis pasos son silenciosos mientras camino hacia su habitación. Los guardias que he apostado frente a su puerta se apartan a un lado cuando les lanzo una mirada fulminante para que se muevan.

Me detengo ante la puerta y aguzo el oído por si oigo algo.

Llamo a la puerta. No hay respuesta.

Vuelvo a llamar. Nada.

No oigo… nada. Ni el roce de las sábanas. Ni siquiera la oigo respirar. El pánico se apodera de mí y se me nubla la vista.

Abro la cerradura a toda prisa, empujo la puerta para abrirla, entro corriendo y la encuentro… durmiendo plácidamente en la cama.

Siento que no debería estar aquí. Es mi casa y será mi mujer, pero sin sus piques impertinentes, parece tan vulnerable como una niña pequeña.

*Satén empapado en sangre y ojos sin vida.*

Niego con la cabeza y le ordeno a la pesadilla que se largue de mi puto cerebro.

Cierro la puerta y siento que todo mi cuerpo se relaja, aliviado. Estoy furioso conmigo mismo por haberme alterado tanto, por dejar que unos estúpidos sueños me roben la paz. Si me siento así ahora ante la idea de que le pase algo, ¿cómo voy a sobrevivir si llego a sentir algo por ella? No puedo permitirme enamorarme. Es demasiado peligroso.

Me quedo de pie a su lado y la observo. Tiene las manos dobladas bajo la mejilla, el pelo rubio miel revuelto sobre la almohada. Las mantas y las sábanas le envuelven el cuerpo.

Las primeras horas de la mañana, antes de que el alba dé paso al día, se sienten de alguna manera íntimas y sagradas. Tras la ventana, el suave resplandor de la luna es la luz de noche de la naturaleza; una luna llena que proyecta sombras que danzan por las paredes y sobre la figura de la bella durmiente. Incluso los sonidos apagados de la noche menguante que llegan desde fuera de su ventana se sienten densos y sensuales.

Me acerco más a ella. No se mueve.

Le sacudo el hombro y luego doy un paso atrás.

—Despierta, Harper.

Se despierta de un respingo y se sube las sábanas rápidamente. Parece confusa por un momento, como si intentara descifrar la realidad de los sueños.

Ya somos dos.

—¿Qué haces aquí dentro?

—No deberías dormir tan profundamente. ¿Y si fuera un depredador? —Estoy enfadado porque me ha dejado acercarme tanto sin darse cuenta de que estaba aquí.

Entornando los ojos hacia mí, me devuelve el golpe. Su voz sigue ronca por el sueño.

—Si hubieras llegado hasta aquí siendo un depredador, diría que tu equipo de seguridad es una mierda y que necesitas contratar a gente mejor.

Tiene razón.

Mi corazón se ralentiza. El calor que me había subido al pecho empieza a disiparse.

Nos miramos en silencio. Su mirada recorre mi cuerpo de arriba abajo. Todavía llevo los bóxeres con los que he dormido y nada más. Se lame los labios y se arropa más con las sábanas.

—¿Qué llevas puesto? —Mi voz es grave. Afectada. Mi respiración se vuelve superficial.

Aquí dentro hay silencio, pero aun así apenas puedo oír su voz.

—Aleks.

—Serás mi mujer en cuestión de horas. Quiero saber qué llevas puesto.

El aire entre nosotros se siente cargado, denso por el peso del deseo inesperado y de nuestros inminentes votos.

—Oh, no es nada —dice, sosteniéndome la mirada mientras relaja lentamente el agarre de las mantas—. Solo un conjuntito de pijama.

Un *conjuntito*, sin duda. Apuesto a que apenas le cubre los pezones y el culo.

Me muero de ganas de ver cómo se ve inmovilizada bajo el peso de mi cuerpo. Con la boca entreabierta o, mejor aún, llena con mi polla.

Me muero de ganas de ver cómo se le ablanda la mirada y su cuerpo se funde con el mío cuando se corra.

Me muero de ganas de verla de rodillas. Sin llevar nada más que mi anillo de bodas.

Puede que no ame a esta mujer, pero disfrutaré cada puto segundo posible con su pequeño y prieto cuerpo. Disciplinando esos labios carnosos. Haciendo que me suplique.

—¿Qué querías, Aleks? —Su voz sigue siendo apenas un susurro. Un atisbo de pánico cruza su mirada cuando me acerco.

No sé lo que quiero. Estamos demasiado cerca, la habitación es demasiado íntima mientras el cielo empieza a brillar débilmente.

—Enséñamelo.

El pánico se extiende por su rostro, como si estuviera a punto de sufrir un ataque en toda regla.

—¿Enseñarte el qué? —pregunta con voz estrangulada.

—Enséñame lo que llevas puesto. O mejor aún, lo que no llevas.

Dios, soy un gilipollas. Sé que se supone que debe permanecer intacta. Sé que no debería verla, ni siquiera vestida del todo, en este momento, y mucho menos vestida con casi nada. Pero quiero verla.

Quiero echarle un vistazo más de cerca, cuando estemos solo los dos.

Por alguna razón, quiero decirle que está a salvo, que puede confiar en mí. Me debato entre la necesidad de hacerle entender quién soy y la necesidad de asegurarme de que sepa que no voy a hacerle daño.

*Pero lo haré. Es inevitable.*

Duda durante largos segundos y finalmente, con mano temblorosa, empieza a bajar la ropa de cama.

—Solo un pijama que me trajo tu hermana. —Se ha recuperado y ha pronunciado esas palabras con ese tono de voz jodidamente impertinente.

—Enséñamelo —repito. Mis palabras son un medio gruñido apenas civilizado.

Con una floritura, echa las mantas a un lado.

*—Joder.*

No lleva más que un diminuto pantalón corto de pijama de raso blanco con un lacito rosa pálido centrado en el ombligo, y una delicada camiseta de tirantes que la cubre, pero *apenas*, aferrándose a sus curvas como el pecado.

—Mira —dice con una voz que me indica que sabe *exactamente* lo que está haciendo—. Hasta pone *Novia* en el culo. Por si se te olvida quién soy y necesitas una etiqueta.

Estoy harto de esta mocosa impertinente.

—¿Ah, sí? A ver.

Se inclina hacia un lado y me enseña el culo, justo a tiempo para que yo le estampe la palma de la mano. Disfruto del satisfactorio cosquilleo en mi palma.

—¡Ay! —chilla, volviéndose boca arriba—. ¡Oye!

Me apoyo en la cama sobre la palma de la mano justo cuando ella se deja caer, inmovilizándola en el acto. Tiene las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos. Cualquiera diría que el azote en el culo la ha puesto cachonda.

*Joooooder, sí.*

Ah, voy a disfrutar mucho con esto.

Empezando ahora mismo.

La acorralo bajo mi cuerpo. —¿Sabes que aquí tenemos reglas para maridos y esposas, verdad? ¿Sabes cuáles son?

Sus ojos brillan con picardía. —A ver. Primero, la esposa debe obtener permiso de su señor y amo —eh, quiero decir, *marido*, Su Alteza Real— antes de permitirse respirar, sobre todo si lo hace demasiado alto. Segundo: bajo los sagrados votos del matrimonio, ninguna esposa tendrá jamás más opiniones que su omnisciente marido. Jamás debe hacerle sombra de ninguna manera.

—Tu precisión es asombrosa. Es como si te hubieras criado en la mafia —me inclino hacia delante y recorro el fino tirante de espagueti de su hombro. Ella se estremece, pero finge que no le afecta.

Joder, es preciosa. Tiene los ojos brillantes y cálidos, la piel tersa y vibrante con un ligero rubor en las mejillas. Unas sedosas ondas de pelo castaño miel, ligeramente alborotadas, enmarcan suavemente su rostro. Tiene ese atractivo de vecina de al lado, de novia italiana, que me vuelve jodidamente loco.

Si no la conociera, la describiría como… alegre. Incluso simpática. Accesible.

En otras palabras, es mi polo opuesto en todos los sentidos.

—Continúa.

—Tercero —prosigue ella, como si no hubiera hecho más que empezar—. El marido reina supremo. La esposa debe llevar a cabo todos sus negocios y relaciones sociales con la aprobación expresa y por escrito de su señor y amo. Jamás debe tener una opinión contraria a la de su marido, debido a su frágil ego y a su precario control sobre el patriarcado. Debe…, debe…

Su voz flaquea cuando le quito el tirante de espagueti del hombro. Dios, no puedo contenerme más. Quiero ver sus pechos perfectos, la forma en que sus pezones se endurecen cuando paso la lengua sobre ellos. Quiero saborearla, paladearla, *consumirla*.

—¿Te he dicho que pares?

Le quito el segundo tirante y le doy un tironcito al top. Cae justo por debajo de sus pezones. Un torbellino de excitación me recorre.

—Una esposa debe…, debe… no llevarle nunca la contraria a su marido. Jamás debe cues-cuestionarlo de nin-ninguna manera —titubea mientras me inclino y le lamo la punta de cada pezón perfecto y oscuro. Mis bóxeres se tensan contra mi erección desbocada justo cuando el primer destello de luz del día aparece por la ventana—. Una esposa debe o-obedecer como una humilde sirvienta. Si una esposa ejerce el libre albedrío, o comete el imperdonable pecado del pensamiento independiente, provocará que su marido se sienta extremadamente decepcionado.

Es muy lista. Siento curiosidad por ver cómo mantiene ese vocabulario y ese ingenio cuando le lama el coño.

Le cojo un pezón entre los dientes y le pellizco el otro. Su espalda se arquea y sus labios se entreabren.

—Sigue, Harper. Si paras ahora, tendré que castigarte. No querrás eso, ¿verdad?

Un brillo descarado en sus ojos me dice que está dispuesta a intentarlo.

Que empiece el juego.

—Una esposa obediente se po-pone lo que su marido elige —continúa.

—O nada en absoluto —la corrijo, enmarcando su dulce y perfecto cuerpo entre mis manos y besándola desde los pechos hasta el ombligo. Ella reprime un gemido.

—Una esposa debe someterse al juicio superior de su marido —dice, con los ojos entornados—. Ya que él cuenta con el beneficio de la clarividencia patriarcal.

—Siempre.

Llego al lacito y le planto un beso *justo. Ahí*. —¿Y ahora hablemos de lo que pasa cuando una esposa no obedece a su marido, de cómo está sujeta a su extrema decepción y a su firme corrección? ¿A que sí, Princesa?

Suelta un gritito cuando le palmeo la palabra *Novia* en el culo. —Pero si te portas bien, te enseñaré un mundo de recompensas y placer.

Beso la dulce uve que forman sus piernas e inhalo el seductor aroma de su excitación.

—Aleks —susurra, con voz trémula.

—¿No debería ser *Mi Señor*?

Le sujeto las muñecas con la mano y me pongo de pie; su cuerpo rebosa necesidad. La deseo con tantas ganas.

—Polina vendrá pronto para ayudarte a prepararte, y no tengo el más mínimo interés en que mi hermana me vea en calzoncillos con una erección descomunal. Me han dicho que los preparativos duran todo el día.

Ella asiente y se muerde el labio. —Sí.

—No te veré hasta que pronunciemos nuestros votos, entonces. —Le suelto las muñecas para inclinarme y besarle la mejilla—. Prométeme que te portarás bien.

—Mmm.

—Te estaré vigilando.

El sol irrumpe entre las nubes en el horizonte. El brillo del amanecer parece una esperanza al otro lado de la ventana. Sosteniéndome la mirada, sonríe. —Cuento con ello.



# CAPÍTULO 7

*HARPER*

El día pasa como en una nebulosa. Me depilan, me peinan y me acicalan hasta que me siento lista para la alfombra roja. Aunque somos un grupo reducido.

—He intentado contratar a gente —dice Polina—. Tenía apalabrados a un peluquero, una maquilladora y todo tipo de especialistas. Quería darte la mejor oportunidad posible de dejarlos a todos boquiabiertos. Quería que a todos los grupos mafiosos rivales del país se les cayera la baba de envidia.

Miro a mi alrededor. Estamos Polina, Aria, una de las empleadas de Polina y yo, además de una gatita gris, pequeña y elegante que se me ha presentado esta misma mañana. Por lo visto, es de Aleks y solo le gusta él, pero se me ha enroscado en las piernas y ha ronroneado como si fuéramos amigas de toda la vida.

—Vaya, le caes bien —dice Polina—. A los demás les bufa, pero contigo se ha encariñado.

Siento que se me afloja algo en el pecho cuando ronronea. Siempre he querido tener un gato, pero mis padres nos prohibían tener mascotas.

—¿Y qué ha pasado con los demás que intentaste contratar? —pregunto con curiosidad—. Me parece bien que seamos pocas, es solo por saber.

Pone los ojos en blanco y se planta con las manos en las jarras. —Aleks, por supuesto, el maniático del control. *Nadie verá a mi futura esposa en ropa interior, salvo sus hermanas* —dice, imitando a la perfección el ligero acento de Aleks—. *Cuanta más gente tengamos, mayor será el riesgo de una brecha de seguridad*.

Sonrío ante su imitación, pero me invade una punzada de celos. ¿Así es como se crio ella? ¿Con hombres a los que de verdad les

importaba su bienestar? Me resulta tan ajeno... Mi padre habría pedido un préstamo para contratar a un equipo entero que me preparara para que estuviera impecable y perfecta, sin importarle lo más mínimo lo que yo quisiera ni mi pudor, y mi hermano hacía todo lo que mi padre le ordenaba.

Llaman a la puerta. Como Polina tiene las manos ocupadas con mi pelo, le hace un gesto a Aria. —¿Puedes abrir?

Aria se acerca a la puerta contoneándose. —Es una de las empleadas con unos refrescos. Gracias a Dios, estoy *hambrienta*.

Polina se ríe por lo bajo y me guiña un ojo. Hace cosa de una hora, Aria se ha comido una macedonia de frutas y un bagel cargado de queso crema, y luego ha rebuscado en el bolso un paquete de frutos secos que ha devorado en segundos porque decía que seguía muerta de hambre. Como no le ha bastado, ha encontrado un cuenco de caramelos de menta y se los ha zampado todos.

—Creo que a alguien se le acerca el parto —me susurra Polina al oído—. Su cuerpo se está cargando de energía con todas esas contracciones de práctica.

Le sonrío. Apenas las conozco, pero es como si las conociera de toda la vida. Estoy tan emocionada como ellas por la llegada del bebé.

—Aquí tienes —dice Aria, trayendo la bandeja de comida. La desliza sobre la cómoda—. Dios mío, qué buena pinta tiene esto.

—Sírvete.

Se muerde el labio, pero se está conteniendo a todas luces. Pone cara de esperanza.

—¡Pero tú eres la novia, tienes que comer!

—No tengo mucha hambre.

Se le iluminan los ojos y está a punto de coger un sándwich envuelto cuando le suena el móvil. Con un suspiro, lo vuelve a dejar.

—Es Mikhail. Tengo que cogerlo. ¿Necesitáis algo?

—Estamos bien. Ve, aplaca al futuro papá para que no monte un drama el día de la boda —dice Polina con un gesto de la mano.

—Chicas —dice Aria, volviendo con cara de preocupación—. Mikhail dice que ha pasado algo raro con tus redes sociales, Harper.

—¿Mis redes sociales? —No tengo mi antiguo móvil, solo uno nuevo que me ha dado Aleks «por seguridad» y que ni siquiera he usado aún.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, negando con la cabeza.

Aria suspira. —Parece que alguien ha intentado atacarte. Te han hackeado la cuenta y han publicado un montón de cosas. No has podido ser tú, ya me he metido y he comprobado la dirección IP de quien lo ha publicado, y no estaba ni cerca de aquí. —Frunce el ceño —. De todas formas, tú no habrías publicado esas cosas.

¿De verdad quiero saberlo?

Mi nuevo móvil suena con el último nombre que he añadido a mis contactos.

*Aleksandr Romanov.*

Se me acelera el corazón. He repasado lo de esta mañana en mi mente una y otra vez. Tengo sentimientos encontrados, como poco.

No puedo pensar en eso ahora. No puedo pensar en lo que pasará cuando estemos a solas.

Intento ocultar el temblor de mi mano cuando contesto la llamada. —¿Sí?

—Borra tus redes sociales. Todas. Alguien está intentando controlarte difamándote, y no pienso permitirlo. No discutas conmigo, Harper. Si tú…

—Las borraré encantada. ¿Bromeas? Las odiaba.

Polina me mira sorprendida. Intercambia una mirada con Aria.

—Hazlo ahora, mientras hablas conmigo.

Cojo el móvil nuevo y voy a cada página, una por una, para eliminarlas. Con cada cuenta desactivada, me siento un poco más ligera.

—Ya está. Dios, qué bien sienta.

—Bien. Siento si te ha resultado difícil.

Vaya. ¿Un poco de humanidad por su parte?

—No pasa nada.

—¿Estás casi lista?

—Casi.

—El personal subirá en breve con algo de comida. Intenta comer un poco antes de la boda.

No debería conmoverme su preocupación, pero no puedo evitarlo. Después de una vida de abandono, es agradable tener a alguien a quien le importan hasta las cosas más básicas.

—Ya lo han hecho, pero no tengo mucha hambre.

—¿Cómo que ya lo han hecho? La estoy viendo ahora mismo.

—Deben de haber sido los del catering o algo, entonces.

—¡Dios mío! ¡Aleks, tu estúpido gato! —Polina lo espanta de la bandeja de comida y suspira—. Vas a tener que subir esa bandeja de todas formas, tu maldito gato acaba de pasearse por toda esta y la ha mordisqueado. Qué asco.

—Sé amable con mi gato o te corto la paga —dice, y no sé si bromea o va en serio.

Ella le hace una peineta al teléfono.

—He visto eso, Polina. —Me dedica una sonrisa avergonzada. ¿Iba de farol o lo ha visto de verdad? Puede que nunca lo sepamos.

Cuelgo el teléfono y estoy dando los últimos retoques cuando llaman a la puerta. El corazón se me acelera. He estado distraída preparándome para la boda. Estoy separada de Aleks desde esta mañana y no he tenido ocasión de pensar en casi nada, y mucho menos de sentir miedo.

Pero ahora..., ahora que estamos a punto de casarnos, todos los miedos que he tenido sobre estar a solas con él salen a la superficie. Me tendrá para él solo. Querrá... sexo.

Cierro los ojos cuando una punzada de miedo hace que se me suba el corazón a la garganta.

Tengo sentimientos encontrados al respecto. Reticencias. Pavor.

Aunque esta mañana... esta mañana ha habido un atisbo de esperanza. Un destello de algo parecido a la humanidad en sus ojos. Un pensamiento fugaz de que quizá, solo quizá...

—¿Estás bien? —levanto la vista, dispuesta a responder a Polina, pero me doy cuenta de que no me está mirando a mí, sino a Aria. Aria se ha puesto pálida y tiene la mano en el vientre.

—No voy a tener un niño el día de tu boda —dice, como si le ordenara a su cuerpo que se detuviera—. ¡No voy a tener un niño el día de tu boda!

Sonrío. —Aria, conocí a Aleks hace como dos días. Esto no es precisamente la culminación de años de enamoramiento. Cuanto antes se vayan estos invitados a casa y pueda quitarme esta ropa y ponerme un pijama cómodo, mejor. En otras palabras: adelante, ten un niño el día de mi boda.

La risa musical de Polina nos hace sonreír a todas. —Anda, me gustas, Harper. Me gustas mucho. Aria, ¿qué pasa?

—Solo... contracciones —dice Aria, negando con la cabeza—. Creo que son las falsas.

—Bueno, avísanos si se vuelven más seguidas o intensas, ¿vale? —pide Polina, dándole a Aria una botella de agua.

Se vuelve hacia mí. —Estoy estudiando para ser enfermera.

—Ah, vale. —Eso vendrá bien.

Vuelven a llamar a la puerta. —¡Ya estamos casi listas!

—El novio se está impacientando. Han puesto la música de entrada unas cuantas veces —dice uno de los chicos.

—Vale, vale, vamos. ¿No sabéis que las italianas nunca llegan puntuales a sus bodas? Es como una norma —murmura Polina.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estuviéramos tan cerca de tener que irnos.

Todo parece surrealista. El sonido de la música. La formalidad de los invitados bien vestidos que esperan abajo, la mayoría desconocidos para mí, salvo el pequeño grupo de mi propia familia con el que no pienso cruzar la mirada.

Polina va delante de mí, con un ramo de flores. No sé ni de dónde ha salido. Me miro las manos y me doy cuenta de que yo también llevo un ramo. Todo parece extrañamente onírico mientras me preparo para caminar hacia mi futuro marido.

Cuando lo veo, el corazón me da un pequeño salto en el pecho. Recuerdo la mirada de deseo en sus ojos esta mañana. La forma en que su dedo en mi hombro hizo que cada nervio de mi cuerpo cobrara vida.

Recuerdo un torbellino de emociones intensas. Cómo me tembló la voz cuando empezó a desvestirme. Cómo mi necesidad de que me tocara crecía con cada segundo que pasaba, cómo la excitación y el

temor luchaban entre sí, llevando mi cuerpo a un estado de incandescencia.

El modo en que su afirmación de dominio y el desafío a mis límites me estimulaban y aterrorizaban a la vez.

La sensación de su boca en mi piel, las olas de placer que enviaba por todo mi cuerpo, el efecto que sus palabras autoritarias tenían en mi cuerpo y mi mente...

La expectación por lo que nuestros votos significarían.

Trago saliva y parpadeo, intentando volver al presente.

Hay un sacerdote con un libro. Cerca, una mujer con un elegante moño plateado. ¿Su madre? Sus hermanos, a los que conocí ayer, y un hombre más joven a su lado con el brazo en cabestrillo y un vendaje en la cara. Ese debe de ser el que aún no conozco.

Avanzo hacia Aleks como impulsada por una fuerza invisible. Me paro frente a él, con el corazón latiéndome tan rápido que parece el aleteo de un colibrí en mi pecho. Se inclina hacia mí, con un esbozo de sonrisa en los labios, mientras me coge la mano.

¿Va a ser amable conmigo, entonces?

—Podrías poner un poco menos de cara de funeral —susurra.

Pues va a ser que no.

Le devuelvo una sonrisa forzada. —Sinceramente, tengo el tanga metido por el culo, así que no te lo tomes como algo personal. Me gusta pensar que es... simbólico.

Él reprime un bufido mientras el sacerdote inicia la ceremonia.

—¿Por qué me miras fijamente? —susurro—. ¿De verdad tienes miedo de que salga corriendo ahora?

—Tengo que asegurarme de que no te entre el pánico escénico. Pero te lo prometo, princesa: si te echaras a correr ahora, sentiría una

inmensa satisfacción en la persecución.

Trago saliva. —¿Por qué perseguirme? ¿Tanto me deseas?

Se acerca más. Para cualquier otra persona, parecería un susurro íntimo de palabras entre dos amantes.

Nosotros sabemos que no es así.

—Todo juego tiene su fin, Harper. Y yo *siempre* juego para quedármelo todo.

El sacerdote sigue y sigue con su sermón, pero no oigo ni una palabra hasta que llega el momento de mis votos. Asiento y acepto, y Aleks también. No hay nada remotamente romántico en dar el «sí, quiero» a un hombre al que no conoces, y mucho menos al que no amas.

Pero cuando me coge de la mano y me desliza un anillo en el dedo, algo en mí se ablanda.

Cuando el sacerdote nos dice que podemos besarnos, levanto la cara hacia la suya.

Comienza de forma casi tentativa, como dos personas que pisan un estanque helado, sin saber si podrá soportar su peso. Bajo la mirada de extraños y enemigos y los ojos expectantes de quienes nos rodean, el suave encuentro de sus labios y los míos carga con el peso de lo que hay entre nosotros.

Como toda interacción entre nosotros, está cargada de un pulso eléctrico. Sus dedos en mi barbilla me queman la piel. Hay una reverencia y una ternura en la forma en que me toca de la que no sabía que fuera capaz.

Por un momento, me olvido de que haya alguien más que nosotros dos. Esto no es solo un beso, sino quizá una tregua silenciosa, un nuevo camino forjado por nuestros respectivos pasados y nuestro futuro. Un susurro de algo mucho más grande.

Cuando nuestros labios se separan entre los vítores, los gritos y los aplausos de la multitud que nos rodea, me quedo un poco aturdida. Pero no tengo tiempo para reflexionar sobre nada de esto, ya que me coge de la mano y me conduce por el pasillo improvisado en mitad de su —¿nuestro?— salón hacia el comedor.

Mi familia aparece de la nada, el ceño desaprobador de mi madre junto a la sonrisa cruel de mi padre. Cree que ha ganado.

—Está usted preciosa —dice mi madre—. Pero recuerde su lealtad.

La mirada de Aleks se ensombrece. —Recordará a quién le debe lealtad.

El color del rostro de mi padre me dice que ha captado el mensaje alto y claro.

—Mírese, emperifollada como si fuera de la realeza. Interpreta usted muy bien el papel de novia ruborizada.

Siento que me arden las mejillas. No puedo creer que lo acabe de decir en voz alta.

La mano de Aleks en mi espalda me tranquiliza. No debería…, no es mi aliado ni lo ha sido. Pero ahora que estamos casados, ahora que soy su mujer, quizá las cosas cambien.

—Vámonos —dice en voz baja—. Ignóralos. Si vuelven a dirigirte la palabra, me encargaré de ellos personalmente.

Pasamos por delante de ellos. Mantienen la cabeza alta, casi con altivez. Mi madre me dedica un atisbo de sonrisa. Le devuelvo la sonrisa, no por amabilidad, sino porque quiero que sepa que, aunque esto no ha sido elección mía, voy a estar *perfectamente*.

Más que perfectamente. Voy a prosperar.

El comedor de gala es grande y espacioso, lleno de enormes jarrones con flores. Los camareros, de etiqueta, pululan por la sala

sosteniendo grandes bandejas de plata con aperitivos. Aleks me guía hasta una mesa preparada para dos.

Me siento, agradecida por el vaso de agua y la copa de champán para calmar mis nervios crispados. Por ahora, cenaremos.

Luego estaremos a solas. Solo nosotros dos.

Pienso en esta mañana.

Cojo la copa de champán y me la bebo de un trago.

—Creo que se supone que tenemos que esperar al brindis —dice Aleks, inclinándose hacia mí.

—Ah, claro. Reglas, tradiciones y esas cosas.

—¿Eres de las que se saltan las reglas, Harper? —pregunta mientras recorre el tallo de mi copa con el dedo. Algo parecido a la lujuria destella en sus ojos—. ¿Te gusta hacer las cosas a tu manera?

¿Por qué no puedo evitar imaginarme esos dedos recorriendo mi piel desnuda? ¿Recordar lo que juró que me haría si lo desafiaba?

No *si* lo hacía, en realidad…, sino *cuando* lo hiciera.

—Creo que tú…

—*Aleks.* —Polina está de pie frente a nosotros, sin aliento, como si hubiera venido corriendo. Su voz es apenas un susurro y sus ojos están muy abiertos, presos del pánico.

Dejo la copa y coloco las manos en mi regazo para calmar el temblor, pero Aleks está tan plácido como si nada.

—¿Qué pasa? —pregunta en voz baja.

—Es Misty.

¿Misty? ¿Quién es Misty...? *Ah*. Su gata. Misty es su gata. ¿Le ha pasado algo?

—Está enferma. Pensé que era algo normal, como si tuviera una bola de pelo o algo atascado en la garganta, pero es mucho más que eso. Creo que la han envenenado. Pero eso no es lo peor.

Los ojos de Aleks son oscuros y peligrosos. Letales. —Dime.

—¿Te acuerdas? —susurra Polina—. Comió de la bandeja de comida destinada a Harper.



# CAPÍTULO 8

*HARPER*

La verdad tarda unos segundos en calar antes de que una gélida máscara de determinación se dibuje en el rostro de Aleks.

—Cierren esta sala a cal y canto. *Ahora*.

Todo sucede muy deprisa. Investigan a los invitados y los escoltan fuera, interrogan al personal. Yo estoy sentada, flanqueada a ambos lados por dos de los guardaespaldas que estaban apostados frente a mi puerta esta mañana.

De repente, me acuerdo. —¿Aleks, antes has dicho que tenías una bandeja de comida para mí, y yo te he dicho que ya teníamos una?

—Cierto. ¿Quién trajo la bandeja?

—Aria.

Aria dice que se la dio una de las empleadas y señala a una mujer pálida y delgada de pelo rubio.

—Lo siento mucho, señor —dice ella, con los ojos como platos ante la expresión del rostro de Aleks—. Me ordenaron que la subiera. Es todo lo que sé. He llegado tarde a mi turno y uno de los jefes de sala me ha dicho que usted había pedido que la subieran.

La pobre chica tiembla bajo su mirada furibunda. —¿Qué camarero?

El interrogatorio se alarga hasta que Aleks ha interrogado a todo el personal. Mikhail supervisa la operación con preocupación y el ceño fruncido, pero sobre todo parece que intenta evitar que Aleks los mate a todos él solo.

—Aria podría haber comido de esa bandeja —digo en un susurro—. Tenía la comida en la mano, pero se ha distraído.

La idea de que Aria pudiera haber sido envenenada...

Ahora Mikhail se une a Aleks con la misma mirada asesina.

—Quiero que despidan a todo el personal —le dice Aleks a Mikhail—. A todos. Nadie más que mi mujer se queda aquí.

El corazón se me para al oír esas palabras, dos palabras que me resultan extrañas.

*Mi mujer.*

En menos de una hora, han llevado a su gata al veterinario de urgencias y han dicho que está envenenada, pero bien, y ahora no queda nadie más que nosotros dos en la casa. Ni un solo empleado. Ni un solo guardaespaldas.

No me cabe duda de que Mikhail y sus hombres están haciendo lo que sea que hagan los hombres de la Bratva ante una posible amenaza contra sus seres queridos.

Aleks está sentado, taciturno, con una botella de cerveza delante. Hace tiempo que se ha quitado la corbata y tiene el pelo un poco alborotado. Está jodidamente melancólico, y no hay nada que hacer al respecto.

Intento pensar en él como *mi marido*, pero, de algún modo, su imagen delante de mí y las palabras no acaban de encajar.

Saboreo una copa de vino e intento atar cabos.

—Todos fuimos adoptados, ¿sabes? —dice pensativo, pasando el pulgar por el borde de la botella de cerveza.

—¿Ah, sí? No lo sabía. Bueno, es que no sé casi nada de ti.

—Cada uno de nosotros, a su vez, salió de la nada. Mi tío me dijo que era una de las estrategias favoritas de su padre. De mi abuelo.

Doy otro sorbo de vino, agradeciendo el regusto ligeramente afrutado y el ardor. —¿Qué estrategia?

—Empezar de cero. Borrón y cuenta nueva. Dijo que cada vez que se hacía cargo de un negocio, lo primero que hacía era despedir a todo el mundo para poder elegir a dedo quién trabajaba para él. Era su método para asegurarse la lealtad —habla con un gruñido bajo y peligroso que me provoca un escalofrío—. Quemarlo todo hasta los cimientos y empezar de cero.

—Una estrategia interesante.

¿Eso se aplica a mí?

*Ooooh.*

—Me dijiste que no trajera nada conmigo —digo con un hilo de voz al darme cuenta—. Querías empezar de cero *conmigo*.

Asiente. —Así es como mi padre formó su familia. Uno por uno, nos eligió. Se aseguró nuestra lealtad cubriendo nuestras necesidades, cuidándonos, ejerciendo de padre. Dándonos una madre que nos cuidara.

—Ya veo.

Da otro sorbo a la botella. Observo cómo su nuez sube y baja mientras traga.

—¿Los has despedido a todos?

—Sí.

Me termino la copa de vino y cojo la botella. Me mira como hipnotizado, pero no me detiene. Intento mantener un tono alegre para acallar mis crecientes nervios. —Me sorprende que se fueran tan fácilmente, dada tu naturaleza alegre y tu contagiosa alegría de vivir. Eres como un rayo de sol con forma humana.

Me mira entrecerrando los ojos. —¿Me estás provocando?

La mano me tiembla un poco al servirme otra copa. —Qué va.

Por supuesto que lo estoy provocando. Si consigo que se centre en picarse conmigo, le quitaré de la cabeza cosas como el asesinato, el derramamiento de sangre y los oscuros anhelos que lo atormentan. Quiero ver al hombre que hay bajo las cicatrices y las sombrías máscaras que lleva.

Y, si soy sincera, quiero distraerlo del inevitable siguiente paso que damos a solas como matrimonio.

—Inténtalo de nuevo —dice, girándose para mirarme. Se termina la cerveza y tira la botella sobre la mesa. Doy un respingo ante el ruido del cristal y espero que se haga añicos, pero solo rueda.

—Quizá sea tu atractivo magnético y tu carisma —digo, dando otro generoso sorbo de vino. Mis pensamientos se nublan un poco y la vista frente a mí se vuelve borrosa, como si la habitación estuviera dibujada con pasteles al óleo—. ¿Tu naturaleza refinada y tu desenfadado sentido del humor?

—Te vas acercando —dice, y juraría que la forma en que me mira es como si me estuviera desnudando mentalmente—. Joder, princesa. Estás guapísima. ¿Cuánto vino has bebido?

Me termino la copa y miro la botella. —No el suficiente —susurro, arrastrando las palabras. Echo mano a la botella.

—No, Harper.

Un escalofrío me recorre la espalda ante la absoluta autoridad de su tono. Me detengo, con la mano en la botella, y levanto la vista hacia él. —¿Qué?

—No más vino —un calor se extiende por mi cuerpo desde la coronilla hasta la punta de los pies—. Quiero que recuerdes esta noche con todo lujo de detalles.

Oh, Dios.

Me pongo en pie con las piernas temblorosas y doy unos pasos hacia la improvisada barra vacía que flanquea una pared, con las botellas

abandonadas aún alineadas como soldados. Estiro el brazo y cojo un chupito de güisqui. Nunca bebo tanto. Ni siquiera sé cómo hacerlo. Pero sí sé dos cosas: no quiero recordar esta noche y no quiero que piense que puede darme órdenes.

Desenrosco el tapón de un chupito de algo de color ámbar y ni siquiera leo la etiqueta. Echo la cabeza hacia atrás y me lo bebo de un trago, farfullando cuando recupero el aliento.

Chillo cuando todo su cuerpo cálido me presiona contra la mesa blanca. ¿Cómo ha llegado hasta ahí? Ni siquiera me había dado cuenta de que se movía.

—¿Ya me estás desobedeciendo? Apenas hemos pronunciado los votos.

—No lo estoy. Me dijiste que nada más de vino. —Levanto el chupito vacío—. Esto no es vino.

—Así que a eso vamos a jugar —dice arrastrando las palabras mientras me coloca las manos planas sobre la mesa.

—¿Jugar a qué? —Mi voz suena demasiado aguda, demasiado alta.

—A cómo te ganas tu primer azote.

Mis mejillas se tiñen de rojo al instante y, por un momento, mi visión se vuelve más clara. —¡Aleks!

Su palma se estampa contra mi culo, pero apenas la siento. Estoy envuelta en capas y capas de tela. No puedo evitarlo: estoy tan contentilla y tan alterada que suelto un bufido.

—¿Te estás burlando de mí, princesa?

Me estoy burlando de él, y mucho, pero niego con la cabeza.

—¿Yo? Nunca. ¡Aleks!

Con un movimiento rápido, me levanta por los aires y me carga sobre el hombro; mis piernas patalean y mis manos se agitan frente

a mí.

—Hay que quitar todas estas capas de ropa.

Estoy temblando y quiero luchar, pero no tengo elección.

No me importa cómo ha estado esta mañana. No me importa cómo ha respondido mi cuerpo. No me importa que sea nuestro deber, que tenga que darle hijos, que ahora estemos casados y que las expectativas puestas en nosotros sean tan claras como el agua.

*Tengo miedo.*

Para cuando llegamos a nuestro dormitorio y me pone de pie frente a él, tengo las mejillas húmedas de lágrimas. Noto el sabor salado y me obligo a parar, pero no puedo. Me las seco con rabia. Me siento tan cobarde.

Apenas me fijo en el tamaño de la cama o en los jarrones de flores, en los colores neutros y apagados y el diseño sencillo de la habitación, en el aroma a jazmín y rosas y en la pila de regalos envueltos y tarjetas sobre una mesita. Es nuestra noche de bodas, y lo único que me importa en este momento es lo que tenemos que hacer a continuación.

Sin prisas, desabrocha los botones de perlas de la nuca de mi vestido y besa la piel desnuda que se revela con cada uno que cede.

—¿Por qué lloras? —pregunta mientras suelta otro botón y me besa de nuevo—. Estás llorando, Harper.

Niego con la cabeza. —N-no lo estoy —tartamudeo, pero es inútil. Vaya si lo estoy.

Cuando desabrocha unos cuantos botones más, me desliza una manga del hombro, de modo que todo un lado de mi cuerpo queda expuesto ante él.

—Sí que lo estás, y quiero saber por qué. ¿Crees que te haré daño?

Continúa desnudándome con parsimonia hasta que solo llevo puesto el sujetador de satén blanco de la boda y el tanga a juego. Me tumba en la cama y se sienta en el borde, a mi lado.

—N-no —digo con voz temblorosa—. Pero no lo sé a ciencia cierta. No sé quién eres y no sé de lo que eres capaz.

Me acurruco entre la montaña de almohadas de la cabecera de la cama y lo observo. Antes, esta noche, cuando se dio cuenta de que habían intentado envenenarme, la expresión de su cara me aterrorizó. Ahora, sin embargo..., ahora tiene una mirada diferente que me produce más curiosidad que otra cosa.

—Eres valiente, Harper. Resiliente. Esto no es propio de ti.

Maldita sea, ¿por qué es tan perspicaz?

Trago saliva y me humedezco los labios, apartando la mirada, pero él no me lo permite. Con los dedos en mi barbilla, me obliga a mirarlo.

—Dime —dice con la misma voz que usó esta noche para desalojar la sala, un tono que no admite discusión. Sé entonces que es imposible esconderse de Aleksandr Romanov. Me ha calado. Con los dedos en mi barbilla, me sostiene la mirada—. ¿Quién te ha hecho esto?

*Un desconocido en una habitación abarrotada.*

*Sábanas arrugadas y gritos ahogados.*

*Sangre y dolor y la certeza de haber sido usada y desechada.*

—¿Hacerme... hacerme qué? —susurro, esperando que, si gano tiempo, no tendré que enfrentarme a esto. Enfrentarme a *él*.

Estoy tumbada en la cama, medio desnuda. Él está completamente vestido, sentado a mi lado. Intento ocultar el hecho de que estoy llorando bajo una máscara de bravuconería, y él intenta mantener su temperamento a raya.

Estoy cansada de máscaras y mentiras e ilusiones.

Tan, tan cansada.

—Estás jodidamente aterrorizada de estar a solas conmigo. Mírate. Estás prácticamente hecha un ovillo y apenas te he tocado.

Una parte de mí *quiere* que me toque. Quiere que me haga olvidar.

Con el ceño fruncido, intenta adivinarlo. —¿Te dijo tu madre que temieras la noche de bodas? ¿Tienes miedo de cómo será la primera vez?

Niego con la cabeza. No será mi primera vez.

—No —susurro.

¿Qué hará cuando descubra que no soy virgen?

Un músculo se contrae en su mandíbula. Está perdiendo la paciencia. —Alguien te ha hecho daño.

Me humedezco los labios. —Sí.

Inclinándose hacia delante, cubre mi mano con su gran palma. —Te lo preguntaré una vez más. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Por qué me tienes miedo?

Lo miro fijamente. Ahora estamos casados. Compartimos un apellido y compartiremos hijos. No puedo contarle todos mis secretos, todavía no, pero le contaré el resto pronto.

—Estaba en una fiesta —digo en un susurro—. Alguien me echó algo en la bebida. Solo recuerdo retazos.

—Te agredieron —dice con una voz que no logro descifrar, pero que me recuerda a un león con garras de terciopelo.

Tengo la boca seca, la voz ronca. —Sí.

No habla durante largos minutos. ¿Va a hacerme daño? He cometido un error al contárselo, lo sé. Conozco las consecuencias que afronta

una mujer de la mafia por perder su virginidad. Es mercancía dañada.

*La estirada.*

*Pedazo de basura inmunda.*

*Puta de mierda.*

Acabo de revelarle a Aleks que ha sido engañado. Lo han embaucado para que se case conmigo, sin saber quién soy ni lo que he hecho.

—Lo siento —susurro—. Creía que podría ocultarlo. No quería contártelo. Si mi madre supiera que te lo he dicho...

Él levanta la mano para que me detenga. Las palabras mueren en mis labios.

—En tu mundo, la virginidad de una mujer es su orgullo y su mayor tesoro. Para nosotros no es lo mismo. E incluso si fuera una expectativa en mi familia, no te culparía por haber sido agredida. Pero sí tengo preguntas. —Estoy temblando, incapaz de parar. Sin decir palabra, cierra su mano sobre la mía. El temblor cesa—. Dime. Cuando tu padre se enteró, ¿qué consecuencias tuvo para vuestra familia la justicia que impartió? Necesito saber quiénes son nuestros enemigos.

Al principio no entiendo muy bien la pregunta. ¿Cree que mi padre me vengó?

—¿Que hizo justicia?

Aleks tiene los labios apretados en una fina línea. Se le han puesto los ojos negros. —¿Cuando asesinó al hombre que te agredió, ¿qué pasó?

—Me echó la culpa, Aleks. Ni siquiera buscó al hombre que me agredió. No sabíamos quién era y a mi padre no le importó —niego con la cabeza—. No sabes lo superficial que puede ser mi familia. Yo

no les importaba. Les importaba que una de sus mayores bazas ya no valía nada —me encojo de hombros—. Mi hermano quería deshacerse de mí. Hizo un trato con el tuyo, y aquí estoy.

*No eres una inútil.*

*No es culpa tuya.*

Aleks parece sorprendido por un instante. Es la primera vez que le veo una expresión así en la cara, pero he oído que la sorpresa es una de las expresiones casi imposibles de disimular. —¿Ni siquiera tu hermano buscó justicia?

Niego con la cabeza. —No.

Frunce el ceño y, cuando responde, su voz es tan rastrera como una serpiente. —Los mataré, joder.

Me estremezco porque no es una forma de hablar. Lo hará.

—¿A quiénes? —susurro.

—A todos. Tu padre debería haber actuado de otra manera. Tu hermano debería haber quemado el mundo entero para defender tu honor. Tu madre debería haber contratado a alguien para averiguar quién te agredió y haber hecho de la venganza la misión de su vida.

De verdad, de verdad que no conoce a mi familia.

—Un miedo como este no se puede fingir —dice en voz más baja, cuando la primera rabia atronadora empieza a amainar—. Me tienes miedo porque te agredieron.

Se levanta de la cama de un salto y se aleja, paseándose a zancadas junto a ella antes de negar finalmente con la cabeza. —Qué hacer con tu familia y nuestro enemigo tendrá que esperar a otro día. Esta noche es para nosotros —me dedica una mirada curiosa—. ¿Quieres que me vaya un rato? ¿Necesitas algo de tiempo?

¿Cuánto tiempo me daría? Hay reglas en nuestras familias.

¿Quién es este y qué ha hecho con el ruso gruñón? Trago saliva. Piensa. ¿Quiero que me deje?

Niego con la cabeza. Recuerdo esta mañana. La esperanza que parpadeó como la llama que prende. —No. Estoy… dispuesta a intentarlo. Si me escuchas si digo que pares.

—Por supuesto que lo haré. No soy un monstruo.

Asiento. Por primera vez en mi vida adulta, siento que la elección es *mía*. Y eso lo es *todo*.

Inclinándose, Aleks posa sus labios sobre los míos. El beso es tan suave que resulta casi casto.

—Déjate puesto lo demás, Harper. Quiero que *tú* controles esto.

Dice eso, pero es él quien da las órdenes. Me trago el nudo que tengo en la garganta y asiento. Puedo hacerlo. Sé que puedo.

Aunque no quiero estar desnuda delante de él. Tengo los mismos pensamientos temerosos todos los días.

—¿Quién más está en esta casa con nosotros? —pregunta.

Me humedezco los labios. —Nadie.

—Eso es. Solo nosotros. Tú, mi esposa. Y yo, tu marido. No te haré daño. Y no hay nadie que nos diga dónde y cuándo hacer nada. Me he casado contigo y eso es todo lo que importa ahora mismo.

Una pequeña parte de mí se pregunta por qué antes pensaba que me odiaba. ¿Son las cosas diferentes ahora que soy su esposa?

Mis manos se posan sobre mis muslos. Observo cómo Aleks se levanta a mi lado y se despoja lentamente de su propia ropa, con el ceño fruncido como si estuviera concentrado. Le he visto esta mañana casi sin nada, y no he podido quitarme de la cabeza la idea de su piel dorada, sus abdominales musculosos y sus bíceps tonificados, los planos perfectos de sus hombros.

Pronto, estamos sentados el uno frente al otro, vestidos como en la silenciosa madrugada. Esta mañana solo estábamos nosotros dos. Nosotros dos y un largo día por delante. Apenas me tocó. Ahora es lo mismo, solo que esta vez no tenemos adónde ir y ni siquiera la excusa de esperar a después de la boda para impedirnos hacer nada.

Sin decir palabra, se inclina hacia mí y me besa el hombro desnudo. Un escalofrío me recorre la espalda, pero no me muevo. Otro beso sigue al primero, mientras recorre la longitud de mi brazo y vuelve a subir.

Un temblor me atraviesa.

Durante tanto tiempo, he sentido que solo era un objeto para la gente que conocía, la gente que amaba. No sentía que le importara a nadie más allá de lo que podía hacer por ellos. Ahora, sin embargo… no debería permitirme creer que le importo, pero es difícil pensar lo contrario cuando me mira de esa manera.

¿Estoy simplemente idealizando esto? ¿Idealizán*dolo a él*? Me persiguió, me metió a la fuerza en la parte de atrás de su coche y me esposó.

Pero luego hicimos nuestros votos. Y quizá en esta familia… eso signifique que algo ha cambiado.

—Eres preciosa —dice en voz baja, mientras se desplaza hacia mi otro hombro y me besa también a lo largo de ese brazo—. Pon las manos en tu regazo y no las muevas hasta que yo te lo diga.

Ahora mismo no podría desobedecer nada de lo que dijera aunque lo intentara. Soy arcilla en sus manos, incapaz de resistir la atracción que hay entre nosotros. Estoy flotando en algún lugar de la atmósfera, sin la fuerza de la gravedad que me mantenga en tierra.

Así que hago lo que dice. Pongo las manos en mi regazo mientras él continúa adorándome. Un beso tímido en la parte superior de un

pecho. Somos como dos amantes perdidos hace mucho tiempo que intentan recordar el camino de vuelta el uno hacia el otro.

—Túmbate —me susurra al oído—. Quiero saborearte.

Con un suspiro tembloroso, obedezco. Sin mediar palabra, me sujeta las muñecas y las inmoviliza por encima de mi cabeza. —No muevas esas manos.

Las mantengo en su sitio, pero cuando recorre mi cuerpo, me pongo enferma de los nervios. Cuando me besa el triángulo en la parte superior de mi sexo, mis caderas se convulsionan, pero una repentina necesidad de huir me atraviesa.

—No —susurro—. No lo hagas. Por favor, no.

Nunca nadie me había hecho eso antes, pero es demasiado íntimo, demasiado cercano, y apenas nos conocemos.

—¿No haga el qué?

—No… hagas eso. No estoy preparada. Por favor, Aleks. No estoy cómoda con nada de esto. —En cuanto lo digo, me arrepiento. ¿Qué va a hacer? Es mi marido y, según todas las reglas de nuestros dos mundos, ahora le pertenezco.

Se queda pensativo un momento. —Si me dejas intentarlo, te ayudará a prepararte. Lo hará más fácil.

—¿Tendrá que haber… otras cosas que podamos hacer?

—Sí, pero tenemos que consumar este matrimonio. Tú lo sabes, y yo también. Es la norma en mi familia y en la tuya. Pero podemos esperar.

Asiento y trago saliva. Él se levanta y se acerca a la cómoda. Por primera vez, veo un platito con fresas cubiertas de chocolate y algo de champán. Abre la botella con sigilo, sin la fanfarria del siseo y el estallido del corcho.

Vierte champán en una copa de flauta y luego se sirve otra para él. Dejo escapar un suspiro.

—¿Tienes hambre?

Asiento. Me muero de hambre. Apenas he cenado.

—Empecemos con esto.

Trae la bandeja de fresas y yo alargo la mano para coger una, pero me da una palmadita juguetona en la mano.

—¡Oye!

—Puedes coger una —dice—. Pero solo si te la doy yo.

Madre mía. Tengo unas sensaciones tan extrañas y contradictorias dentro de mí. Una parte de mí quiere que me toque. Quiero olvidar por completo la agresión que sufrí. Quiero perderme en el placer, y sé que está ahí mismo..., fuera de mi alcance. Si tan solo...

Y luego, otra parte de mí quiere hacerse a un lado, dormirse y fingir que esto nunca ha ocurrido.

—No tenemos elección, Harper. Pero podemos hacer que esto sea divertido.

Sé que tiene razón. No la tenemos. Nuestra unión fue la consolidación de dos familias, una medida calculada.

Me entrega la copa de champán. Ya he bebido tanto vino que, cuando me la termino, empiezo a sentirme un poco desinhibida.

Me reclino en la cama, curiosa por ver qué hará a continuación. Aunque es a él a quien observo y se supone que es él quien manda, he sido yo la que ha dicho que no. Me siento poderosa.

—Abre.

Le sostengo la mirada mientras introduce la punta de una fresa cubierta de chocolate en mi boca. Muerdo, sin apartar los ojos de él,

y una explosión de sabores me inunda la boca. Trago y me lamo los labios. Mmm.

—¿Fumas?

Niego con la cabeza, desconcertada.

Lo observo mientras se dirige a un rincón de la habitación y abre el cajón de un escritorio. Saca algo. Lo sostiene entre los dedos, se lo lleva a los labios y lo enciende.

El dulce olor a humo inunda la habitación.

*Ah.*

Abre una ventana y me le quedo mirando fijamente. Es extraño, yo en ropa interior y él en la suya.

Está jodidamente bueno. Sus piernas están esculpidas, su culo es perfecto. Su espalda es impresionante. Tiene tatuajes en varios sitios, lazos y líneas, palabras y espirales, pero nada que pueda distinguir bien ahora mismo.

—Tómatelo con calma si no lo has probado antes. ¿Fumas?

Niego con la cabeza. Puede que no sea virgen, pero soy terriblemente inexperta.

Me pone el porro entre los dedos. Con mano temblorosa, me lo llevo a los labios y le doy una pequeña calada. Toso un poco, pero él me va indicando cómo hacerlo. Pronto, una deliciosa sensación de estar flotando se apodera de mí.

La comisura de sus labios se tuerce en una sonrisa. —Vas a dormirte durante días después de esto.

—Suena delicioso. Solo asegúrate de afeitarme para que no me convierta en la versión femenina de Rip van Winkle.

Los ojos de Aleks se oscurecen. —¿Afeitarte? Puedo encargarme de eso.

Una risita burbujea en mi garganta. Le quito el porro y le doy otra calada.

—Con calma —dice—. Ahora, mantén las manos en el regazo.

Levanta otra de las fresas cubiertas de chocolate y me pone la puntita en la boca. El sabor del cremoso chocolate y la fruta ácida y fría golpea mi lengua. Me lamo los labios. —Qué rico.

Le observo zamparse tres. —Rico, pero necesitamos comida de verdad. Vamos a dar un paseo.

—Voy supercolocada y estoy casi desnuda.

—Suena perfecto.

Es extraño bajar a la cocina sin apenas nada de ropa, pero él hace que parezca normal. Un rey en sus dominios, rebuscando en la nevera y sacando algo de queso y galletas saladas, embutidos y aceitunas. Preparamos una tabla de embutidos improvisada, la acompañamos con el champán y lo llevamos todo de vuelta al dormitorio. Está delicioso.

Envalentonada con el estómago lleno, le hago una pregunta. —¿Por qué te casaste conmigo? —Un hombre tan guapo como él podría haber conseguido a cualquiera, se me ocurre—. ¿Por qué *yo*?

Se encoge de hombros. —No soy de tener citas. Tuve una novia hace mucho, mucho tiempo. Y la perdí. No he querido salir con nadie desde entonces. Pero conoces las reglas. Conoces las expectativas. Así que, cuando Mikhail llegó a un acuerdo con tu hermano, acepté.

¿Tuvo a alguien antes que a mí? Ya no está, pero aun así estoy celosa.

Pongo una pequeña cuña de parmesano en una galleta de trigo redonda y le doy un bocado. —¿Y qué pasa ahora que estamos casados?

—Ha habido muchos que aspiraban al poder en The Cove tras la muerte de nuestro enemigo. Ahora que estamos casados, tenemos el primer bastión que necesitamos. Siguiente paso, los hijos. —Mi corazón da un vuelco.

—Y luego la dominación mundial —digo con forzada alegría.

—Exacto. A mi madre le gusta decir que el hombre no debe estar solo.

—¿De verdad te cita la Biblia? ¿Sabe ella quién eres?

—Creo que es *precisamente* porque sabe quiénes somos que siempre nos está citando la Biblia. Con la esperanza de salvar nuestras almas o algo así.

Eso me hace reír. Voy a coger otra fresa, recuerdo su advertencia, y muy educadamente vuelvo a poner la mano en mi regazo.

—Buena chica —dice con aprobación.

Me encanta cuando me elogia. Me encanta cuando me mira como si se muriera de hambre y quisiera comerme. Me encantan muchas cosas de nosotros dos y eso es probablemente peligroso de narices.

Está sentado en una silla frente a la cama, despatarrado de esa manera masculina y desenfadada, con las rodillas separadas y los codos apoyados en los muslos. —Quiero mirarte. Ponte de pie delante de mí, Harper.



# CAPÍTULO 9

*HARPER*

ESTOY *SUPER*BORRACHA, o colocada, o como se llame a la combinación de ambas cosas. Y no tenía ni idea de que esto pudiera suceder, pero juro que todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo están ardiendo.

Me estremezco cuando alarga la mano hacia mí, pero no me da tiempo a hacer nada más antes de que me siente en su regazo de un tirón. La sensación de su erección presionando contra mi culo me dice que le gusta lo que ve. El orgullo me inunda el pecho.

Es una sensación agradable, no aterradora como había imaginado.

—¿Cómo te sientes ahora? —pregunta. Contengo la respiración cuando se inclina hacia delante y desliza la boca por el hueco de mi cuello. Su pelo me hace cosquillas en la barbilla.

—Menos inhibida, se podría decir —mi voz suena lejana—. ¿Qué estás haciendo?

Sus hombros se elevan cuando inspira. —Hueles tan bien.

—¿Querías olerme?

—Mmm.

—Es una forma interesante de entender el juego previo.

—Todo es el juego previo, Harper. Todo. Tú huyendo. La persecución. Yo atrapándote. Tu descaro y tu ingenio. Verte con ese vestido. Saber lo que había debajo.

Las llamas de la excitación me lamen. Su agarre se vuelve más firme.

—Cuando era más joven, conocí a un chico que estaba en la universidad. —Resulta curioso pensar en Aleksandr como un

adolescente. Más joven, inocente, menos esculpido. Quizá su barba era rala. Quizá sus ojos no eran tan duros.

—Era como otro hermano mayor para mí. Yo era virgen y él me estaba dando algunos consejos.

Madre mía.

Trago saliva. ¿De verdad quiero oír esto?

—¿Sabes qué me dijo para asegurarse de que una mujer estaba lista para el sexo?

—Esto... ¿preguntárselo?

Él sonríe y niega con la cabeza, su acento se ha vuelto más marcado por la excitación. —Dijo que la tocara por *todas partes* y le hiciera saber lo mucho que apreciaba lo que veía. Y que luego besara cada centímetro de su cuerpo hasta que estuviera tan húmeda que no pudiera más.

Joder, pues vaya. —Quiero decir que... podrías probar a hacerlo.

Me roza con los labios la mejilla, la mandíbula, el cuello. Pasa a mi hombro y a la parte superior de mis pechos antes de sopesar cada uno en sus manos.

—¿Estás segura?

—Me... estoy dejando convencer.

Mi cuerpo es casi gelatina cuando me inclina hacia atrás para poder besarme a lo largo de todo el cuerpo, desde el valle de mis pechos hasta el ombligo. La habitación está cargada de expectación; el calor del alcohol afloja mis nervios tensos, mi contención.

Con cada segundo que pasa mientras sigue besándome, me hundo más y más en un mundo en el que solo existimos nosotros dos.

La atracción magnética entre nosotros crece, la conexión es innegable. Me han hecho daño, sí.

Pero a él también.

He perdido la inocencia.

Él también.

Me da la esperanza de que, cuando descubra mi secreto, cuando lo descubra todo sobre mí, me perdonará.

Casi siento que puedo confiar en él. Casi siento que podría ser sincera. Pero ahora mismo, solo puedo concentrarme en lo que tiene que pasar esta noche.

El aire, como siempre, está cargado entre nosotros. Eléctrico. Vuelve a besarme los pechos y mis pezones se endurecen por la expectación. Cuando se lleva uno de ellos a los labios y succiona, mis caderas se elevan por voluntad propia.

Olas de placer me sacuden cuando pasa la superficie de su lengua por mis pezones, uno tras otro. Cuando me quedo helada, se detiene lo justo para darme una orden. —Déjate *llevar.* Deja de luchar contra mí.

Quiero protestar, decirle que deje de decirme lo que tengo que hacer, pero con cada beso, cada lametón, cada mordisquito y cada caricia, mi determinación empieza a desmoronarse. No consigo recordar los pensamientos que antes me frenaban.

Su tacto es a la vez suave y firme, seguro pero sin prisas. Cuando sus labios encuentran los míos, los últimos vestigios del mundo que me rodea dejan de existir. Una sensación de estar flotando me invade.Y entonces estoy flotando de verdad. Estamos de pie y me lleva en brazos a la cama. Con movimientos deliberados, me tumba bocarriba en el centro del colchón y se arrodilla a mi lado. Ya estuvimos aquí una vez y le pedí que parara. Ahora no recuerdo por qué.

Mis bragas están en mis tobillos, y luego en el suelo. Me abre las piernas y se acomoda entre ellas con confiada facilidad. El calor de

su aliento en la cara interna de mis muslos es una promesa de placer. Empiezo a temblar cuando me doy cuenta de lo que va a hacer, pero esta vez, estoy preparada.

Desliza los dedos entre mis piernas, abriéndose paso con facilidad por mis pliegues húmedos. —*Jristos*. Estás jodidamente húmeda.

—Mmm —digo con la voz ahogada—. Supongo que fue un buen consejo el que te dieron.

Sus ojos se encuentran con los míos. Me sostiene la mirada mientras desliza la lengua hacia arriba, justo sobre mi clítoris. Grito ante el repentino espasmo de placer que parece apoderarse de toda la parte inferior de mi cuerpo.

—Jodeeeer —gruñe—. Dios, sabes mejor de lo que imaginaba.

Se pierde en su adoración. Una caricia perezosa de su cálida lengua en mi clítoris, seguida de una pulsación de sus dedos en mi interior. Me acerco al éxtasis con cada segundo que pasa. Una y otra vez me lame, reprimiendo sus propios gemidos. Mis ojos se cierran. Me estoy ahogando en la perfección, mi cuerpo responde por sí solo.

Todo se centra en la más mínima conexión entre nosotros. Cada pensamiento y sentimiento, cada esperanza y sueño cabrían en la cabeza de un alfiler. Mi mundo entero está aquí mismo, anticipando el siguiente roce perfecto de su lengua.

—¿Estás cerca? —pregunta.

Asiento. No creo que pudiera detenerme ahora aunque lo intentara.

—Córrete en mi lengua —ordena con otra perezosa lamida—. Venga, princesa.

La sensación me sobrepasa y entonces... me quedo atónita ante un crescendo de éxtasis. No puedo respirar ni hablar mientras mi cuerpo cede a una dicha absoluta. Los espasmos se apoderan de mí y me pierdo por completo en él, en una rendición total. Mientras el

clímax me subyuga, la ola de placer está teñida de una necesidad inmensa de algo más, algo más profundo, un *vínculo*.

—Te quiero dentro de mí —digo mientras aún cabalgo sobre el placer —. Por favor, Aleks.

No puedo creer que se lo esté *pidiendo*.

—Si estás lista —dice en un susurro—. ¿Estás segura de que estás lista?

Asiento, un poco sorprendida de que de verdad lo crea. Aun así, estoy temblando cuando me da un último beso en el clítoris y luego se desliza sobre mi cuerpo, con su piel tan cálida contra la mía. Cuando me penetra, no pregunto por el preservativo porque conozco las reglas de la familia tan bien como él. Mirándome fijamente a los ojos, hace una pausa, dejándonos saborear el momento antes de deslizarse suavemente hacia fuera y luego hacia dentro, creando un ritmo que me estremece.

La profundidad de nuestra conexión es innegable. Un aleteo de anticipación me recorre las extremidades. Cada embestida de sus caderas envía escalofríos de exquisita consciencia a cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

Nos movemos juntos en un ritmo perfecto, como si nos hubieran creado para esto. Me encuentro al borde de algo más profundo, algo *más*. Apenas puedo contener las emociones y las olas de placer que ahora me recorren en espiral. ¿Cómo sería si de verdad me importara? ¿Cómo sería saber que yo de verdad le importo a él?

Alcanzo otro clímax y entonces mi mente se queda felizmente en silencio, nuestras respiraciones se mezclan en la fría quietud de la habitación. Por una vez, no tengo expectativas ni miedos. Solo estamos… Aleks y yo.

*Mi marido.*

Más embestidas de sus caderas me ponen de nuevo al borde de la perfección. Ralentiza sus movimientos hasta que le suplico más.

Mis brazos le rodean el cuello y mis piernas se enroscan a su alrededor mientras embiste una y otra vez. Mi cabeza se hunde más en la almohada mientras el éxtasis me envuelve por tercera vez, esta vez más intensa y mucho más satisfactoria, mucho más dulce que las dos primeras.

Esto. Lo. Es. *Todo.*

Cuando por fin bajo del subidón y me desparramo en la cama, él gime y apoya su pesada cabeza en mi hombro. Parece que está tan deshecho y destrozado como yo.

—Pasable —le provoco en un susurro, buscándolo—. Gracias.

No sabía que un hombre como él pudiera ser tan delicado.

—¿Pasable? Joder. Bueno, dicen que la práctica hace al maestro. —Restriega la cabeza contra mi pecho—. Mi objetivo es complacer.

—¿Ah, sí? —Acariciándole la nuca, coloco el otro brazo sobre mi cabeza mientras intento calmar mi respiración agitada—. Lo has hecho bien.

—Esa ha sido solo la primera vez, ¿sabes? La próxima te toca a ti.

—¿Ah, de verdad? —Me encojo de hombros—. Supongo que podría intentarlo.

Chillo cuando, con un tirón brusco, se da la vuelta y me sube de golpe a su pecho. Me da un beso feroz en la frente.

—Duérmete —gruñe—. Mañana tenemos trabajo que hacer.

Sí, tenemos trabajo que hacer mañana, sin duda. Y tengo que encontrar la forma de que confíe en mí. De que me dé espacio para que no me tenga aquí prisionera.

Es solo cuestión de tiempo que descubra mi secreto. Pero tiene que ser bajo mis condiciones.

Necesito que confíe en mí primero, o todo podría estar perdido.



# Capítulo 10

*ALEKS*

Pico a Harper diciéndole que me ha amansado y que necesita que la traten con guantes de seda. Pero ella se lo toma todo con calma y me la devuelve.

Tengo trabajo atrasado y mi hermana y Aria —todavía embarazadísima y a punto de dar a luz en cuestión de días, lo que ha tenido a Mikhail sin separarse de ella— han estado viniendo de visita. Ayuda que Mikhail y Aria no vivan lejos. Harper no está sola todo el tiempo.

Tres días después de la boda, Harper recibe una llamada de su madre.

—Manos libres —le digo, mientras trabajo en mi escritorio con la lista de cosas que Mikhail me ha encargado. Harper está en medio de su rutina de yoga de última hora de la tarde en el despacho, con las piernas cruzadas delante de ella. Verla con ese conjunto de yoga, con esas mallas ajustadas y esa especie de sujetador deportivo que lleva, es una distracción de cojones.

Toca el teléfono.

—¿Sí?

—Harper. Hemos decidido respetar vuestro matrimonio con tu nuevo marido dándoos tiempo para… la luna de miel, o lo que sea que hayáis decidido.

Cierro el navegador y entrecierro los ojos.

—Mmm —dice Harper, poniéndome los ojos en blanco mientras se levanta y hace esa cosa en la que eleva una pierna recta en el aire mientras se mantiene en equilibrio sobre la otra—. ¿Y? Ahora que hemos terminado nuestra luna de miel, tendrá algo que decir.

Como si hubiéramos tenido luna de miel. Los hombres de mi gremio rara vez la tienen.

—¿Qué ha pasado con tus cuentas?

Harper aprieta los dientes y baja la pierna. Silencia el teléfono.

—No puedo hacer yoga mientras la escucho. No es nada *namasté*. —Vuelve a poner el altavoz.

—¿Mis cuentas? —pregunta, como si no supiera exactamente de qué habla su madre.

—Tus cuentas en las redes sociales. ¡Las que te pasaste años cultivando! Han desaparecido.

—Las que *usted* se pasó años cultivando —dice, con la voz convertida en un susurro trémulo—. Las odiaba, y usted lo sabía. No quería saber nada de las mentiras.

—Harper —dice su madre en tono de reproche. Suelta un suspiro forzado—. Ya sabes por qué te hicimos hacer eso.

—Sé perfectamente por qué. Pero usted decidió que necesitaba que me casara por encima de todo, así que me endosó a un *Romanov*. —Puedo ver el brillo burlón en su mirada. Me está provocando.

Niego con la cabeza, pero las comisuras de mis labios se tuercen. Se está ganando unos azotes en mi rodilla, pero lleva unos días buscándome las cosquillas, así que supongo que esa es su intención.

—Harper, sabes que no te endosamos…

—Eso es exactamente lo que hizo. —Se acerca a mí, con el teléfono todavía en manos libres—. Y no tiene ni idea de cómo me trata. —Dicho esto, se desliza hasta sentarse en mi regazo. Alejo la silla del escritorio. Parece que mi niñita necesita toda mi atención, y por mí, perfecto—. Así que la respuesta es que mi nuevo marido, ese con el que me casó sin tener ni idea de quién era ni de cómo me trataría, me obligó a borrarlas. Y no pienso volver a hacerlo.

La llamada se corta. No estoy seguro de quién ha colgado —si su madre o ella—, pero el teléfono queda silenciado sobre el escritorio.

—Aun así, voy a matarlos —le digo con rotundidad.

—¿Es una promesa? ¿Y te refieres a *todos*?

—Tu padre y tu hermano pagarán, Harper.

Ella traga saliva.

—Lo sé.

Se muerde el labio y aparta la mirada. No estoy seguro de por qué.

—Aleks, yo… —Abre la boca como para decirme algo y la vuelve a cerrar. Mi teléfono suena. Miro y veo que es Aria.

Harper se queda en mi regazo y apoya la cabeza en mi pecho.

—Siempre el teléfono. ¿Por qué recibes tantas llamadas? Venga, cógelo —murmura—. Tienes que cogerla, ¿verdad?

Asiento, respondiendo:

—Es Aria. —Y me pongo el teléfono en la oreja.

—Aleks, tenemos que hablar. Es… es muy importante.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Acabo de encontrar cierta información que necesitas saber, ¿vale?

—Te devuelvo la llamada en diez minutos. ¿Te parece bien?

—Sí. ¿Pero, Aleks? Cuando llames… asegúrate de estar solo, por favor.

Una petición extraña, pero es comprensible. Tenemos que ser discretos.

Cuelgo el teléfono y beso a Harper. Tiene la piel caliente por la sesión de yoga, el pelo algo húmedo y alborotado. Le paso los dedos por él.

—Has sido una irrespetuosa hace un momento, ¿verdad?

—¿En qué sentido?

—Estabas poniendo a prueba los límites. Siendo irrespetuosa al hablar de tu marido, como si estar casada con un Romanov no fuera un honor.

Asiente y se muerde el labio, con los ojos iluminados mientras le indico en silencio que se levante y se incline sobre mi rodilla. Niego con la cabeza.

—Deberías hablar de tu marido con respeto. ¿Ya has olvidado las reglas que repasamos antes de casarnos?

—Ah, claro —dice con un deje burlón en la voz. La tela de su ropa de yoga susurra contra su piel perfecta mientras le bajo las mallas para dejar al descubierto su culo firme, apenas cubierto por la finísima tela de un tanga.

Cuando poso la palma de mi mano en su piel, se estremece. Le acaricio primero una nalga y luego la otra, tomándome mi tiempo. Sé cómo es. Sé cómo hacer que se moje por mí.

Le agarro una nalga con firmeza, creando expectación mientras la sermoneo.

—Cuando hablas con otros de tu marido, ¿no crees que lo correcto es ser respetuosa? Dímelo.

—Sí, por supuesto —dice, asintiendo. Tiene las mejillas sonrojadas por la expectación y por la postura con la cabeza gacha sobre mi regazo—. Solo estaba bromeando.

El primer azote aterriza y ella inspira con un siseo. Le encanta, joder.

—Bien. Me alegro de oírlo —le digo, justo antes de darle un segundo azote, y luego un tercero—. Deberías comportarte —le advierto—. Te he dado tiempo para que te acostumbres a las cosas.

—¿Qué se supone que significa eso?

Le doy otro azote.

—Cuidado con ese tonito.

La azoto hasta que su piel está de un rosa intenso y arde al tocarla.

—¿Has aprendido la lección?

—¿Lo he hecho? —susurra, separando las piernas como para darme la bienvenida.

—Joder, ¿cómo se supone que voy a trabajar en estas condiciones? Quiero asegurarme de que vas a portarte bien.

—Claro que sí.

—¿Vas a obedecerme?

—Mmm.

—Bien. Entonces, quédate sobre mi regazo.

—¡Aleks! —Hay tantas cosas que quiero hacerle, pero he ido con cuidado. Nuestra primera noche juntos me indicó lo asustada que estaba de que la tocaran. No voy a utilizarla ni a abusar de ella de ninguna manera.

—¿Estás lista para compensarme? —pregunto.

—Por supuesto.

—Buena chica. —Le masajeo la piel enrojecida. Le doy una palmada en el interior del muslo—. Ábrete.

Estoy empalmado a más no poder mientras le meto los dedos en el coño. Disfruto de la forma en que gime sobre mi regazo. Me unto los

dedos con su humedad y se los paso por el clítoris hinchado. —¿Te han gustado los azotes, eh?

Se retuerce y gime como respuesta. Tengo una erección del carajo mientras le meto los dedos en su bonito coño hasta que arquea la espalda y se corre.

Joder, es preciosa.

Le doy un último azote en su culo perfecto. —Ve a prepararte. Voy a pedir la comida. Comerás aquí conmigo.

Se inclina, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes, y me da un beso.

Le devuelvo el beso hasta que se derrite contra mí. La mando a ducharse mientras yo voy a la cocina y me pongo a pensar qué podemos cenar.

Una vez que he comprobado lo que tenemos a mano, hago una pausa para llamar a Mikhail. Me dice que Aria está hablando por teléfono con su matrona.

—¿Por qué? ¿Está todo bien? ¿Hay novedades?

—Puede ser en cualquier momento. —Está muy nervioso y preocupado, pero estarán bien.

Media hora más tarde, Harper está sentada en un taburete de la cocina, sorbiendo una copa de vino. —Vas a convertirme en una alcohólica —dice con una risa.

—No parece que necesites mucha ayuda.

—¡Oye!

Me encojo de hombros. —Me la has dejado botando.

Me detengo delante de la nevera abierta, con un paquete de filetes en una mano. —¿Qué *llevas* puesto?

Se mira la ropa como para recordarlo. Unos pantalones cortos de color marfil y un top a juego.

—Es un conjunto para estar por casa.

—Parece fácil de quitar, que es lo único que me importa.

—Claro que es lo único que te importa. —Pone los ojos en blanco, pero noto que le agrada. Poco a poco, nos vamos acostumbrando el uno al otro, aunque todavía nos queda mucho camino por recorrer.

Da otro sorbo antes de dejar la copa de vino. Aunque estamos casados, es como si estuviéramos saliendo. Todavía estamos tanteando el terreno.

—Tengo curiosidad.

—¿Mmm?

—¿Qué hay en la azotea?

Vuelvo a meter los filetes en la nevera y cierro la puerta. Nunca antes he subido a nadie a la azotea. Es mi lugar secreto.

—¿Quieres verlo?

Por fin ha subido un poco la temperatura, aunque tampoco es que haga un calor sofocante.

—Sí. He querido hacerlo, y mucho, desde que oí a uno de tus guardias hablar de ello con otro el día que vine aquí.

Todo el mundo siente envidia de mi azotea.

—Vamos.

Abro la puerta de la cocina que da a la despensa y le muestro una trampilla escondida en la pared. —Así se accede a la azotea.

Cuando el panel se abre bajo mi palma, suelta un jadeo audible. —¡*No me digas!* Es como un compartimento secreto o algo así.

—Sí.

Subimos las escaleras.

El frío del atardecer al llegar a la azotea la hace tiritar. Me quito la sudadera y se la pongo sobre los hombros, pero creo que apenas se da cuenta.

—Oh, Dios *mío*. Aleks..., esto es... ¿Cómo no sabía que estaba aquí?

Me encojo de hombros. —Porque no se lo digo a mucha gente. En mi familia no tenemos mucha privacidad. Esto es mío.

—¿Así que nadie puede localizarte aquí arriba? ¿Nadie sabe dónde estás?

—Sabrían que estoy en mi casa, pero no, nadie sabría que estoy aquí arriba. Y no subo ningún aparato electrónico.

Me recuesto en una de las sillas del patio, construida lo suficientemente grande para un hombre como yo, y enciendo una de las estufas de exterior. En los meses más fríos, la vibrante vegetación permanece latente y la azotea se cubre de escarcha. Casi me gusta más así. Un toque de color de las plantas perennes y los resistentes arbustos de invierno se acurruca entre bancos acolchados y una pérgola. Puede hacer frío sin las estufas y a veces está cubierta de nieve, pero es precioso y tranquilo.

Harper se sienta en el borde de mi silla, con las manos hundidas en el cojín y las piernas estiradas frente a ella. —Esto es increíble, ¿sabes? Realmente increíble. Es un jardín secreto. *Tu* jardín secreto.

—Ahora tuyo —digo en voz baja, alargando la mano hacia ella. La arrastro de lado sobre mi regazo y ella se acurruca cómodamente.

Sus ojos reflejan el cielo nocturno mientras se maravilla con los muebles y la alfombra de exterior, las plantas de gran tamaño y la pequeña cascada que gotea sobre las rocas, brillando bajo la luz de la luna. No soy un tipo romántico, pero este momento parece

poesía. Su mera presencia de alguna manera caldea el aire a nuestro alrededor.

La voz de Harper se llena de asombro cuando susurra: —¿Esto es como sacado de un cuento de hadas.

En mi mundo no tenemos cuentos de hadas, pero ella puede tener los suyos.

Siempre he visto esto como un lugar para escapar, donde puedo quitarme de encima las responsabilidades por un rato y simplemente ser *yo*.

—Apuesto a que aquí arriba no te sientes como tú mismo —dice, como si me leyera la mente.

—Este es mi santuario del mundo de ahí abajo. —Mi único santuario.

—Lo entiendo. A mí me pasa lo mismo. Siempre he tenido mis pequeños espacios sagrados. Cuando vivíamos en una casa diminuta, tenía un armario que hice mío. Despejé una pequeña estantería. Me sentaba allí a garabatear y colorear y cerraba la puerta cuando mis padres se peleaban.

Asiento. Lo entiendo perfectamente. Mis padres apenas se peleaban, pero mi padre tenía mal genio y nosotros no éramos inmunes a él.

—Sabía que, al final, algún día, mis padres me casarían. Y decidí que me aseguraría de tener siempre un lugar para mí. En una casa, fue un arce enorme en el jardín trasero con una zona de césped llana delante. En otra, fue un rincón de la cocina que nadie usaba. Entiendo por qué querrías mantener esto en secreto, la verdad. Cuando dejas entrar a alguien, ya no es solo tuyo.

Asiento. Sabe que la he dejado entrar.

—Sí.

Me coge de la mano en silencio. Las estrellas titilan sobre nuestras cabezas. El calentador zumba.

—Volveremos en otro momento. Tengo que bajar a llamar a Aria.

Una sombra cruza el rostro de Harper.

—¿Te ha dicho por qué?

Niego con la cabeza.

—No estoy seguro, pero ha dicho que es urgente, así que tengo que irme.

Apago el calentador y bajamos. Estar en la azotea tiene algo mágico..., algo trascendente. Cuando volvemos dentro, solo somos mortales de nuevo.

Harper va a la cocina a coger algo de comer y yo llamo a Aria.

—Aleks. He estado investigando. No me odies.

—No hay ninguna conversación que empiece así y termine bien —le digo—. ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que te dije que la familia de Harper me daba una sensación... rara? ¿Como si hubiera un espejismo? ¿Que parecía que tuvieran un filtro puesto?

No quiero oírlo. Sea lo que sea lo que me vaya a decir, no quiero oírlo, y aun así sé que tengo que hacerlo.

Me pellizco el puente de la nariz y suelto un suspiro.

—Sí. ¿Has conseguido pasar ese filtro?

La oigo tragar al otro lado de la línea.

—Sí, lo he conseguido. ¿Qué sabes de Harper? ¿Qué te ha contado?

Sé que sus padres la utilizaron para ganar dinero. Sé que no le permitieron ir a la universidad ni hacer nada de lo que una chica normal de su edad debería hacer. Sé que sufrió una agresión sexual y que no sabe quién fue.

—No mucho. Suéltalo.

—He ido hoy a la revisión con mi ginecólogo. Ahora las tenemos todas las semanas. Y ya sabes cómo funciona mi mente, Aleks. Sabes cómo veo códigos, números y patrones.

—Sí.

Lo sé, porque yo soy igual.

Se me eriza el vello de la nuca. Sé que me va a decir algo gordo.

—Me di cuenta de que usaban palabras en clave para los análisis que hacían, y recordé que me había topado con algunas cuando estaba comprobando los antecedentes de Harper, solo que entonces no le di importancia porque no llevaban a ninguna parte. Así que he investigado más. Más a fondo. Me he pasado el puñetero día en ello porque, joder, no quiero que te engañen. No me fío de ellos.

Mi voz suena distante. Hueca.

—¿Qué has descubierto?

Toma aire.

—No mates al mensajero.

—Joder, Aria, como no...

—Tuvo un bebé, Aleks. Harper es madre. ¿Las veces que se escapó de casa? Parece que iba a ver a su hijo. ¿Las veces que la acusaron de robar dinero a sus padres? Te apuesto lo que quieras a que les dio el dinero a los cuidadores. Padres de acogida, o lo que sea.

*Un bebé. Tiene un bebé.*

—Tengo que irme.

—Aleks, sé bueno con ella. Por favor. Nunca me perdonaré si yo...

Cuelgo la llamada y lanzo el teléfono contra mi escritorio. Se estrella y rebota por el suelo.

Harper tiene un bebé.

¿Qué más no sé sobre ella?



# CAPÍTULO II

*HARPER*

ESTOY PREPARANDO unos sándwiches sencillos para los dos cuando levanto la vista y veo a Aleks de pie en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Parpadeo. Algo va mal. Una tensión palpable cargada de ira se eleva entre nosotros como vapor.

—¿Qué ha pasado?

Se aparta del marco de la puerta y se acerca a mí con paso amenazador, con la mirada encendida.

—Me has mentido.

Oh, Dios mío. ¿Lo sabe? ¿Cómo se ha enterado?

—¿De qué estás hablando? —mi voz suena extrañamente lejana. Distante. Empiezo a oír un pitido en los oídos.

*Deshonra.*

*Puta.*

Siento calor y frío a la vez. Estoy paralizada en este instante de puro terror, asqueada de mí misma por haber pensado que podría enamorarme de él. Asqueada de él por fingir que le importaba. Un zumbido extraño y grave me llena los oídos, como el de un enjambre de cien abejas, mientras él continúa con su diatriba, azotándome con sus palabras.

—Por esto huiste, ¿verdad? Huiste porque te escondías de todo el mundo.

¿Qué? Está invadiendo mi espacio, tan cerca que podría alargar la mano y tocarlo. No tengo adónde ir.

—Aleks —digo con voz ronca y temblorosa. Me odio por ello—. Yo no..., no puedes...

—Tuviste un bebé y no me lo dijiste.

*Puta.*

*Deshonra.*

*Zorra.*

Me muevo tan instintivamente que no me doy cuenta hasta que es demasiado tarde. La furia y la injusticia se agolpan en mi pecho. La rabia burbujea bajo mi piel, arañándome, y solo se alivia momentáneamente cuando lo empujo con fuerza.

Él trastabilla, tan sorprendido como yo.

—Te odio, joder —digo, y las emociones florecen en palabras que hacen que las lágrimas por fin caigan.

Cuando alarga la mano para cogerme, me encojo por instinto, pero él solo me inmoviliza los brazos. Con su agarre de hierro, me levanta en el aire y me aprisiona entre sus brazos. Abro la boca para contárselo todo. Para reivindicarme. Pero no puedo. Estoy demasiado enfadada, demasiado angustiada.

No sé adónde me lleva ni adónde vamos, pero me crie en la mafia, y si su familia sirve de referencia, acabo de cometer un pecado capital.

Quiero contárselo todo, pero eso significaría ponerme a su merced. Quiero gritar, enfurecerme y hacerle daño, pero eso solo empeoraría mi propio dolor.

Me ha levantado en vilo, con los brazos pegados a los costados, y cuando llega a la cama, me arroja sobre ella. Reboto y rápidamente trepo hacia la cabecera para alejarme de él.

—No volverás a ponerme la mano encima —dice, temblando por el esfuerzo de contener su genio.

—Entonces deja de acusarme —espeto—. Venga, pégame. Un hombretón como tú, que me dobla en tamaño y tiene más poder en el meñique que yo en todo el cuerpo. Estoy impresionada.

La ira brilla en sus ojos.

—Te dije la verdad. Te conté lo que me pasó. E iba a hablarte de mi hija cuando fuera el momento adecuado. Cuando *yo* estuviera preparada. Porque nadie sabe de su existencia, Aleksandr, y si eso la mantiene a salvo, pienso seguir así. Apenas nos conocemos.

—¿La verdad? —me espeta él, rodeando la cama para dirigirse a un aparador. Desenrosca el tapón de una licorera y bebe directamente de la botella—. Vamos a oírla, princesa.

Aprieto la colcha con los puños.

—Te dije que me agredieron. Una vez. No sé quién fue. Me drogaron. Me desperté magullada y dolorida, con solo vagos recuerdos de haber gritado que *no*. No tenía adónde ir. Nadie a quien pudiera contárselo —se me quiebra la voz—. Semanas después, me di cuenta de que no me venía la regla. Era joven e ingenua y no sabía qué hacer. No tenía amigos y no confiaba en mi familia. Oculté el embarazo hasta que no pude más.

Él se sienta en una silla frente a mí, con la botella todavía en la mano, pero no dice nada.

Me aclaro la garganta y continúo.

—Te lo dije, mi padre me culpó a *mí* de la agresión. Si le hubiera dicho que estaba embarazada, me habría matado. Me marché. Conseguí pasar el verano en Italia con unos amigos de mi madre. No creo que ella sepa nada, pero no estoy del todo segura. Volví a Estados Unidos para tener al bebé. La tuve aquí en Nueva York, en un hospital público —mi voz tiembla—. Eso fue hace dos años. Está con una familia de acogida en la esquina noroeste de The Cove.

Aparto la mirada y me seco los ojos.

—La única vez que salía de casa era para verla. Para llevarle dinero cuando podía.

Él se deja caer en la silla.

—Joder.

Eso podría significar muchas cosas. Exhalo.

—Ya ves.

Niega con la cabeza y permanece en silencio durante largos minutos.

—Debería haberte preguntado y no haber sacado conclusiones precipitadas. Dios, soy un capullo.

—Lo has dicho tú, no yo —murmuro—. ¿Cómo te has enterado? ¿Aria? Ha hurgado en los historiales médicos, apuesto. Que compruebe mis fechas. Coincidirán todas. Todas y cada una de ellas.

Todavía puedo ver su cuerpecito perfecto y envuelto, descansando en mis brazos mientras yo estaba sentada en la cama del hospital y lloraba a lágrima viva. Me dolían los pechos, mi cuerpo estaba agotado por el parto, y lo único que podía hacer era abrazarla y llorar porque tenía que darla, y nunca se lo perdonaré a mi familia.

Revivo cada maldito momento con todo lujo de detalles, y le odio por ello.

—La tuve después de doce horas de un parto difícil —digo con voz ronca—. La sostuve una vez antes de que se la llevaran. La di voluntariamente en adopción bajo un nombre falso. Luego volví a casa con mi familia, que no lo sabía o hizo un excelente trabajo fingiendo que no había pasado nada. Pero yo lo sabía. Seguí a la familia que se la llevó hasta aquí, a The Cove.

—Y tu familia ocultó la agresión porque si alguien más se enteraba, no te podrías casar. Jesús. Odio a tu familia, joder, Harper.

Su voz es más suave ahora, como si casi se arrepintiera de lo que ha hecho. De lo que me ha acusado. Se levanta y alarga la mano para

cogerme, pero le aparto.

—Ya. En cuanto mi hermano vio una oportunidad con tu familia, la aprovechó. Mi familia no tiene dinero. Lo comprobarás pronto. Solo necesitabais una esposa, así que yo cumplía los requisitos.

Frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Lo siento.

Agacho la cabeza.

—Yo también. No podía contártelo enseguida. ¿Y si no hubieras querido casarte conmigo por eso? ¿Qué habría pasado entonces?

Niego con la cabeza y vuelvo a secarme los ojos.

—Tenía que casarme, era mi única oportunidad.

Se sienta en el borde de la cama.

—Quiero patearme el culo por haberte acusado.

No respondo porque parte de mí todavía desea que pudiera hacerlo también.

Nos quedamos sentados en silencio durante largos minutos hasta que finalmente habla, con aspecto cansado y arrepentido.

—Ahora estamos casados. Y te dije lo que mi familia necesitaba. ¿Te acuerdas?

—Que necesitabais fortalecer vuestros lazos y vínculos, sí. Esposas, hijos…

Hago una pausa, con la voz temblorosa.

*Hijos.*

No sé qué va a hacer ahora. Si me aleja de ella…

—Nadie ha dicho que tuvieran que ser hijos biológicos, ¿verdad? —dice con voz suave—. Me has ascendido, princesa.

Niego con la cabeza. —¿Qué?

—Has tenido una hija antes que Aria. Mírate, adelantando por la derecha al *pakhan* y a su mujer.

Sin embargo, no sonrío, no puedo. Sigo demasiado tensa, todavía me tiembla todo.

—Aleks…

—Háblame de ella. Quiero saberlo todo. —Mi corazón se abre un poco. Creo que hasta podría perdonarlo.

Me muevo en la cama para sentarme a su lado y respiro hondo. —Tiene dos años. Lleva unas coletitas. Se parece mucho a mí. Una mini-yo, vamos. Le encantan los cuentos y colorear, los perros y los gatos, y le encanta salir a pasear o ir al parque. Es dulce y atrevida y… —Se me quiebra la voz—. Es perfecta.

—Y tus padres no saben nada de ella.

Niego con la cabeza. —La he mantenido oculta de ellos y, si sospecharon algo, enseguida se hicieron los ignorantes porque no encaja con la narrativa personal sobre su familia.

Él enarca las cejas, pero se limita a sentarse en la cama y negar con la cabeza.

—Sabes que hay formas de averiguar la identidad del padre —dice finalmente, clavándome los ojos. Sabe tan bien como yo que hacer eso significa ahondar en una historia que no quiero revivir, pero podría ser la única manera.

—Es lógico que encontraras una forma.

Él asiente. —Y tu familia pagará por esto, Harper.

Ladeo la cabeza. —¿Por ocultar a la niña?

—Joder, por no *apoyarte*. Por no hacer todo lo que podían por ti. No es que te quedaras preñada de un novio del instituto en el asiento

de atrás del coche de su padre, pero, aunque así hubiera sido, no te merecías cómo te trataron. —Baja la cabeza—. Y lo siento. De verdad que lo siento.

Me levanto y camino por la habitación, con el corazón latiéndome como un loco en el pecho. Al otro lado de la ventana, la luna está saliendo, sus rayos iluminan la hierba. Una sombra cruza sus facciones y se da una palmada en el regazo. —Ven aquí.

Camino hacia él, sin saber muy bien qué va a hacer, pero la disculpa es un buen primer paso.

Los psicópatas no se disculpan.

Los sociópatas no se disculpan.

Los narcisistas no se disculpan.

Él no es ninguna de esas cosas. Es un ser humano con defectos, como todos los demás.

Cuando llego a su lado, tira de mí para sentarme en su regazo. Me siento y apoyo la cabeza en su pecho. —Sabía que ocultabas algo, solo que no sabía el qué —dice mientras juega con mi pelo. Me encanta que juegue con mi pelo. Pasa sus dedos ásperos por él, peinándolo. En silencio, lo separa en tres mechones y empieza a trenzarlo con suavidad—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Mmm. ¿El día que te conocí, quizá? No sé, eso de que me secuestraras de mi casa y me metieras a la fuerza en el maletero de tu coche no hizo que estuviera deseando divulgar mis secretos más oscuros. ¿O al día siguiente, cuando me desperté esposada y atada a la cama? Tampoco sentía el factor confianza por las nubes. Recordemos que no nos conocemos desde hace tanto tiempo. La única razón por la que no te odio es porque eres muy bueno en la cama.

Él me acaricia la cabeza con la nariz y respira hondo. —Bueno en la cama. Eso casi suena a insulto.

—¿No puedes tomártelo como un cumplido? Pues es tu problema.

Sus dedos se tensan en mi cuero cabelludo y me da un tironcito del pelo. —Me has abofeteado, y lo he dejado pasar porque me lo merecía. *Esta* vez. No te tomes eso como que puedes hacer lo que te dé la gana de ahora en adelante, mujer.

Me estremezco ante el atisbo de amenaza en su voz y desearía que no me tuviera tan dominada.

—Supongo que puedo portarme bien, ya que estás debidamente arrepentido.

Aun así, no estoy segura de en qué lugar nos deja esto. En qué lugar me deja *a mí*. Mi niña no vive lejos de aquí, y sería un escándalo en toda regla traerla…

—Enséñame una foto.

El corazón se me acelera. —¿Quieres ver una foto de la niña?

—Y dime cómo se llama.

Se me forma un nudo en la garganta. Asiento y saco el móvil. Entro en la aplicación segura de la nube donde guardo todas sus fotos. Me viene muy bien, ahora que no tengo acceso a mi antiguo teléfono de todos modos.

Se me humedecen los ojos cuando abro la carpeta con sus fotos. Ojos de un azul brillante color aciano, mejillas regordetas y sonrosadas, la cara ensanchada por una gran sonrisa. Unas coletas despeinadas con mechones escapándose le dan un aspecto adorablemente desaliñado.

—El día que la tuve, había hiedra fuera de la ventana del hospital. No quería que tuviera un nombre de la familia. Quería algo diferente, pero no demasiado extravagante, así que… se llama Ivy.

—Ivy —dice con reverencia, pronunciando cada sílaba con su acento —. Me gusta. La hiedra es resistente y robusta, pero delicada a la

vez.

Parpadeo y trago saliva. —Sí.

—Es absolutamente preciosa —dice, todavía asombrado—. Parece un angelito.

—Oh, puede tener sus momentos —digo, un poco demasiado alto para disimular el temblor de mi voz.

—El trabajo de una niña de dos años es comportarse como una terrorista —dice encogiéndose de hombros—. Tengo hermanos y primos más pequeños. Deberías haber *visto* a Polina cuando era pequeña.

Eso me hace reír tontamente. —Ahora es muy fiera. No me puedo imaginar cómo era de pequeña.

—Mañana, Harper. Mañana, vamos a por ella.

Espera.

Lo miro fijamente. Niego con la cabeza, sin comprender. No ha dicho que la *visitemos*. Ha dicho que vamos *a por* ella.

—¿Nos… la traemos a casa? ¿Hablas en serio?

Frunce el ceño y asiente con severidad. —Te casaste con uno de la Bratva. Necesita protección, y es tu hija. No está a salvo, Harper.

El corazón me late demasiado deprisa. Estoy mareada y acalorada.

—Pero si… si ni siquiera sé cómo ser madre.

—No es tan complicado —responde—. La quieres con todo lo que tienes. Le enseñas el camino para ser una buena persona. Y si hubo algo que tus padres hicieron que estuviera mal o fuera hiriente… tú haces lo contrario.

No puedo evitarlo. Sonrío.

—Eso suena… extrañamente sencillo. ¿Y qué sabes tú de ser una buena persona?

Me tira del pelo otra vez. —Estaba hablando de cómo ser una buena madre. Ser un buen padre es algo completamente distinto.

¿Pero de verdad lo es?

Trago saliva y me humedezco los labios, porque la idea de Aleks… sosteniendo a Ivy e intentando ser un buen padre… Me derrito un poco.

—¿Qué significa para ti ser un buen padre?

Se lo piensa un momento antes de hablar. —En mi mundo, demuestras tu amor estando dispuesto a reducir el mundo a cenizas por la gente a la que quieres y siendo capaz de hacerlo. Significa tu protección eterna, sin importar el coste.

Pasa un instante antes de que yo hable. Sé en mi corazón que no bromea.

—Tiene que haber algo más. ¿No?

—No sé si lo hay. Seguro que puedes adornarlo todo con cosas como… la moral y mierdas por el estilo, pero, al final, ¿de verdad quieres a alguien si no estás dispuesto a darlo todo por esa persona? No importa quién sea. No importa lo que haga.

Mis padres no estuvieron dispuestos a renunciar a nada por mí. Ni a su orgullo. Ni a su tiempo. A nada. A los padres les gusta mentir a sus hijos y decirles que los quieren, pero a muchísima gente solo le gusta la *idea* de querer. Muchos quieren que se les adore y se les quiera a cambio, pero ¿no es eso egoísta? ¿Es eso realmente el amor?

¿Cómo podría saberlo yo?

*Quiero saberlo.*

—¿Tiene que ser complicado? —pregunta—. Ni siquiera nos conocemos, pero hay química entre nosotros. ¿Tiene que ser complicado el matrimonio?

—En absoluto. Yo obedezco todas tus órdenes y tú me compras cosas bonitas. Suena bastante simple.

Me tira del pelo otra vez.

—Suena como un trato justo.

Nos quedamos sentados en silencio, el peso de lo que nos hemos revelado exige reverencia por un rato. No fue solo la revelación de que tengo una hija, sino mucho más. Ambos hemos dicho en voz alta lo que probablemente ninguno de los dos ha sido capaz de decir antes a otro ser humano.

*Quiero criar hijos contigo.*

*Puedo ser un buen progenitor.*

*Puedo ser un buen cónyuge.*

*Puedo elegir dar lo que a mí nunca me dieron.*

Finalmente, me inclino y rozo sus labios contra su mandíbula sin afeitar. Cierro los ojos cuando me devuelve el beso con uno propio. Más profundo. Más oscuro. Dominante.

Y entonces sus manos se hunden en mi pelo como si se anclara a mí. Esta noche le he desnudado una gran parte de mí. Le he dado lo que nunca antes le he dado a ningún otro ser humano.

Y no ha pisoteado mi verdad, sino que la ha atesorado. Hemos tardado en llegar hasta aquí, pero eso solo lo hace mucho más dulce.

Me traerá a mi hija.

Ha dicho que puede venir aquí con nosotros.

Necesito agradecérselo de una forma que las palabras no pueden expresar.

Le acaricio la cara, la mandíbula, la ancha curva de sus hombros. Recorro sus bíceps con las manos, apreciando lo perfecto y fuerte que es. Cuando su boca se entreabre, mi lengua se desliza en su interior. Saboreo el sonido grave y totalmente masculino que emite, mitad gemido, mitad gruñido, y le mordisqueo el labio con los dientes.

Es una muestra de dominio suficiente como para picarlo, y lo siguiente que sé es que estoy tumbada boca arriba y él está encima de mí, presionándome contra la cama con todo su peso.

No me pregunta qué bicho me ha picado ni exige una charla. Solo me desnuda lenta y deliberadamente hasta que quedo expuesta ante él, la profundidad de sus ojos azules taladrándome con la potencia de un láser.

Forcejeo con su cinturón y él se desabrocha los pantalones. Se quita la ropa a empujones y la deja caer junto a la mía en un montón revuelto mientras volvemos a unirnos, desnudos y desprotegidos. Me agarra el culo con la palma de la mano y levanta una de mis piernas para que lo abrace con ella antes de deslizarse dentro de mí. Mi cabeza golpea la almohada cuando me llena, un destello de brillo perfecto resplandece en sus ojos con la repentina necesidad de reclamarme.

Me dejo llevar por las olas de sensaciones que me provoca el sentirme vulnerable y expuesta, en muchos más sentidos que el físico. Hay un agradecimiento silencioso, una súplica muda de piedad, un entendimiento que fluye entre nosotros.

Los ojos se me abren como platos por la sorpresa cuando me sostiene la mirada y lleva su pesada mano a la base de mi cuello. Sus dedos gruesos y ásperos se cierran a mi alrededor. Jadeo en busca de aire.

—Buena chica —susurra cuando no ofrezco resistencia. El pulso se me dispara y la primera ola de placer me inunda, un preludio. El murmullo de aprobación deshace el último nudo en mi pecho. El corazón se me acelera cuando otro espasmo de placer me recorre. Gimoteo y echo la cabeza hacia atrás. Su orgasmo llega pisándole los talones al mío. —Esa es mi chica —susurra mientras disfrutamos del clímax de nuestro éxtasis compartido. Sus dedos rozan la piel de mi cuello y desliza la mano por mi cuerpo hasta ahuecarla en mi culo.

Otra embestida me provoca los últimos espasmos de placer.

Mientras yazgo en la cama, con su semen caliente todavía goteando de mí, sus dedos ascienden para agarrarme la barbilla. Su mirada arde en la mía con una intensidad que abrasaría la tierra.

—Eres mi esposa —dice con un gruñido grave—. El lugar de tu hija está con su madre. Tu hija vivirá aquí con nosotros.

Asiento, sin saber muy bien por qué necesita repetirlo. Sin decir palabra, mis brazos le rodean el cuello. Una diminuta gota de sudor resbala desde su sien por su mandíbula cincelada.

—Y mientras esté aquí, la protegeremos. Los dos. Voy a enseñarte todo lo que sé, Harper. Porque no te equivoques. *Habrá* venganza por lo que te ha pasado.



# CAPÍTULO 12

*ALEKS*

Cojo el teléfono al primer tono. Mikhail.

—Estamos en el hospital.

Me incorporo en la cama y dejo caer las piernas por un lado mientras me pongo unos pantalones. —¿Qué ha pasado? —Solo hay un hospital en The Cove y Mikhail solo iría allí si nuestro médico de familia no pudiera ocuparse de lo que fuera que hubiese sucedido. Recuerdo aquella noche en que recibimos la llamada de que habían encontrado a Lev...

—Está teniendo contracciones regulares y ya estamos de camino.

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz.

Nadie está herido.

*Todavía*. Con Mikhail en el hospital con Aria, no se sabe de lo que es capaz.

—¿Va todo bien? —Harper se gira a mi lado, con los ojos todavía legañosos por la falta de sueño. Se ha despertado mucho esta noche, probablemente por los nervios.

Tapo el teléfono con la mano. —Puede que Aria esté de parto.

—Ooooh. —Se sienta y bosteza—. ¿Nos necesitan?

—¿Nos necesitáis?

—Todavía no —dice Mikhail con voz tensa—. Esperad la orden. —Y cuelga el teléfono.

—Es un puto estirado.

Harper aprieta los labios.

—¿Qué?

—Es algo que va en la familia, ¿no crees?

Lanzo el teléfono a la mesilla de noche mientras ella se desliza fuera de la cama.

—Yo no diría que va en la familia.

—Entonces tú y yo tenemos una definición muy diferente de «estirado» —dice, esquivando rápidamente mi mano, que va directa a su culo, apenas cubierto por un tanga de encaje blanco.

—¡Ni se te ocurra pensar que te has librado! —Le estoy gritando a una habitación vacía.

Me responde con un murmullo ininteligible a través de la puerta cerrada del baño contiguo. Jodidamente descarada.

Dios, me encanta.

Reviso los mensajes del móvil, aviso a los demás de que Aria está de parto y asigno guardias para que vayan al hospital a estar con ellos. No es la primera vez que Mikhail está en el hospital y ya sé cómo es. En su ausencia, asumo yo el mando.

—Mi madre quiere conocerte —le digo a Harper cuando vuelve a la habitación—. En plan visita. Ya sabes que en la boda todo fue un poco caótico.

Ella asiente. —Vale. Entonces... ¿cuándo quieres que vayamos a ver a Ivy?

—¿Verla? —pregunto, apartando las sábanas y levantándome—. No vamos a verla, Harper. Vamos a traerla a casa. Hoy, por supuesto.

Fuera, tras los ventanales, todavía está oscuro; un matiz azulado revela lo temprano que es.

Abre los ojos como platos. —¿Hoy? ¿Quieres ir hoy? —No consigo descifrar su expresión.

—Pues claro que quiero. —Es su *hija*. No la dejaré con extraños ni un segundo más—. Debería estar aquí, contigo, bajo tu protección y la mía.

—¡Si ni siquiera tenemos una cama para ella!

—En serio, ¿eso es lo que te preocupa? Conseguiremos lo que necesitemos. Haré que tía Polina se encargue.

Parpadea y mira alrededor de la habitación, como si intentara averiguar dónde poner la cama.

—Yo... no estaba preparada para esto. O sea, no me malinterpretes, estoy deseando tenerla aquí con nosotros, es solo que...

Se le quiebra la voz y le tiembla el labio inferior. Me acerco a ella, preocupado. —¿Qué pasa? ¿Estás bien?Arruga la nariz y rompe a llorar. La alcanzo, un poco aturdido por el repentino torrente de lágrimas. —Lloré como si se me estuviera rompiendo el corazón cuando tuve que dejarla. Cuando no pude llevarla a casa. Y cada vez que me escapaba para ir a verla y me pillaban, mis padres se enfadaban muchísimo conmigo. Pero tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo, Aleks.

*Khristos, mataré a sus padres.*

—Claro que tenías que hacerlo. Es tu hija. Yo arrasaría el cielo y la tierra por un hijo mío si hiciera falta.

—Lo sé —solloza—. Y por eso me hace tanta ilusión que venga aquí con nosotros. Ya me las apañaré con lo de ser madre. Y con lo de la cama.

—Y yo te ayudaré. Podemos hacerlo, ¿vale? Esto está controlado.

Se seca los ojos y se suena la nariz con un pañuelo de papel que le doy. —Como sigas siendo tan bueno, puede que acabes por conquistarme.

—¿Bueno? —Resoplo y le doy un beso en la coronilla antes de dirigirme al armario—. Mi trabajo es protegeros a ti y a ella. Eso es lo que hago, y me da igual que te gusten mis métodos o no. Pero dudo mucho que eso sea ser bueno.

—Cierto. Sigues siendo un hombre frío y desalmado esclavo del deber. Disculpa por suponer lo contrario.

—Primero, me abofeteas. Y luego tú...

—¡Me la gané a pulso y tú lo admitiste! —dice, sacando ropa a toda prisa.

Me meto la erección mañanera en los pantalones con un gruñido. No hay tiempo. —Segundo, me has interrumpido. Tercero, me has contestado.

—¿Qué? ¡Cuándo!

—Lo estás haciendo ahora mismo, y yo nunca olvido.

Me pongo una camiseta y observo cómo se le nubla la mirada. —¿Y qué vas a hacer al respecto? —pregunta, plantada delante de mí solo con sujetador y vaqueros, cosa que debería saber que es como encender una cerilla y dejarla suspendida sobre la mecha de una bomba.

—Castigarte, obviamente.

A la mierda el tiempo.

Chasco los dedos y señalo el suelo. —De rodillas.

La forma en que se muerde el labio inferior y se arrodilla es jodidamente sexi. Me desabrocho el cinturón que acabo de ponerme y lo saco de las trabillas, me desabrocho los vaqueros y me saco la erección. —Quítate el sujetador y luego demuéstrame por qué no debería azotarte el culo.

Con una seductora sonrisa, se quita lentamente el sujetador antes de hacer un puchero y tomarme en su boca. Gimo, doblo el cinturón

y lo restallo contra su culo cubierto por los vaqueros.

Ella gime y me introduce más y más profundo. Mi polla golpea el fondo de su garganta y se le aguan los ojos. —Tómatelo con calma —le digo—. *Jooooder.*

Se me ladea la cabeza al sentir su boca sensual sobre mí. Le agarro el pelo en un puño y le follo la boca hasta que estoy a punto de correrme. Gime cuando la saco, me agarro la polla y me corro sobre sus preciosas y dulces tetas.

Gimo y contemplo la estampa que ofrece. —Mira lo que me has hecho hacer —digo, negando con la cabeza—. Ven aquí.

Hago una bola con mi camiseta y se la paso por el pecho para limpiarla. —Tócate mientras termino de vestirme. Así. De rodillas. Frótate el clítoris y juega con los pezones.

Me subo la cremallera de los vaqueros con parsimonia. Vuelvo a pasar el cinturón por las trabillas. Me pongo una camisa y cojo una sudadera. Ella echa la cabeza hacia atrás y entreabre la boca.

—Ni se te ocurra correrte sin permiso.

—Aleks —gime ella en un sollozo—. Eres malo.

—Malo sería hacerte llevar mi corrida y esperar tu orgasmo —le digo, encogiéndome de hombros.

El brillo de sus ojos me dice que está dispuesta a ambas cosas.

Joder, voy a perder la puta cabeza con esta mujer.

Me siento en el borde de la cama y le hago un gesto silencioso para que se acerque. Se tambalea hacia mí, medio ebria de excitación. Le quito los vaqueros y las bragas, la levanto, me tumbo en la cama y la coloco sobre mi cara.

—¡Aleks! —protesta. Le doy una palmada fuerte en el culo cuando se resiste. Intenta detenerme, pero no me alcanza los brazos. Le doy un azote fuerte, una y otra vez, hasta que finalmente cede y separa

las piernas para mí. Le cojo su clítoris duro y pequeño entre los dientes y se lo raspo para enseñarle a comportarse, luego le paso la lengua por la raja para recompensar su obediencia.

Chupo y lamo, lamo y chupo, y pronto se corre en mi boca con un grito. La lamo durante cada espasmo de placer hasta que se desploma sobre mí, le doy una cariñosa palmada de despedida en el culo y la arrastro de nuevo a la cama.

—Ahora compórtate como te he dicho, o llegaremos aún más tarde de lo que ya vamos.

Pone los ojos en blanco durante unos segundos antes de soltar un profundo suspiro.

—Definitivamente, vamos a tener que parar a por un café por el camino.

—Lo haremos, pero tenemos una parada más antes de llegar al centro de acogida.



# Capítulo 13

*HARPER*

—¿Adónde vamos? —Intento fingir que estoy de lo más tranquila sentada a su lado en el SUV, pero sigo tan cálida y maleable como el caramelo blando. Me pregunto si sabe que el sexo me provoca esto. Es curativo, a su manera, perder el control con él. Dejar que me dé placer de verdad.

No tengo muchos recuerdos de la noche en que me agredieron, pero los pocos que conservo se desvanecen cada vez que Aleksandr me toca.

—Se suponía que esta mañana te iba a llevar al campo de tiro. Ese era mi plan original.

—Oh. —Se me abren los ojos como platos y el corazón se me acelera un poco—. ¿Voy a aprender a disparar?

—¿Aprender a disparar? —La oscuridad familiar le ensombrece el rostro y aprieta con más fuerza el volante—. Joder, claro que vas a aprender a disparar. Y no solo a disparar. Voy a entrenarte en combate cuerpo a cuerpo y en defensa personal. Se *hará* justicia, y tú tomarás parte en ello.

Imagina sentirme empoderada. Sentir que podré defenderme si alguien intenta agredirme de nuevo. Porque, aunque me encanta la idea de que Aleks también busque venganza, no me gusta tener que depender de un hombre para que lo haga por mí.

—Que no se te ocurra nada —dice con una mirada de advertencia—. Nunca podrás dominarme, princesa.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

Eso es lo que él se cree.

Quiero decir que, de todos modos, podría divertirme intentándolo.

—Aleks, ¿cuál es el plan? O sea, ¿llegamos y les decimos que se vendrá a casa con nosotros?

—Sí. Primero paramos en la comisaría. Tengo un amigo allí que es experto en seguridad de sillas de coche.

Oh, Dios mío. Nuestra primera parada es para instalar la sillita del coche. Casi me echo a reír.

—¿Qué? —dice, mientras pone el intermitente—. Con esas mierdas no se juega, Harper. Tiene que estar instalada de forma segura.

La comisaría se alza frente a nosotros.

—Eres un *gánster*, eso es lo que eres.

Tuerce el labio. —En tu mundo a esos putos hombres los llamáis *gánsteres*. —Saca pecho y su acento se vuelve más marcado—. Yo soy *Bratva*. —Me lanza otra mirada—. Ya hablaremos de eso más tarde. Tendrás que practicar cómo decirlo correctamente.

Otro vuelco al corazón. Mantengo la compostura. —No creo que tengamos tiempo. Vamos a traer a casa a una *niña*.

—Una niña que tendrá una niñera y la atención infinita de su tía Polina. Tendremos tiempo de sobra.

Lo miro con el ceño fruncido. —No estoy segura de querer una niñera.

—Puedes pasar todo el tiempo que quieras con ella, pero la niñera no es opcional. Como mi mujer, se esperará de ti que asistas a eventos conmigo, y tenemos horas de práctica por delante.

Es mucho que asimilar de golpe. —¿Y si quiero ser yo quien la calme cuando llore?

¿Por qué me tiembla tanto la voz? ¿Por qué lo único en lo que puedo pensar es en cómo mi madre solía mandarme a la cama, cerrar la puerta con llave y yo lloraba hasta quedarme dormida?

¿Estoy llorando?

Giro la cabeza para que no me vea.

—Harper. —Su voz es ahora un poco más suave—. Nadie está diciendo que no vayas a tener la oportunidad de ejercer de madre con tu hija. —Nos detenemos frente a la comisaría. El peso de su mano sobre mi rodilla es intenso, pero todavía no me giro a mirarlo —. No habría planeado traértela a casa solo para negarte eso. Pero dedicarle cada minuto de tu tiempo no funcionará en nuestro mundo.

Hay muchas cosas que no funcionarán en nuestro mundo.

Aparca el coche y envía un mensaje con el móvil.

—Le digo a Anton que estamos aquí.

—Así que tienes un amigo aquí.

—Por supuesto. ¿Tu padre no los tenía?

Cuando me fui de casa, lo único que le quedaban eran enemigos. No respondo.

La puerta de la comisaría se abre y un hombre alto y en forma, de unos treinta y pocos años, sale a grandes zancadas. Saluda a Aleks con un gesto de cabeza. Aleks abre el maletero y saca una caja enorme.

—Vaya, ¿eso ha aparecido de la nada o qué?

—Aleksandr tiene un modo de conseguir lo que quiere cuando lo quiere —dice Anton, y no sé si es solo una afirmación o una advertencia.

—Anton, te presento a Harper. —Aleks se yergue—. Mi mujer. —No se me escapa la oleada de orgullo en su voz cuando dice *mi mujer*.

El corazón se me derrite un poco.

Anton me tiende la mano, pero una mirada de Aleks hace que la retire y me salude con un pequeño gesto. Ja.

—Bueno, vamos a ponernos con esto, que tenemos un horario.

—Aún no ha salido el sol y ya tienes un horario —dice Anton, negando con la cabeza—. De acuerdo, empecemos por asegurarnos de que estamos en un terreno nivelado.

Los dos acaban sudorosos y sin aliento anclando la silla en su sitio. Es una de esas de lujo. Finalmente, Anton señala una pequeña burbuja en la base del asiento, como un nivel en miniatura. —Cuando esté en el centro, está lista.

Hacen una especie de choque de puños fraternal y nos ponemos en marcha.

Nunca se lo diría, pero es absolutamente adorable que haya conseguido una *silla de coche*.

Su móvil en el salpicadero muestra las indicaciones que le di. Dice que solo estamos a quince minutos. Esto es muy diferente a otras veces. He estado aquí antes, pero siempre a escondidas, nunca con la intención de llevarme a Ivy conmigo... y nunca con un hombre peligroso a mi lado. Algunos de sus hermanos podrían pasar por civiles normales, con algo de esfuerzo. Pero cuando Aleks se inclina ligeramente hacia un lado para entreabrir la ventanilla, el contorno de una pistola abulta bajo su camiseta. No hay nada normal en él.

—Sigo sintiéndome culpable por llevárnosla. Les va a destrozar.

Aleks levanta las cejas. —Es lo correcto.

—*Tan* correcto, y eso lo entiendo. —Una parte de mí está eufórica por no volver a dejarla—. Pero yo… la han tenido desde que nació.

—Pero es tu bebé. Ese es el riesgo que corre una familia de acogida. El objetivo suele ser reunir al niño con la madre biológica, ¿no?

—No sé si es lo habitual, pero... bueno, sí. Supongo que es a lo que se exponen.

Me aprieta la mano. —Lo es.

Pero hay más que eso. Tengo muchísimos miedos. Y aunque ya he hablado con él sobre ser madre y me ha ayudado, todo eso me preocupa.

—¿Y qué hago si no duerme en mitad de la noche?

—Creo que… pues, probablemente, a lo mejor mecerla. Darle un poco de leche. Calmarla hasta que le entre el sueño.

Asiento. Vale, eso puedo hacerlo.

—¿Y si eso no funciona?

Se rasca la nariz. —Hum… Bueno, supongo que la niñera sabrá de esas cosas.

Ah, claro.

Supongo que estoy en una situación en la que nunca había estado. Casada con un hombre peligroso al que apenas conozco. A punto de criar a una hija con él. Culpable por alejar a Ivy de las únicas personas que la han querido.

Pero el amor es caótico y complicado. La protección se presenta de muchas formas. Y sé que me esperan decisiones difíciles, pero lo más duro de todo es admitir que nunca *he tenido* un lugar seguro al que ir.

¿Es esto lo que le ofrezco a mi pequeña?

¿Por qué la idea de estar *a salvo* me aterra tantísimo?

—Estás volviendo a hacer eso.

—¿El qué? —No debería estar detectando ya patrones en mí. No es justo.

—Eso de morderte el labio porque estás metida en tus pensamientos. Estás pensando en algo y probablemente no me vas a decir en qué.

Me encojo de hombros. Supongo que no tiene sentido ocultar nada. —¿Sabes? Es que se me hace extraña la idea de tener un lugar seguro para mí y para la niña.

Niega con la cabeza. —No. No lo sé. ¿Qué coño significa eso?

Suelto una risa amarga. —Es tan ajeno a mí, pero no tiene sentido que me asuste. —No espero que responda. Ni siquiera yo lo entiendo.

Pero cuando lo hace, me pilla por sorpresa. —Tengo que hacer un pequeño desvío antes de que lleguemos. Ya no falta mucho y quiero enseñarte esto primero.

El corazón me late más deprisa. Me sudan las palmas de las manos. Estoy tan nerviosa por llegar a su casa que podría vomitar, así que agradezco el desvío.

Al principio, los cambios a nuestro alrededor son sutiles. Dejamos atrás las calles vibrantes y bulliciosas de la ciudad. El suave asfalto bajo los neumáticos se convierte en una carretera escarpada llena de baches y basura. Hay grafitis en las señales del metro y los luminosos escaparates escasean. Las ventanas tapiadas y las paredes manchadas me producen una sensación de inquietud.

—¿Seguimos en The Cove? —pregunto en un susurro.

A Aleks se le tensa la mandíbula. —Justo en las afueras. —Me alivia que él y sus hermanos no controlen esta zona.

El aire mismo parece más denso, como si los sueños olvidados y las promesas rotas se hubieran quedado flotando en él. Los propios edificios parecen cansados y desgastados, como si sus hombros se encorvaran bajo el peso que soportan.

Aquí no hay vegetación frondosa ni árboles bonitos que bordeen las calles. Nada más que metal viejo y troncos desnudos, por no hablar de las malas hierbas que se abren paso por las grietas del pavimento. Peor que nada, los sonidos de los coches que pasan y la gente que charla han dado paso rápidamente a algo completamente distinto.

Un perro ladra, seguido del grito de un hombre y el gañido del perro. Hago una mueca, aunque no he podido ver lo que ha pasado.

—¿Por qué me traes aquí? —Me estremezco y aparto la mirada. Me entristece ver a indigentes acurrucados en los portales y basura por el suelo. Si las casas y los edificios de los alrededores están abandonados…, ¿qué pasa con sus habitantes?

—Aleks —susurro mientras detiene el coche. Este es un lugar al que la gente como nosotros viene a por prostitutas o hierba y nada más.

—Antes de que me adoptara mi padre, vivía en esa casa de ahí. —Señala una casa de ladrillo con unos escalones que una vez estuvieron pintados pero que ahora están descoloridos—. Vinimos de Rusia y solo llevábamos aquí uno o dos años.

Una ventana rota está rellena con restos de papel de periódico amarillento. Un gato de aspecto enfermizo nos mira con el ceño fruncido desde la escalinata.

—Lo siento. —Puede que no creciera en un buen hogar, pero no crecí… así.

—No lo sientas. No te he traído aquí por eso.

Pasa el brazo por encima del volante y se gira para mirarme.

—Cuando me fui de aquí, era un crío. Apenas sabía atarme los cordones o deletrear mi nombre. Y todo en mi nuevo hogar era reluciente, bonito y nuevo. Y me hacía sentir jodidamente incómodo. No quería huevos revueltos con patatas fritas, como mi madre intentaba darme. Quería la comida envasada y recubierta de azúcar

que conocía. Era lo que me resultaba familiar, aunque no fuera lo mejor para mí.

Vuelvo a mirar la casa. Me cuesta imaginar a Aleks de niño, pero, de algún modo, ver este lugar me lo hace más fácil.

Una puerta se abre de golpe y sale una niña con el pelo largo y ondulado cayéndole por la espalda. Tiene la cara surcada de lágrimas y los ojos rojos de llorar. Se me encoge el corazón al verla. Baja los escalones al trote y corre calle abajo, con el pelo ondeando al viento tras ella.

He visto la pobreza y he visto la riqueza, y he visto mucho entre medias, pero esto es algo muy diferente.

—Harper. —Lo miro—. Que estemos acostumbrados a que algo esté roto no significa que sea lo mejor para nosotros —dice en voz baja. Asiento y me trago mi propio miedo y orgullo. Levanto la barbilla.

Puedo ser la madre que Ivy necesita. Sé que puedo.

Aleks vuelve a arrancar el coche. Observo en silencio cómo la niña se detiene y se agacha para recoger algo de la calle. Lo sostiene a la luz y se lo mete en el bolsillo. Acelera el paso y sonríe.

Recuerdo cuando yo era pequeña, el miedo que tenía a mi padre y a mi madre. Intentaba complacerlos y nunca aprendí que no podía, que nunca dependió de mí ni lo haría.

En cuestión de minutos, volvemos a la carretera principal, no muy lejos de la pequeña Ivy.

Cuando gira para entrar en la calle de su casa, me pregunta:

—¿Estás lista?

—Vamos.



# CAPÍTULO 14

*ALEKS*

Mis niñas están dormidas.

*Mis niñas.*

Hace unas semanas apenas conocía a Harper y no sabía que Ivy existía, y hoy haría cualquier cosa por mantenerlas tan en paz como están ahora. Cuando me he asomado a verlas, Harper tenía los labios entreabiertos y la manita de la pequeña Ivy descansaba sobre la suya. He cogido una manta y se la he puesto por encima para que no cogieran frío, y las he dejado descansar.

Paseo por la habitación, mirando por la ventana. Hemos montado la camita de Ivy en la pequeña habitación de al lado del dormitorio principal, que tiene una puerta que conecta ambas estancias y que se puede cerrar.

Ha venido con nosotros por voluntad propia, y sus padres de acogida —Isaac y Abigail Brooks— se han mostrado valientes al respecto. Isaac, un pastor de la zona, me ha dado la mano, pero apenas ha dicho nada. Hemos pagado una buena suma para que todo quedase fuera de los registros y he movido algunos hilos para mantener nuestros nombres al margen de cualquier documento oficial, pero ya se lo compensaré.

La casa de la familia Brooks era humilde y estaba limpia, con un único y sencillo coche en la entrada y señales de que tenían hijos mayores: una bicicleta apoyada en la barandilla del porche y una comba olvidada cerca de allí.

Temía que Ivy montara más jaleo al irse, poniéndoselo más difícil a Harper, pero no lo ha hecho. A veces, los niños lo saben. No dudo de que echará de menos el lugar donde estaba, pero sabía que Harper era su madre.

De todos modos, me siento aliviado. Es una batalla menos que librar.

Abigail ha llorado, pero se la ha entregado a Harper en silencio.

—Lo siento —dijo Harper—. Lo siento de verdad.

—No lo sientas. He rezado por esto. Tienes que estar con ella, pero la echaremos de menos.

Llevará tiempo, pero formar una nueva familia siempre lo lleva. Y yo bien lo sé.

La cabeza me da vueltas con todo lo que he aprendido y vivido en los últimos días.

Esta noche empezamos nuestra nueva vida como una pequeña familia nuclear.

Mañana viene Polina para ayudar mientras entrevistamos a las niñeras.

El móvil pita con un mensaje.

**Mikhail**
Nos han mandado para casa. Se ha puesto de parto, pero todavía no es el momento.

Compadezco a cualquiera en ese hospital que no le haya traído un hijo al mundo a Mikhail. Compadezco a Aria por tener que lidiar con ese cabezón beligerante.

Aun así, no puedo evitar regodearme.

Tengo un crío, tío. Ya te cuento mañana.

**Mikhail**
de q coño hablas?

Tengo una cría, tío. Mañana te pongo al día.

Suena el teléfono. Cómo no. No va a esperar a mañana.

—¿Sí?

—¿Son formas de hablarle a tu *pakhan*? Joder. Cuéntamelo todo.

Es el hermano mayor y el cabeza de familia, así que tengo que hacerlo, con todo detalle.

—¿Y la has recogido hoy?

—Sí. Ya era hora. Tenía que estar con su madre.

—Vaya. Nadie podrá decir que pierdes el tiempo.

—Pues claro que no. —Si algo he aprendido es lo rápido que puede cambiarte la vida. Si alguien de tu círculo necesita protección, dejas todo lo que estés haciendo y te pones a ello.

—Has hecho lo correcto. —No sabía que necesitaba su aprobación hasta que la he oído. Me yergo un poco más—. ¿Cómo está Harper?

Miro a través de la puerta y bajo la voz. —Durmiendo con ella ahora mismo.

—Ten cuidado con eso.

—¿Con qué?

—Con dejar que compartan la cama.

—¿Tu hijo todavía está *dentro* de tu mujer y ya me estás dando consejos de paternidad? —Que se vaya a la mierda con eso.

—En serio, necesito patearte el culo y enseñarte modales.

Cuadro los hombros. —Pues ven e inténtalo.

Se ríe. —Gilipollas. Solo digo que lo de compartir la cama se puede ir de las manos.

Resoplo. —¿Esa es tu mayor preocupación?

—Escucha, es algo que pasa. La mamá duerme en la cama con el bebé, el bebé se acostumbra. Y, cuando te quieres dar cuenta, el

papá está durmiendo en el sofá, de un humor de perros porque ya no pilla.

Puede que tenga razón. Frunzo el ceño. —Pueden compartir la cama *esta noche*.

Mikhail se ríe. Bien, que se ría. A ver cuánto pilla él en los próximos meses cuando llegue ese bebé.

—Mañana tenemos que poner al día a todo el mundo. Buen trabajo, Aleksandr. Cada día nos hacemos más fuertes.

Asiento. —Así es. Pronto será tu turno. Quizá incluso esta misma noche. Ya veremos.

Suelta un suspiro. —Será mejor que duerma un poco por si acaso.

—Mañana tengo que entrevistar niñeras.

—Inteligente. ¿Alguna novedad en tu investigación?

La caza del hombre que agredió a Harper está en pleno apogeo, pero todavía no tenemos nada sustancial. Lo tendremos.

—Todavía no.

Gruñe. Se lo conté todo y su sed de venganza es tan fuerte como la mía. Le perdono que sea un sabelotodo.

—Buena suerte mañana. Voy a descansar un poco, te pondré al día cuando llegue el bebé.

No puedo evitar pincharle una vez más. —¿Jode no poder controlar algo, eh?

—Estaré encantado de recordarte lo que *sí* puedo controlar, gilipollas.

Gimo. Touché.

—Buena suerte a ti también. La necesitarás.

Cuelga el teléfono con un profundo suspiro. Me gusta tener la última palabra.

Roto los hombros y bostezo. Necesito descansar un poco.

Mañana empieza la primera lección de Harper sobre cómo disparar a matar.



# CAPÍTULO 15

*HARPER*

Me despierto al lado de Aleks. Parpadeo. Y, acto seguido, salto de la cama.

¿Ha sido un sueño?

—Relájate —gruñe mientras su mano grande me rodea la muñeca y me arrastra de vuelta a la cama—. Hay un monitor.

Señala el monitor de la mesita de noche, que muestra la figura dormida de mi hija en la otra habitación.

Mi hija. *Dios.* ¿Cómo ha llegado a pasar esto? Resulta tan extraño y difícil de asimilar.

Me dejo caer de espaldas en la cama, con el corazón latiéndome demasiado deprisa. —¿Estás seguro de que respira?

Vuelve a señalar el monitor. —Sí. ¿Ves cómo le sube y le baja el pechito? Está durmiendo la mar de feliz. Puedo configurar los datos biométricos si quieres. —Se acomoda en la almohada y cierra los ojos.

Puede que parezca un poco exagerado, pero...

¿Cómo he llegado hasta aquí? Lo pienso.

Tengo un vago recuerdo de Aleks despertándome y llevándome en brazos a la cama, y luego arropándome. Ivy ya estaba dormida.

—¿Qué hora es? —pregunto.

Abre un ojo, con la voz pastosa por el sueño. No le hace ninguna gracia. —En mitad de la puta noche y estoy agotado. Vuelve a dormirte. —Lo cierra de nuevo.

Lo intento, pero es más de madrugada que media noche y no consigo dormir. La mente me va a mil por hora con todo lo que ha

pasado en tan poco tiempo.

Paseo por la habitación y me quedo mirando el monitor. Miro a Aleks, con el pecho desnudo y en bóxers, un brazo laxamente echado sobre los ojos, su enorme mano sobre la almohada. Me quedo mirando sus tatuajes, que solo son destellos en la oscuridad.

No hay duda de que está dormido.

No sé qué hace cuando duermo, pero parece tener el patrón de sueño de un gato. No es del todo nocturno; duerme siestas y descansa a pequeños intervalos solo para despertarse listo para merodear y cazar. A mí, en cambio, me *encanta* dormir. Era un mecanismo de supervivencia cuando vivía con mis padres. No solían molestarme si estaba dormida.

Vuelvo hacia el monitor y veo a la dulce Ivy. He oído que a algunos niños les cuesta dormir incluso a su edad, pero de momento todo bien.

Necesito verla. Quiero demostrarme a mí misma que está aquí y que está bien. Nunca tuve el privilegio de cuidarla en mitad de la noche cuando era un bebé. Parece que es una especie de rito iniciático para una madre.

Puede que incluso me meta en la cama con ella, le guste a él o no.

Voy de puntillas hasta la puerta que comunica nuestras habitaciones. Con la mano en el pomo, me pregunto si estoy siendo sobreprotectora.

Supongo que esa es la prerrogativa de una madre.

Al menos, para algunas madres. Una punzada me oprime el pecho. No puedo recuperar lo que he perdido, pero sí puedo controlar la siguiente etapa de mi vida.

Abro la puerta y entro en la habitación. Desde el umbral, puedo oír el levísimo sonido de su respiración. Ver cómo el pecho le sube y le baja con suavidad. Unos mechoncitos de pelo rubio platino están

esparcidos por la diminuta funda de la almohada. Agarra un osito de peluche con su puño regordete. Siento un cosquilleo en la nariz y se me empañan los ojos.

Me arrodillo junto a mi hija y le aparto con delicadeza los mechones de la cara y se los coloco detrás de las orejas. Me inclino y le doy un beso.

—Lo siento —susurro. Siento haberla abandonado. Siento no haberme quedado con ella en el mismo instante en que salió de mi cuerpo. Sé que no tuve elección, pero no sé si alguna vez llegaré a perdonármelo del todo.

¿Cómo aprendo a ser una buena madre?

*La quieres incondicionalmente. Le enseñas. Y si hay algo que tus padres hicieron mal o que te hirió..., tú haces lo contrario.*

¿Qué habían hecho mis padres que yo odiara?

*Utilizarme.*

*Tratarme como a un objeto.*

*Pegarme cuando los molestaba y quitarles importancia a mis miedos.*

Supongo que, sinceramente, no sería tan difícil hacerlo mejor.

Puedo hacerlo.

También quiero hermanos y hermanas para Ivy. Una parte de mí se pregunta si *él* también los querrá.

Aleks no es como un tío normal que puedas conocer y que, por ejemplo, entrene en las ligas infantiles o les enseñe a conducir.

Las dos, Ivy y yo, estamos en un mundo totalmente nuevo. Aunque Aleks dice que hemos quemado etapas en la vida, tenemos mucho que recuperar. Quizá la evolución, Dios o lo que sea, hizo que el periodo de gestación de los niños humanos fuera de nueve meses para dar a nuestro cerebro tiempo para adaptarse al *concepto* de

una forma de vida indefensa totalmente dependiente de nosotros. Yo nunca me permití prepararme mentalmente, porque sabía que no podría quedarme con ella.

Para ser sincera, apenas me he acostumbrado al concepto de tener un *marido.*

Ivy se da la vuelta, con las mejillas sonrosadas, y se despatarra en la cama. Parece un angelito.

Pronto entrevistaremos a niñeras. Aleks dice que su familia está deseando pasar más tiempo conmigo. Conocerme. Supongo que el día de mi boda, que pasé con los puños apretados, no cuenta.

Finalmente me aparto de Ivy para que pueda descansar y vuelvo de puntillas y en silencio a nuestro dormitorio. Aleks sigue profundamente dormido.

Fuera de la ventana, el horizonte barrido por el invierno está lleno de árboles desnudos, de ramas escasas. Sin embargo, si miro más de cerca, puedo ver el más mínimo indicio de brotes en las ramas que hay fuera de esta ventana. El sol empieza a asomar entre las nubes y, a medida que nos acercamos a la primavera, cada día tenemos más y más luz solar. Parece una señal. Esperanzadora. Aún está oscuro y hace frío, pero en el aire se respira una promesa de vida.

Me estiro y hago algo de yoga matutino, de cara al sol, contenta por ahora de saber que mi marido está aquí conmigo y que todavía hay esperanza para él, y que mi hija está a salvo en la otra habitación.

Me levanto y me estiro, y entonces me fijo en un pequeño cuaderno que hay junto al teléfono de Aleks en la mesita de noche.

Curiosa, hago una pequeña..., investigación, se podría decir.

*Pagar hipoteca.*

*Fondos universitarios para los otros niños.*

*Donante anónimo.*

*Isaac y Abigail Brooks.*

Debajo de sus nombres hay una serie de códigos de entidad y de números de cuenta.

Me llevo la mano a la boca para ahogar un grito ahogado cuando me doy cuenta de lo que estoy viendo. Tantos ceros...

El móvil se ilumina. Miro a Aleks, luego al móvil y de nuevo a él.

—¿Qué has hecho? —susurro.

Toco la pantalla del móvil y se me abren los ojos como platos al ver un mensaje de la madre de acogida de Ivy, Abigail.

**Abigail**
Harper, no tengo palabras para agradecérselo. Sé que es temprano, pero me he levantado con las gallinas. Echamos mucho de menos a Ivy. He estado un ratito sentada en su camita y he dado gracias de que ahora esté con usted. Y entonces he visto las notificaciones. Sé que ha tenido que ser usted. Lágrimas de gratitud. Gracias, gracias. No tenía por qué hacerlo. ¡Que Dios la bendiga!

Me seco las lágrimas.

Abigail, ha sido mi nuevo marido, pero me aseguraré de darle las gracias. Le estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por Ivy.

**Abigail**
¡Por favor, hágalo! Y no dejen de dar señales de vida. Nos encantaría seguir en contacto.

No estoy segura de que una pastora luterana y la Bratva mezclen bien, pero supongo que ya veremos.

—¿Con quién te escribes? —El gruñido soñoliento y sexy de la voz de Aleks me hace dar un respingo.

Dejo el móvil. —Con Abigail.

Se apoya en un codo, se pasa una mano por la cara y mira de reojo el monitor. —¿No te he dicho que volvieras a meter el culo en la cama?

—No podía dormir.

Gruñe y se deja caer de nuevo sobre la almohada. —Ven aquí.

Me meto en la cama a su lado después de echar mi propio vistazo al monitor para asegurarme de que sigue durmiendo profundamente.

—¿Por qué le escribías a Abigail tan temprano? ¿Te ha escrito ella primero?

—Sí. Quería darme las gracias por lo que hicimos por ellos.

Se encoge de hombros y cierra los ojos, todavía medio dormido.

—Gracias por eso.

Gruñe. —Las palabras se las lleva el viento, mujer. Ya me lo agradecerás con esa boquita más tarde.

—¿Estás intentando usarme para obtener favores sexuales?

—Siempre.

Meto la mano bajo la manta y la deslizo a lo largo de su polla. La masculinidad absoluta de su gemido hace que me humedezca al instante.

—Harper. *Más tarde*.

Siento cómo su cuerpo se tensa cuando se la rozo a través de los bóxers. —*Joder*.

—¿Mmm?

Me deslizo bajo las sábanas y encuentro su cálida longitud. Bajo las sábanas para poder respirar un poco más fácilmente. Le bajo los bóxers para que su polla salga disparada.

Se me hace la boca agua. Trago saliva. Nunca antes de Aleks había deseado a un hombre, e incluso «desear» es quedarse corta.

Acerco mi boca a él y arremolino la lengua en la punta, saboreando el líquido preseminal salado. Trago.

—¿Todavía quieres que pare? —pregunto con un susurro ronco.

Ahogo un gemido cuando enreda los dedos en mi pelo y los cierra en un puño. —Para ahora y te azotaré el culo.

Sonrío, luego me preparo para metérmela entera y la deslizo en mi boca. Él ayuda con firmes embestidas de sus caderas. Lo succiono y deslizo mi lengua por toda la longitud de su polla.

Mis pensamientos empiezan a cortocircuitarse mientras las sensaciones me abruman. Su mano en mi pelo, guiando mi boca hacia arriba y hacia abajo mientras chupo y lamo. Sus dedos sobre mi mano, mostrándome cómo sujetarle los huevos mientras se la chupo. El sonido gutural de su gemido, que aviva mi propia excitación. Su voz, ronca y áspera, susurrando palabras sucias y perfectas que podría poner en bucle y nunca cansarme de oír.

—Buena chica, esa es mi mujercita perfecta. Sabes exactamente cómo complacerme. Justo así. Eres un puto sueño húmedo hecho realidad, princesa.

Sonrío y cierro los ojos, perdiéndome en la sensación de sus manos ásperas en mi pelo, el vello grueso de sus muslos bajo mis manos, el acero aterciopelado de su polla en mi boca. La sensación de *poder* absoluto que recorre mis venas.

—Joder, joder —dice con un gemido—. Para o me correré en tu boca.

—No pasa nada —susurro y vuelvo a la carga con otra lánguida succión.

Su agarre en mi pelo se vuelve doloroso. —*Para.*

Me detengo a regañadientes.

—Quiero correrme dentro de ti —dice con un gruñido.

Mientras me coloco encima de él, le miro fijamente a los ojos. —¿No bromeabas con lo de superar a Mikhail, eh? —Sin condones, sin anticonceptivos. Tenemos una niña de dos años en la otra habitación y él tiene toda la intención de dejarme embarazada.

Me sostiene la mirada. —No.

Me abre de par en par con una embestida salvaje y perfecta. La cabeza se me va hacia atrás mientras el calor recorre mi cuerpo.

—Coge tus tetas —dice en un susurro áspero que hace que mis pezones se endurezcan. Obedezco, gimo y muevo las caderas mientras él me hace cabalgarlo—. Te correrás cuando yo te lo diga.

—Mmm —digo con un quejido—. Dios, sí.

Echo un vistazo al monitor, horrorizada ante la idea de que Ivy se despierte, y él me da una palmada en el culo.

—¡Eh!

—Los ojos en mí. Ella está bien —dice con otra palmada fuerte en el culo.

Mis mejillas arden mientras nos da la vuelta y me coloca debajo de él. Su boca cae sobre la mía mientras me besa, nuestras lenguas se entrelazan y nuestras respiraciones se acompasan. Si todavía lo odiara, creo que aprendería a perdonarlo simplemente por lo perfectamente que me folla.

—Suplícame antes de correrte.

—Ya estoy a punto —gimo, mientras el primer y poderoso espasmo del éxtasis me sacude.

—*Suplica.* —Tiene la mano en mi garganta. Apretando. El corazón me late tan deprisa que estoy mareada. Algo oscuro, profundo y primario en mí quiere ponerlo a prueba, presionarlo, ver qué es capaz de hacer.

Le sostengo la mirada, un desafío silencioso.

Las embestidas de sus caderas se ralentizan y se lame los labios. El fuego en sus ojos me dice que le gusta el desafío tanto como mi sumisión.

—Harper —advierte.

—¿Mmm?

Inclinando la cabeza hacia la mía, me susurra al oído. —Polina viene a cuidar de Ivy hoy. Estoy totalmente dispuesto a dejar a Ivy con ella y traerte aquí para encadenarte a mi escritorio mientras trabajo.

Trago saliva. —Suena divertido.

*¿Qué estoy haciendo?*

—Usaré tu boca cuando me apetezca y solo te dejaré correrte cuando te hayas portado bien.

—Mmm. La expectación me está matando.

También lo hace la presión de su polla dentro de mí y mi creciente necesidad de llegar al orgasmo, pero no pienso darle esa satisfacción.

—¿De verdad quieres ponerme a prueba?

Mis caderas se elevan para encontrar las suyas. Acerca mis pezones a sus labios y los lame. Una advertencia. Reprimo un gemido y cierro los ojos.

El lametón se convierte en un mordisco. Abro los ojos de golpe y me le quedo mirando.

Sin apartar la mirada de la mía, levanta las caderas y embiste con más fuerza. Echo la cabeza hacia atrás y me preparo, tan cerca del orgasmo que voy a estallar.

—Suplicámelo, joder.

—¿Suplicarte el qué? —digo con un susurro entrecortado.

Casi rompo a llorar cuando se retira por completo.

—¡Aleks! *No*. Lo siento —rectifico—. Te lo suplicaré. Por favor. Lo siento, ¿vale?, *Dios mío*, capullo controlador, *por favoooooor*.

Niega con la cabeza, acerca la boca a mi oreja y me muerde. —Eres una malcriada. Debería atarte y darte con el cinturón en el culo antes de tomar tu coño y hacerte esperar por lo tuyo.

Lo fulmino con la mirada, pero olvido rápidamente mi queja cuando vuelve a embestirme. *Oh, Dios, sí, haré lo que sea por esto, lo que sea por más.*

Extiendo los brazos y, con vacilación, recorro sus hombros desnudos mientras él me sostiene la mirada. Entrelazo los dedos detrás de su nuca y respondo a cada embestida.

—Por favor —susurro—. Por favor, Aleks. *Marido*.

Eso le complace. Me roza los labios con los suyos antes de asentir. —Córrete, princesa.

Me ahogo en el placer, unido al suyo. Una oleada tras otra me recorre mientras él resopla con su propio orgasmo.

Por fin, jadeantes y saciados, apoya su frente en la mía y me suelta.

Es entonces cuando me doy cuenta de que las voces de mi cabeza se han silenciado.

Ahora no hay nada más que una sinfonía de color y perfección que interpreta una melodía triste pero encantadora de fondo mientras yo me entregaba al placer.

—Te voy a joder con ganas en el campo de tiro por eso.

—¿Por qué?

—Por hacer que perdiera la concentración.

Contengo una sonrisa.

—¿Cuándo volvemos a ir? —pregunto como si no lo supiera con exactitud. Lanzo una mirada al monitor y se me para el corazón.

—¡Aleks!

—¿Mmm? —Se quita de encima de mí y coge la camiseta que se quitó anoche.

—¿Dónde está Ivy?



# CAPÍTULO 16

*ALEKS*

*Joder*.

Me enfundo unos pantalones de chándal mientras corremos a la habitación de Ivy.

—¡Ivy!

Una cabecita se asoma desde el armario. Tiene un peluche en cada mano.

—¡Perrito!

Harper se desploma en el borde de la camita. Todo su cuerpo tiembla de alivio. Me uniría a ella si no fuera a aplastar la dichosa cosa.

—Dios mío, necesitamos un monitor mejor —dice con voz temblorosa.

—Joder. Ni que lo digas. —Todavía tengo el corazón desbocado—. Ser padre me va a matar, joder.

El móvil me vibra con un mensaje. Me paso una mano por el pelo.

—Tienes que dejar de distraerme —le susurro a Harper, porque me encanta picarla—. He perdido cuatro llamadas de Mikhail y dos mensajes de Polina.

Ella resopla.

—Ni en tus sueños.

Niego con la cabeza, cruzo la habitación y llamo a Mikhail mientras Harper escucha a Ivy parlotear sobre lo que ha encontrado en su armario.

—¿Es que ya nunca llevas el móvil encima?

—Te he devuelto la llamada enseguida. Y perdona, pero creo que cuando te casaste con Aria tú también estabas ilocalizable. Dame un respiro.

—No. Coge el puto teléfono cuando te llame o la mudaré a una casa aparte.

Niego con la cabeza.

—¿Vas a rebajarte a ese nivel solo para que no gane yo?

—No tienes ni idea.

—¿Solo has llamado para echarme la bronca por no coger el teléfono?

—No. He llamado para decirte que Aria ha dado a luz a nuestro bebé esta madrugada.

—Vaya, de verdad que no podías soportarlo, ¿eh? ¡Enhorabuena! Qué maravilla. ¿Solo uno?

Él se ríe.

—Solo uno.

—Entonces, ¿estamos en paz?

—Por ahora.

Colgamos y me vuelvo hacia Harper. El corazón se me encoge en el pecho al ver a Ivy en su regazo, pasando las páginas de un libro de cartón.

—Tenemos que prepararnos para irnos, Harper. Vamos a vestirla y a bajar a ver a Polina. Dijo que ayudaría la primera semana.

—Oso —dice Ivy con los ojos muy abiertos. Señala el dibujo de un osito de peluche en la portada. Luego apunta a Harper con su dedito —. Mamá.

Harper sonríe y se le aguan los ojos.

—Eso es, cariño. —Levanta la vista hacia mí, con la voz un poco ronca—. Siempre me ha llamado mamá. En eso se portaron bien. ¿Qué pasaba con Mikhail?

—Aria ha tenido a su bebé.

Deja caer el libro tan rápido que Ivy abre los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Y no me lo has dicho? ¡De verdad, vosotros los hombres!

—¿Qué? Si apenas los conoces.

—¡Pero ahora son familia! ¡Y han tenido un bebé! —Me mira, pensativa—. No me extraña que tuvieras tantas ganas esta mañana.

Pongo los ojos en blanco.

—Te recuerdo que fuiste tú la que empezó.

Me despacha con un gesto de la mano.

—¿Niño? ¿Niña? ¿Cuánto ha pesado? ¿Qué nombre le han puesto?

Mierda. Me encojo de hombros.

—No tengo ni idea.

Me mira fijamente como si no lo entendiera. Supongo que esas son las cosas que preguntan las mujeres cuando se enteran de que hay un bebé nuevo.

—Escucha, tenemos que irnos. Pensándolo mejor, ve a cambiarte, Polina subirá y me ayudará a prepararla.

Frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—Quiero vestirla yo. No quiero irme, Aleks.

—Volveremos pronto, te lo prometo. Puedes vestirla si te das prisa en arreglarte tú.

—¡Puedo saltarme lo de lavarme el pelo! No tardo nada. —Se levanta de un salto de la cama y coge a Ivy de la mano como si le acabara de decir que nos vamos a Disney World.

No sé si alguna vez llegaré a entender a las mujeres.

Me quedo de pie con los brazos cruzados, observándolas. Harper abre la cómoda que Polina compró ayer y saca dos conjuntitos.

—¿Cuál? —dice—. ¿El rosa o el morado?

Ivy señala el rosa y Harper asiente.

—Buena elección. Ven aquí, vamos a prepararte para conocer a tu tía.

Después de vestirnos, bajamos a la cocina. Polina está prácticamente dando vueltas de un lado a otro.

—¡Oh, Dios mío, pensaba que no ibais a bajar nunca! ¡Me moría de ganas de conocerte, Ivy!

Se agacha y saluda a Ivy con la mano.

—Hola, cariño. Me llamo tía Polina.

—¡Elsa! —exclama Ivy, con los ojos como platos.

¿Elsa?

Harper y Polina estallan en carcajadas.

—¿Alguien quiere explicarme la broma? —mascullo.

Harper sonríe.

—Elsa es una princesa de Disney con una larguísima melena rubia. Es bastante icónica, con sus grandes ojos azules, su pelo rubio y sus vestidos azules.

Vale, eso es bastante mono.

—Polina, Elsa, lo que sea, hoy empezamos a entrevistar niñeras. Quiero que pasen por varias rondas de preguntas y comprobaciones de antecedentes. ¿Me ayudas?

—¡Por supuesto! —Polina le tiende la mano y ayuda a Ivy a subir a la trona—. ¿Te apetece desayunar?

Ivy asiente. Algo dentro de mí se relaja, pero no sé determinar qué es. Se está a gusto aquí, en la cocinita. Es hasta acogedor. El corazón se me acelera en el pecho al saber que tenemos el poder de darle una vida mejor.

—¿Tenemos que irnos? —dice Harper, mordiéndose el labio—. Es tan dulce y quiero desayunar con ella.

—Sí. Lo he organizado todo y tenemos que terminar esto. Te prometo que luego pasaremos mucho tiempo con ella. Incluso iremos a una de esas tiendecitas del centro comercial a por un globo o algo.

A Harper se le crispan los labios.

—Aleks, la cara de auténtico sufrimiento que has puesto al decir «centro comercial»…

Polina corta un plátano en rodajitas y niega con la cabeza.

—Estoy impresionada, hermano. Muy impresionada. Pero no te olvides de que le prometiste a mamá que comeríamos con ella.

—¿Acaso me olvido de algo?

Polina se lo piensa y finalmente niega con la cabeza.

—Definitivamente no.

—Genial —murmura Harper. Le tiro de un mechón de pelo.

—Vamos.

En el denso y sombrío bosque que hay detrás de mi casa, el aire está cargado del olor a tierra húmeda; la alfombra de acículas de pino y hojas amortigua los rápidos pasos de Harper. Toda su presencia parece una contradicción, como un milagro hecho de retales: de apariencia delicada, pero con un aire de fuerza tácita. Está emocionada.

—No te haces una idea de las ganas que tenía de hacer esto —dice con los ojos brillantes. Prácticamente vibra de la emoción—. Una vez encontré una de las pistolas de mi padre y la sensación de tenerla en la mano fue increíble, pero entonces me pilló y me dio una paliza de muerte.

*Me dio una paliza de muerte.*

No lo olvidaré.

No es que Kolya no nos pateara el culo si hacíamos el gilipollas con cualquier arma, pero eso es diferente.

—Debes recordar que la seguridad lo es todo cuando usas un arma —le digo mientras inspecciono nuestra galería de tiro. Las dianas son una serie de círculos concéntricos pintados en placas de acero; sencillas, pero útiles. El mismo tipo que Kolya usaba con nosotros cuando éramos más jóvenes.

—Vale, vamos a oír las reglas —dice, con las manos a la espalda.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunto, con todo el tono juguetón desaparecido. Debe tomarse esto en serio.

—¿Burlarme de ti? —pregunta con los ojos como platos—. Oigo y obedezco, amo.

Se está burlando de mí, sin ninguna duda.

Le lanzo una mirada seria. —Este no es el momento ni el lugar para hacer el gilipollas, Harper. Hay reglas inquebrantables sobre la seguridad con las armas de fuego.

—Aleks, no voy a ponerme a blandir una pistola por diversión ni a peinarme con ella —contesta, poniendo los ojos en blanco.

—Vuelve a ponerme los ojos en blanco, mujer. Venga, te reto.

Eso capta su atención. Traga saliva y sus mejillas se sonrojan. —Vale, estoy prestando atención.

—Bien. —Mi voz es firme, sin dejar lugar a negociaciones. Esto es muy serio—. Primero: siempre, *siempre*, actúa como si la pistola estuviera cargada. Me da igual si te has asegurado personalmente de que no tiene nada de munición, tienes que entrenarte para tratar cada puta arma como si estuviera cargada. ¿Entendido?

Un seco asentimiento. —Entendido.

—Segundo: cuando manejes un arma de fuego, por ejemplo, al cargarla o descargarla, asegúrate siempre de que apuntas en una dirección segura.

Otro asentimiento.

—Tercero: nunca, *jamás*, apuntes con un arma a nada que no estés dispuesto a destruir. No es algo que se use como advertencia. Cuando disparas, disparas a matar. Solo los tiradores experimentados pueden hacer algo menos que eso.

—Sí. Entendido.

Es la alumna modelo perfecta, por ahora. Su sobrio asentimiento parece reflejar mi propia seriedad.

—Cuarto: mantén el dedo fuera del gatillo hasta que tengas la mira sobre el objetivo y estés lista para disparar. Si no tienes cuidado, podrías descargar un proyectil accidentalmente. Pasa todo el tiempo, incluso a tiradores experimentados. Solo hace falta una pérdida de concentración de un segundo. ¿Estás pillando todo esto, Harper?

—Todas las pistolas están cargadas aunque no lo estén, apuntar en dirección segura, solo apuntar a lo que quieras aniquilar, el dedo en

el gatillo solo cuando vayas a disparar. —Asiente—. Lo he pillado.

Reprimo un gruñido. —Por último, sé siempre consciente de lo que hay delante, a los lados y, especialmente, detrás del objetivo. Dependiendo del tipo de munición que uses, las balas pueden viajar mucho más allá de la diana. Piensa siempre un paso por delante.

—Tiene sentido. No lo olvidaré. —Su voz transmite el peso de la responsabilidad. Asiento, ablandándome un poco, y doy un paso atrás para que podamos empezar.

Le deslizo la pesada pistola en la mano, esperando guiarla lentamente a través del proceso. Es mi 1911 personalizada del calibre .45 ACP, la que me regaló mi padre por mi decimoctavo cumpleaños. —Esta pistola es increíblemente potente. La bala que dispara es de un calibre más grande del que la mayoría de la gente usa en pistolas, incluso la mayoría de las que usa la policía. Está diseñada para mutilar y matar. La pistola va a dar una coz fuerte cuando dispares, así que prepárate para el retroceso.

Espero que la sostenga con cautela, como si fuera un animal a punto de morder. Espero que tiemble un poco, mientras se acostumbra a su peso y a la responsabilidad de sostener un arma. Pero no es eso lo que ocurre en absoluto.

En cuanto la pistola toca la palma de su mano, su transformación es instantánea.

El mismísimo aire a su alrededor crepita y cambia como si el metal del arma tuviera una atracción magnética. El arma parece ser una verdadera extensión de ella. Su postura cambia y parece revestirse de un aire de certeza. El ligero ensanchamiento de sus ojos me dice que ella también lo siente, esa sensación de que todo encaja a la perfección.

Es como si estuviera mudando la piel, revelando su verdadera personalidad.

Nunca he visto nada igual.

*Harper nació para empuñar un arma.*

Doy un paso atrás.

Planeaba colocarme detrás de ella para enseñarle cómo sostenerla, cómo posicionarse. Planeaba recordarle que tuviera cuidado.

No digo nada. Ella lo *sabe*. De alguna manera, simplemente sabe cómo sostenerla correctamente, cómo alinear la mira.

Con una calma absoluta, Harper levanta la pistola. Su postura es impecable, la gracia unida a una precisión letal. No hay vacilación, ni miedo, solo el sonido de su respiración envuelto en el denso bosque que nos rodea.

Dispara.

La bala canta por el aire y golpea el centro exacto de la diana con una fuerza que hace sonar la placa de acero como la campana de una iglesia. Sin dudarlo, dispara de nuevo, y otra vez; cada puta bala impacta en el centro perfecto.

Su puntería es tan perfecta que es casi sobrenatural. Su habilidad instintiva para controlar el enorme retroceso es impresionante de ver.

La miro incrédulo. Yo disparé trescientos cartuchos con esta misma pistola antes de sentirme remotamente competente con ella.

Parpadeo. La miro fijamente un poco más. Una lenta sonrisa se extiende por su rostro.

—Guau —resopla, girándose hacia mí con la pistola apuntando hacia abajo—. Dios mío. Ha sido una sensación increíble. Ha sido tan fácil como respirar. Creía que sería mucho más difícil.

Niego con la cabeza, incrédulo. —Ni de coña es la primera vez que disparas un arma. Nadie dispara así a la primera. ¿Me has mentido?

El fruncimiento de sus cejas me advierte de que he tocado un punto sensible. No he olvidado la bofetada en mi mejilla. No está

mintiendo.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Cuándo coño crees que iba a tener yo la oportunidad de disparar un arma? Ya te lo he dicho, toqué la pistola de mi padre una vez y casi me mata por eso. —Relaja el ceño —. Aunque se sintió así…

—¿Así cómo?

Traga saliva.

—Como si fuera una extensión de mí. —Se maravilla al ver la pistola en la palma de su mano—. Como si… como si hubiese nacido para hacer esto.

La observo con una mezcla de asombro y un respeto recién descubierto.

Todos mis hermanos son hábiles con las armas gracias a nuestro incansable entrenamiento y a nuestros años de estudio. Sin embargo, solo uno es un talento natural: Nikko. Su destreza no tiene parangón. Es la única persona que he conocido que hablaba de sus armas como si hablara de hacer el amor.

—¿Lo dices en serio? —le pregunto, porque no sé qué más decir.

—Totalmente en serio. Y ahora, ¿vamos a quedarnos aquí de cháchara o puedo seguir disparando?

Le coloco latas para que dispare, un blanco tras otro. Observo, negando con la cabeza con incredulidad, cómo mi mujer dispara con la habilidad de una maestra absoluta. Tiro tras tiro, las balas dan en el blanco. Su mirada nunca vacila, su técnica es perfecta. No puedo evitar verla como lo que es en realidad: una fuerza a tener en cuenta. Su habilidad y destreza con las armas trascienden lo práctico. Es una puta forma de arte. Es la Mozart de la 1911.

Inigualable. Impresionante. Estoy empalmado solo de verla.

—Suelta la pistola —digo con voz ronca.

Se vuelve para mirarme, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes y muy abiertos, como si acabara de volver de correr por la playa.

—¿Qué?

—Suéltala —repito—. Ahora.

Mientras camina hacia mí, tras dejar la pistola a regañadientes, hago una llamada.

—¿Nikko?

—¿Sí?

—¿Cuánto tardas en llegar?

—Quince minutos. Estoy en casa de Mikhail. ¿Estás bien?

Trago saliva.

—Sí. Tráete tus cachivaches. Todos. Tengo que enseñarte una cosa.

Cuelgo el teléfono y lo tiro junto a su pistola. Cuando llega a mi altura, hundo los dedos en su pelo y le echo la cabeza hacia atrás. Su gemido ahogado me pone aún más duro. Cambio el agarre y la levanto, girándome para que la arboleda nos dé intimidad. Estamos solos bajo la densa cubierta del bosque.

Sin mediar palabra, la deslizo hacia abajo y la inclino sobre una rama baja. Sujetándola con una mano, le bajo los *leggings* y las bragas de un solo tirón. Le abro las piernas. Me saco la polla y busco su humedad con la punta. Satisfecho, la embisto en un solo movimiento duro y profundo.

Echa la cabeza hacia atrás y se apoya en la rama. La follo con fuerza, en silencio, hasta que su cuerpo se estremece bajo el mío y me corro dentro de ella.

Cuando terminamos, jadeantes y acalorados, ladea la cabeza y gira el torso, mirándome por encima del hombro.

—¿A qué coño ha venido eso?

—Verte con esa pistola ha sido la puta cosa más sexi que he visto en mi vida.

Su sonrisa le ilumina toda la cara.

—¿En serio?

—En serio —digo, subiéndome la cremallera—. Y mi hermano va a venir porque él dispara mejor que yo.

Dispara mejor que nadie.

En realidad, eso está por ver.

Le agarro el pelo en la nuca, la levanto y le doy un beso duro.

—Y cuando estés con él quiero que recuerdes exactamente a quién perteneces.

Saca el labio inferior.

—¿Por qué él? ¿Por qué no puedes enseñarme tú?

Me inclino y le beso la mejilla, luego la mandíbula y de nuevo los labios.

—Porque tienes mejor puntería que yo, princesa.

Una sonrisa asoma a sus labios, con los ojos iluminados por la emoción de lo que acaba de ocurrir.

—Lo sé.

Le doy una palmada en el culo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Me inclino y le susurro al oído:

—Ya está aquí. He visto llegar su coche. Recuerda cómo sentías mi polla dentro de ti. Todavía estás mojada por mí. Recuerda que eres *mía*.

Cuando Nikko llega, su mirada aguda y evaluadora recorre a Harper con una intensidad que podría haber intimidado a cualquier otra persona. Harper se limita a sonreírle.

—¿Qué necesitas? —me pregunta.

—¿Ves esa diana?

Suelto un gruñido.

—Fue a la primera.

Se burla.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—¿Ah, sí? —pregunta, claramente escéptico—. Veamos, pues.

Sin decir nada, se acerca a los restos de la diana y la sustituye por una serie de placas mucho más pequeñas y con patrones mucho más intrincados.

—Demuéstramelo.

Harper asiente, imperturbable, mientras Nikko le explica las pruebas, que supondrían un desafío incluso para el tirador más experimentado.

—Primero, le darás al blanco más pequeño, el del borde. —Es un puto punto desde aquí—. Luego, sin pausas, cambiarás a los otros blancos que he colocado. Están diseñados y colocados para imitar movimientos impredecibles. Los blancos de la vida real no llevan pintadas dianas.

Ella pone los ojos en blanco, lo que le hace apretar la mandíbula, pero es mi mujer, no la suya. Que le den.

—Si lo consigues, he colocado un blanco explosivo a la distancia más lejana. Si le das, serás recompensada con una explosión. Y… —dice con un asentimiento reticente—, mi respeto.

Es un desafío abrumador. Sé de sobra que yo no lo conseguiría. El corazón me late con orgullo cuando levanta el arma y simplemente asiente.

—Entendido.

¿Entendido?

Sin dudar, cambia de postura. Una vez más, es como si su cuerpo se fusionara con la pistola, como si fueran uno. Aprieta el gatillo. Las balas silban en el aire con precisión de cirujano mientras acierta en todos los putos blancos.

—Joder —masculla Nikko—. *¿Kak ona eto uznala?*

*¿Cómo ha aprendido a hacer esto?*

*—Ona ne uchilas', ona prirozhdenyy talant.*

*No lo ha aprendido, es un talento natural, una virtuosa.*

Contengo la respiración cuando llega al blanco explosivo. Está tan lejos que parece una burla, pero su determinación es palpable.

Dispara, la bala es un rayo. Hay un instante de silencio y, a continuación, el claro estalla con el sonido de una explosión.

Nikko niega con la cabeza.

—Joder, Harper. ¿Dónde has aprendido a disparar?

Le brillan los ojos. —Aleks me ha enseñado.

Gruño. —Harper —digo, con un matiz de diversión en la voz.

Nikko resopla.

—¿Puedo usar otra pistola? —pregunta—. Quiero probarlas.

Nikko me mira de reojo.

Asiento. —Claro, nena. Elige tu veneno.

Escoge otra, la Glock 19 personalizada de Nikko con la corredera plateada y la mira de punto rojo.

Se humedece los labios. Cuando adopta la postura, a Nikko se le abren los ojos como platos y suelta una palabrota con reverencia. Ve lo mismo que yo.

—Dale a la piña que está arriba del todo —le digo. Una piña solitaria cuelga de la rama alta de un pino blanco lejano.

Asintiendo, apunta y dispara. La piña explota y los trozos caen al suelo.

—Joder, qué pasada —susurra Nikko.

—Ya ves. —Empiezo a reírme, negando con la cabeza—. Eres el único al que he visto disparar así, hermano.

—Es demasiado buena para el puto tiro al blanco —dice Nikko—. Olvídate de esto. Tengo que llevarla a La Marca Oculta.

La Marca Oculta es un lugar privado y discreto que Kolya diseñó para que practicáramos.

Animada por el reconocimiento de Nikko y la emoción de dominar estos desafíos, parece que Harper está lista para subir la apuesta. Seleccionando una serie de objetivos difíciles, los va cantando. —Arriba a la izquierda, diana morada.

*Bang*.

—Centro derecha, diana del tamaño del dedo meñique de mi pie.

*Zas*.

Cada disparo resuena con claridad, su risa se mezcla con el sonido de las balas dando en el blanco. No está divertida, sino envalentonada al saber que ha encontrado su superpoder personal.

—Mira, sabes que esta mierda no se la puedes enseñar a nadie, ¿verdad? —pregunta Nikko—. Así que ni se te ocurra pensar que te ha tomado el pelo. Joder. Esta es una habilidad con la que se nace, hermano.

Asiento. —Lo sé. —Niego con la cabeza y me río con amargura—. Su puto padre le pegaba por tocar su pistola y ni siquiera sabía lo que tenía delante de sus narices.

Nikko gruñe a mi lado. —Sabía que odiaba a ese gilipollas.

—Dímelo a mí.

Observo cómo Harper sigue disparando. No se toma ni un respiro. Es precioso, como ver los dedos de un pianista experto danzar sobre las teclas, o el deslizamiento perfecto de una patinadora artística sobre el hielo.

—Harper —la llamo, entre divertido y advertido—. Recuerda que lo importante es la precisión, no fardar. Sigues sosteniendo una puta pistola.

Pero Harper solo me guiña un ojo, una clara señal de que no tiene intención de aflojar el ritmo. Apunta a un objetivo tan lejano y difícil de alcanzar que acertar sería casi un milagro.

—Harper —digo, dando un paso hacia ella—. Ahora solo estás presumiendo.

—¿Ah, sí? —responde juguetona—. ¿Piensas hacer algo al respecto?

—Mujer —advierto—. ¿Necesitas que te recuerde que tengas cuidado?

Se detiene y me lanza una rápida mirada como si mis palabras por fin hubieran atravesado la emoción del juego. —¿Es eso una

promesa, Aleks?

Todavía está húmeda por mi corrida, pero parece que necesita la marca de mi mano en el culo para recordárselo. Le encanta desafiarme, la pequeña mocosa.

Nikko se ríe a mi lado. —Ay, hermano, te espera un buen trabajo, ¿eh?

Gimo, aunque se me hincha el pecho de orgullo. —No tienes ni idea. —Le lanzo una mirada severa—. Que esto quede entre nosotros, Nikko. Mikhail tendrá que saberlo pronto, pero por ahora, solo nosotros.

Nikko asiente. —Lo pillo. ¿La equiparás?

Asiento. —Por supuesto.



# CAPÍTULO 17

*HARPER*

Nunca he sentido nada igual.

Nikko está a mi lado. Es un tipo grande cubierto de tatuajes, atractivo de una forma ruda, pero al lado de Aleks parece más bien una mezcla entre el vecino de al lado y un mafioso. Su corpulencia y su ceño amenazador me asustarían si no tuviera ya más experiencia.

—Nunca he sentido nada igual —le digo, negando con la cabeza—. No sé cómo describirlo.

—Te entiendo —dice Aleks a mi lado—. Así es como me siento yo cuando estoy descifrando código. Cuando estoy completamente enfrascado, desentrañando números y letras y abriéndome paso.

—Estado de flujo —dice Nikko—. Estás en estado de flujo. A la gente le puede llevar mucho tiempo llegar a ese punto. Nosotros lo llamamos instinto natural.

Aleks asiente. —Estás totalmente concentrada. Todo lo demás se desvanece. El tiempo puede ralentizarse o acelerarse. Tienes el control absoluto sobre todo y sabes intuitivamente qué va a pasar a continuación. Casi puedes visualizarlo.

Me lo quedo mirando con los ojos como platos. ¿Cómo lo sabía?

—Nunca en mi vida me había sentido tan en control. Es como si le ordenara al sol que se ponga o a la luna que salga. Es como..., como...

—Como agitar una varita mágica —dice Aleks—. Lo entiendo.

—¡Aleks! ¡Nikko! ¡Harper! ¿Vais a venir o qué? —La voz de Polina llega desde la puerta principal, donde no es más que un puntito.

Echo un vistazo al móvil y me sorprende ver que han pasado horas. Es la hora de comer y su familia debe de estar al llegar.

—Dios mío, no puedo creer que ya sea tan tarde. Necesito cambiarme, arreglarme el pelo e ir a ver a Ivy.

Me doy la vuelta, buscando un sitio donde dejar la pistola, y tanto Nikko como Aleks se estremecen. —*Harper*. —Me encojo ante el tono tajante de la voz de Aleks.

—¿Qué?

—Quieta. No te muevas de ahí. —Extiende las manos como si intentara evitar que alguien saltara de un puente.

Bajo la mirada y veo que la pistola que tengo en la mano le apunta directamente a él.

—Tranquilo, no voy a dispararte —digo con una risa mientras bajo el brazo.

Nikko hace una mueca y Aleks se pone las manos en las caderas. —Ya se te han olvidado las normas de seguridad con las armas que repasamos al principio. *Eso* no le sale de forma natural a nadie, mujer.

Lo fulmino con la mirada. —¿Acaso me tomas por tonta, Aleks?

Su mirada se clava en la mía, con la mandíbula tensa. —Vuelve a ponerte insolente delante de mi hermano —dice con un gruñido grave—. A ver qué tal te va.

Una oleada de calor me sube por el cuello y se extiende por mi pecho. Trago saliva y me aparto de él para que la pistola apunte al denso bosque mientras vuelvo a poner el seguro y la deslizo de nuevo en la caja metálica de la que salió.

Siento una punzada de pérdida al no tenerla ya en la mano.

—Parece que se te haya muerto alguien —dice. Como no lo contradigo, su voz se suaviza y da un paso hacia mí—. Te conseguiré una pistolera, nena. La cosita más sexi que hayas visto en tu vida, te

lo prometo. Ya verás cuando veas los kits personalizados que puedes conseguir.

Nikko se cruza de brazos sobre el pecho. —Tenemos que ver qué tal se le dan otras armas, Aleks. Alguien tan buena con una pistola tiene muchas posibilidades de ser hábil también con un cuchillo. ¿Has usado alguna vez un cuchillo, Harper?

—¿Para cortar el pollo? Sí. ¿Como arma? No.

Los chicos intercambian una mirada que no acabo de entender.

—Hablaremos de ello durante la comida.

Mis pasos se sienten más ligeros, mi corazón se eleva mientras volvemos a la casa, con mi sexi marido a mi lado, mi hija esperándome y una habilidad recién descubierta que nunca supe que poseía. Estoy deseando volver a salir.

Mis pasos despreocupados se detienen en seco cuando llego a la puerta principal. Unas voces —*muchas* voces— llegan desde dentro de la casa, y algunas de ellas me resultan tristemente familiares.

Giro la cabeza hacia Aleks. —No me dijiste que venía mi familia.

Por la forma en que frunce el ceño, él tampoco lo sabía. —¿Quién ha invitado a su familia?

Polina está sentada a la mesa de la cocina con mi pequeña Ivy. Ivy balancea las piernas y colorea en un pequeño cuaderno. A su lado hay un osito de peluche enorme, un vaso de aprendizaje con los colores del arcoíris y una piruleta del tamaño de su cabeza.

—Joder, Polina. —Aleks parece haberse quedado sin palabras por un momento.

—¿Qué? Es mi primera sobrina, pienso malcriarla, no te atrevas a intentar detenerme. Y no me preguntes a mí, no tengo ni idea de quién los ha invitado, pero yo no he sido.

Miro fijamente a Aleks. —No estoy preparada para que vean a Ivy —susurro. Tengo un nudo en el estómago.

Aleks tiene esa mirada que a veces me asusta un poco, esa expresión atormentada que me dice que haría cualquier cosa si sintiera que está justificado.

Cualquier cosa.

—Alguien los ha invitado.

—¿Invitado a quién? —La madre de Aleks entra en la cocina, con su pelo plateado recogido en un elegante moño. Es la viva imagen de la clase y la elegancia.

—A su familia —dice Aleks—. Se suponía que solo íbamos a estar nosotros.

Su madre parece dolida. —Dijiste que invitara a la familia y lo entendí mal.

Aleks suspira. —Es verdad, lo dije. Entiendo que pudiera resultar confuso.

Aunque estoy nerviosa y con los nervios de punta, mi corazón se derrite un poco. A estas alturas, mi padre ya estaría rompiendo cosas.

—Harper, lo siento muchísimo —dice su madre—. Me siento fatal. Por favor, perdóname.

—Por supuesto.

Ekaterina me coge la mano y habla en voz baja. —¿Saben lo de Ivy? Es una delicia, Harper. La adoro. —El corazón se me derrite un poco más.

Niego con la cabeza. —No, no lo saben. Pero no pasa nada.

Ivy canta con su vocecita, balanceando las piernas de un lado a otro. Levanto la vista hacia Aleks, que finalmente asiente. —

Escucha, esto no estaba en el plan, pero no vamos a esconder a Ivy ni a quienes somos, Harper. Ni ahora, ni nunca. ¿Me entiendes?

Trago saliva y asiento. —Por supuesto.

—Saldremos en un minuto —le dice a su madre—. Quizá deberías servir un poco de vino.

—Claro. Lo sé. No te preocupes —dice con un guiño—. Yo me encargo.

—Mami —canturrea Ivy. Me saluda con la mano desde la mesa y señala el cuaderno de colorear.

—Es precioso —le digo.

Confía en mí. Está llena de ilusión. No sabe que en la otra habitación hay gente que me odia y que no querrá saber nada de ella. Lo único que sabe es que yo soy «mami».

Quizá eso es lo único que importa.

Recuerdo lo que sentí al estar ahí fuera con la pistola en la mano, sabiendo con certeza que acertaría en cada maldito blanco al que apuntase.

*Puedo hacerlo.*

Ya no tienen poder sobre mí. Las dos únicas personas que lo tienen están aquí mismo, en esta habitación conmigo, y su poder sobre mí es del tipo que no estoy segura de querer soltar jamás.

—Vamos —dice Aleks. Me acerco a la mesa de la cocina y, tras admirar el dibujo de Ivy, la ayudo a levantarse de la silla y le cojo la mano.

—Ojalá tuviera tiempo para arreglarme un poco.

Su mirada se enternece al verme coger la mano de Ivy.

—Ven aquí —susurra, inclinándose para pasarme los dedos por el pelo—. Ya está. Tienes el pelo precioso, así ondulado y sexy —. Se inclina y me besa la mejilla—. Y no necesitas maquillaje. Me encanta ese rubor natural de tus mejillas —. Me acerca la boca al oído—. Sabes a quién perteneces, ¿verdad, Harper Romanov? Eres mi esposa. No perteneces a nadie más.

Asiento. Respiro hondo. Enderezo los hombros.

Los tres entramos en el comedor de la mano.

Mi hermano no ha venido, solo mis padres. Mi padre nos mira a Aleks y a mí con un ceño fruncido que habría hecho que mi antiguo yo se encogiera. En su lugar, le sonrío, un vivo recordatorio de que ya no puede retenerme.

Mi madre se nos queda mirando, con la boca ligeramente entreabierta, mientras me observa a mí, luego a Ivy y de nuevo a mí.

—¿Y quién es esta? —pregunta mi padre, con la mirada recelosa, como si sospechara algo.

—Qué alegría volver a verle —dice Aleks, extendiéndole la mano a mi padre. Actúa como si mi padre no hubiera hecho ninguna pregunta.

Parece que toda la familia de Aleks está aquí, aunque un recuento rápido me dice que faltan al menos dos de los Romanov. Sin embargo, es una familia grande, mucho más que aquella en la que yo crecí.

Polina está sentada junto a su madre. Ekaterina sonríe a todo el mundo, aunque aprieta la boca con tensión. Nikko se sienta frente a un hombre corpulento, muy tatuado, con un encanto rudo y una chaqueta de cuero negra: Viktor. A su lado se sienta un hombre de pelo canoso y ojos sabios, y junto a él, un joven con un moratón visible en la barbilla y el brazo en cabestrillo: Lev.

—Ollie no ha podido acompañarnos, ya que está de viaje —explica Ekaterina—. Y mi hijo mayor, Mikhail, lamenta no poder asistir, pero su mujer y él acaban de tener un bebé y tampoco podrá venir. ¿Vino? Es un regalo de boda de nuestros amigos los Rossi —dice, y me pregunto si será imaginación mía o si está tanteando el terreno. Mi familia *odia* a los Rossi.

—Amigos de los Rossi —murmura mi padre—. Nadie mencionó eso.

Aleksandr le sirve una copa de vino a mi padre.

—Nadie preguntó. Nuestra conversación fue breve. ¿No se llevan bien?

—¿Llevarnos bien? —espeta mi padre. Sé cómo se pone cuando se le hincha esa vena en la sien—. Se han apoderado de toda la Toscana con su vino. Y ninguno de ellos quiso aceptar mi oferta por Harper.

Me quedo de piedra. No puedo creer que acabe de decir eso en voz alta, que intentara encasquetarme a los Rossi y que estos lo rechazaran.

Un músculo se contrae en la mandíbula de Aleks. Ekaterina se queda mirando y las mejillas de Polina se sonrojan. Tras recuperarme, levanto mi propia copa de vino y le dedico una sonrisa a Aleks.

—Llénname la copa, marido —digo lo bastante alto para que mis padres me oigan. *Marido. Eso es. MARIDO*—. La verdad es que la única razón por la que los Rossi declinaron la oferta fue porque yo tenía doce años por aquel entonces, ¿no es así? Y todos ellos llevan casados desde entonces. Ni siquiera en Italia casan a los *niños*, ¿o sí?

La expresión de Ekaterina se vuelve aún más incrédula, si es que eso es posible.

—A veces son más jóvenes que en América, pero no, no lo hacen.

—No te habrías *casado* tan joven —dice mi madre, sonrojándose—. Solo intentábamos llegar a un acuerdo.

—Me alegro de que no saliera adelante —dice Aleks—. Salí ganando. Tendré que recordárselo a los Rossi la próxima vez que visite Boston. ¿Ha conocido a Ivy?

Casi escupo el vino.

—¿Ivy? —pregunta mi madre, palideciendo.

—Esa soy yo —dice Ivy, cogiendo un vaso de leche que le he servido.

—Ivy, cuidado… —le advierto, pero llego demasiado tarde. Su manita golpea el vaso y lo vuelca sobre la copa de vino que tiene al lado, haciendo que el líquido que contiene vuele directo al regazo de mi madre. Ella se levanta de un salto con un chillido. Aleks tiene el descaro de resoplar, pero la pobre Ivy parece a punto de echarse a llorar.

—No pasa nada —le digo con delicadeza—. Los accidentes ocurren. No lo has hecho a propósito.

Cojo una servilleta y limpio la leche.

—Déjalo —dice Aleks—. Ya lo limpiará el servicio. ¿Ella está bien?

Oh, Dios, está mirando a Ivy con preocupación. Si empieza a encariñarse con esta pequeña, voy a enamorarme perdidamente de él. Ya estoy a medio camino.

Asiento, pero él se acerca a ella de todos modos.

—No pasa nada. Mamá tiene razón. Aquí no se llora por la leche derramada —. Me guiña un ojo—. Por el vodka quizá…

Mi padre se pone rígido.

Ekaterina acompaña a mi madre para alejarla de la mesa, prometiendo ayudarla a limpiarse. Nikko me sonríe.

—¿Una ronda? —me pregunta con ojos chispeantes. Tenemos un secreto, solo entre los tres. Me muero de ganas de volver a coger esa pistola. Si mi padre lo supiera…

—¿Esta es su hija? —pregunta mi padre, clavando sus ojos en los míos.

—Lo es —digo con orgullo, con la barbilla bien alta.

—Es una lástima que no me dijera antes de las negociaciones lo que Harper aportaba —dice Aleks. Coge una fuente de pollo fileteado y pone un trozo en nuestros platos antes de servirse a sí mismo, y luego se la pasa a sus hermanos—. La familia Romanov necesita expandirse urgentemente. Harper tiene una hija.

—¿Y qué ha dicho Mikhail a eso? —pregunta Viktor, pasando un gran bol de ensalada por la mesa.

—Celoso —dice Aleks con una sonrisa. Mi padre niega con la cabeza, confuso y obviamente furioso, pero no responde.

A pesar de mi determinación, siento el peso de la mirada desaprobadora de mi padre. Ha pasado demasiado tiempo. He sufrido su mal genio demasiadas veces y necesito más distancia de la que he tenido hasta ahora. La condena silenciosa de mis decisiones me abrasa.

—Es una pena —dice, sirviéndose otra copa de vino—. En nuestra familia, defendemos la santidad del matrimonio. Desaprobamos a quienes traen hijos al mundo sin una familia adecuada.

La mesa se queda en silencio. No me puedo creer que se haya atrevido a traer su odio y sus prejuicios aquí y a exhibirlos, justo delante de mi marido y su familia. Se me encienden las mejillas de rabia y vergüenza. Miro a Ivy, que, por suerte, no es consciente de ser el tema de conversación mientras mordisquea felizmente un panecillo con mantequilla.

Aleks deja el tenedor sobre la mesa y se inclina hacia delante. Abro la boca para decir algo, para protestar, pero él niega suavemente con la cabeza. Tiene razón: cualquier cosa que yo diga, mi padre la descartará sin más. Tiene que ser Aleks quien se dirija a él.

—Una familia como es debido —dice Aleks con calma, aunque sus ojos arden como el fuego— no la define la aprobación de la sociedad y, desde luego, no la define usted. Se construye sobre el amor, el respeto y el valor de apoyarse mutuamente pase lo que pase.

Mi padre entorna los ojos hacia él.

—Bien dicho para alguien que dirige una familia de ralea. Todos sabemos quién es usted y cómo su padre fue juntando huérfanos de la calle para estructurar su «familia».

Aleksandr le devuelve la mirada a mi padre entornando los ojos.

—Deje a mi difunto padre fuera de esto. Harper ha demostrado más fuerza e integridad que los que he conocido que se esconden tras la fachada de la tradición. No está sola, y yo la apoyo a ella y a su hija sin dudarlo.

Mi padre farfulla, con las mejillas encendidas por la ira, mientras Ekaterina y mi madre vuelven a entrar en la habitación. Se me revuelve el estómago.

Aleks, sin embargo, vuelve plácidamente a su comida y empieza a cortar el pollo.

—Ahora sería un buen momento para que se marchara. La única razón por la que le he dado algo de manga ancha es porque es un anciano. —Fulmina a mi padre con la mirada—. *Nadie* le habla así a mi mujer. Anciano o no, si vuelve a faltarle al respeto, tendrá que vérselas conmigo.

Mi corazón se hincha de gratitud, amor y una fuerza recién descubierta. Su declaración frente al juicio de mi padre significa para mí más de lo que él jamás podrá imaginar.

—Nos vamos —farfulla mi padre, como si fuera idea suya, y se pone en pie. Mi madre, embutida en ropa demasiado estrecha porque es evidente que tiene varias tallas más que Ekaterina, se limita a mirar.

La odio en este momento. La odio por no haberme defendido nunca. La odio por no defenderme jamás ni por facilitarme nada en mi vida. La odio por quedarse con mi padre cuando él abusaba de mí y me utilizaba, y por su propia complicidad en todo esto.

Me tiemblan las manos cuando le corto el pollo a Ivy. La mano de Aleks cubre la mía.

Habla con una voz destinada solo a mis oídos.

—Una mujer que sostiene un arma como si se la hubieran tallado en la mano puede controlar el temblor con un poco de esfuerzo —dice en voz baja—. Déjalo ir.

Recuerdo la sensación del arma en mi mano.

El temblor se calma.

Aleks alza la voz.

—Viktor, ¿por qué no los acompañas a la salida?



# CAPÍTULO 18

*HARPER*

—Iré a ver a tu padre esta noche —dice Aleks, inclinándose para susurrarme al oído—. Hablaremos de hombre a hombre.

Cuando lo miro con los ojos como platos, él niega con la cabeza. —No voy a hacerle daño, Harper. Pero si tu hermano está allí..., no te prometo nada.

Le doy a Ivy trocitos de pollo y la felicito por estar tan callada en la mesa. —Tengo hambre —dice—. ¿Me das galletas si como?

Asiento.

—Bueno —dice Ekaterina, poniéndose en pie—. El vino aquí se queda corto, mis amores. Creo que tenemos que sacar algo más fuerte, ¿no os parece?

Ya me cae bien. Vuelve a la mesa con una botella de vodka en cada mano. —Harper, llevamos el vodka en la sangre. Eso sí, es fuerte. ¿Quieres probarlo?

—Me apetece más que solo probarlo —respondo—. Gracias.

A Aleks le brillan los ojos al mirarme. No tenía ni idea de que aceptar la bebida favorita de su familia iba a hacerle tanta gracia.

Ekaterina me pasa un chupito. Lo cojo y me lo bebo de un trago antes de darme cuenta de que todos me están mirando, aún con sus vasos de chupito llenos. Reprimo la necesidad de carraspear mientras el líquido de fuego me quema la garganta. —Oh, lo siento —digo, con las mejillas ardiendo—. ¿Bebemos todos juntos?

Aleks resopla. —No te preocupes, bebemos solos, juntos, en parejas, en grupos. No pasa nada.

Aun así, entrelaza un dedo con el mío y me sostiene la mirada mientras los demás alzan sus bebidas.

—¡Por los nuevos comienzos! —exclama Ekaterina.

—Por los nuevos comienzos.

Lev, el más joven, coge un mando y pulsa un botón. Una gran pantalla blanca desciende. —Ahora que nuestros invitados se han ido, tenemos que reunirnos. Voy a conectar a Mikhail por videollamada.

Apenas presto atención a lo que discuten, ya que nada de ello me concierne. No conozco ninguno de los nombres ni de los lugares, aunque Aleks no deja de mirarme. En lugar de eso, intento asimilar a la familia.

Polina centra casi toda su atención en Ivy. Cuando Ivy se inquieta y quiere bajarse de la mesa, Polina le hace un gesto para que se acerque a ella. Ivy salta al regazo de Polina y esta le enseña a hacer montoncitos con la sal y la pimienta de los saleros en su plato vacío. Mi madre me habría obligado a sentarme con las manos cruzadas y me habría metido en un buen lío por levantarme, pero me alegro de que los Romanov parezcan un poco más relajados, al menos en lo que respecta a Ivy.

A ninguno de ellos le sorprende que esté aquí. Me pregunto si Aleks les avisó con antelación.

En un momento dado, Ivy se baja del regazo de Polina. Espero que venga hacia mí, pero en vez de eso le da un golpecito en el brazo a Viktor. Él sería el último al que yo le tocaría el brazo, pero a Ivy no hay quien la pare.

Sin decir palabra, él se agacha y la levanta para sentarla en su regazo. Ella se gira para mirarlo y le recorre con un dedo el lado de la cara, donde la barba incipiente se junta con las cicatrices. Luego la tinta de su cuello. —Caca —susurra, negando con la cabeza. Coge una servilleta y le da toquecitos al tatuaje del cuello.

Polina resopla. —Los niños y los locos dicen las verdades.

Aleks me guiña un ojo y el corazón me da un vuelco en el pecho. Respiro hondo.

Lev habla de forma animada, gesticulando con las manos, como hacemos los italianos. Nikko observa. A diferencia de los demás, él sigue comiendo. Corta cada trozo de comida con precisión militar, deja el cuchillo y luego se come cada bocado con cuidado. No parece un hombre que tome decisiones a la ligera, sino más bien reflexivo y meditabundo. He nacido y me he criado en la mafia, así que sé cómo va esto. Es hábil con la pistola, cuidadoso y preciso... este tipo es el asesino.

Me estremezco y levanto mi vaso de chupito vacío para que me lo rellenen. Media hora más tarde, Ivy ha hecho la ronda y ha estado con todos en la mesa. Lev parecía un poco incómodo, pero le habló con amabilidad, explicándole por qué tenía «pupas» y «tiritas». Nikko le sirvió un vaso de agua e hizo animalitos graciosos con su servilleta de tela. Cuando llegó a Kolya, sirvieron el postre. Él partió trocitos de galleta en su plato y se los fue dando uno a uno. Pero cuando llegó a Ekaterina, extendió los brazos hacia ella y apoyó la cabeza en su pecho. Cuando levanté la vista unos minutos después, Ivy estaba dormida sobre su hombro y Ekaterina le acariciaba la espalda.

La miro, un poco celosa. Quiero tener en brazos a mi hija dormida, pero me alegro de que tenga un lugar seguro con Ekaterina.

*Gracias*, me dice Ekaterina con los labios. Acaricia el dulce pelo rubio de Ivy y la mece suavemente. El corazón se me templa. Ivy se ha alejado de la única familia que tenía y ha sido recibida con los brazos abiertos en una nueva.

Esta familia no se parece *en nada* a la mía.

No sé muy bien qué pensar. Mi hermano y mi padre contaban historias de los Romanov. Oíamos hablar de sus hazañas y de su astucia despiadada en las calles de The Cove. Cuando llegué aquí, me pregunté hasta qué punto todo aquello era una exageración.

Pero ahora estoy dentro. Soy una de ellos. No me tratarían como a un enemigo.

Recuerdo que Aleks dijo que iría a ver a mi padre esta noche...

—Tenemos que empezar a planear la gala —dice Ekaterina.

—Todavía quedan meses —dice Nikko, negando con la cabeza.

Polina se burla. —Típico de un hombre —dice, poniendo los ojos en blanco—. ¿Tienes idea de con cuánta antelación reservan la mayoría de nuestros proveedores? Claro que no. ¿Te crees que chasqueamos los dedos y simplemente aparecen?

Nikko se encoge de hombros. —Así es como lo hace Mikhail.

Ella le espeta algo en ruso y él le responde con una réplica rápida. No tengo ni idea de lo que dicen, pero tras unos minutos de acalorada discusión, Aleks levanta una mano.

—Basta —dice con ese tono suyo que exige atención—. Ivy está durmiendo. Comportaos. Nikko, a menos que pienses encargarte tú mismo de los detalles de la gala, sí que tenemos que hablar de ello. Pero, Polina, entiende que a nosotros los detalles nos importan una mierda. Confiamos en que tú te encargues de todo.

Ella frunce los labios y asiente. —Está bien. Lo único que teníamos que hacer era asegurarnos de investigar la lista de invitados. Hacéis amigos y enemigos tan rápido que la gente con la que un día somos amigos, al siguiente son nuestros archienemigos, así que no queremos meter la pata.

Aleks se encoge de hombros. —Es justo.

Empieza a repasar una lista de nombres. Los únicos que reconozco son los Rossi de Boston y, basándome en la conversación anterior, les daría la bienvenida yo misma.

—¿Qué es la gala? —pregunto.

—Una tradición de la familia Romanov —aporta Aleks—. Cada año, mi familia organiza una gala enorme, un evento benéfico con una lista de invitados de élite. Pasamos meses planeando el evento. La gala del año pasado recaudó tres millones de dólares para el hospital infantil. —Se encoge de hombros—. Nos permite mantener nuestra fachada de negocio legítimo mientras, hábilmente, formamos alianzas y hacemos contactos.

Ah. —¿Así que una fachada benéfica?

—Mmm. —Se vuelve para mirar al resto—. ¿Alguien más tiene algún asunto que tratar?

—Viktor —dice Nikko—, he oído que tu pequeño negocio ha tenido últimamente algunas… turbulencias. Es una pena cuando la gente no se pone de acuerdo. ¿Necesitas que lime asperezas?

Ah. Ya empezamos. Las indirectas veladas sobre quiénes son y a qué se dedican en realidad. Es como estar sentada a la mesa con vampiros que parecen bastante agradables, hasta que la anfitriona sirve una copa de sangre en una copa de champán.

—Puede que necesite tu ayuda —refunfuña Viktor, con los brazos cruzados sobre el pecho. No parece que necesite ayuda *en absoluto*, así que el hecho de que acepte me dice que esto es un asunto importante.

Lev interviene. —Por fin tenemos a Mikhail.

—Perdón —dice Mikhail en un susurro teatral mientras aparece en la pantalla—. Este sitio tiene una wifi de mierda.

—¿Te refieres al hospital? —resopla Lev—. A mí me lo vas a contar.

—¿Por qué no me lo dijisteis? Podría haberos ayudado —dice Aleks. Mi maestro hacker. Por supuesto que podría.

—Aria dijo lo mismo, pero ha estado ocupada en otras cosas —dice Mikhail.

—¿Cómo está? —pregunto.

Mikhail me sonríe. —Harper. Qué alegría verte en la mesa familiar. Está genial. Cansada, dolorida, pero dice que ha merecido la pena. —Mueve el iPad para que podamos ver a Aria profundamente dormida junto a un pequeño moisés con un bebé enrollado como un burrito, todo envuelto en mantas.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Polina, tapándose la boca con las manos —. ¡Dime que aceptan visitas!

—Pronto —dice él—. Lo prometo.

—Voy a comprar todas las cosas y a hacer todas las cosas y no tenéis ni idea de la que se os viene encimaaaa —canturrea.

—Quizá sea hora de que tengas tus propios hijos —dice Nikko. No lo conozco muy bien, pero hay un brillo burlón en sus ojos que me dice que la está pinchando.

O no se ha dado cuenta o es un tema delicado, porque se le sonrojan las mejillas y frunce los labios. —Métete en tus asuntos, Nikko. No veo que *tú* le pongas el anillo a nadie ni que dejes preñada a ninguna, ¿verdad?

—¡Polina! —sisea Ekaterina para no despertar a Ivy.

Ella solo se encoge de hombros. —No se van a librar de mí tan fácilmente.

Algo se me encoge por dentro. Las lágrimas me escuecen en los ojos y tengo que apartar la mirada.

Mi familia se deshizo de mí así de fácil. Dios, cómo *escuece*.

Una mano cálida cubre la mía. Levanto la vista y veo a Aleks todavía concentrado en la reunión familiar, pero me aprieta la mano sin decir palabra.

Le doy la vuelta a mi mano bajo la suya y le devuelvo el apretón.

—¿Os acordáis de ese juez que nos dio por culo? —dice Viktor, cogiendo una galleta.

—¿El del bigote? —dice Nikko con un gruñido—. Sí, lo recuerdo bien.

—Digamos que ha desarrollado un nuevo aprecio por el trabajo comunitario. La semana que viene, jugará una partida de golf contigo, Kolya.

A Kolya le brillan los ojos. —Es fascinante lo que un poco de caridad puede hacer por la perspectiva, ¿no es así, caballeros?

Ahh. Ya estamos con los asuntos de mafiosos..., perdón, de la *Bratva*. Solo que ellos tienen más clase que mi familia.

Kolya se vuelve hacia Aleks. —¿Se ha puesto Stravinsky al día con esas deudas de juego? —Niega con la cabeza—. Pobre hombre. Quizá necesite un poco de asesoramiento financiero, Aleksandr. Solo para asegurarnos de que entiende lo cruciales que son los pagos puntuales.

Un músculo se contrae en la mandíbula de Aleks. Me estremezco. —La última vez que lo comprobé, Stravinsky estaba de vacaciones con su mujer trofeo en las Bermudas. Así que sí, creo que le vendría bien un poco de asesoramiento financiero.

Ekaterina frunce los labios y mece a Ivy suavemente. —Mikhail, quería que supieras que vi a uno de tus soldados pasando el rato con ese chico Anderson en el cementerio cuando fui a ponerle flores en la tumba a tu padre.

Toda la sala se tensa. —¿Hablas en serio? —pregunta Mikhail. No tengo ni idea de qué están hablando, pero, por lo visto, acaba de soltar una bomba.

—Oh, sí —dice ella, pasándole suavemente los dedos por el pelo a Ivy—. Quizá sea hora de que hablemos un poco sobre los valores familiares y lo que entendemos por lealtad, ¿eh?

Abro los ojos como platos cuando Aleksandr se endereza. —¿Viktor, estás libre mañana por la noche?

—Por supuesto —dice Viktor. Hay algo en la forma en que muerde la galleta que me recuerda a un tigre.

—Tú y Nikko teníais planeado un viaje de caza para entonces, ¿no?

—Así es.

Me mira de reojo. —Harper, creo que es hora de que te unas a ellos.

Nikko sonríe, pero Viktor parece perplejo. —¿Quieres que tu mujer venga con nosotros? —Se inclina hacia delante—. Estás hablando del… «viaje de caza»… en la casa de la playa, ¿verdad?

¿Quién va de caza a una… *ohhh*?

Pues vaya mierda.

Aleksandr sonríe. —Ese mismo. Nikko, tenemos que contarles lo que hemos descubierto hoy.

—Prefiero enseñárselo —dice—. ¿Me permites?

Se me eriza la piel al darme cuenta de todo y, de repente, siento un poco de náuseas. ¿Qué van a enseñar? ¿Seguro que quiero saberlo?

¿Por qué la hija de un mafioso sigue sintiendo náuseas cuando se trata de cosas como esta? Ahora mismo, por lo que puedo deducir, están hablando de una «caza», que supongo que tiene cierto aire a asesinato; de «planificación financiera» por las malas decisiones económicas de alguien, que solo puedo suponer que significa darle una paliza de cojones; de una «discusión» sobre los valores familiares y la lealtad, lo que naturalmente significa que alguien está metido en un buen marrón; y de una oferta del sicario de la familia para «limar asperezas».

En otras palabras, esta reunión familiar no es para cardíacos.

—¿Ves bien, Mikhail? —pregunta Nikko mientras abre una segunda pantalla en un portátil.

Mikhail se incorpora en la pantalla, con los ojos alerta.

—Claramente.

—Excelente.

Nikko pulsa unas cuantas teclas y una imagen que me resulta vagamente familiar aparece en la pantalla. Cuando el agarre de Aleksandr se hace más fuerte sobre mi mano, me doy cuenta de por qué me resulta familiar. Son imágenes de hoy, de fuera.

Oh, Dios mío.

Dejo de respirar cuando me doy cuenta de que esa soy… yo. Sosteniendo una pistola.

Esas dianas no estaban… *tan* lejos, ¿verdad?

Todos miran en silencio cómo acierto en la primera diana y luego en la segunda. El sonido retumba desde los altavoces del techo.

De repente, recuerdo qué más hicimos ahí fuera.

—Aleks —susurro con voz ahogada—. Disparar no fue lo único…

—No te preocupes —susurra él a su vez—. Sé exactamente dónde está cada cámara de esta finca. Estás a salvo. —Se le oscurece la mirada—. ¿Crees que me follaría a mi mujer donde la gente pudiera vernos?

Me estremezco. Dios, es tan malditamente protector y me encanta. Trago saliva.

—No.

Me besa la mejilla y dice suavemente:

—Nadie ve lo que es mío, Harper. Nadie toca lo que es mío. Eres mi mujer, para mí y solo para mí.

Trago saliva y asiento mientras la grabación continúa.

Doy en todas las dichosas dianas. Es como tener una experiencia extracorporal. Ni siquiera reconozco a la mujer de la pantalla. Parece… competente. Segura de sí misma.

*Una tía dura.*

Finalmente, es como si alguien pulsara un botón para descongelar la habitación y todo el mundo entrara en acción.

Viktor suelta una maldición con reverencia. Los ojos de Ekaterina brillan. Polina se queda mirando, con la mandíbula desencajada.

Nikko sonríe de oreja a oreja.

—No he visto nada igual en mi puta vida. —Niega con la cabeza—. Vamos a hacer un concurso. Podéis hacer vuestras apuestas.

—Apuesto por Harper —masculla Lev. Me mira con un respeto recién descubierto—. ¿Quién te ha enseñado?

Me humedezco los labios.

—Eh, nadie. —Me encojo de hombros—. Simplemente…, me salió de forma natural.

Se oyen murmullos de incredulidad, aunque nadie es lo bastante osado como para desafiarme delante de Aleks. Kolya, sin embargo, se ríe entre dientes.

—Conocí a un hombre en el ejército con tal precisión. Cuando los militares se enteraron de su destreza y habilidad, se convirtió en una de *sus* armas más preciadas. —Dirige la mirada a Aleks—. Un consejo, Aleksandr. Por favor, considera mantener el excepcional talento de tu mujer solo entre nosotros y nadie más. *Nadie.*

La mirada de Aleksandr se endurece.

—Por supuesto.

—Esto es impresionante, Harper —dice Mikhail con evidente admiración—. ¿Te opondrías a ayudar a nuestra familia si necesitáramos tu habilidad?

Sinceramente, me conmueve que me lo haya preguntado en lugar de darlo por hecho. Me aclaro la garganta.

—Esta es mi familia ahora —digo—. Por supuesto. —¿Pero sé realmente el alcance de lo que estoy aceptando?

—Oh, Dios *mío* —musita Polina—. ¿Puedes enseñarme?

Niego con la cabeza.

—Lo siento, no tengo ni idea de cómo enseñarle a alguien.

—Que es exactamente por lo que se sabe que su habilidad es natural —confirma Kolya.

Este tipo me gusta.

—Hay algo que me gustaría que tuvieras en cuenta, Harper. —Levanto la vista hacia la pantalla y veo la mirada seria de Mikhail fija en mí—. Por favor.

Asiento tragando saliva, un poco abrumada por la repentina intensidad con la que todos me miran.

—¿Sí?

—Hay una gran diferencia entre saber disparar y saber matar —dice. El silencio en la sala subraya la gravedad de lo que me está diciendo —. Podríamos estar bajo ataque ahora mismo y probablemente serías capaz de disparar a matar y tener éxito. —Se inclina hacia delante—. Es algo completamente diferente saber que fue tu bala la que le quitó la vida a alguien.

Se me revuelve el estómago. Aleks me aprieta la mano. Asiento sin decir palabra.

—Familiarízate con tus armas —dice Mikhail—. Mantendremos tus habilidades entre nosotros. ¿Y, Harper?

Asiento.

—Bienvenida a la familia.

—Gracias. —Me aclaro la garganta—. Tengo algo que decir.

Mikhail asiente. Aleks me observa, con sus ojos azules en llamas.

—Hay… situaciones… que podrían necesitar algo más que una ejecución mortal, ¿verdad? Como… disparos de advertencia o quizá necesitéis que alguien inutilice un arma, o… o… una cámara o algo. Podría… desactivar explosivos o algo parecido. Incapacitar sin causar una víctima mortal.

Aleks asiente enfáticamente.

—Sin duda.

—Tomo nota —dice Mikhail. Detrás de él, un bebé llora y Aria se remueve en la cama.

—Aleks, ella es más hábil que cualquiera de nosotros, pero hay un mundo de información que aún puedes enseñarle. ¿Estás preparado?

Aleks asiente.

—Lo estoy.

—Excelente —dice Mikhail—. Y justo a tiempo. —Se endereza—. Acabo de recibir una notificación de que hay un dron misterioso sobrevolando vuestra casa y tres vehículos sin distintivos circulando por el perímetro de la finca. —Me mira—. Harper, ¿lista para demostrar esas habilidades no letales?



# CAPÍTULO 19

*HARPER*

EKATERINA SE LEVANTA, con una leve sonrisa en la mirada, y me guiña un ojo. Es la viva imagen de la elegancia, con la ropa impecable y ni un pelo fuera de su sitio. Yo todavía llevo la ropa que he usado para entrenar antes y necesito una ducha desesperadamente. Me siento rara, desaliñada y terriblemente poco preparada.

Polina se vuelve hacia Ivy y le coge la mano. —Ven con la tita, Ivy. Nos vamos a divertir. Mamá volverá pronto. —Me aprieta la mano—. Demuéstrales de lo que eres capaz.

Vaya, ninguna presión.

Me doy cuenta de que me tiemblan las manos y me recuerdo lo que Aleks ha dicho antes. *Una mujer que sostiene un arma como si se la hubieran tallado en la mano...*

Contengo el temblor y me giro hacia Nikko, que me dice:

—Por aquí.

Lo sigo por un pasillo, con Aleks justo detrás. —Llévala al «holding» —dice en voz baja, supongo que para que solo lo oigamos nosotros.

Nikko asiente sin decir nada, gira bruscamente por otro pasillo y se detiene ante una puerta. Definitivamente, tengo que dedicar más tiempo a aprenderme la distribución de este sitio. Parece un laberinto.

Lo veo teclear un código de acceso, deslizar un dedo por una banda de identificación y abrir la puerta. Cuando entramos, me quedo con la boca abierta. Todo está organizado meticulosamente, de una forma muy propia de Aleks, y me impresiona de inmediato el armonioso arsenal de armas.

Echo un vistazo a mi alrededor. Las paredes son de color gris plomo y una luz tenue ilumina una vitrina de cristal equipada con pistolas,

cuchillos y otras cosas que no acabo de identificar, pero que a primera vista parecen letales. Objetos para el combate cuerpo a cuerpo.

A la derecha hay una mesa larga y robusta con piezas de armas desmontadas y utensilios de limpieza ordenados pulcramente; parece una zona de trabajo. Abro uno de los pesados cajones y se me abren los ojos como platos al ver hileras y más hileras de munición perfectamente organizada.

Al fondo de la habitación hay una puerta de seguridad que parece de acero macizo.

—¿Qué hay ahí detrás?

—Las armas pesadas.

Enarco una ceja.

—Literalmente —dice Nikko con una risita.

—Es precioso —susurro con reverencia—. Siento como si acabara de entrar en una galería de arte. —Aleks y Nikko intercambian una mirada.

—Deberías ver la casa de Nikko.

Contengo un jadeo. No me lo quiero ni imaginar.

—Debería llamarse la armería —murmuro—. ¿Por qué el «holding»?

Aleksandr frunce el ceño y mira a Nikko. Comparten un entendimiento silencioso. Se están preguntando cuánto pueden contarme.

¿Confían en mí?

No los conozco lo suficiente como para confiar de verdad en ellos, aunque el matrimonio y el hecho de traer a una niña a casa, por no hablar de la instrucción que hemos tenido fuera en el césped, parecen prestarse a una intimidad casi inmediata.

—Vuelve a mirar la mesa y las armas, Harper —dice Aleks en voz baja.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Junto a la mesa de trabajo hay una robusta silla de metal atornillada al suelo. Al fijarme mejor, observo las correas negras que cuelgan casi hasta el suelo. Una gran caja negra descansa junto a la silla.

La sala de seguridad no solo alberga armas, sino también diversos objetos destinados a la tortura y el interrogatorio.

Recuerdo la delicadeza de Aleks con Ivy mientras me repito a mí misma que no puedo olvidar nunca quién es él en realidad. Ha sido amable conmigo, pero si alguna vez me volviera contra él... Si alguna vez traicionara a su familia...

No lo haría. Moriría antes que hacerlo.

Ahora son mi familia.

Los miro a los dos, con el corazón desbocado, y señalo la caja. —¿Puedo?

—Sí, pero no tenemos mucho tiempo. —Aleks la señala con un gesto de la cabeza—. Adelante.

Sé lo que voy a encontrar antes de abrirla. Suelto el pestillo y me quedo mirando la cuerda pulcramente enrollada, la venda para los ojos, los alicates y el mando a distancia. Objetos para interrogar.

—Si mirara por esta habitación, encontraría más que armas, ¿verdad?

Aleks asiente. —Sí.

—¿Tengo que hacerlo?

Niega con la cabeza. —Ahora no. Salgamos ahí fuera a derribar ese puto dron.

Cinco minutos después, salgo de la habitación sintiéndome como si midiera tres metros y fuera invencible. El hecho de que me haya hecho ponerme un chaleco antibalas probablemente tenga algo que ver.

Nos dirigimos a la entrada que lleva a la azotea, con mi arma a un lado. Nikko también va armado.

—¡Eh! Creía que esto lo hacía yo.

—Harper, pedirle a Nikko que vaya a algún sitio sin un arma es como pedirle que se arranque los ojos. No va a pasar.

—Vale, pero este es mi turno.

Nikko sonríe y levanta las manos. —Toda tuya. A ver de qué eres capaz. ¿Lo ves?

Miro al cielo nocturno y entrecierro los ojos. —Sí.

Flota a cierta distancia, ocultándose en las sombras, pero incluso desde aquí puedo ver el objetivo de la cámara apuntando a nuestra propiedad.

—Hoy no, chicos —digo en voz baja. Levanto el fusil de francotirador que Nikko ha elegido. Me tomo un minuto para apuntar. Controlo mi respiración. Mi concentración encaja en su sitio como el objetivo de una cámara que enfoca un punto central.

—¿A dónde apuntas? —pregunta Nikko en voz baja.

—Si le doy al sistema de propulsión, quedará inutilizado.

—Perfecto —dice Aleks a mi lado.

No me cabe la menor duda de que le daré al primer disparo.

De un solo tiro certero, destruyo el sistema de propulsión. El dron se detiene, cae en espiral y se estrella contra el suelo en una nubecilla de trozos rotos.

—Excelente —dice Aleksandr. Una calidez se extiende por mi pecho porque sé que acabo de hacer algo importante.

—Quiero dispararle a otra cosa —digo haciendo un pucherito—. Ha sido demasiado fácil.

—Adelante —dice Aleks, sacando el móvil del bolsillo y comprobando un mensaje—. Pero Polina dice que Ivy quiere a su mamá, así que date prisa.

*Ping.*

*Ping.*

*Ping.*

Los añicos del dron.

—Los coches se han ido —dice Nikko—. Lev está revisando las grabaciones.

Suspiro y guardo la pistola. No estoy ni de lejos satisfecha, pero mi niña me necesita.

—Ha sido divertido.

—No es tan divertido cuando disparas a blancos en movimiento que intentan matarte, pero esperemos que la cosa no llegue a tanto —responde Nikko.

Aleks lo fulmina con la mirada. —Más le vale que no llegue a eso, joder.

Él levanta las manos. —Tranquilo, hermano.

—Ni de coña. Juraste que la mantendrías a salvo.

—Y lo haré.

Hum. Quizá no necesite que un hombre me mantenga a salvo.

—Ahora que es obvio que sé usar esto, quiero mi propia arma. —Miro a Aleks de reojo—. Por favor —añado para ser educada—. No quiero pedir prestadas las cosas de los demás. Es asqueroso, como usar el brillo de labios de otra persona.

—¿Nada de joyas ni flores para ti, entonces?

Me encojo de hombros. —No he dicho que *solo* quisiera armas...

Bajamos y guardo el arma con un suspiro.

—Pronto, Harper. Volverás a tener otra oportunidad pronto, te lo prometo. Ahora ve, quédate con Ivy. Tengo que irme.

Nos reunimos con Ivy en su dormitorio. Nos enseña a Aleks y a mí su pijama de princesa y sus juguetes y bosteza ampliamente.

—Quédate con ella en la cama esta noche —dice Aleks cuando volvemos a nuestro dormitorio.

—¿Por qué?

—Porque te lo he dicho —espeta.

Lo miro. ¿A qué coño ha venido eso?

*Recuerda quién es.*

—Sí, *señor* —digo burlonamente mientras me desnudo para la ducha. Pruebo el agua y me quedo sin aliento cuando me doy la vuelta y lo encuentro justo a mi lado.

—¿Te crees que estoy de broma, Harper? —Sus ojos azules se han vuelto tormentosos, sus labios apretados en una línea recta.

—No, creo que eres un puto estirado —le suelto.

—Cuidado, mujer —dice, negando con la cabeza—. Si te crees que...

—¿Que voy a tener voluntad propia? Sí, Aleks, la tendré te guste o no. Acabo de derribar un dron que apuntaba a tu familia —*nuestra* familia— del cielo. Hice un voto para protegeros a ti y a los tuyos y

me has enseñado el funcionamiento interno de tu arsenal y tus dominios. Sé a ciencia cierta que has tenido prisioneros ahí dentro y también sé que ahora los tienes en otro lugar. Así que deja de fingir que soy una flor delicada sin medio cerebro para enterarme de las cosas y tal vez *entonces* te mostraré algo de respeto.

Sus ojos brillan con algo parecido a la excitación y, antes de darme cuenta, me está acorralando contra el marco de la puerta. El baño se llena de vapor de la ducha mientras me aprisiona, como si me recordara lo mucho más grande que es él.

—Me mostrarás respeto ahora mismo, antes de que te azote ese culito bonito —me gruñe al oído—. Me mostrarás respeto porque eres mi mujer y porque te lo exijo.

—Así no funcionan las cosas —replico, pero sus dedos se enredan en mi pelo y tiran, dejándome momentáneamente aturdida. Joder, me encanta cuando hace eso, y él lo sabe—. Eres un capullo pomposo.

Su mirada se enciende.

Por mi mala suerte, estoy desnuda. Con un firme agarre en mi brazo, me hace girar. —¿Qué has dicho? ¿Quieres repetirlo?

Sus dedos están de repente en mi coño y esparce mis jugos hasta mi culo. El pulso se me dispara. No puedo hablar, no puedo abrir la boca.

—Quizá necesites un puto recordatorio de quién soy.

Me inclino sobre el lavabo, con las mejillas ardiendo porque sé exactamente lo que va a hacer.

—Quizá sí. —Bajo la voz a un susurro—. *Capullo.*

Presiona el anillo de músculo, su boca en mi cuello. —Ya te adiestraré, Harper Romanov. Aprenderás a respetarme.

—Oblígame.

El pulso se me acelera cuando me tantea el ano con los dedos. Me empuja contra el lavabo. Abre el armario y saca un bote de lubricante que casualmente guarda *ahí mismo*. El lubricante se desliza por la raja de mi culo y sobre mí. Su ropa se une a la mía.

—Vuelve a llamarme eso y te azotaré el culo antes de follártelo —escupe, sus ojos desafiándome, rogándome, retándome a que lo desafíe.

Lo miro en el espejo que tengo delante, sus ojos encontrándose con los míos, y susurro con voz cantarina: —Dale caña.

Su mano se estrella contra mi culo y contengo el aliento. —Deja de luchar contra mí. Deja de provocarme —ordena con otra fuerte palmada. Salpica mi culo con firmes golpes de su palma hasta que mi piel está en llamas y estoy chorreando. Me levanta en brazos y me lleva a la ducha, poniéndome de espaldas a él cuando me vuelve a dejar en el suelo.

—Me respetarás —dice con otro fuerte azote.

Aprieto las manos contra la pared de la ducha.

—Este culo virgen es puto mío —gruñe en mi oído—. Te entrenaré para que me aceptes, todo de mí, poco a poco.

El primer empujón dentro de mí me hace sentir tan llena que pierdo la capacidad de hablar o pensar o *respirar*. Todo mi cuerpo está consumido por Aleks, cada célula vibrando con su energía y presencia. Mi mente se queda completa y felizmente en blanco, como si hubiera perdido la capacidad de discutir solo por el hecho de ser llenada por él.

La segunda embestida hace que la excitación me recorra cada rincón.

Gimo con la tercera embestida y, con la cuarta, soy incapaz de moverme o pensar y completamente incapaz de nada que se parezca remotamente a un pensamiento lógico.

—Eres jodidamente perfecta.

—Tú definitivamente no lo eres —digo, aunque sonrío a través del primer rubor del éxtasis.

*Pero aun así te quiero.*

No digo esas últimas palabras en voz alta. No puedo. Es tan atormentado y retorcido y quiere hacerme cosas que ningún hombre debería hacer jamás. Y sin embargo... sin embargo...

—Pero definitivamente estás bueno de cojones —reconozco con una sonrisa burlona.

Se corre dentro de mí mientras mi cuerpo arde en llamas. Disfruto de la sensación de su cálido aliento en mi espalda. Los calientes hilillos de agua cayendo entre nosotros. Nuestro gozo y éxtasis mutuos. El calor ardiente de sus marcas en mí, reclamándome como suya.

Me siento como si no tuviera huesos y un cosquilleo de excitación me recorre mientras me enjuaga y me abraza contra su pecho.

—No te vuelvas dócil nunca —dice, inclinándose para besarme la mejilla—. Me encanta el tacto de su barba incipiente en mi piel sensible. —Necesito una razón para quitarte las tonterías a polvos.

—No sabría ni por dónde empezar, así que estamos bien.

Tropiezo al volver al dormitorio.

—Bien, ha funcionado —dice mientras me coge en brazos y me deposita en la cama.

—Sigue diciéndote eso —respondo, mientras me doy la vuelta para mirar el monitor de última generación que ha mandado instalar y que es cien veces mejor que el que usábamos antes. Ivy duerme plácidamente.

Se desliza unos bóxeres y luego un pantalón de chándal negro. Me acaba de follar hasta dejarme sin sesos, pero aun así puedo sentir

una sacudida de atracción recorrer mi cuerpo al ver sus abdominales marcados, el vello oscuro que se adentra peligrosamente en la cinturilla de su pantalón.

—¿Adónde vas?

Sin decir palabra, se pone una camiseta negra y una sudadera negra con capucha y cremallera. Sospecho que el bulto que aprieta en el puño es también una máscara.

No me responde.

—Pareces un ninja.

—Bien. Y tú pareces un ángel. —Me besa la mejilla—. Ve con Ivy y no me esperes despierta.

Aun así, me sigue hasta la habitación de Ivy.

—Puedo encargarme de esto sola —le recuerdo, y él me aprieta la nuca con ese gesto que tanto me gusta.

—Lo sé, cariño —dice con dulzura—. Pero quiero ver a Ivy antes de irme.

Algo dentro de mí se derrite un poco más cuando lo veo inclinarse y arroparla con cuidado con la manta, para que esté a gusto y segura.

Porque eso es lo que hace Aleks: se asegura de que la gente que le importa esté a salvo y segura. Por eso va a salir esta noche.

—Buenas noches —susurra—. *Duerme.*

Me acurruco junto a Ivy y cierro los ojos. En mi sueño oigo gritos y no veo más que oscuridad. Me despierto, con el corazón desbocado, sintiéndome segura por saber que solo ha sido un sueño, pero a la vez anhelando consuelo.

—¿Aleks? —susurro. No hay respuesta. Me recuesto en la almohada y me recuerdo que Aleks se ha ido.



# CAPÍTULO 20

*ALEKS*

Odio dejar a Harper y a Ivy, pero es algo que hay que hacer.

Tengo mierda que hacer.

Reluciente bajo la luz de la luna, con el motor ronroneando, el cupé negro azabache casi se funde con la noche. Compruebo mis armas y me deslizo en el asiento del conductor.

Viktor se sienta a mi lado, un silencioso testimonio de poder. Nuestra arma humana. Nikko está detrás de mí. Lev, a su lado.

Nos dirigimos a la casa de la familia de Harper.

—Cuéntanoslo todo —dice Viktor. Le gusta conocer hasta el último sórdido detalle antes de cualquier misión o golpe. Eso lo alimenta. Si tiene que moler a palos a alguien que nos debe dinero, me aseguro de que sepa que ese hijo de puta le pega a su mujer cuando pierde una apuesta.

Así que se lo cuento todo.

—Y la última vez que Harper encontró una de las pistolas de su padre, él le dio una paliza.

—Si te soy sincero —dice Lev—, si yo encontrara a uno de mis hijos con una de mis pistolas, tampoco sería precisamente un santo.

—Eso no viene al caso —gruño—. No estoy en desacuerdo. Todos sabemos que hay una diferencia entre educar a un hijo y moler a palos a alguien.

Sin embargo, lo peor de todo es cómo se sintió Harper después de tener a Ivy. Cómo tuvo que esconderla y cómo la avergonzaron. La han utilizado durante años y ha llegado la hora de que paguen por sus actos.

Recuerdo la primera vez que recorrí el camino de entrada para llegar a la casa de su familia y me marché con mi novia.

La adrenalina me corre por las venas a medida que nos acercamos.

El bosque que rodea la finca, por donde la perseguí, parece misteriosamente desierto.

—Aleks...

—¿Qué? —Todavía estoy perdido en el recuerdo de la primera vez que la toqué. Que la perseguí. Que la capturé.

Ahora no estoy seguro de no ser yo el capturado.

—¿Estás seguro de que este es el sitio? —pregunta Viktor—. No hay señales de que viva nadie aquí.

Tiene razón. A medida que avanzamos por el camino de entrada, me doy cuenta de que el nuestro es el único coche. El porche delantero está barrido. No hay felpudo de bienvenida ni corona en la puerta. Ni una sola luz encendida en el interior. Un montón de correo acumulado yace en el suelo, debajo del buzón rebosante.

*Maldita sea.*

¿Se fueron de viaje después de visitarnos? Eso no tiene sentido...

—Extraño. —Apago el motor, maldiciendo para mis adentros porque he venido aquí esta noche con un propósito.

Salimos del coche en silencio, sigilosos y callados, todos vestidos de negro y con los pasamontañas puestos.

Espero que la puerta principal esté cerrada con llave, pero cuando giro el pomo, se abre.

La empujo hacia dentro.

Al menos puedo dejarles una advertencia. Un mensaje.

—Menudo hijo de puta —mascullo entre dientes mientras mis hermanos llenan el espacio detrás de mí.

—Te la han jugado, hermano —murmura Viktor.

*Pronto lo verás,* me dijo ella.

*Mis padres no tienen dinero,* dijo.

La casa está completamente vacía, ni una sola prueba de que viva nadie aquí. La nevera está vacía. No hay ni un rollo de papel higiénico en el baño.

Subo a la que era la habitación de Harper y ya sé qué esperar. No me sorprende encontrarla también completamente vacía. Pero cuando abro el armario, algo me llama la atención.

Me guardo la cajita en el bolsillo y vuelvo a bajar, donde Lev señala un cartel.

—¿Aleks? ¿Ves esto?

Justo en la isla de la cocina hay un pequeño cartel de cartón plegado con las palabras *AIRBNB. ¡Gracias por su visita!*

Niego con la cabeza y saco el móvil.

Busco la dirección en Google.

El primer resultado muestra una página de alquileres.

¿Cómo se nos ha podido pasar esto a Aria y a mí? El hermano de Harper le dio una dirección a Mikhail y yo la recibí directamente de él. Nunca miramos más allá.

Harper sabía que esta era una casa de alquiler. Sabía que su familia no tenía nada.

*Te la han jugado.*

Recibo un mensaje de Mikhail. Miro el móvil con el ceño fruncido y niego con la cabeza.

¿En qué más me ha mentido?



# CAPÍTULO 21

*HARPER*

Me despierto en mitad de la noche, con el cuerpecito de Ivy acurrucado junto al mío. Tiene los labios ligeramente entreabiertos y el pelo alborotado a su alrededor. Me recuerda a un ángel. Todavía no me puedo creer que esté aquí. Una parte de mí siente que nunca podré agradecerle lo suficiente a Aleksandr lo que ha hecho, el haberla traído aquí. Va en contra de su naturaleza no cuidar de la gente que le pertenece. Es quien es, es lo que hace. Pero, aun así, después de todo lo que he pasado...

Mientras le paso los dedos con delicadeza por su suave pelo, me pregunto si he cometido un error al permitirme ser vulnerable con otra persona. Todavía lucho contra miedos que puede que nunca desaparezcan. Todavía me pregunto si soy el tipo de mujer que merece ser amada por alguien, y mucho menos por alguien leal y devoto.

El corazón me da un vuelco cuando me doy cuenta de que no estoy sola con ella. Aleks está de pie junto a la ventana, todavía vestido de negro, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Aleks? —susurro con un hilo de voz—. ¿Está todo bien?

Responde en un susurro. —Ven conmigo. He puesto a nuestros guardias a vigilar a Ivy. No se despierta por la noche y tendrán los monitores. Ahora, Harper.

Su voz es distante, desapegada. Siento que me empieza a recorrer un sudor frío por la frente. No sé qué pasa, pero esto no es bueno.

¿Qué ha hecho esta noche?

No me gusta dejar a Ivy, pero sé que él y yo tenemos que hablar. Al momento, me coge de la mano y me lleva por el pasillo hacia la puerta que da a la azotea. Llevo una camiseta raída y unos pantalones cortos de pijama. Sin decir palabra, se quita la sudadera

y me la pone sobre los hombros, aunque la tensión de su mandíbula me dice que lo hace por un sentido del deber, no por ternura.

Qué extraño.

De repente, caigo en la cuenta. El pavor empieza a atenazarme, feroz y virulento. Si quisiera deshacerse de mí, llevarme a la azotea se lo pondría fácil.

¿A quién quiero engañar? Si quisiera deshacerse de mí, daría igual dónde estuviéramos. Es prácticamente intocable.

Frenética, me pregunto qué puedo usar como arma.

¿Necesito una?

Cuando llegamos a la azotea, el viento me llega hasta los huesos, aunque no estoy segura de que sea por eso por lo que tiemblo. Pulsa el mando a distancia y los calefactores cobran vida.

—Aleks. ¿Qué ha pasado?

Sin mediar palabra, se acerca al pequeño bar y sirve dos copas. Me entrega una y se lleva la suya a las tumbonas. La luz de la luna se escapa de una nube e ilumina su rostro. Contengo la respiración al ver la expresión atormentada de sus ojos. La absoluta sensación de desapego. Está en un lugar que no puedo alcanzar, y no entiendo por qué.

—Tenía dieciséis años cuando me enamoré —empieza— por primera vez.

No creía que me apeteciera una copa a estas horas, pero me encuentro dándole un sorbo vacilante.

—¿Quién era? —Mi voz suena ronca. Me aclaro la garganta.

—Era una chica de la calle, como yo. Huérfana, pero a diferencia de mí, a ella no la acogió nadie. Empezamos como amigos. Quise ayudarla, pero ¿a quién pretendía engañar? Mi situación era apenas estable.

Da otro sorbo a su copa, con la mirada perdida en un lugar mucho más allá de donde estamos ahora. Se aclara la garganta. Continúa.

—Como sabes, los Romanov me acogieron. Me adoptaron. Me convertí en uno de ellos y casi me convencí de que, cuando por fin tuve poder, dinero y habilidad, era intocable. —Aparta la mirada—. Ella no lo era.

Siento un cosquilleo en la nariz al oír el dolor puro en su voz.

—Había una guerra de bandas, y estábamos en el epicentro de todo. Una noche terrible, en pleno invierno, estallaron los disparos en una pelea callejera. Salió a buscarme. Se suponía que estaba en casa de una amiga. —Aparta la vista, su voz es distante—. Le dispararon. Murió allí mismo, en el pavimento helado, mientras yo la sostenía y gritaba pidiendo ayuda, intentaba salvarla. Pero no puedes evitar que alguien se desangre cuando le dan en la carótida.

De repente, siento náuseas.

Ha insinuado una pérdida como esta, pero no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo?

Le lanzo una mirada compasiva. —Lo siento mucho.

Continúa como si no hubiera dicho nada. —Después de eso, supe que con el tiempo me casaría por el bien de mi familia, no por el mío. No por amor. Sabía que esa nunca sería una opción.

Se queda mirando su copa, pero finalmente me mira. La expresión de sus ojos me parte el corazón. Me empiezan a temblar las manos, y no hay recordatorio en el mundo que me ayude a parar.

¿Qué ha pasado esta noche?

—Y entonces te conocí. Y pensé que eras alguien completamente diferente de quien eres en realidad. Pensé que eras una niña mimada, egoísta. Me creí las mentiras que me contaron. Y odié haberlas creído, aunque fuera por un minuto.

Asiento. Esto ya lo sé.

—Pero llegué a conocer quién eres de verdad —dice con un suspiro. El corazón me late demasiado deprisa. Tengo frío y calor y tiemblo mientras le escucho hablar.

—Eres alguien que se entrega sin fin a su hija. Desinteresada, incluso cuando se te rompía el corazón. Hiciste lo que hiciste porque era lo mejor para ella. Lo hiciste porque no tenías elección.

Niega con la cabeza. —Al verte con ella, cualquiera sabría que no eres la persona que yo creía que eras. —Traga saliva—. Creo que eres desinteresada, segura de ti misma. Brillante y con talento. —Su voz se suaviza—. Y sexy de cojones.

Le miro fijamente, confundida. Desconcertada. No sé adónde quiere llegar con esto...

—He ido a casa de tu familia esta noche. Iba a impartir justicia. Tienen que responder por muchas cosas, Harper. Tu hermano, especialmente.

Le miro bruscamente, esta vez con más atención.

No hay ni rastro de sangre en él, nada. Y no creo que la violencia brutal sea la única forma en que resolvería una situación, pero tampoco estoy segura de querer saberlo.

Saca algo del bolsillo. El corazón me da un vuelco.

*La cajita con un mechón de pelo, una foto doblada y un pequeño amuleto.*

—La has encontrado —susurro.

—Sí. ¿Es por esto por lo que insistías tanto en volver a buscar tus cosas?

Asiento. —No había nada más que me importara. Gracias. —Lo aprieto contra mí, aunque ya no lo necesito tanto como creía ahora que tengo a Ivy.

La voz de Aleks se endurece. —Eso ha sido *todo* lo que he encontrado, Harper.

Levanto la vista hacia él con curiosidad. —¿Qué quieres decir?

—Se han ido. No hay ni rastro de ellos. Ni una prenda de ropa, ni un pañuelo fuera de su sitio. Han desalojado tu casa, Harper —dice, con la voz cada vez más dura y un matiz de burla en sus palabras.

—¿Qué? —¿Qué significa esto? ¿Adónde han ido?

Se pone de pie, con la misma dureza en la mirada. Su azul gélido me clava en el sitio. —No me mientas. Dime que no sabías que la casa era de alquiler.

Estoy confundida. ¿Qué cree que tengo que ver yo con esto?

—Por supuesto que sabía que la casa era de alquiler. Conocía las circunstancias de mi familia, Aleksandr.

—Así que sabías que me la estaban jugando.

Lo miro fijamente, sin saber cómo responder.

—¿Ni siquiera te vas a defender? Me has mentido.

Me obligo a responder, porque si esto es lo que piensa de mí…

—Aleks. No sé…, ¿cómo puedes…? No sabía que se iban a ir. Pero ¿para qué los necesitas? ¡Pues vaya un alivio! Me da igual si no vuelvo a verlos en mi vida.

Un músculo se le tensa en la mandíbula y me da la espalda. Así es él, ¿verdad? Es su recurso habitual. Cuando las cosas no salen como las planea, vuelve a ser el de siempre, frío e implacable. Aleja a todo el mundo. Amuralla su corazón para estar a salvo y que nadie pueda alcanzarlo.

—Mi familia ha sufrido un ataque hace dos horas en uno de nuestros establecimientos. ¿Qué sabes de eso?

—¿De qué estás hablando? Por Dios, Aleks. ¿Qué te pasa?

—Confié en ti.

—Qué curioso, yo también confié en ti.

Me escruta con la mirada. Me rompe el corazón ver un mundo de dolor reflejado en sus ojos.

Levanto la barbilla e intento que lo entienda. —Mi familia y yo no somos lo mismo. Apenas me contaban sus planes. Casi no sé…

—Sabías que esa no era su casa, ¿verdad?

—Sí, ya te lo he dicho.

Se pone de pie, alzándose sobre mí. Recuerdo lo mucho más grande que es. Lo fácil que le sería hacerme daño. Estamos solos en la azotea y, si gritara pidiendo ayuda, *nadie* vendría a rescatarme.

¿Me haría daño?

Las mismas personas que debían protegerme me hicieron daño y, si algo he aprendido, es que *cualquiera* puede infligir dolor y sufrimiento… incluidas las personas que deberían quererte. A veces son las que más te hieren.

Aprendí a amurallarme, a no escuchar lo que los demás decían de mí. Pero solo cuando estaba aquí, con él, había conseguido acallar esas voces en mi cabeza que me llamaban inútil.

—¿Qué quieres, Aleksandr? —La voz quiere temblarme, pero no se lo permito. Lo miro directamente a los ojos. Cuando me tiende la mano, lo aparto. Si me toca, perderé la razón y mi capacidad de pensar con claridad—. No. No me toques ahora. Mírame a los ojos y dime lo que quieres saber de verdad.

—Quiero saber hasta dónde llegan tus mentiras —dice, con la voz ronca y el azul de sus ojos atravesándome—. Sabías que tenías un bebé. Sabías que nadie se casaría contigo. Así que tu familia y tú me lo ocultasteis todo para engañarme y que me casara contigo.

Algo dentro de mí… se quiebra.

El frágil hilo de esperanza al que me aferraba se rompe como una cuerda que se parte bajo demasiado peso, y un torrente de hostilidad inunda mis pensamientos.

*Puta.*

*Zorra.*

*Inútil.*

—Te dije la verdad —susurro—. Te lo conté todo.

Alarga la mano hacia la caja de los recuerdos mientras yo lucho contra el torrente de odio que se precipita en mi mente.

*Zorra.*

*Inútil.*

*Puta mentirosa.*

Sus gruesos dedos rebuscan entre los recuerdos y sacan un pequeño trozo de papel.

—Explícame esto.

¿Insinúa que le he mentido?

Siento mi corazón roto como si me lo hubieran magullado. Destrozado.

Miro el papel que tiene en la mano, pero podría recitar las palabras de memoria.

Aunque estemos separadas, siempre, siempre te querré.

La nota que *yo* escribí para mi bebé.

Le aparto la mano de un manotazo. Él se tambalea cuando paso a su lado. No quiero hablar con él. No quiero hablar con nadie ahora mismo.

—No te atrevas a darme la espalda…

—Pues mírame.

Si cree que puede tenerme en la palma de su mano y luego aplastarme a su antojo, está muy equivocado. Pero que muy, muy equivocado. ¿Cómo he podido ser vulnerable con un hombre como él? Nunca más.

Siempre he huido cuando estaba bajo presión. Pero hay una razón para ello.

Esta vez, no tengo adónde ir, pero no importa.

Fui una ingenua por pensar que alguna vez podría ser vulnerable con un hombre como él. Bajo furiosa las escaleras que me llevarán de vuelta con Ivy.

Tengo que verla. Tengo que abrazarla. Tocarla. Ver con mis propios ojos que está bien.

—Harper, si te vas…

No me molesto en mirarlo y le hago una peineta. —¡Que te jodan!

Así que mi familia se la ha jugado. Se han largado y no le han dado su puto dinero. Me sabría mal que lo hubieran utilizado si no supiera a ciencia cierta que lo que necesita no es dinero, sino una esposa y unos hijos. Marionetas. Trofeos.

Sus pasos pesados me siguen.

—Harper…

Entro en nuestro dormitorio y abro la puerta que comunica con la habitación de Ivy, y la encuentro durmiendo plácidamente. Suelto un aliento que no sabía que estaba conteniendo.

Me doy la vuelta y cierro la puerta entre nosotros, echando el pestillo.

Podría abrirla. Tiene la llave. Podría echarla abajo si quisiera hacerse el imbécil dramático. Lo escucho, pero solo oigo sus maldiciones al otro lado.

—Esto no se ha acabado una mierda —gruñe en voz baja, probablemente para no despertar a Ivy.

*Ah, pues ya te digo yo que sí, Aleks. Joder que sí.*

Me giro hacia ella.

Ivy está a salvo. Por ahora.

Yo no, pero lo estaré.

Joder que lo estaré.

No necesito a Aleksandr. No necesito su protección.

Me meto en la cama junto a Ivy y hago un inventario mental de las armas que he conseguido en secreto, gracias en gran medida a la ayuda de Nikko y, sin que Aleks lo sepa, también a la suya.

Me tumbo junto a Ivy y le paso los dedos por el pelo. —Shh, pequeña —susurro cuando murmura entre sueños—. Descansa. Mamá va a cuidarte muy bien.



# CAPÍTULO 22

*HARPER*

CUANDO ME DESPIERTO a la mañana siguiente, lo primero que hago es mirar a Ivy. Necesito asegurarme de que está a salvo, de que todavía está aquí.

Contemplo la suave curva de sus hombros, cómo suben y bajan al compás de su respiración. Cuando está despierta, tiene un puntito de picardía, una expresión un poco tontorrona. Pero, cuando duerme, no es más que la viva imagen de la inocencia infantil.

A continuación, mi mirada se dirige a la puerta.

Sigue cerrada con llave.

Voy de puntillas hasta ella y aguzo el oído para ver si él sigue ahí, pero no oigo nada. Aprieto los dientes y reafirmo la decisión que tomé anoche de que no lo necesito. ¿Para qué iba a necesitarlo? Si así es como se va a comportar…

Aun así, no puedo evitar abrir la puerta.

Al principio, pienso que ya se ha levantado y ha hecho la cama, pero, al mirar más de cerca, me doy cuenta de que no ha llegado a acostarse. Sigue perfectamente hecha, sin el menor signo de haber sido deshecha.

Miro la mesilla donde siempre deja las llaves y la cartera.

No hay nada.

¿Cuál era el ataque que dijo que sufría su familia? ¿A qué se refería?

Llamo a Polina, pero me salta el buzón de voz.

Algo raro está pasando.

¿O solo está en mi cabeza?

Me concedo un minuto para regodearme en mi miseria. Un minuto para maldecir a los cielos porque, aunque ya no estoy bajo el control de mi familia, *todavía* pueden arruinarme la vida.

Pero he aprendido un par de cosas desde que he venido aquí y hay algo que puedo decir con seguridad: no necesito que nadie me ayude a proteger a mi hija.

Miro la apacible figura de Ivy y cruzo hacia la cómoda con todo el sigilo del que soy capaz para no despertarla.

Este mundo es peligroso y necesito proteger a mi pequeña. No sé quién o qué podría amenazarnos a estas alturas, pero sé que no puedo confiar en Aleks.

Hubo un tiempo en que huí para protegerme. Para correr hacia mi hija y asegurarme de que estaba bien.

Ahora, huiré con ella, para protegerla.

Meto de cualquier manera algunas cosas en la mochila de princesa que Polina le compró a Ivy, aunque me duela el corazón. No quiero dejarla a ella ni a Aria, las únicas hermanas que he tenido.

Intento llamarla de nuevo y exhalo un suspiro de alivio cuando esta vez sí responde.

—Hola —dice—. ¿Puedes ayudarme hoy con los preparativos de la gala? Aleks dice que tenemos que adelantar la fecha y mamá y yo vamos a tener que darnos una buena paliza para tenerlo todo listo. ¡Normalmente nos ayudaría Aria, pero ahora mismo está ocupada con otras cosas!

No quiero abandonarla. Quiero ayudar, pero la seguridad de mi hija…

Decido no responder a la pregunta directamente.

—¿Pudiste ver al bebé ayer?

—¡Sí! Es *taaan dulce*, el pequeño Sasha. Nunca he visto a Mikhail tan embelesado. Casi no lo reconozco.

—Oh —digo, mientras doblo algunas de las cositas de Ivy para meterlas en la mochila.

*No pensaré en Aleks y en cómo es con Ivy. ¡No lo haré!*

Ivy va por ahí con esta mochila todo el tiempo, así que nadie lo encontrará raro como lo harían si saliera de aquí con una bolsa de viaje al hombro.

Meto también algunas cosas pequeñas para mí en la mochila.

—Solo me falta decidir qué tipo de aperitivos necesitamos. ¿Calientes? ¿Fríos? ¿Un surtido?

—Empieza con los calientes, porque tus hermanos *comen* que se las pelan. Y si vamos a adelantar la fecha, todavía hará mucho frío. Aleks es capaz de zamparse una bandeja entera de canapés.

—Dicho como una auténtica italiana —dice con aprobación—. Me gusta cómo piensas.

Me doy la vuelta, agradecida de que sea una llamada telefónica. Es más fácil ocultar que estoy llorando.

—¿Te ha dicho para cuándo la adelanta?

—Para este fin de semana.

¿Por qué este fin de semana?

*No necesito saberlo. No me importa. Es irrelevante.*

Cuadro los hombros y asiento.

—Sin duda, aperitivos calientes, pero también puedes poner una mesa auxiliar con cosas estándar como queso y galletitas saladas.

—Ollie va a venir. Así que estaremos todos. Aún no los conoces a todos. Y Aleks ha insinuado que finalmente va a incorporar a los

miembros que se pasaron del otro grupo de la Bratva. ¿Te lo ha contado?

De pasada, más o menos. Sé que hay unos cuantos hombres que vinieron de una organización rival y que él estaba a cargo de investigarlos. Eso es todo lo que sé, y dudo que vaya a contarme algo más.

Ivy se remueve y yo bajo la voz. La observo para asegurarme de que sigue dormida.

—¿Te ha dicho por qué la adelanta?

—No es nada fuera de lo común. No es que sea superpaciente y ha dicho que tenía una buena razón. Intenté disuadirlo porque a mi madre le va a dar un infarto, pero no lo conseguí. Ha dicho que es fundamental.

Fundamental.

—Ya veo —le digo, aunque no veo nada en absoluto—. Gracias. ¿Dónde la vais a celebrar?

—Eso es lo extraño. Ha pedido que este año traslademos el lugar a la ribera.

—¿A qué ribera?

—La del East River, el que separa Manhattan de Brooklyn y Queens. Es un sitio precioso, con todas las vistas de los puentes.

Asiento. Echaré de menos The Cove, el único hogar de verdad que he conocido.

Puede que este sea el momento más fácil para irme, con Aleksandr fuera y la casa distraída con los preparativos de última hora para la gala.

—Ivy sigue durmiendo, pero puede que baje cuando se despierte.

—¡Vale!

Cuelgo la llamada y sé que de ninguna manera voy a bajar a desayunar.

No puedo quedarme aquí.

Abro la puerta del armario donde guardo mis armas.

Mi principal obligación es proteger a mi hija, cueste lo que cueste.



# Capítulo 23

*ALEKS*

—Lo mataré, joder.

—Claro que lo harás, joder —dice Mario Rossi, un viejo amigo, sentado frente a mí, saboreando una copa. Inclina el vaso en mi dirección y sonríe con aire de suficiencia—. Es lo que haría un buen cristiano.

Resoplo y le devuelvo el gesto, contemplando el azul de la madrugada que se extiende ante nosotros. Estamos sentados en el balcón de Mikhail y Aria, y acabamos de reducir la posibilidad de quién atacó a Harper a un pequeño puñado de personas.

Oigo un movimiento a nuestras espaldas y me giro para ver a Mikhail sosteniendo al bebé contra su pecho. Aria se ha quedado dormida en la mecedora a su lado, agotada no solo por el cuidado del bebé, sino porque nos ha ayudado incansablemente con la investigación que necesitábamos.

Sin decir palabra, se levanta y la cubre con una manta antes de acostar al bebé en un moisés y recorrer el balcón para reunirse con nosotros, con aspecto desaliñado y exhausto, vestido con su camiseta arrugada y sus pantalones de chándal. Pero está más feliz de lo que lo he visto nunca.

—¿Cómo pueden dormir así los bebés? —pregunta Mario, negando con la cabeza—. Tan apretados.

—Se llama *arroparlos* —dice Mikhail, poniendo los ojos en blanco—. Los hace sentir seguros y cómodos e imita la sensación de estar en el vientre materno.

Mario y yo resoplamos.

—Pues vaya padrazo que tenemos aquí.

Mikhail le hace una peineta y luego se vuelve hacia mí.

—¿A quién vamos a matar?

—A su hermano, por llevar a sus amigos gilipollas con su hermana y por no protegerla. Y luego, a quien la atacó.

—Por supuesto que vas a matarlo, joder —murmura, cruzándose de brazos—. Pero recuerda que es su hermano. Ella tendrá sentimientos y mierdas de esas.

—Su hermano, que sabía perfectamente quién era su amigo y lo que estaba haciendo. —¿Qué amigo? No tenemos ni idea, pero basándonos en los hallazgos de Aria, lo hemos reducido a un puñado.

—Ponme al día —dice, pasándose los dedos por el pelo. Mikhail había acunado y mecido al bebé mientras yo trabajaba con Aria y ella hacía su magia de hacker.

—Mario nos enseñó un vídeo de la noche en que fue agredida. Fue fácil de conseguir; fue la única fiesta a la que asistió porque sus padres estaban fuera del país.

Cojo el portátil y le enseño a Mikhail la grabación. En la esquina superior de la pantalla, Harper se gira hacia la cámara, con los ojos muy abiertos y asustados. Sostiene un cóctel con mano temblorosa, pero aunque fue hace un par de años y la calidad de la grabación es mala, es fácil ver que es preciosa. Impresionante. Con un aspecto tan inocente, con sus ojos grandes y su nariz pecosa, que quiero meterme en la pantalla y rodearla con mis brazos para protegerla. Ojalá pudiera devolverle parte de su inocencia. Molería a palos a cualquiera que se la hubiera arrebatado.

—Así que fue esa noche cuando la agredieron. —Asiento, intentando reprimir la necesidad de romper algo. Lava al rojo vivo me corre por las venas. Respiro por la nariz para poder ver con claridad de nuevo.

—Tenemos una lista de los asistentes. Resulta que los hombres de Volkov organizaron el evento. Así que interrogué a Petrov y a Kuznetsov.

Dos hombres que vinieron literalmente suplicando que los acogiéramos tras el colapso de su grupo de la Bratva. Dos hombres que ahora han demostrado ser pacientes y leales.

—¿Y qué te dijeron?

—Casi todos los invitados eran influyentes o ricos y, a menudo, ambas cosas. Ya sabes que Volkov ni siquiera fingía ser otra cosa que lo que era. No iba de buenazo ni buscando favores. Invitaba a quienes podía usar y con quienes podía trabajar, ni más ni menos. Y pudimos concretar algunos puntos más.

Mikhail asiente.

—Si la hubiera agredido alguien con cierta posición o prestigio, su familia habría forzado un matrimonio. Pero en lugar de eso, la culparon a ella. Así que tuvo que ser alguien que no les aportara ningún valor. De toda la gente que fue esa noche, solo encajan los amigos de su hermano.

Mikhail asiente.

—Tiene sentido. Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Vamos a adelantar la fecha de nuestra gala. Es un lugar que podemos usar para atraerlos y un recinto sobre el que tenemos control total. Usaré invitaciones personalizadas para atraer a los sospechosos y hacer que se sientan obligados a asistir. Aprovecharé lo que Aria ha descubierto sobre quiénes son y a qué están obligados.

Mikhail asiente.

—Ya sabes que la gala es exclusiva, imperdible. Todo el asunto de la exclusividad para la gente que está en el círculo externo debería resultar atractivo. Harper irá. Será arriesgado, pero estaré a su lado.

Mario enarca una ceja.

—Por lo que he oído, no es que necesite protección.

Gruño por lo bajo y aprieto los puños. Él levanta las manos.

—Lo sé, lo sé, no digo que no puedas protegerla, sé que lo harás, joder. Solo digo que probablemente pueda defenderse sola si tiene las armas adecuadas.

Me aparto de él y me encaro con Mikhail.

—Su presencia debería hacer salir a quienquiera que fuese. La mantendremos bajo estricta vigilancia. Nos aseguraremos de que esté a salvo. Pero los atraeremos. Nuestros hombres se infiltrarán en el grupo como invitados o como personal, así tendremos una capa extra de seguridad.

Mikhail frunce los labios, con la mandíbula apretada. Contempla el cielo nocturno y asiente.

—Si alguien le hiciera daño a Aria, exigiría sangre y una cabeza servida en bandeja de plata.

—Por supuesto.

Pero… sé que está tratando de llegar a algo.

—Pero la gala es nuestro evento más importante, Aleksandr. No podemos provocar el caos y un baño de sangre, o nadie volverá a venir.

Se me dilatan las aletas de la nariz.

—¿Crees que nuestra reputación es más importante que el honor de mi mujer? ¿Más importante que la retribución por lo que ha sufrido?

—Siéntate, hermano —ordena Mikhail.

Miro hacia abajo. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había puesto de pie.

Mario niega con la cabeza y saca algo del bolsillo.

—Mikhail, ¿me permites?

Mikhail comprueba la dirección del viento y la distancia que los separa, y finalmente gruñe. Un segundo después se oye el chasquido de un mechero, seguido de una llamarada anaranjada y del aroma dulce y pesado de la maría.

—Dale una calada, Aleks —me ordena Mario, tendiéndome el porro.

Niego con la cabeza. —Estoy bien.

—Necesitas despejarte.

Inspiro una bocanada de aire nocturno. —Con el puto humo que echas ya tengo bastante. —Se ríe entre dientes y le da otra calada.

—¿Estás dispuesto a escuchar ahora? —pregunta Mikhail con una calma engañosa.

Me niego a echarme atrás. —Ya no somos unos críos. Tú eres el *pakhan,* pero yo he ocupado tu puesto en tu ausencia. No vamos a arreglar esto moliéndonos a palos.

Hubo un tiempo en que nuestros padres nos dejaron a todos a cargo de Mikhail, y como hermano mayor nos mantenía a raya. Pero eso era antes, y esto es ahora.

Le sostengo la mirada. —Alguien violó a mi mujer y la destrozó por completo. Cuando descubra quién fue, no habrá quien me impida impartir la justicia que se le debe. Pero he esperado mucho tiempo. Puedo ser paciente y no montar un numerito. ¿Te parece bien?

Mikhail me sostiene la mirada, con los labios fruncidos, antes de asentir finalmente. —Es todo lo que pido. Nada de cortar gargantas cerca de la fondue.

Mario resopla y Mikhail se acaricia la barbilla, pensativo. —Harper pidió casos no letales, Aleks. ¿Vas a involucrarla en algo de esto?

Me encojo de hombros. —Solo ha sido una primera muestra de su poder. Ya veremos si esa petición sigue en pie.

—¿Así que vas a dejar su castigo final en sus manos? —Mario niega con la cabeza—. ¿Y si falla?

Mikhail resopla. Yo sonrío con suficiencia. —Nunca falla. —Me pongo de pie—. Quiero volver con ella y con Ivy. Ponerla al día. Trazar nuestros planes. Hoy, Aria ha dicho que trabajará con mamá y Polina para poner en marcha la gala.

Mario echa una bocanada de humo. —Nunca hay un momento de aburrimiento con vosotros, los Romanov. —Deja caer el brazo en el reposabrazos e inclina la cabeza hacia mí—. Ahora estás en una posición única, ¿verdad, Aleks? Un hijo que te ha venido como regalo de bodas extra. Salvo que Aria tenga gemelos, es más probable que tú tomes la delantera.

Mikhail refunfuña, pero yo no puedo evitar sonreír.

Mario no puede parar de meter cizaña. —En mi familia nos peleamos por los cannoli. En la vuestra, os peleáis por los bambinos. Mamá estaría jodidamente celosa, no te haces una idea.

Mikhail se ríe, pero cuando le pide a Mario que haga el recuento de todos los nietos que tienen los Rossi, no es una cifra pequeña.

—Escuchad, tengo que volver con Harper e Ivy —digo, mientras me estiro—. Hablamos más tarde.

En el coche de vuelta a casa, proceso todos los escenarios posibles. Así funciona mi mente, calculando posibilidades y sorpresas, y las consecuencias de las decisiones que tomamos.

Llamo a Harper.

Me salta el buzón de voz.

Es temprano, pero eso no suele significar nada...

«Probablemente siga durmiendo», me digo a mí mismo, «sobre todo si está al lado de Ivy y no quiere despertarla».

Ya de camino, recuerdo mi conversación con Harper.

Niego con la cabeza.

Estaba cabreada conmigo. Cerró la puerta con llave y se metió en la cama con Ivy. Quería hacer que saliera y arreglarlo todo, pero al minuto siguiente recibí la llamada de Mario de que tenía información, así que me fui a casa de Mikhail. De todas formas, necesitaba espacio.

¿Sigue cabreada conmigo?

Vuelvo a llamarla.

Y otra vez.

Y otra.

Para cuando llego a casa, estoy a punto de entrar en pánico. Entro derrapando en el camino de entrada y pongo el coche en punto muerto de un tirón. Subo los escalones de dos en dos. —¡Harper!

No hay respuesta. Mis pasos resuenan en el pasillo mientras me dirijo a nuestro dormitorio, solo para encontrar mi cama todavía hecha y la de Ivy también.

¿Dónde está mi equipo de seguridad?

—¡Harper!

Vuelvo a llamarla, y no contesta.

Cuando oí hablar de ella por primera vez, me dijeron que Harper era una fugitiva y el primer día que nos conocimos, demostró que era cierto. Cuando supe por qué, lo entendí.

Pero ahora me lo pregunto.

¿Ha vuelto a huir? ¿Me ha engañado?

Se me encoge el corazón al pensar que no volveré a verla. En estar separado de ella.

¿Se ha ido? Mi estúpida bocaza, ¿la he alejado?

*Tengo que encontrarla.*

—¡Harper!

Se ha ido. Mis actos han alejado a la única persona con la que me he abierto. La única persona a la que he amado. Se ha ido, y se ha llevado a Ivy con ella.

La encontraré.

Tengo que hacerlo.

Entro de golpe en el pasillo y por fin veo a uno de mis hombres. —¿Dónde coño te has metido?

—Su hermano convocó una reunión de emergencia, señor. Tuvimos que responder. Está preparando los planes de seguridad para la gala.

Por supuesto que lo hizo, joder.

—¿Y pensaste que las exigencias de mi hermano sobre tu tiempo prevalecían sobre tu necesidad de proteger a mi mujer y a mi hija?

Lo voy a matar, joder.

Sus ojos se abren como platos. —Nunca, señor. Harper e Ivy están fuera.

Con el corazón latiéndome tan fuerte que me zumba la cabeza, salgo a trompicones de la casa y voy al patio trasero. No las veo. Los ha engañado. Les dijo que estaría fuera y, cuando se distrajeron con la reunión de emergencia, se fue.

Me fallan las rodillas y me dejo caer en el banco que hay junto a la puerta. Hundo la cabeza entre las manos. Lo he conseguido. Las he ahuyentado.

Tengo que recomponerme para poder...

La risa de una niña hace que mi cerebro se pare en seco.

El sonido... es la risita contagiosa de Ivy.

Miro a mi alrededor. ¿Dónde está? ¿Dónde están?

El horizonte de Manhattan se desdibuja al fondo, detrás de ella, mientras el viento le azota el pelo en un remolino salvaje alrededor de la cara. Ivy da saltos en el aire intentando atrapar las pompas que Harper ha soplado, con el pompero todavía en los labios. Harper me ve y me saluda tímidamente con la mano. Segundos después, ella e Ivy se dirigen hacia mí.

Oh, Dios. El pulso se me acelera. Me sudan las palmas de las manos.

—¡Mira! —dice Ivy—. ¡Pompas!

Le sonrío, y un enorme alivio inunda todo mi ser. —Sí, nena. Pompas. —Me tiembla la voz. Levanto la vista hacia Harper—. ¿Cómo estás?

—¿Qué pasa? —pregunta, con la frente arrugada por la preocupación—. ¿Estás bien?

Estoy a punto de decir que no, cuando Ivy levanta los brazos para que la suba a mi rodilla. —Pompas, papá.

¿Papá? Sobresaltado, miro a Harper. Ella también lo ha oído, sé que sí, porque tiene los ojos llorosos.

—Creía que te habías ido —digo en un susurro porque no me fío de mi voz ahora mismo—. He intentado localizarte y no estabas. He vuelto y... y yo...

—Quería irme —dice, con la cabeza gacha—. Incluso hice una maleta. Pero entonces llegamos a la puerta, Ivy sacó las pompas y... no pude hacerlo. Necesitaba verte. Necesitaba luchar por esto. Por *nosotros.* Y no quería volver a llevarme a Ivy, no después de todo por lo que ha pasado.

Le cojo la mano y se la aprieto. —Lo siento, Harper. Soy un cabro... Soy un imbécil —digo, censurando mis palabras para que Ivy no me oiga—. Llevo décadas preocupándome solo por mí mismo y eso no volverá a pasar. No *puede*.

—Lo sé —dice con un profundo suspiro—. Y yo llevo años huyendo. Cuando me acusaste, esos pensamientos volvieron a mi cabeza y yo...

—¿«Esos pensamientos»?

—Sí —susurra.

Ivy se inclina y me da un fuerte abrazo antes de bajarse de mi regazo y correr tras una pompa especialmente grande. Cojo a Harper y la siento sobre mi rodilla. Vemos a Ivy perseguir las pompas.

—Quiero oír lo que dicen, Harper. Dímelo. ¿Qué oyes?

Se humedece los labios y niega con la cabeza. —No quiero decírtelo.

Me lo pienso antes de hablar. —Oigo mi propia voz diciéndome mierdas a las que no debería hacer caso —digo en voz baja—. Mierdas como: *nunca te querrán, no serás feliz, has hecho demasiado, no te mereces esto.* Y me cuesta un esfuerzo apartar esos pensamientos.

—Pienso en las cosas que mis padres me decían —dice, en una voz que solo yo puedo oír—. *Zorra. Deshonra. Puta. Mentirosa.*

Se da la vuelta y se seca los ojos con un gesto rápido.

Le cojo la mano. —Quería que me dijeras los tuyos porque eso me ayudará a reemplazarlos.

Ivy chilla cuando explota una pompa enorme con el dedo índice y esta estalla en pequeñas gotitas. Harper sopla unas cuantas más, con los ojos fijos en Ivy. Yo observo cómo las pompas flotan hacia ella.

—¿Reemplazarlos? —dice Harper en voz baja—. ¿Qué quieres decir?

—Cuando te acuestes por la noche, quiero que solo tengas buenos pensamientos. Cuando te despiertes por la mañana para afrontar el

día, quiero que vuelvas a pensar: *soy valiosa.* Quiero que pienses: *soy sexi.* Pero, sobre todo, quiero que pienses: *me quieren.*

—¿Que me quieren? —pregunta ella en un susurro ronco. La acerco más a mí y le beso la mejilla.

—*Que te quiero*, Harper. Porque te quiero.

La emoción la embarga y cierra los ojos rápidamente. Inspira hondo. Susurra en respuesta: —Yo también te quiero, Aleksandr Romanov.

—Estaba enfadado y quería respuestas, pero debería darte siempre el beneficio de la duda. *Siempre*. —Le beso la frente—. Prometo cuidarte. Prometo protegerte. Prometo que, pase lo que pase, tu seguridad y tu bienestar son mi máxima prioridad. Los tuyos y los de Ivy.

Ella asiente. —Gracias.

—Te lo compensaré, Harper. No puedo volver a caer en viejos patrones como ese.

La abrazo con fuerza. La risita de Ivy nos hace sonreír a los dos.

—Y es por esa razón por la que tenemos que hablar de lo que estuve haciendo anoche. Tengo información y un plan.

# CAPÍTULO 24

*HARPER*

—Mamá. Princesa.

Me miro en el espejo y veo a Aleks con Ivy en brazos, sus ojos brillan al mirarme.

—Bien hecho, princesa. Has conseguido hasta convencer a tu hija de que eres una princesa.

—Es que lo soy —le digo, echando la cabeza hacia atrás con altivez —. Puede que tenga que ver con la infinidad de libros sobre princesas y las tiaras que nos ponemos para jugar, pero me vale.

Él niega con la cabeza. —Mamá no es una princesa, Ivy. Mamá es una *reina*.

Siento que se me calientan las mejillas mientras me miro en el espejo y termino de ponerme el pendiente. Coloco la elegante perla en su sitio y la abrocho, y luego me giro de lado para admirar el efecto completo.

He optado por un look de elegancia atemporal, algo sofisticado pero seductor y perfectamente diseñado para mis planes de esta noche: un vestido largo hasta los pies sin mangas y con detalles aterciopelados. El corpiño se abre desde la cintura en una falda que cae con suavidad, pero este conjunto es un vestido hecho a medida, prestado por una conocida de Polina. Aunque parece tradicional, está ingeniosamente confeccionado con un toque moderno. El corpiño está reforzado con costuras que permiten la máxima libertad de movimiento sin sacrificar el estilo, y la alta abertura de la falda también facilita el movimiento. Pero lo más importante es que el diseño disimula por completo la pistolera que llevo sujeta en la cara interna del muslo.

Mi pelo largo, que suelo llevar suelto y ondulado, está recogido en un elegante moño, con algunos rizos sueltos enmarcando mi cara

para darle un toque más informal. Mi maquillaje se basa en tonos cálidos y tierra que acentúan mis pómulos altos, mis ojos marrones y mis labios carnosos. Aun llevando tacones bajos, Aleks me saca una cabeza.

—Estás preciosa —me susurra al oído—. Y sé lo que llevas debajo de toda esa tela.

Le saco la lengua y él niega con la cabeza.

—¿Estáis listos para iros? —Polina está de pie en el umbral. Aleks ha conseguido que una amiga de Polina cuide de Ivy esta noche porque toda la familia Romanov tiene que asistir a la gala. Ekaterina y Polina han trabajado muy duro y, la semana pasada, yo también les he estado ayudando con los últimos retoques.

—¡Lista! —digo, enderezando los hombros. Aleks baja a Ivy y la coge de la mano.

—Vamos a acomodarte. Mamá ha dicho que si te comes la cena, puedes tomar helado.

Ivy hace un puchero, probablemente porque sabe que Aleks y yo vamos a salir. —Helado *de* cena.

—No, Ivy —dice Aleks con esa mezcla de paciencia severa y amor que me acelera el corazón cada vez que lo oigo—. Harás lo que dice mamá y te comerás primero tu comida. Venga, vamos.

Le entrega a Ivy a Polina y se van por el pasillo.

—No le hagas caso —dice Polina con un susurro teatral—. La tita Polina te dará helado para cenar.

—¡Polina! —brama él.

Niego con la cabeza. Estoy bastante segura de que solo lo ha dicho para pincharle un poco.

Vamos en silencio de camino a la gala, los dos perdidos en nuestro propio mundo.

—Vamos a repasarlo una vez más —dice él, agarrando el volante con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos. Me alegro de que lo haya dicho, porque sinceramente me apetece mucho repasarlo una vez más.

—Hay dos posibles invitados esta noche que podrían ser el que me agredió. Han sido invitados a la gala como invitados privados tuyos. Entre los asistentes, la familia Romanov ha colocado a un montón de aliados. Estaré bajo vigilancia, ya que me usarán de cebo porque suponemos que quienquiera que me agrediera querrá al menos volver a verme. —Me estremezco porque me da ganas de vomitar.

Si pudiera mirarle a sus ojos azul hielo ahora mismo, apostaría mi vida a que son asesinos.

Bien.

—Los sacarás a la luz —empieza él—. Y luego te harás a un lado para que yo me encargue a partir de ahí.

Resoplo. —Buen intento. Ya lo hemos hablado, Aleksandr.

Lo hemos hecho, una y otra y otra vez.

—Sé que me vengarías, pero eso no significa que me parezca bien que me quites eso. Esta es *mi* venganza.

—Nunca has matado a nadie —dice—. No sabes lo que es quitarle la vida a otra persona. Y sí, aunque la venganza está detrás de esto, y quería que aprendieras a disparar para que pudieras vengarte por ti misma, sigo sin querer que cargues con el peso de la responsabilidad de saber que has acabado con la vida de alguien, por mucho que se lo mereciera.

Miro por la ventanilla. —Y puede que sea así como quiero aprender. Puede que esta sea la forma en que quiero tener esa primera muerte, sabiendo que está justificada. Si se me da bien disparar, ¿qué sentido tiene todo esto?

No me creo las palabras ni mientras las estoy diciendo, pero no quiero que me arrebaten mi autonomía.

—Harper —dice en un susurro áspero—. Eres jodidamente cabezota.

—¡Y tú también!

Aprieta la mandíbula. —Te juro por Dios que si no tuviéramos un plazo, pararía este coche y te pondría sobre mi rodilla solo para recordarte quién coño soy.

—Y entonces yo te seduciría, tumbada ahí fuera y haciéndote una mamada, para luego tragarme hasta la última puta gota para que sepas quién soy *yo*.

El corazón me late a un ritmo frenético, pero no estoy enfadada. Para nada. Él tampoco, a juzgar por el bulto en sus pantalones. Está jodidamente cachondo. Porque… así somos nosotros. Tenemos nuestros piques, pero al final, siempre volvemos a unirnos. Porque los dos juntos somos fuego y ninguno de los dos quiere apagar al otro.

—Sinceramente, tengo que decir que creo que es bueno que no tengamos un plan específico. Son situaciones caóticas, y ya he visto cómo ocurren. Podríamos tener un plan perfectamente orquestado, pero si no tenemos un plan B…

—Voy a dejar que lo hagas, Harper. Porque no es algo que me corresponda arrebatarte. Y quiero que sepas que la única razón por la que quiero hacerlo es porque te quiero. Eres jodidamente increíble y un puto genio con la pistola. Has aguantado tantas cosas. Y te admiro por eso, ¿lo sabías?

Abro los ojos como platos. No voy a llorar. *No* voy a llorar. ¡Mi maquillaje de ojos es la hostia!

Me trago el nudo que tengo en la garganta y le cojo la mano. Su mano grande, gruesa y cálida en la mía me reconforta.

—Eso significa mucho para mí. Porque tú también eres fiera.

Él resopla. —Claro que lo soy. Nunca podría estar con una mustia. Alguien pasivo. Necesito a alguien que me plante cara —me lanza una mirada de reojo, y la forma en que se le curvan los labios me dice que está pensando en hacerme cosas perversas—. Necesito a alguien que me obligue a perseguirla.

—Por supuesto —digo con voz seductora—. ¿Qué gracia tiene estar con alguien que cede a la primera de cambio?

Hago un recuento mental rápido de los zapatos que tengo en el coche.

Malditos tacones. No voy a huir porque sí, pero una chica tiene que estar preparada.

Hay tiempo.

Cuando llegamos, me quedo un poco atónita. Las estrellas titilan en el cielo nocturno, pero parecen apagadas en comparación con la absoluta y deslumbrante elegancia que tenemos delante. El hecho de haber ayudado a Polina y a Ekaterina a plasmar los detalles en un papel no significa que supiera cómo sería verlo todo hecho realidad. Guirnaldas de luces blancas alrededor de cada ventana y aplique. El personal, vestido con impolutos uniformes blancos, firme como si fueran soldados. Los coches que van llegando son algunos de los vehículos de lujo más majestuosos que he visto en mi vida. Se deslizan, como si hubieran sido transportados hasta allí por arte de magia. Y los *vestidos*…, es como si las invitadas acabaran de bajar de una pasarela.

Mi yo de diez años estaría ahora mismo en la gloria: el cliqueteo de los tacones, el susurro de los vestidos, las voces graves mezclándose con las más agudas, los diamantes y las perlas. Es el lujo en su máxima expresión a la vista de todos. Como debe ser. Porque resulta que sé de buena tinta que esta gala de esta noche va a reunir a todo el mundo para que se gaste el dinero en unas obras de arte carísimas.

—Mikhail fue el anfitrión de la última, al menos en apariencia —dice Aleks, volviéndose hacia mí para cogerme los dedos. Me besa el dorso de la mano—. Y nosotros somos los anfitriones de esta, mi señora.

Se me cae el alma a los pies. —¿De verdad? ¿Así que os turnáis? ¿Por qué nadie me lo ha dicho antes?

Se encoge de hombros y me guiña un ojo. —Temía que si sabías que tenías tanta presión encima, saldrías corriendo.

—Vale, espera un momento…

—¿Sí?

—¿Me estás diciendo que se supone que tengo que dar caza a la persona que me agredió y que uno de nosotros va a… a acabar… la misma noche que somos los anfitriones de esto?

—Sí. ¿No es perfecto? Así es exactamente como deben ser las cosas. Tú, a mi lado. Mikhail y Aria tienen un bebé ahora, y él es el *pakhan*, pero con nosotros tres en nuestra propia familia nuclear, ¿sabes lo que eso significa?

Me humedezco los labios. —Significa que juntos, gobernamos.

—Exacto.

—Y también significa que vas a intentar dejarme embarazada —digo en un susurro.

—Mmm. Preferiblemente de gemelos.

Me cuadro de hombros. —Pero eso es para otro momento y otro lugar.

—No muy lejano. Pero centrémonos, Harper. Recordemos por qué estamos aquí. Te quitaron algo que nunca deberían haberte quitado. Alguien te robó. Te agredió. Fue un acto de violencia. Y como resultado tienes a esa niña preciosa, nuestra hija. *Nuestra. Hija*. Pero eso es solo por quién eres: fuerte, generosa. Sobreviviste a pesar de

lo que te hicieron. Todos ellos. Eres una superviviente, y es un honor para mí estar a tu lado.

Ay, Dios.

—No me hagas llorar. Llevo el maquillaje más bonito que me han puesto en mi vida. —Pero, por supuesto, la voz me tiembla y parpadeo para contener las lágrimas. Asiento—. Vamos a ello.

Entramos cogidos de la mano, entre saludos murmurados y sonrisas de evaluación, pero sé que, incluso ahora, no hay ni un ápice de amabilidad en ninguna de estas personas.

Durante la primera parte de la noche, Ekaterina y Polina están brillantes. Me presentan a sus amigos y no recuerdo el nombre de nadie. No quiero. Me conformo con formar parte de esta familia. No necesito nada más.

Hablo con la niñera varias veces porque, por supuesto, temo por Ivy. Pero está bien y la chica incluso me envía vídeos de Ivy siendo adorable y preciosa.

Nikko se reúne conmigo en el bar, me pide una copa y me la entrega.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—¿Qué?

—Quiero estar alerta.

Se inclina y me susurra al oído: —Es agua con gas y lima.

Sonrío. —Pues ¡salud!

Nikko me devuelve la sonrisa y dice en voz baja, solo para mis oídos: —Tenemos a veinte hombres rodeándote, en cada esquina de esta sala. Entrenados. Nadie va a hacerte daño, Harper.

Doy otro sorbo y, cuando levanto la vista, ha desaparecido, mezclándose con la multitud. Camuflado.

Viktor, sin embargo, es mucho más difícil de camuflar con su enorme y corpulenta figura. Se une a mí en la barra. —¿Quiere una copa?

—Estoy bien, gracias. ¿Cómo está usted?

—Fantástico —dice, y por alguna razón, sus ojos están fijos en alguien en la esquina de la sala a quien no alcanzo a ver.

Miro para ver a Nikko hablando con una joven que parece bastante fuera de lugar aquí. Lleva gafas y tiene el pelo castaño claro algo alborotado. Es delgada y su atuendo parece como si llevara la ropa y los zapatos de arreglar de su hermana mayor. Parece que una ráfaga de viento fuerte podría derribarla. Mientras observo, él se inclina hacia ella y le dice algo al oído. Ella se endereza y se aleja de él con paso decidido. Resoplo para mis adentros. Sé lo que es eso.

Aleks aparece a mi lado, la calidez de su mano en mi espalda.

—Han llegado. Pero tengo noticias, princesa.

—¿Mmm?

—Tu hermano ha venido con ellos.

*Jesús*. —Eran sus amigos, ¿verdad?

—Lo eran.

—Al menos eso debería facilitar las cosas, ¿no?

—Sí, ahora podemos acotar la búsqueda. Me alejaré ahora, para que podamos usarte de cebo. —Tiene la voz ronca. Esto lo está matando. Se inclina y me besa la mejilla—. No tienes ni idea de lo difícil que es alejarme de ti —me susurra al oído—. Te quiero, Harper. No lo olvides. —Se yergue y suelta un soplido—. Siento que me hayan reclamado. Te veo luego. —Esto era parte de mi plan, pero aun así sienta fatal oírle decir eso.

Me besa la mejilla y desaparece.

Y estoy sola, en medio de una multitud. Es una sensación que conozco bastante bien.

Cuando mi hermano entra, mantengo la cabeza bien alta. Los dos hombres que lo acompañan me resultan vagamente familiares.

Los conozco. Eran sus amigos. He visto sus caras cientos de veces cuando venían a casa a lo largo de los años.

El hombre que me agredió, que me arruinó la vida, no se escondía en absoluto; estuvo delante de mis narices todo este tiempo.

No tenía ni idea.

Ni siquiera sé cuál de ellos fue.

Quizá ambos fueron cómplices.

Siento que voy a vomitar.

Nikko está a un brazo de distancia. Le hago un pequeño gesto discreto justo cuando mi hermano y sus amigos se dirigen hacia mí.

—¿Estás bien?

—Los conozco.

—Mierda —masculla—. ¿Sigues sin querer una copa?

Niego con la cabeza. —Me encantaría cambiar de opinión, pero no. Estoy bien.

—Puedo quedarme…

—Vete —siseo. Inspiro hondo y cuadro los hombros.

Cuando Nikko se dirige a una mesa auxiliar con canapés, mi hermano llega hasta mí.

—Ahí estás.

Sus dos amigos me examinan de arriba abajo y asienten. Marco Vittori tiene la cabeza rapada y una cicatriz irregular que le recorre el

lado derecho de la cara, junto con unos ojos negros como el carbón. Su compañero, Leonardo, no es tan alto y es mucho más delgado. Aparta la vista cuando lo miro.

Le dedico una sonrisa apretada a mi hermano y asiento.

—Saul. ¿Cómo estás?

—Ah, déjate de gilipolleces, Harper —dice en voz baja, mientras escudriña la sala—. Puedes vestirte como quieras, pero sé perfectamente quién coño eres.

Mi sonrisa se ensancha porque yo también sé perfectamente quién coño soy.

—¿Adónde os fuisteis todos? Aleksandr fue a haceros una visita y encontró la casa vacía.

No puede ocultar la expresión de pánico en sus ojos. *Sí, eso es, gilipollas, mi marido, que acojona de cojones, ha ido a buscarte. Más te vale andarte con ojo.*

Disimula su miedo encogiéndose de hombros.

—No tengo ni idea. Llevo un mes sin ir a casa. Tenía cosas que hacer. ¿Crees que quiero estar con mamá y papá? —Uno de sus amigos se ríe, y un escalofrío me recorre la espalda. Conozco esa risa. Conozco esa puta risa. Y cuando vuelvo a mirar a Leonardo y él me devuelve la mirada… veo los ojos de mi hija.

Se me hiela la sangre. En contra de todo mi ser, extiendo una mano y me inclino, bajando la voz.

—Leonardo, ¿verdad? Me alegro mucho de que haya podido venir. Caballeros, por favor, discúlpenme.

Me doy la vuelta y reprimo las náuseas que me revuelven el estómago.

Le escribo a Aleksandr.

—Es el del traje azul marino con corbata roja, a la izquierda de mi hermano. No tienes que hacer ninguna prueba. Sé que es él.

No creo que nadie más en esa sala sienta el cambio de temperatura. Pero yo sí.

La respuesta de Aleks es inmediata y escalofriante.

**Aleks**

—Provócalo. Aíslalo. Yo haré el resto.

Ni de coña lo hará, pero le dejaré que se divierta.



# CAPÍTULO 25

*HARPER*

—Me suenas —le digo a Leonardo—. Sé que pasabas por casa cuando era más joven, pero no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que ya hemos coincidido en algún sitio.

Me doy un golpecito en el comunicador que llevo en la oreja para asegurarme de que funciona.

—Bien —dice Aleks—. Sigue así.

—No lo creo —dice Leonardo, pero el tic nervioso de sus manos y la forma en que sus ojos se desvían hacia mi hermano confirman su culpabilidad.

Aleks vuelve a hablarme al oído. —Estuvo allí la noche de la fiesta. Dices que no hace falta ninguna prueba, pero he localizado un laboratorio que hará un test de ADN en el acto. Consigue una muestra de ADN y lo tendremos hecho. —Hace una pausa—. Elimina cualquier posible sentimiento de culpa, Harper.

Está pensando en mis *sentimientos.*

Y, sin embargo… Ay, claro, cómo no. *Consigue una muestra de ADN*, tan sencillo como cruzar la habitación.

—No es tan difícil —susurra Aleks—. Solo necesitas un poco de sangre.

Vale, eso no ha aliviado precisamente mis temores, Aleksandr. *Dios.*

Sin embargo, asiento para mis adentros, porque puedo hacerlo.

—Llévalo fuera. Allí hay menos gente y el ambiente es más tranquilo. Menos testigos.

Vale, de acuerdo. Lo tengo. Puedo hacerlo.

Alzo la voz, agradecida por haber aprendido a hablar bajo presión sin mostrar ningún miedo. —Hay un bar fuera, caballeros. Voy a tomar un poco el aire y una copa. —Le lanzo a Saul una mirada desafiante, como si lo retara a menospreciarme de nuevo—. ¿Me acompañáis?

Saul mira por la sala. —¿Dónde está tu marido? —pregunta, moviéndose con nerviosismo. Tengo que asegurarles que no está fuera—. Entrará en el salón de baile en breve. Él y sus hermanos han ido a asegurar las obras de arte que subastaremos esta noche.

Camino delante de ellos con confianza y elegancia, como si diera por sentado que me seguirán. *¿Quién soy? ¿Quién es esta mujer?*

Me encuentro con la mirada de Polina desde la barra. Parece que se ha metido de lleno en el papel de Elsa, porque parece a punto de pisar el plató de Disney on Ice con su vestido azul hielo y su melena rubia cayéndole por la espalda. Me guiña un ojo, y eso es todo lo que necesito.

Ahora pertenezco a esta familia. Me quieren. Puedo hacerlo.

Y por si eso no fuera suficiente, veo a Ekaterina unos pasos más adelante. Sostiene una copa de champán con una sonrisa cortés en el rostro. Se detiene al verme. —Si me disculpan, mi nueva nuera está aquí. —Se vuelve hacia mí—. Has hecho un trabajo realmente increíble con Aleksandr, Harper. —Su mirada se llena de fuerza y calidez—. Estoy muy orgullosa.

Oigo el subtexto en su voz incluso antes de que se incline para susurrarme al oído.

—Puedes hacerlo. Con la cabeza bien alta. Un paso detrás de otro, querida.

Me besa en la mejilla y se vuelve hacia sus amigos.

Animada por la presencia de Polina y Ekaterina y por la confianza que depositan en mí, miro por encima del hombro para asegurarme

de que los hombres me siguen. Saul está justo detrás de mí, cada vez más inquieto, y sus dos estúpidos amigos van pisándole los talones.

Tendré que deshacerme de Marco.

Siento los ojos de los invitados sobre mí al salir y entonces recuerdo que no estoy sola. Puedo sentir la presencia de los hombres de Aleks, escondidos a plena vista. Están listos y dispuestos a luchar.

—Saul, uno de tus mejores amigos está aquí —digo con una risa falsa.

Entrecierra los ojos.

Continúo con inocencia: —Mario Rossi. Abajo, junto al jardín trasero. ¿Dijo que tenía algo que hablar contigo?

Esa parte es mentira, pero sé que Aleksandr ha oído cada palabra y se encargará de que Saul vaya a donde hemos planeado.

—¿Rossi? ¿Qué coño hace aquí?

Me encojo de hombros. —¿Quién sabe? Yo no lo he invitado. Aunque he oído que tenía que hablar contigo. Parece un buen tipo.

Esto último lo he dicho solo para pincharlo.

Le tiendo la bebida y controlo mi temblor con facilidad. Nadie va a poder conmigo.

—Iré a ver a Rossi. —Saul se va y, por suerte, Marco se va con él.

Estoy a solas con el gilipollas.

—¿Tu bebida? —le pregunto—. De verdad que no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que me resultas muy familiar.

Gruñe. —Sí, una copa. Cerveza. Algo en un botellín.

Perfecto. Los cortes con cristal y la sangre confirmarán el ADN. Pan comido. El pan nuestro de cada día.

Cojo mi bebida y la suya y, al dársela, finjo que se me resbala de la mano. Como era de esperar, se hace añicos en el suelo junto a él.

—Oh, no, lo siento mucho. —Busco torpemente entre los trozos de cristal rotos. Me acerco a él—. ¿Te has cortado? —Le paso el afilado cristal por la palma de la mano.

Se aparta con un rugido.

Nenaza.

—¡Me has cortado!

La mirada en sus ojos hace que me alegre de que esté herido. Si Aleksandr Romanov no fuera mi marido, estaría muerta.

Aun así, no sé si alguna vez me he alegrado tanto de ver sangre.

—¡Oh, no! Dios mío, lo siento mucho —miento, cogiendo un pañuelo de papel—. Te has hecho un corte.

Le toco la mano con el pañuelo, pero él se aparta de un tirón y me fulmina con la mirada. —Estoy bien. Joder.

Nikko, vestido de camarero, se acerca con una bandeja y nos ayuda a recoger los trozos de cristal y los envases. Coge también el pañuelo ensangrentado y se lo lleva todo a toda prisa.

—Deja que te traiga otra bebida.

Ignoro su ceño fruncido mientras vuelvo a la barra y le hago un gesto a la camarera, señalando una botella de cristal en particular. Ha sido preparada con antelación.

Nos planteamos darle el mismo tipo de droga que él me dio a mí, pero eso le provocaría una pérdida de memoria. No lo permitiré.

*Recordará cada maldito minuto.*

Ella le echa una droga que le provocará debilidad física y desorientación.

—Gracias —murmura, cogiendo la botella y dándole un buen trago —. ¿Decías que te sonaba? —Suelta una mirada lasciva—. Tú también me suenas.

*Qué asco.*

Me trago la bilis que me sube por la garganta. —¿Salimos juntos?

No deja de mirarme. —Por así decirlo, sí.

Lo acribillo a preguntas sobre él, su trabajo, sus amigos, sus viajes. Tiene tres gatos, vende coches de segunda mano y en su tiempo libre le gusta hacer largos viajes a la playa. Mentiroso. Eso último lo ha añadido para quedar bien. Casi le pregunto si le gustan las piñas coladas y que le pille la lluvia, pero tengo demasiado amor propio.

Le hago preguntas hasta que consigo captar toda su atención, porque para esto estoy aquí, a esto he venido. Lo voy a hundir en la puta *miseria*.

Empieza a arrastrar las palabras. —Esta cerveza es fuerte —dice con un gruñido—. ¿Te acuerdas de aquella fiesta a la que fuimos, Harper?

—No con detalle —le digo, ladeando la cabeza hacia el cielo y esperando que se trague el cuento de la mujer inocente—. ¿Me refrescas la memoria?

Se inclina hacia mí, y juraría que oigo a Aleks gruñir en alguna parte. —Eras tan joven —dice—. Tan inocente. Tan guapa.

He perdido por completo el miedo a derramar su sangre. Le pegaré un tiro a este hijo de puta y dormiré *de maravilla* por la noche.

—¿Ah, sí?

Una voz resuena en mi auricular. Aria.

—ADN confirmado. ¿Y, tía? —Joder, qué rápido. ¿Acaso Aleksandr ha secuestrado a un experto del laboratorio de ADN y lo ha encadenado en el sótano?

Probablemente.

Me aclaro la garganta para que sepa que la estoy escuchando.

—No fuiste solo tú —me dice al oído—. Empecé a sacar mierda en cuanto tuvimos su nombre, y este hijo de puta tiene un historial kilométrico. Le han acusado de acoso sexual, tiene numerosas denuncias, e incluso hay pruebas de que se cambió de nombre y de ciudad por una acusación de agresión sexual en el trabajo.

Oh, Dios.

Tomo un pequeño sorbo de mi copa mientras él no para de soltar su puto rollo sobre sus estúpidos coches, arrastrando las palabras cada vez más.

Aria continúa. —Hazle daño, Harper. Hazlo por todas nosotras. No dejes que este capullo vuelva a agredir a otra mujer jamás.

Asiento, aparentemente porque estoy escuchando sus aburridas y egoístas historias, pero en realidad le estoy haciendo una promesa a Aria. A Polina.

*A toda la población femenina.*

Leonardo se tropieza y cae sobre mí. Frunzo el ceño y le ayudo a enderezarse. No puedo matarlo si está inconsciente.

—Os he encontrado.

*Mierda.*

Saul y Marco salen de la oscuridad. Miro a mi alrededor. El bar está vacío. Nikko ya no está. Ni siquiera el camarero sigue aquí.

¿Ha hecho algo Saul?

Hago un rápido balance mental del dulce y cargado metal que llevo en la pistolera atada a la pierna.

—Joder, ¿qué te ha pasado en la mano? —pregunta Saul.

—Tu torpe hermana rompió una botella de cerveza y me cortó —dice Leonardo el Gilipollas. Abro la boca para cantarles las cuarenta cuando una voz más grave y oscura surge de las sombras.

—Vamos, vamos, Saul. Leonardo. Deberíais saber que no se viene a mi evento a faltarle el respeto a mi mujer.

Respiro más tranquila cuando Aleksandr sale de entre las sombras.

—Oh, hola, cariño —digo alegremente, alzando mi copa hacia él. Puede que sean mis sentidos agudizados, pero me parece que les dobla en tamaño y está tan endemoniadamente sexi que el corazón me da un vuelco en el pecho. Si no estuviera perdidamente enamorada de él, estaría aterrorizada.

—Tu mujer ha herido a mi amigo —tiene la audacia de decir Saul sin echarse atrás, con la mano en mi brazo.

*Oh, estúpido, estúpido hombre.*

Aleks habla con calma, pero conozco muy bien esa mirada en sus ojos.

—Quítale la mano de encima a mi mujer, Bianchi. Vuelve a tocarla y perderás esa puta mano.

Aleks sigue con la mano en el bolsillo, como si estuviera manteniendo una conversación informal, pero Saul me suelta y retrocede.

*Así me gusta, imbécil. Tócame y muere. Él te matará primero, y si eso no funciona, yo te mataré después.*

—Me encuentro fatal —dice su amigo, sacudiendo la cabeza. Los ojos de Saul se clavan en él.

—¿Quién te ha dado esa copa?

—Tu hermana.

—¿Le has echado algo a la bebida?

Me encojo de hombros con inocencia.

Aleks está aquí mismo, y si Saul me toca está muerto, así que supongo que ha llegado la hora.

—Puede que sí, puede que no. ¿Tú qué sabrás de drogas, Leonardo?

—Hija de la gran...

Aleks se mueve tan rápido que se convierte en un borrón y Leonardo cae al suelo, cubriéndose la cara.

—¿Qué te he dicho sobre faltarle el respeto a mi mujer? —pregunta con voz plácida—. Levántate, puto nenaza, y plántale cara. Se lo debes.

Saul retrocede y Marco se limita a mirar mientras Leonardo se pone en pie, temblando.

Lo fulmino con la mirada. —He confirmado tu identidad. Sé quién eres y lo que has hecho. Tu amigo me violó en aquella fiesta, Saul.

Los ojos de Saul se abren de par en par. No lo sabía. No sé si eso mejora su situación o no.

Me tiembla la voz, pero es la única parte de mí que lo hace.

—Demuéstralo —dice Leonardo a través de sus dedos ensangrentados. Saul lo mira fijamente, con la mirada furiosa, y Marco se gira como para echar a correr.

—No te muevas —digo con calma. En un movimiento rápido, saco la pistola y la amartillo.

Repaso mis reglas automáticamente.

*Actúa siempre como si tu pistola estuviera cargada.*

*Comprobado.*

*Nunca apuntes a nada que no estés dispuesta a destruir.*

*Comprobado.*

*Sé consciente de lo que hay detrás del objetivo.*

*Comprobado.*

*El dedo en el gatillo solo cuando estés lista para disparar.*

*Último. Y puto. Comprobado.*

—Si intentas correr, te mataré —digo con calma—. Tengo una puntería perfecta.

Marco tiene el descaro de hacer un ruido despectivo.

—Dime los objetivos, Aleks —digo tranquilamente.

—El banderín de la esquina izquierda —dice él, con su propia mirada fija desafiándolos a moverse.

—¿El rojo o el blanco?

El blanco no es más que una mota.

—El blanco, cielo. Luego revienta la torreta y dale a la farola de la esquina más alejada del solar.

—Fácil. —Apunto y disparo en una rápida sucesión mientras Aleks los inmoviliza con la mirada. El banderín queda hecho jirones, la torreta y la farola estallan en mil pedazos.

—Hostia puta —masculla Saul.

—Todo este tiempo habéis tenido a una puta tiradora experta bajo vuestro propio techo, pero tú y tu padre erais unos putos capullos machistas —dice Aleks, negando con la cabeza—. Y habéis desperdiciado su talento como unos gilipollas.

Me vuelvo hacia Leonardo. —Tuve una hija por tu culpa. Creo que le debes algo de dinero.

Aleks asiente. —Saca tu información bancaria y envía todos los fondos directamente a los datos que te voy a dar. Irán a una cuenta de ahorros de alto rendimiento —dice, seguramente más para que yo lo oyera que por los demás.

Resulta satisfactorio ver las manos temblorosas de Leonardo mientras hace la transferencia.

Saul maldice por lo bajo. —Nos has tendido una trampa.

Aleks da un paso hacia él. —No olvides cuál es tu sitio, Bianchi.

—¿Qué quieres de mí? —gimotea Leonardo.

—Retribución. Admite lo que hiciste. —Señala a Saul con la cabeza —. Tú y tu amigo dejaréis aquí a vuestro otro amigo.

Saul me lanza una mirada fulminante. *Se te acabó el mirarme de esa manera, Saul.* —Cuidado, Saul —digo en voz baja—. Ahora mi nombre es Harper Romanov. La Harper que conocías ya no existe.

Aprieta la mandíbula y le hace un gesto a Marco con la cabeza.

—No me dejéis —dice Leonardo, temblando—. No podéis dejarme como...

—¿Como me dejaste tú la noche que me violaste? —pregunto, apretando el puño que tengo libre.

—Lo siento —dice, temblando mientras el fármaco le hace efecto por completo. Cae de rodillas. Pronto se va a desmayar, pero en el último momento, se tambalea para ponerse en pie, le echa un vistazo a Aleks y echa a correr.

Amartillo la pistola y niego con la cabeza.

Leonardo no volverá a convertir a nadie en su víctima.

Ninguna mujer volverá a sufrir por su culpa.

—No dispares a matar —me susurra Aleks al oído—. Merece una retribución antes de morir.

Asiento y aprieto el gatillo. Sé exactamente dónde le voy a dar antes de que caiga.

Cae pesadamente al suelo, pero al instante se ve rodeado por todas partes por la gente que ha venido a por él.

Saul maldice entre dientes.

—Y ahora, lárgate de aquí, Bianchi —dice Aleks, mientras se acerca a él con paso amenazador—. No vuelvas a ponerte en contacto con mi mujer. Diles lo mismo a tus padres. Si tengo que intervenir, te arrepentirás. —Lo agarra por la pechera de la camisa—. *¿Capisci?* —Resulta casi cómico oírle hablar italiano con su acento ruso.

Saul y Marco huyen.

Vuelvo a mirar hacia la gala.

Lo hemos hecho con discreción. Con eficacia. Nadie se ha enterado de nada.

—Buena chica —dice Aleks en voz baja, pasándome una mano por la espalda—. Te mereces una recompensa por esto. ¿Qué puedo hacer por ti, nena?

Guardo la pistola y me limpio delicadamente las manos con una servilleta que Aleks me tiende. —¿Puedo irme a casa? ¿Hemos terminado por hoy?

—Unos cuantos trámites más y ya está; entonces sí, Harper, podemos irnos a casa. ¿De acuerdo? ¿Es eso lo que quieres?

Asiento con la cabeza. —Llévame a casa, por favor.

# CAPÍTULO 26

*ALEKS*

LLAMO a mis nuevos hombres para que vengan a llevarse al desgraciado de Leonardo de vuelta a nuestra casa. Lo meterán inmediatamente en una habitación de aislamiento y Harper no se enterará de nada.

Por fin tenemos un momento de paz.

—¿Estás bien? —le pregunto, atrayéndola hacia mí, justo antes de volver a la zona principal. Detrás de nosotros, el bosque habla en susurros y suspiros, un recordatorio de dónde nos conocimos. De la primera vez que la perseguí. De la noche en que la atrapé.

Mis hombres eliminan cualquier resto de la pelea; el sigiloso equipo encubierto se desvanece en la noche como si se lo hubiera tragado por completo.

—Sí, estoy bien —dice ella, asintiendo.

—¿Cómo te sientes?

—Aliviada —susurra, apoyándose en mí—. Podría haberle disparado a matar, ¿sabes?

—Claro que podrías haberlo hecho.

—Pero quería que pagara.

—Lo entiendo.

—Solo digo que *podría* haberlo hecho. Que si de verdad, de verdad, supiera que alguien se lo merece, podría apretar el gatillo sin remordimientos.

Asiento. —Estoy orgulloso de ti. Joder, mujer, has llegado muy lejos. Mírate. Ya no te tiemblan las manos. Tienes confianza en ti misma. Sabes quién eres.

—Ha cambiado mucho más que eso —dice, asintiendo—. Gracias, Aleks.

Resoplo. —Yo te traje a casa y te puse un anillo en el dedo. *Tú* hiciste todo lo demás.

—Tú me trajiste a mi hija, y de alguna manera, tener a Ivy conmigo me hizo darme cuenta de que haría cualquier cosa por mantenerla a salvo. *Cualquier cosa.*

—Por fin —respiro, negando con la cabeza.

—¿El qué?

—Por fin hablamos el mismo idioma, nena.

Sonríe mientras abro la puerta del salón de baile y ella entra con paso seguro, pura elegancia y gracia. Dios, la amo.

En la cena de gala, habla con soltura con mi madre y mi hermana, que la presentan a sus amistades. Hay una banda tocando en directo y, como anfitriones de la velada, somos los primeros en salir a la pista de baile. Salgo a la pista circular henchido de orgullo, sabiendo que estoy aquí por primera vez con mi mujer del brazo. Una audaz declaración, reclamándola como mía.

Permanece a mi lado durante las subastas, las rifas y otras actividades para recaudar fondos y, al final, superamos los esfuerzos de Mikhail y Aria del año pasado, y me encargo de que él lo sepa.

—No eres nada competitivo, ¿verdad? —pregunta Harper entre risas cuando salimos—. Por cierto… ¿debería hacerme ya una prueba de embarazo?

Me quedo helado con la mano en la manilla de la puerta del coche.

—Repite eso.

—Oh, puede que se me haya retrasado un poco la regla —dice con un deje de burla en la voz.

—¿En serio? Pero, Harper, has estado bebiendo esta noche.

—Solo he bebido agua con gas, te lo prometo —dice en un susurro ronco—. No he probado el alcohol.

—¿Dónde compramos una prueba? —pregunto. No sé una mierda de estas cosas.

—En cualquier farmacia —dice mientras le abro la puerta y le abrocho el cinturón—. Tendríamos que encontrar una que esté abierta veinticuatro horas…

—Joder, entro en una a robarla y te la traigo…

—Aleks, por el amor de Dios, guárdate las heroicidades para cuando hagan falta —dice, sacando el móvil—. Mira, hay una justo aquí en la esquina. —Sonríe—. Vamos.



# CAPÍTULO 27

*HARPER*

SALIMOS MÁS tarde con seis marcas diferentes de pruebas de embarazo y una bolsa familiar ridículamente grande de chocolatinas de mantequilla de cacahuete, porque se me *ocurrió* decir que me encantaban y él no lo sabía.

—No puedo comerme todo esto.

—Podrías estar comiendo por dos —dice con seriedad—. Te ayudaré. Me encanta esa mierda.

En el semáforo, me inclino y lo beso. En el momento en que sus labios rozan los míos, suspiro, y una ráfaga de ligereza que hace muchísimo que no sentía me llena los pulmones.

En el siguiente semáforo, es *él* quien me besa a *mí*. Mientras que mi beso fue comedido y vacilante, el suyo es desatado. Manos enredadas en el pelo, dedos en mi cuero cabelludo, nuestras lenguas tocándose. Gimo cuando el semáforo se pone en verde y nos separamos.

—Ve a hacerte la prueba —dice cuando aparcamos en la entrada.

Me gusta picarle un poco. —Dicen que la mejor hora es a primera hora de la mañana. Vamos a ver cómo está Ivy y luego, quizá, nos la hacemos...

—No pongas a prueba mi paciencia, Harper —gruñe. Reprimo una risita y hago lo que me dice.

—¿Qué dice? —pregunta a través de la puerta. Me levanto y la abro para dejarle entrar. Ivy está profundamente dormida; hemos mandado a su niñera a casa por esa noche.

—Nada todavía. Tarda unos minutos.

—¿*Minutos*? ¿Me estás jodiendo? ¡Pensaba que era instantáneo!

Niego con la cabeza, mirándolo. —¿Sabes que, si es positivo, se tarda nueve meses en tener el bebé, no?

Me da una palmada en el culo, pero no muy fuerte, seguramente porque cree que estoy embarazada. Estoy segura de que una buena palmada en el culo no hace ningún daño, pero no se lo digo. Todavía no. Lo distraeré mientras esperamos.

—Y nuestro... *prisionero*. ¿Cuáles son tus planes para esta noche? —pregunto—. ¿Vas a mantenerlo retenido o...?

—¿De verdad quieres saber lo que tengo planeado? —pregunta. Se ha quitado la chaqueta del traje y la corbata, pero todavía lleva la camisa y los pantalones de vestir. Es el sexo personificado con su pelo alborotado, sus ardientes ojos azules y sus facciones cinceladas.

Me lo pienso. —No —digo con sinceridad—. La verdad es que no.

Alargo la mano y le desabrocho el botón superior de la camisa. —¿Pero volverás a mí?

Me coge los dedos y me besa la punta de cada uno. —*Siempre*, nena. Siempre.

Mi móvil pita cuando suena el temporizador. Parpadeo y me quedo mirando las dos líneas rosas de la prueba. Él levanta la segunda, donde se lee la palabra *embarazada* en negrita, y un instante después, me envuelve en un abrazo tan feroz que me deja sin aliento.

—Nena —susurra con la voz entrecortada.

—Ivy va a ser la hermana mayor —digo—. Tienes que llamar a Mikhail.

—Esta noche duermes en nuestra cama —me dice mientras se va—. Prométemelo, Harper.

—Claro, claro, allí estaré —por supuesto, veré cómo está Ivy, pero si duerme bien, estaré más que feliz de volver a nuestra cama. Me

inclino y le doy un beso en la mejilla. Cierro los ojos. Recuerdo quién soy yo y quién es él antes de decirle—: Haz que lo pague, Aleksandr.

Su voz me provoca escalofríos. —Sabes que lo haré —me besa la mejilla—. Cuando vuelva, espero que estés desnuda esperándome. Sin ropa, Harper. Solo tú y yo. *Nada* entre nosotros.

Me doy una ducha larga y caliente. Intento no pensar en dónde está mi marido ni en lo que está haciendo ahora mismo.

Echo un vistazo a Ivy y la encuentro dormida. Me siento junto a su cama y la observo un rato. Es casi terapéutico.

—Siempre te protegeré —susurro—. Hagas lo que hagas. Seas quien seas. Te querré para siempre —me agacho y la arropo con la manta —. Siempre.

A veces, tener buenos padres es lo que te enseña a ser un buen padre. Y a veces tienes que encontrar tu propio camino... o hacerlo junto a alguien que está haciendo exactamente lo mismo.

Quiero a esta dulce niña incondicionalmente. Lo sé en el alma. Voy a volcar en ella un amor que mis padres nunca me dieron.

Me meto en la cama con el pijama más suave que tengo y me quedo profundamente dormida enseguida.

Me despierta el sonido de un gruñido en mi oído.

—¿Qué te dije?Bostezo, adormilada, aunque me he despertado al instante y la sangre me martillea en los oídos. ¿A las embarazadas les resulta más fácil excitarse? Porque estoy que *ardo* al sentir las manos de Aleks sobre mí, inmovilizándome.

—Sabes lo que te dije, Harper.

No he oído entrar a Aleks, pero es obvio que lleva un rato aquí. Tiene el pelo húmedo de la ducha y solo lleva una toalla anudada a la cintura. Le tiendo la mano con timidez hacia su brazo y se lo acaricio.

—¿Ya está hecho?

Un músculo se tensa en su mandíbula y asiente bruscamente. —No tendrás que volver a preocuparte por él nunca más. Nadie tendrá que hacerlo.Trago saliva y me humedezco los labios. —Gracias —me alegro entonces de haber renunciado a mi necesidad de venganza. Él quería buscar retribución por mí. Quería tener la certeza de que yo estaba a salvo.

—Te quiero, Harper —cierro los ojos y dejo que las palabras me inunden, un bálsamo para mi alma y exactamente lo que necesito oír —. Te quiero.

Me besa en la mejilla y me aprisiona, su cuerpo grande y cálido apoyado sobre el mío, un brazo en la cama. —Has pasado por tanto… Y te mereces mucho más —me besa de nuevo, esta vez pasando los dedos por mi pelo y echándome la cabeza hacia atrás antes de capturar mi boca.

Me pierdo en el beso. Me siento más ligera de lo que me he sentido en años, a pesar de que un velo de tristeza se cierne en la periferia. No estoy completa, todavía no. He vivido cambios monumentales en los últimos meses y ni siquiera me he adaptado a mi nuevo yo.

Pero lo haré. *Lo haré.*

Cuando nos separamos, nos miramos a los ojos.

—Te quiero, Aleks. *Ambos* hemos pasado por muchas cosas. Necesitamos normalidad durante un tiempo. Aburrimiento.

Sus penetrantes ojos se clavan en los míos y sus labios se contraen. —No puedo darte ninguna de las dos cosas.

Suelto aire con un suspiro. —Vale. Pues me conformo con la intensidad y el alto riesgo, siempre que me dejes participar si hay jaleo de tiros.

Gruñe, negando con la cabeza mientras se arrodilla y empieza a quitarme el pijama de felpa. —Bajo ciertas condiciones.

—¿Cuáles?

—Te lo haré saber cuando surja la situación. Lo decidiré caso por caso.

La parte de arriba de mi pijama cae al suelo y me quedo con el pecho desnudo delante de él, haciendo un puchero. —¿Y si quiero ser yo la que decida?

Eso solo me vale otra mirada con los ojos entrecerrados y un gruñido mientras me quita los pantalones de felpa, así que a lo mejor he elegido un mal momento.

—Claro. Tú decides cuándo llevas un arma —dice con una voz que me indica que se está cachondeando de mí—. Y *yo* decido cuándo estás sobre mi regazo y cuándo te corres.

Frunzo el ceño mientras me quita los pantalones por los pies y los tira a un lado. Estoy tumbada desnuda ante él y él solo lleva una toalla. No creo que ninguno de los dos vaya a dormir mucho en un futuro próximo.

—Eso es ser un controlador —digo mientras le cojo la toalla y tiro de ella, dejándolo tan desnudo ante mí como yo lo estoy ante él—. Ven aquí.

Tiro de él hacia mí y le enmarco la cara con las manos. Sus penetrantes ojos azules me miran con una ferocidad que habría hecho temblar a mi antiguo yo. Mi nuevo yo lo devora y se siente llena de energía. Excitada.

*Viva.*

—Quizá consiga carta blanca con las armas a cambio de favores sexuales —digo con un ronroneo grave—. Pero no se lo digas a mi marido.

En un rápido movimiento, lo desequilibro y me siento a horcajadas sobre él. Le sujeto las muñecas con mis manos y reprimo la necesidad de estallar en una carcajada al ver la expresión de

asombro en su cara. Pero solo dura unos segundos, y antes de darme cuenta estoy volando por los aires, boqueando, y de algún modo acabo de bruces en la cama, con el pecho apoyado y el culo en pompa.

—¡Aleks!

—Sabías perfectamente en lo que te metías. No te atrevas a hacerte la inocente conmigo.

Me preparo justo cuando el primer azote de su palma restalla contra mi culo. El calor me inunda y me quedo momentáneamente con la mente en blanco, tan libre y vacía como el gran cielo azul después de una tormenta.

—Eres mi mujer —dice con un gruñido que hace que me moje al instante—. *Mi mujer.* No espero que te sometas y seas dócil. Sería como pedirle al sol que deje de brillar o a la marea que deje de subir. —Me aprieta el culo con la palma con tanta fuerza que siseo al inspirar; su mano áspera me agarra el culo sin miramientos. Siento su boca en mi oído mientras susurra—: Pero no me quites esto.

Creo que entonces lo entiendo, al menos un poco. Puedo ser poderosa y fuerte y luchar a su lado. Si él es el rey y yo soy su reina... gobernamos juntos.

—Bien, entonces —cedo finalmente—. Entonces, ¿por qué estoy así? Si somos iguales...

Me azota el culo de nuevo, con fuerza.

—En la cama no hay iguales, mujer —gruñe—. En la cama, eres jodidamente *mía* para hacer contigo lo que me plazca.

Otro azote fuerte me hace gemir por el escozor del dolor antes de que se transforme en algo eléctrico, en puro fuego.

Vuelvo a perder la capacidad de hablar, de mi boca salen palabras apenas coherentes mientras él me azota una y otra vez. Me pego a él solo para sentir cómo su mano me rodea la cintura para

mantenerme en mi sitio. Me pego a él solo para sentirlo inflexible a mi lado.

—Ábrete para mí —ordena, deslizando la punta de su polla hasta mi húmeda entrada. Separo las piernas y me preparo. La primera embestida me parte en dos y me deshago bajo él. El placer rebota por mis nervios con una fusión eléctrica de conciencia. Saboreo cada caricia, cada embestida, cada sensación de su fuerza masculina y su perfección dentro de mí. El sonido de sus propios gemidos de placer me da ganas de llorar, porque ahora sé lo mucho que significo para él. Sé cuánto me quiere. Cómo me adora. Sé quiénes somos *nosotros*.

Mis pensamientos son aniquilados cuando la primera ola de placer me recorre. Reprimo un gemido y me retuerzo bajo el peso de su cuerpo. Lo deseo tanto. Lo deseo a *él*. Siento como si hubiéramos escalado montañas juntos. Siento como si los dos hubiéramos caminado a través del fuego y hubiéramos salido, quizá no ilesos, pero sí más fuertes.

*Victoriosos.*

Que me reclame así me hace sentir mucho más de lo que jamás he sentido.

—Eres mía —gruñe en mi oído antes de otra embestida salvaje—. *Mía.*

Dedos enredados en el pelo, alientos mezclados. Piel húmeda y el aroma cálido, dulce y seductor de nuestros cuerpos conectando. El tacto de sus manos, ásperas y suaves, duras y delicadas. La *plenitud* absolutamente perfecta mientras me estira, me penetra, me hace el amor de forma dulce y salvaje.

La palma de su mano rodeándome la garganta me dispara el pulso. Respiro contra ella. Saboreo su cálido murmullo de aprobación. El destello de dolor se convierte rápidamente en placer. Coquetear con el peligro hace que todo florezca con un color muy vivo.

Respiro hondo. Me preparo, con las palmas apoyadas en la cama. Echo la cabeza hacia atrás. Suplico.

—Por favor, Aleksandr. Por favor, déjame correrme.

—Dime que eres mía —gruñe.

No respondo al principio porque quiero ver qué hace. En segundos, me empuja contra la cama, con su mano en la parte baja de mi espalda sujetándome antes de darme un azote de castigo. —Dilo.

Con los ojos cerrados, nadando en un mar de felicidad, sonrío.

—Soy tuya —digo arrastrando las palabras—. Toda tuya, Aleksandr Romanov. Nunca hubo nadie antes de ti y nunca habrá otro después de ti. Eres mío tanto como yo soy tuya, por toda la eternidad.

—Joder, sí —gruñe con otra salvaje embestida de sus caderas. Me hago añicos en una brillante perfección al mismo tiempo que su caliente semilla se derrama en mí. Soy vagamente consciente de sus gemidos de éxtasis y de la ralentización de sus caderas mientras cabalgamos juntos las olas de placer. Nunca me había corrido tan fuerte, tan largo ni tan rápido.

Sonrío, en un estado de éxtasis total.

Se hunde a mi lado y sale de mí. Estoy como un flan y sonriendo mientras él sale de la cama y vuelve con un paño caliente para lavarnos a los dos. Nos metemos bajo las sábanas, exhaustos y en paz.

—Te quiero —digo, mis palabras borrosas y confusas en mi estado de coma soñoliento inducido por el sexo.

—Yo también te quiero —responde él. Se da la vuelta y mira el monitor para asegurarse de que nuestra hija está dormida.

*Nuestra hija.*

—Ivy también está bien. Así que descansa, Harper.

Con la tranquilidad de saber que las únicas personas que me han importado en el mundo están a salvo y son felices, caigo en el sueño más profundo y maravilloso que he tenido jamás.



# CAPÍTULO 28

*ALEKS*

A LA MAÑANA siguiente me despierto con el sonido de unas risas. Harper ya no está en la cama y no tengo que mirar muy lejos para ver adónde ha ido. Estiro los brazos por encima de la cabeza y suspiro.

La de anoche fue una noche muy, muy larga y estoy deseando acabar con toda esta mierda de una vez. *Pero que* muy deseando.

Cierro los ojos y me concedo un raro momento para disfrutar de la paz. Me he asegurado muy bien de que nadie que le hiciera daño a Harper vuelva a interferir en su vida. Le he dado el nivel de protección que se merecía desde hacía mucho, mucho tiempo.

Y, aunque no puede vivir en una burbuja, mientras yo esté aquí, tendrá todo lo que quiera. Oigo un pitido en mi móvil. Hoy no quiero trabajar. No quiero poner a Mikhail al día ni enterarme de qué más pasó anoche después de la gala. No quiero hacer otra cosa que disfrutar de este momento de paz con Ivy y Harper. A solas. Donde nadie pueda molestar. Quiero a mi familia, pero a veces necesito un pequeño descanso.

Después de todo lo que hemos pasado… Guardo el móvil en un cajón y lo cierro. Si es Mikhail, me echará la bronca, pero ahora mismo me importa una mierda.

—Vamos a ver si papá está despierto.

*Papá*. No sé si alguna vez me acostumbraré a oír eso. Finjo que estoy dormido subiéndome las sábanas por encima de la cabeza y roncando tan fuerte que ambas se ríen al entrar en la habitación.

Siento que me quitan la manta de la cara y aprieto los ojos con fuerza con otro fuerte ronquido.

—Qué pena que papá esté dormido —dice Harper con su voz inconfundible—. Hemos preparado una merienda de té deliciosa, y es una lástima que él…

Abro los ojos de golpe y salto de la cama. —¿Una merienda de té? ¿Por qué no lo habéis dicho?

Ivy se ríe. —Vamos —dice, cogiéndome de la mano y tirando de ella. Yo solo llevo el pantalón del pijama, y Harper una camiseta y una camisola, pero Ivy lleva una bata sobre el pijama y unas zapatillas de conejito blancas y mullidas, con su adorable pelo rubio alborotado. Entro en su cuarto y me encuentro una merienda de té preparada para tres, con un plato de galletas y té de verdad en la tetera.

—¿Cuánto tiempo lleváis despiertas?

—Como una hora, dormilón.

—Anoche tuve mucho trabajo.

—Pues entonces, tómate una galleta y un poco de té. A lo mejor te ayuda a reponer fuerzas.

Me siento a la mesita, con miedo de romper la silla, pero Harper niega con la cabeza.

—No te preocupes, leí las reseñas. Me aseguré de que estas sillas fueran lo bastante resistentes como para que se sentaran hombres hechos y derechos.

Excelente. —Piensas en todo. ¿Pero quién te ha dicho que podías tomar galletas para desayunar? —le pregunto a Ivy.

Señala a Harper con el dedo. —Mamá.

Harper se encoge de hombros. —De avena y pasas. Es prácticamente como comerse un tazón de avena.

Finjo desaprobación, pero cojo la más grande que encuentro, llena de pasas, arándanos y nueces. Le doy un buen bocado. —Deliciosas.

¿De dónde han salido?

—Polina dijo que tienes un amigo aquí cuya familia tiene una pastelería o algo así. ¿De Boston? Dijo algo de que necesitaban hablar contigo, pero le dije que necesitabas un poco de tiempo para descansar…

Los únicos amigos que conozco que tienen pastelerías en Boston son los Rossi.

—¿Mario?

Harper niega con la cabeza. —No, no un él, Aleks. Ella.

—¿Ella quién?

Se encoge de hombros. —No lo sé.

Quizá sí que debería mirar el móvil.

Llaman a la puerta. —¿Estáis ahí? —Es Mikhail.

—Pasa.

Entra en la habitación, con el bebé en el hombro, y se detiene en seco al verme, con el pecho desnudo, en pijama, sosteniendo una tacita de té en una mano y una galleta de avena en la otra.

—Siento interrumpir —dice con una voz que me indica que no siente en absoluto interrumpir. Sonríe con suficiencia—. Hermano, pienso hacer una foto de esto y usarla para chantajearte.

Me encojo de hombros. —Los hombres también toman el té, j… —me corto a media palabrota. Harper me lanza una mirada y la sonrisa de Mikhail se acentúa—. Ya te acostumbrarás a no decir palabrotas todo el tiempo.

—¿El bebé duerme? —dice Harper, poniéndose de pie. No le hemos dicho a nadie que está embarazada, pero lo haremos. Disfrutaré dando la noticia.

—Sí —dice Mikhail—. Aria ha estado trabajando toda la noche, por eso te ha estado enviando mensajes toda la mañana, Aleksandr.

Mi nombre completo. Mmm.

—Ahora está descansando, así que me he llevado al bebé un rato. Nos turnamos —le dice a Harper como para explicárselo. Como si quisiera que entendiera que no es un neandertal que espera que el trabajo de las mujeres sea cuidar de los niños.

—Oh, es precioso —arrulla ella—. Mira qué carita más pequeña.

—Gracias. —Le da unas palmaditas en el culito cubierto por el pañal. Supongo que es fácil parecer un buen padre cuando tu bebé pesa menos que un saco de patatas y te cabe en el hombro.

—¿Quizá es hora de decírselo, Harper?

—No puedes dejarle disfrutar de su momento, ¿verdad? —pregunta ella con tono divertido.

—No.

Mikhail nos mira a los dos con curiosidad, mientras Ivy sirve más té y rápidamente derrama la mitad sobre la mesa. Voy al baño a por una toalla para limpiarlo todo, y cuando vuelvo, tiene tres galletas en la mano. Quizá no sea la mejor idea para desayunar, pero sobrevivirá.

—¿Me lo vais a decir o qué?

—Te llevamos la delantera.

Sus ojos me miran centelleantes. —¿Quieres decir que…?

—Sí. Ivy va a ser hermana mayor.

—Enhorabuena —dice con una sonrisa—. Esta es una competición que no me importa perder.

Le doy un gran bocado a una galleta. Estoy muerto de hambre. —Ahora, ¿por qué está aquí una de los Rossi y qué ha estado haciendo Aria toda la noche?

Mikhail parece pensativo. —Deberíais vestiros y bajar. Probablemente sea mejor que hablemos todos a la vez.

Vaya.

Unos minutos más tarde, bajamos. En cuanto Polina ve a Ivy, la coge en brazos, la sienta en su regazo y le da un biberón de zumo con forma de princesa de Disney. Hacen las cosas más raras para los niños.

—Bueno, ¿qué pasa? —Le sirvo una taza de café a Harper antes de servirme una para mí. Sin mediar palabra, le echo dos de azúcar y dos de nata y se la entrego. Ella sonríe y asiente en agradecimiento.

—Impresionante —dice Nikko.

—¿Qué?

—Sabes cómo se toma el café. Le has servido el suyo primero. ¿Pero tú quién eres?

—Un hombre felizmente casado. Cállate. ¿Vas a contármelo o qué?

Se abre la puerta de la cocina y mamá sale del brazo de, nada más y nada menos, que Marialena Rossi. Llevo sin verla una eternidad, no desde que visitamos Boston hace años.

—¡Marialena! Harper, esta es la hermana de Mario, Marialena. Marialena, esta es mi mujer, Harper. —Llamarla así siempre me hinchará el pecho de orgullo.

Harper sonríe y le tiende la mano. —Encantada de conocerte.

—¡Oh, Dios mío! —dice Marialena, clavando en Harper sus enormes y preciosos ojos marrones—. Nikko me ha enseñado la grabación en la que sales disparando. Eres increíble. No he visto nada igual en mi vida, ni en las películas.

Harper se sonroja un poco.

—Lo *es*, y tanto que lo es —digo—. ¿Qué haces aquí?

Aria entra después, con un portátil en la mano. Lleva las gafas sobre la nariz y parece que acaba de despertarse, con toda la ropa arrugada. —Resulta que Marialena estaba por la zona, va a una convención. —Se vuelve hacia Harper—. Las Rossi tienen una pequeña boutique en Boston y a veces vienen aquí, a Nueva York, a buscar mercancía. Estuvo aquí este fin de semana y necesitaba hablar con ella. Tenía que ahondar en la historia familiar.

La historia familiar. ¿Qué cojones?

Aria frunce los labios, mirándome. —Deberías mirar los mensajes de vez en cuando, Aleksandr.

La fulmino con la mirada.

—¿No puedo dormir hasta tarde por una vez en la vida?

—No —dicen todos al unísono. Levanto las manos, resignado.

—Venga. ¿Qué ibas a contarme?

—La familia Bianchi tiene una larga historia con los Rossi. Ya sabes que a los Bianchi no les caen bien los Rossi, pero la razón es que la familia Rossi invirtió una suma considerable de dinero en el negocio del padre de Harper y, cuando se fue a pique, perdieron todo lo que habían invertido. —Se vuelve hacia Harper—. ¿Qué sabes de los negocios de tu padre?

Ella niega con la cabeza. —No mucho. Mi padre es de la mafia italiana, se crio con la creencia de que las mujeres no tenían nada que ver con los negocios, así que nos mantenían al margen de todo eso.

Marialena se ríe a carcajadas. —Chica, tú y yo tenemos que hablar.

Harper sonríe. —Quizá sí.

Aria continúa. —La razón por la que tus padres no tenían un duro era porque tu padre tenía un problema con el juego. Tiene un largo historial de pedir dinero que no devuelve y de utilizar imprudentemente el dinero de sus inversores con la esperanza de duplicar sus beneficios o más, pero nunca le salía bien. Tu familia prácticamente ha desaparecido de la faz de la tierra —dice con una triste sacudida de cabeza—. Por lo que he oído y lo que he visto, probablemente no sea malo.

Harper parece dolida, pero aliviada. —De acuerdo.

—Harper, la razón por la que tu padre pidió dinero a la familia Rossi es porque eran parientes lejanos. En resumen, lo que te estoy diciendo es que *tú* estás emparentada con la mafia italiana más poderosa de toda América. No eres solo de los Bianchi. La familia Rossi repudió a los Bianchi por culpa de tu padre, pero él ya no está en el panorama, así que...

Mierda. ¿En serio? Harper abre los ojos como platos.

—Te vamos a caer bien —dice Marialena—. A ver, somos italianos de los locos, así que súmale la mafia y apaga y vámonos, pero te digo desde ya que te vamos a adorar, Harper. Ya te lo hemos dicho, pero voy a repetirlo: bienvenida a la familia. Tengo cinco hermanos y un montón de primos, y todos están en Boston, no muy lejos de aquí. Puedes venir de visita cuando quieras. Tenemos restaurantes, pastelerías y todo tipo de negocios.

Harper se queda mirando. —Pero si mi padre estaba mal visto...

Marialena agita una mano en el aire. —Créeme, a mi hermano Romeo le preocupa mucho más consolidar sus lazos con los Romanov que preocuparse por tu padre.

Mi madre sonríe de oreja a oreja. —Bien, ya era hora de que tuviéramos contactos con gente que sabe hacer pasteles. —Le guiña un ojo a Harper.

—Y que sepas, Harper —dice Marialena—, que mi bisabuelo era un hombre muy, muy mayor cuando lo conocí, y yo solo era una niña, así que no lo conocí bien, pero mucha gente me ha dicho que fue uno de los tiradores más hábiles de toda Italia. La gente venía de todas partes solo para verlo. —Sonríe—. Parece que tu don puede ser hereditario.

Harper sonríe, pero se le aguan los ojos. —Siento estar tan sensible. —Ja, no muchos saben aún la verdadera razón—. Estoy un poco abrumada. Nunca he tenido una familia así y yo... Lo siento, no sé qué decir. Gracias.

—Dime que vendrás de compras conmigo —dice Marialena con una sonrisa.

Harper le devuelve la sonrisa. —Dalo por hecho.



# CAPÍTULO 29

*HARPER*

Corro, las ramas crujen bajo mis pies, pero por mucho que corra, me pisa los talones.

Miro por encima del hombro, y es un movimiento meditado que no debería haber hecho. Esa rápida mirada me ha costado unos segundos preciosos y Aleksandr se me está acercando.

Chillo cuando siento sus dedos rozarme la nuca. Salto por encima de un tronco caído y me cuelo rápidamente por una estrecha abertura de una verja por la que él no cabe. Me río para mis adentros cuando maldice y se golpea contra ella. No es que quiera hacerle daño, pero todavía no estoy lista para dejar de correr.

Cuando corro, él siempre me persigue. Hay algo maravillosamente primitivo y erótico en la forma en que me persigue, y me encanta.

Entro corriendo en el claro, acelerando el paso, justo cuando él coge la verja y pasa ambas piernas por encima de un salto. Es tan impresionante ver esa fuerza masculina desatada que casi reduzco la velocidad solo para que me coja. En lugar de eso, doy media vuelta y esprinto aún más rápido.

Mi pie tropieza con algo en el campo. Me caigo dando tumbos y, por suerte, aterrizo en un lecho de flores. Ahora que me he caído, me cogerá en segundos. Se acabó el juego.

—Ahí estás, pequeña mocosa —dice con esa voz ronca que me pone tan caliente.

Jadea por el esfuerzo de respirar, con las manos en las caderas como si intentara recuperar el aliento. Se deja caer a mi lado, me atrapa las muñecas con sus manos grandes y fuertes y me las inmoviliza a ambos lados del cuerpo. —Ya conoces la regla.

—Puede que sí —susurro, mientras la expectación se abre paso por mis extremidades, por mis brazos, por mis nervios.

—Desnúdate.

Si lo provoco, la regla es que puedo correr. Si me coge, la regla es que puede follarme.

—¿Aquí mismo, en medio del campo? —digo, un poco escandalizada.

Me da una palmada en el culo. —Ahora, antes de que te la arranque y te lleve a casa desnuda.

—¿Qué clase de ejemplo le darías a tu hija?

—No te vería. Te envolvería en mi abrigo. —Lo haría, aunque mi incipiente barriga podría quedar a la vista.

Me desnudo sin apartar sus ojos de mí en ningún momento. Él ya está duro como una piedra y yo estoy húmeda. En segundos, estamos revolcándonos en la hierba, mis manos buscando un punto de apoyo en sus hombros, las suyas alrededor de mi cintura. Nos perdemos el uno en el otro hasta que quedamos saciados, jadeando en el lecho de flores.

Se tumba a mi lado. —¿Recuerdas aquel primer día que te cogí?

—Es un recuerdo fundamental, grabado a fuego en mi cerebro para toda la eternidad. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Recuerdo que me preguntaba cómo eras tan rematadamente rápida. Ahora lo sé. Eres una jodida prodigio.

—Pues muchas gracias.

Nos quedamos tumbados entre las flores hasta que el sol empieza a ponerse y un escalofrío nos recorre. Creo que hasta me quedo un poco dormida. Estos días de despreocupación tras la muerte de mi enemigo y la desaparición de mi familia no han sido más que paz.

He ido de compras con Marialena y luego hemos hecho un viaje a Boston para conocer al resto de su familia. Bueno, en realidad, ahora también es mi familia, supongo. Por suerte, no tengo ninguna náusea y mis revisiones prenatales han ido perfectamente. Toda la familia está muy ilusionada. Ekaterina ya me ha hecho ir a buscar algunas compras, aunque dice que va en contra de la tradición rusa comprar nada para el bebé antes de tiempo, porque podría dar mala suerte. Esto supone un pequeño problema porque los italianos son muy diferentes en ese aspecto, pero no pasa nada.

—Deberíamos ir a casa —dice finalmente, apoyándose en un codo. Con el pelo revuelto y los ojos chispeantes, casi parece un muchacho. Sin embargo, siempre habrá un toque afilado en Aleksandr Romanov, algo que me dice que su inocencia pasó hace mucho tiempo, aunque hay una alegría que el matrimonio y tener hijos le han devuelto.

—Me gustaría.

—¿Qué te parece si hacemos un viaje a la Toscana en otoño? Aún te quedan meses para dar a luz. Podemos visitar el viñedo de los Rossi…

—Uuuh. Perfecto.

Mientras volvemos a casa de la mano, me maravillo de haber intentado huir del único hombre que me ha querido de verdad.

No podría ser más feliz de que por fin, *por fin*, me haya capturado.



# EPÍLOGO

*HARPER*

—Venga. Levanta la barbilla.

Aria levanta la barbilla y me mira fijamente, y dice sin apenas mover los labios: —No me puedo creer que hagas esto todos los santos días.

Yo sonrío. —Desde luego que no lo hago todos los días, pero un día como hoy, es necesario.

Aria lleva un tiempo diciendo que quiere que la maquille, y, como hoy es la sesión de fotos familiar, viene que ni pintado. No es muy fan de todo el ritual del maquillaje y, la verdad, ¿quién puede culparla?

—¿Entonces cómo es que estás siempre tan impecable? —pregunta con un suspiro—. Esa piel perfecta. Esas preciosas ondas playeras. Ni una sola ceja fuera de su sitio y, sin embargo, como yo pierda las pinzas de depilar, aunque sea *un solo día*, y créeme, me pasa, prácticamente me sale un entrecejo.

—Escucha —dice Polina, mordisqueando una zanahoria de la bandeja de verduras que Ekaterina ha colocado junto a las de sándwiches y galletas—. Ahora mismo te sientes de bajón porque acabas de tener un bebé. Tienes estrías y te están pasando todo tipo de cosas. Y, seamos sinceras, la belleza de Harper es natural.

Me sonrojo y niego con la cabeza, pero Polina levanta una mano. —Cariño, te levantas por la mañana y haces que hasta el aliento matutino huela bien. Acepta el cumplido tal como es, ¿vale? Los italianos tenéis buenos genes.

Sonrío de oreja a oreja y Polina pone los ojos en blanco. —Mira qué *dientes*.

—Eso es gracias a que mi madre insistió en que llevara aparato y usara tiras blanqueadoras —admito.

—Mmm… —Aria se rasca la barbilla.

—Eres perfecta —dice Mikhail, negando con la cabeza—. Estás preciosa, Aria. Venga, es la hora.

—Vosotros lo tenéis fácil —les dice, negando con la cabeza—. Trajes a juego. Una ducha, os pasáis los dedos por el pelo. Os afeitáis o repasáis la barba, dependiendo de quién seáis. ¡No tenéis ni idea de lo fácil que lo tenéis!

Los ojos de Aleks me miran con un brillo especial mientras Mikhail la lleva hacia donde el fotógrafo espera para hacerles las fotos.

—Realmente eres el centro de atención, ¿sabes?

Me besa en los labios.

Polina pone los ojos en blanco. —Venga, poneos pastelosos. Los *carbohidratos* no te dejan en visto ni se olvidan de tu cumpleaños. —Coge uno de los sándwiches de la bandeja y una bolsa de patatas fritas y se aleja, negando con la cabeza.

Aleks me lanza una mirada inquisitiva y yo me encojo de hombros. No tengo ni idea de a qué ha venido eso, y he de admitir que siento un poco de curiosidad por saber cuáles son las reglas para Polina. ¿Tendrá que casarse también algún día?

Lev entra detrás de Nikko; ambos hablan en un ruso rápido. Nikko mira a Aleks y le dice algo que no logro descifrar. Aleks frunce el ceño y le responde. Me encanta cuando habla en su lengua materna, pero también me entra la curiosidad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué en ruso?

—No intento dejarte fuera. A veces nos sale de forma natural y nos pasamos a él sin pensar. —Se encoge de hombros—. A veces la boca

se nos mueve más rápido que el cerebro. —Se inclina y me besa en la mejilla—. Tú deberías saberlo de primera mano.

Lo aparto con un manotazo, sonrojándome ante el sutil recordatorio de lo bien que usó esa boca esta mañana.

Señalo hacia donde Ivy está coloreando felizmente en una mesita auxiliar con Ekaterina. Ekaterina sostiene al bebé Sasha, dormido en su hombro, vestido con el pelele de esmoquin más adorable. —De verdad, Aleks —susurro—. ¡Delante de los niños no!

Mi corazón da un vuelco al ver su sonrisa pícara y torcida.

Nos hacemos fotos y el fotógrafo nos enseña las pruebas antes incluso de salir del estudio. Se me llenan los ojos de lágrimas al ver a la familia que me rodea, con mi abultada barriga como señal de nuestra propia familia en crecimiento.

Después de las fotos, nos dirigimos a la comida.

Mikhail se endereza y asiente hacia Aleks. —Tenemos que hablar.

Aleks aprieta la mandíbula. —Sí, tenemos.

Me siento al lado de Aria. —¿Qué está pasando?

Ella frunce el ceño. —Hemos descubierto la identidad de los hombres responsables de herir a Lev y sospechamos que también tienen algo que ver con el intento de envenenarte, pero todavía no estamos del todo seguros. Nos quedan algunas cosas por comprobar antes de… actuar.

—Oh, no —susurro—. ¿En serio?

Por mi propio historial familiar, esto podría acabar de muchas maneras.

Aria asiente. —La familia Romanov sigue siendo relativamente pequeña, aunque se ha fortalecido gracias a los dos hombres que acaban de iniciar. Pero aun así, con menos efectivos, tendrán que planear otro tipo de represalia.

*Otro tipo de represalia*. ¿Qué significará eso?

—Como por ejemplo…

—Podría ser cualquier cosa. Exigencias económicas. Un insidioso ciberataque, que Aleks y yo podríamos orquestar fácilmente. Podrían aplicar el ojo por ojo. O… algo más.

Me toco la barbilla, pensativa. Ahora soy una de ellos. Alguien ha hecho daño a mi cuñado, y eso no es algo que vaya a permitir que ocurra sin graves consecuencias. —¿Quizá necesiten a alguien que sepa *disparar*?

Aria me guiña un ojo. —Haremos un buen equipo, las dos.

—Harper. —Aleks me hace un gesto para que me acerque. Me levanto, recién informada y dispuesta a afrontar lo que venga. La vida nunca será aburrida al lado de Aleks y su familia.

—Entonces —digo, cogiendo dos sándwiches y colocándolos en un plato—, ¿es hora de decírselo a Mikhail?

La aguda mirada de Mikhail se encuentra con la mía. —¿Decirme qué?

Aleks empieza a reírse entre dientes y yo sonrío de oreja a oreja, sacando la ecografía de mi bolso. —Tenemos noticias, a todos. Parece que… —Levanto la ecografía y señalo—. Vamos a tener *mellizos*.

*FIN*

# PREESTRENO

# SEDUCCIÓN: UN ROMANCE OSCURO DE LA BRATVA Y MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

## CAPÍTULO 1

*NIKKO*

Mis pisadas retumban en el asfalto como el redoble incesante de un tambor. Siento que los pulmones me van a estallar y me duelen las piernas. Apenas me percato del torbellino de cerezos en flor a mi paso ni de los peatones junto al parque; estoy tan cegado por el sudor que me entra en los ojos. Me exijo más, más rápido, *más lejos.* Es un juego mental, una jodienda mental.

*Todo lo es.*

Giro en la esquina izquierda entre las calles Maple y Tower y veo mi destino frente a mí. Estoy tan lejos que es apenas un borrón, pero mientras pueda ver con claridad lo que tengo delante, puedo seguir adelante.

Mi mentor, Kolya, me dijo que cualquier entrenamiento —*todo* entrenamiento— debía afrontarse como si te jugaras la vida. Nada es en vano. No corres por tener un corazón sano o unos pulmones más fuertes; corres huyendo de un enemigo que te va a rebanar el pescuezo cuando te atrape.

Así que, cuando por fin llego a casa de Mikhail y Aria, me detengo, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, jadeando en un esfuerzo por recuperar el aliento. Apenas siento la caricia del viento, una promesa del calor bochornoso del verano que se sentirá más tarde.

Veo coches fuera. Aleks y Harper están aquí, probablemente con su pequeña tropa de niños. El coche de mamá está aquí, pero no el de Polina. Viktor. Lev.

Frunzo el ceño, saco el móvil y miro la pantalla. Nunca se me pasa una llamada o un mensaje, y hoy no es diferente. No tengo nada pendiente. Entonces, ¿por qué está todo el mundo aquí?

Me paso el brazo por la frente sudorosa para despejar la vista y subo las escaleras al trote.

—Ahí está —dice Mikhail a modo de saludo con un gesto de cabeza mientras pasa por el umbral de la puerta, con su hijo de un año, Sasha, en brazos. Como *pakhan* de la familia Romanov y hermano mayor de todos, era apropiado que Mikhail tuviera el primer hijo. Ya era hora.

Mi hermano Aleksandr sostiene a su hijo recién nacido junto a su mujer, Harper, que tiene en brazos al segundo gemelo. Ambos bebés tienen los ojos azul brillante de su padre y el pelo rubio miel de su madre. Me giro al oír la risa de una niña y veo a mi madre caminando hacia el comedor de la mano de la hija pequeña de Harper, Ivy.

Nuestra familia ha crecido a pasos agigantados desde que el bebé de Mikhail y Aria ha cumplido un año y Aleksandr y su mujer acaban de tener gemelos. Con la pequeña de Harper completando el conjunto, mi madre no cabe en sí de gozo con cuatro nietos. Hacía años que no la veía tan feliz.

Tenía que ocurrir. Si vamos a establecernos como el principal grupo de la Bratva en la Ensenada, la zona de Nueva York enclavada entre Coney Island y Manhattan y el territorio que poseemos y controlamos, necesitábamos echar raíces. Reclutar y expandirse solo sirven hasta cierto punto.

—¿Dónde te habías metido? —espeta Mikhail.

Señalo mi camiseta de tirantes de entrenamiento, empapada de sudor y pegada al cuerpo, mis pantalones cortos y mis zapatillas de correr. —Pensaba probarme el traje para la gala. Prepararme para los paparazzi y todo eso.

—Está chorreando de sudor de la cabeza a los pies —responde Harper—. Puedo olerlo desde aquí. O acaba de volver de correr o nadie nos ha dicho que el apocalipsis zombi ya ha llegado.

Aleksandr se ríe, negando con la cabeza. —Nikko *siempre* sale a correr los domingos a mediodía, Mikhail. Lo sabes. De lunes a viernes puedes poner el reloj en hora con sus entrenamientos de las cinco de la mañana, pero el domingo se toma un descanso y solo sale a correr.

—Por eso te pago para que lleves la cuenta de estas m… cosas —dice Mikhail, frunciendo el ceño. La presencia de los niños le frena. Apostaría a que echa de menos los días en que podía soltar tacos a su antojo.

Paso por delante de ambos y me dirijo a la cocina. —¿Me he perdido algo? ¿Por qué está todo el mundo aquí?

Los dos intercambian una mirada mientras cojo una botella de agua. Mikhail asiente. —Sí. Tenemos un asunto urgente que tratar, pero queríamos esperar a hacerlo en persona. Solo nosotros.

En otras palabras, esperaron a que viniera mi madre para que pudiera cuidar de los niños. Ninguna de las niñeras trabaja los domingos.

Interesante.

Tiro la botella de agua vacía, meto la mano en la nevera, cojo un batido de proteínas, le quito el tapón y me bebo la mitad de un par de tragos. —¿Qué pasa?

Mikhail frunce el ceño. —Hemos descubierto una conexión entre el intento de envenenamiento de Harper y el ataque a Lev.

Me enderezo, alerta al instante. El tipo de represalia que exige esta situación recaerá de lleno sobre mis hombros.

Cuando alguien tiene que morir, me llaman a mí.

Siete minutos después, estoy recién duchado y vestido, sentado en el balcón de Mikhail que da al mar. Aleks se sienta a mi izquierda y mi hermano pequeño, Viktor, a mi derecha, sorbiendo una taza de

café. Mikhail está de camino porque ha tenido que consultar con su mujer, Aria, nuestra principal hacker y experta en ciberseguridad.

—Aleks, ¿qué está pasando? —pregunto.

Aleksandr, que trabaja junto a Aria, medita, contemplando el horizonte de Manhattan, visible desde el balcón de Mikhail.

Niega con la cabeza. —Espera a Mikhail. Tenemos que estar todos presentes.

Viktor, silencioso e imponente, está sentado meditando. La mera presencia de nuestro matón —enorme, tatuado y normalmente vestido de cuero— puede bastar para ahuyentar a los enemigos. Y si no, está dispuesto y es capaz de hacer el trabajo sucio.

Lev, sin embargo, se levanta y empieza a pasearse. Nuestro hermano menor por varios años, Lev es un luchador entrenado y el estratega de nuestro equipo. Con su complexión atlética, es a quien enviamos a maniobrar en situaciones complicadas y a defenderse si es necesario. Confiado, con una personalidad magnética que hace suspirar a las mujeres, Lev nunca se involucra sentimentalmente. Está demasiado ocupado con otras cosas.

—¿Se nos une Ollie? —pregunta Lev, con la mandíbula tensa.

—En remoto.

Joder. Ha pasado más de un año desde que Mikhail y Aria tuvieron a su hijo Sasha, y nuestro hermano Ollie ha estado trabajando en Moscú. Volvió a casa para el bautizo de Sasha y luego regresó directamente a Moscú.

—¿Cuándo vuelve a casa?

Aleks niega con la cabeza, un músculo se contrae en su mandíbula. —No lo sé.

—Somos más fuertes cuando estamos juntos —digo, negando con la cabeza.

—Aunque eso pueda ser cierto —dice Mikhail desde la puerta del balcón mientras sale a nuestro encuentro—, en este caso, puede que no.

¿Qué quiere decir con eso?

Mikhail se une a nosotros y cierra la puerta tras de sí. Lo observo con curiosidad. Conozco esa expresión en su cara. Sea lo que sea que tenga que decirnos, es gordo.

—Aria y Aleks han obtenido información de primera —dice Mikhail, pasando junto a las sillas hacia el borde del balcón. Se apoya en la barandilla de hierro forjado y se cruza de brazos. Sus ojos castaños oscuros y hundidos bajo unas cejas pobladas, su piel dorada y bronceada y su pelo castaño oscuro con reflejos dorados le dan un aspecto casi divino. Y aunque Mikhail pueda parecer un poco más civilizado que el resto de nosotros, por algo le llaman el tigre siberiano.

—Sabéis que llevamos tiempo tras la pista de quienes nos atacaron. Lo hemos reducido a la Bratva rival y a algunos grupos subsidiarios. En las últimas semanas, Aria ha descubierto que los subsidiarios no estaban realmente detrás de ninguno de los ataques, sino que estaban financiados por los grupos más grandes. —Su tono se vuelve serio mientras su mirada se endurece. A Mikhail se le conoce como el tigre siberiano por algo.

—Tenemos nombres.

A diferencia de otros grupos rivales de Nueva York, el nuestro es de los pocos que no se mantiene unido por la sangre. Al igual que otras facciones rusas anteriores a nosotros, nuestro padre decidió que se aseguraría la lealtad a nuestra familia adoptándonos a todos. Pero no es la sangre lo que nos une.

Lealtad. Honor. Confianza. Los lazos familiares son profundos, a pesar de la forma en que entramos en la familia.

Cuando Mikhail nos llama por nuestro nombre, es como una llamada a las armas. Una convocatoria. Una bengala que ilumina el cielo nocturno, llamándonos a todos a la acción. Cualquiera de nosotros daría la vida por el otro, algo que algunos de nuestros rivales nunca podrían afirmar.

—Nombres —dice Lev, con la mandíbula tensa. Los últimos años han endurecido los rasgos más suaves de su rostro juvenil. Sufrió durante un ataque total, que resultó en una paliza que lo dejó hospitalizado poco después de que Mikhail fuera nombrado *pakhan* tras la muerte de nuestro padre. Le superaban en número y lo dieron por muerto a las puertas de una discoteca.

Mikhail se endereza. Si bien Lev fue atacado personalmente, la mujer de Mikhail casi fue envenenada hasta la muerte. —Ivanov. Petr Ivanov.

—Hijo de puta —dice Lev en voz baja, negando con la cabeza—. Después de todo lo que hicimos por él.

—Ya.

Cuando mi padre todavía estaba aquí y éramos un grupo incipiente, vigilamos para Ivanov, asumiendo nosotros el riesgo, por lo que resultó ser una miseria en retrospectiva.

—Le da igual. Sabe que somos los dueños de The Cove y quiere su parte. —Mikhail niega con la cabeza; no hace falta explicar más. Todos quieren su parte.

Tras la muerte de mi padre, acabamos con nuestro mayor rival, Fyodor Volkov. Pero después de su muerte, otros grupos compitieron por el poder y la atención en la codiciada Cove.

*Ivanov.*

Un escalofrío me recorre al saber que tenemos un objetivo. Aquí es donde entra en juego *mi* especialidad. Me pongo de pie y enderezo los hombros. —Contádmelo todo.

Mikhail niega con la cabeza.

—El problema con los Ivanov es que Petr es intocable. Ha invertido más tiempo y dinero en su propia protección que la mayoría en toda su familia. El clásico narcisista de manual. Así que está rodeado por un ejército de monstruos que no se detendrán ante nada para mantenerlo a salvo.

Resoplo. —¿Como si me importara una mierda? Dame un rifle de francotirador y una mira y me lo cargaré sin importar la protección que haya puesto a su alrededor. Sabes que lo haré.

Mikhail asiente. —Sé que lo harás, pero no merece la pena el riesgo. Kolya y yo lo hemos consultado y tenemos lo que creemos que es un plan mejor.

El fuego me corre por las venas. Han atacado a mi familia. Quiero hacer lo que mejor se me da.

—Mikhail. ¿Un plan mejor? ¿Mejor que enviarme a mí a eliminarlo de una vez por todas?

—Siéntate, Nikko —dice Mikhail con calma—. Me jugaría la puta vida a que te vengarás. ¿Pero y luego qué? Es más complicado que eso. ¿Y si esto fuera solo el principio de un plan mucho más grande para acabar con nosotros? ¿Y si está actuando en nombre de otro hombre en una posición de poder? ¿Y si el asesinato de Petr Ivanov es la primera ficha de dominó que tiramos, solo para empezar algo demasiado grande para que podamos manejarlo? Tenemos que eliminar a Ivanov, sí, pero tenemos que tener una estrategia muy clara antes de hacerlo.

Tiene razón. Me cruzo de brazos mientras escucho y finalmente asiento con desgana. —Sigue.

—Tengo más detalles que nos ayudarán a dar forma a nuestro plan. —La voz de Kolya llega desde detrás de mí. Me giro para verlo entrar en el balcón. Diez años mayor que Mikhail, fue uno de los mejores amigos de mi padre en el ejército. Se convirtió en un hermano

mayor para nosotros, un mentor que nos entrenó en el combate cuerpo a cuerpo y mucho más. Aunque Mikhail se ha convertido en el patriarca de nuestra familia, Kolya siempre será nuestro consejero.

Somos todo oídos.

Kolya entra en el balcón, acariciándose la barbilla. Nos mira a cada uno de nosotros, una tormenta se gesta en sus ojos cuando su mirada se encuentra con la mía. Esto es personal. —Ivanov tiene dos hijas. Una está prometida con un capitán de alto rango de la *Ledyanoye Bratstvo*.

Una sombra cruza los rasgos de Viktor, pero pasa tan rápido que me pregunto si me lo he imaginado. Siempre con cara de póquer, no es propio de él delatar ninguna emoción. Un músculo le palpita en la mandíbula. ¿Sabe más de ellos de lo que aparenta?

—Pero su hija menor, Vera Ivanova, está soltera. Es brillante. Y despampanante.

Los ojos de Mikhail están fijos en mí mientras continúa donde lo dejó Kolya.

—Vera Ivanova ha sido seleccionada para unirse a un prestigioso programa de posgrado para estudiantes de medicina superdotados en Moscú. Gracias a la impecable investigación de mi mujer, sé de buena tinta que a él le importa más su reputación que su propia familia. No ha compartido cama con su mujer en veinte años y tiene una amante diferente en cada ciudad importante de Rusia. No tiene nada que ver con sus hijas. Quería un hijo.

Un clásico. Pongo los ojos en blanco, pero asiento.

—Su mujer, Zofia Ivanova, ha insistido en que su hija lleve un guardaespaldas a Moscú. También desprecia la patria de su marido y le prohibió a su hija aprender el idioma, lo que la pone en desventaja.

—Ah —dice Viktor, su voz profunda y retumbante acapara toda nuestra atención, ya que rara vez habla durante las reuniones. O, sinceramente, en general—. Ya veo por dónde vas.

Creo que yo también lo veo, pero quiero oír a Mikhail decir explícitamente lo que está pensando. Soy lento para tomar decisiones y nunca saco conclusiones precipitadas.

Mikhail asiente. —Nadie ha visto nunca a este nuevo guardaespaldas. Vera no tiene ni idea de su aspecto, y el padre de Vera no estará cerca de ella..., al menos al principio. Y solo necesitamos unas pocas semanas.

—Yo podría ir —dice Viktor—. Podría fingir ser su guardaespaldas...

Mikhail asiente. —Irás tú, Viktor. Te encargarás del guardaespaldas actual. —La mirada de Mikhail se vuelve gélida—. Sabemos a ciencia cierta que a ese hombre solo lo contrataron como un favor a su amante de Moscú, ya que es su sobrino. Ha sido condenado por abuso de menores y posesión de pornografía infantil, y solo lo pusieron en libertad por su conexión con Ivanov. —Mikhail frunce el ceño—. Quiero que sepas con quién estás tratando antes de acabar con él, Viktor. —Se inclina hacia delante—. Sé sigiloso. Sé decisivo. Nos desharemos de su cuerpo para que no haya pruebas. Pero, por el amor de Dios, haz que duela de cojones.

Viktor es alguien en quien confiamos, pero trabaja mejor cuando tiene un motivo claro. No tiene reparos en quitarle la vida a un enemigo, pero considera un acto de justicia deshacerse de alguien cuyas acciones considera atroces y reprobables.

Joder. Ha elegido a Viktor en lugar de a mí por la razón que sea. Si él...

Mikhail se vuelve hacia mí. —Nikko. Tú irás con él.

Tardo un segundo en asimilar lo que acaba de decir. —¿Yo?

Mikhail asiente. —Tú eres el que más se ajusta al perfil del hombre contratado para protegerla. Con unos pequeños retoques, darías el pego a distancia. Los demás llamaríais demasiado la atención. —Mikhail me sostiene la mirada—. Escucha con atención. Tu trabajo es hacerte pasar por su guardaespaldas. Acércate a ella, Nikko. Averigua todo lo que puedas sobre su padre y su negocio. Y cuando llegue el momento —hace una pausa y sus palabras pesan mientras me expone mi objetivo—, acabarás con él.

Asiento. Aceptaré esta responsabilidad. Es la única opción que tengo. E incluso si tuviera otra, esta es la que elegiría. Me he consagrado a proteger a mi familia, cueste lo que cueste.

—Dijiste que no habla ruso —digo pensativo, dándome golpecitos en la barbilla—. Eso hará las cosas interesantes, ya que yo no hablo nada de inglés.

Lev resopla, Aleks me sonríe y hasta Kolya esboza una sonrisa reticente. —Desde luego, eso te facilitará la recopilación de información —admite Kolya, encogiéndose de hombros—. Hasta cierto punto.

—¿Cuándo me voy?

Aleks saca un iPad y muestra un itinerario. —Este es el horario de Vera Ivanova. Aria ha colocado un dron para seguirla durante unos días y que así te puedas hacer una idea de sus costumbres, de cómo se mueve, adónde va y qué hace. También le he pinchado el móvil y he accedido a su historial de navegación. —Niega con la cabeza—. Te lo digo en serio, Mikhail, el hecho de que Aria y yo nos encarguemos de la ciberseguridad os pone a años luz de todos los demás. Ni siquiera tienen sensores biométricos o rastreadores GPS de encriptación cuántica. —Niega con la cabeza y maldice en ruso, claramente asqueado.

No tengo ni puta idea de lo que es un rastreador GPS de encriptación cuántica, y solo una vaga idea de que los sensores

biométricos monitorizan nuestra salud y ubicación a distancia, pero me fío de su palabra de que es importante y quizá incluso necesario.

—Su padre ha organizado que su nuevo guardaespaldas la acompañe desde Estados Unidos a Moscú. Tienen programado reunirse en tres días en el aeropuerto, desde donde ella volará a Moscú. Y tú, como guardaespaldas de Vera, irás con ella. No importa si alguien te ve, ya que nadie más ha conocido al verdadero guardaespaldas. La única persona que no puede verte es la amante de su padre, pero las posibilidades de que eso ocurra son prácticamente nulas. —Señala a Viktor con la barbilla—. Y gracias a Viktor, nadie notará que ha desaparecido.

Nunca antes me habían encomendado una tarea tan colosal. Un asesinato es una instrucción clara, algo fácil de llevar a cabo con las herramientas adecuadas. Esto es algo completamente diferente: un asesinato con trampa.

—Perfecto. —Me encantan los desafíos.

—Ten —dice Aleks, sacando una carpeta de la bolsa de su portátil y entregándomela—. Aquí está todo lo que hemos recopilado sobre Vera Ivanova para que te familiarices antes de empezar.

Abro la carpeta e inmediatamente controlo mis facciones para no delatar la conmoción que siento al verla. Unos rasgos delicados enmarcados por un largo cabello castaño que cae en suaves ondas sobre sus hombros. Unos ojos verde esmeralda, resaltados por unas pestañas largas y espesas, que muestran inteligencia y curiosidad, pero la ligera curva ascendente de su pequeña nariz insinúa un punto de picardía. Unas cuantas pecas se suman a su atractivo candoroso. A pesar de su figura esbelta, hay una fuerza tranquila en su postura y sus movimientos, que delata una reserva oculta de determinación.

Me quedo mirando el retrato de la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Una mujer que no puedo tener.

Kolya mira por encima de mi hombro mientras sigo leyendo los detalles. —Te han entrenado para esto, Nikko. Finge que es veneno. Repítete que si la tocas, te conviertes en piedra.

El semblante de Mikhail se vuelve frío. —Repítete que si la tocas, morirás.Asiento. Mantener la distancia. Ser de piedra. Impermeable.

Mantenerme centrado en mi trabajo porque tengo la obligación de matar a su padre.



## CAPITULO 2

***Vera***

*Una, dos, tres, cuatro y cinco.* Vuelvo a contar las maletas que me llevo en el vuelo.

¿Es demasiado? Suelo pasarme con el equipaje porque quiero estar preparada para todo, pero lo último que quiero es llamar la atención. ¿De verdad necesita tantas maletas una estudiante de posgrado que se va a un programa de estudios internacional? Por suerte, he logrado meter todos los libros que necesito en una única y pesada maleta, y todo lo demás cabe en el equipaje ligero que compré especialmente para este viaje.

*Toc, toc, toc.*

—¡Pasa! —Echo los hombros hacia atrás y me muerdo el labio mientras miro el reloj. Tengo que salir en una hora si quiero llegar dos horas y veinte minutos antes de la salida programada de mi vuelo. Nunca he volado desde un aeropuerto normal, siempre he usado los jets privados de mi padre, pero ya es hora, y según he investigado, llegar con dos horas y veinte minutos de antelación es un plan perfecto.

—Ay, cariño. *Vera*. —La voz de mi madre tiembla desde el umbral de la puerta. Su pelo corto, antes de un negro intenso y brillante, está salpicado de canas, pero las arrugas que rodean sus ojos insinúan que es una persona a la que le encanta reír y que lo hace a menudo. Ahora, sin embargo, tiene los ojos llenos de lágrimas.

Siento un nudo en la garganta y trago saliva.

—¿Esto está pasando de verdad? —Se acerca a mí y me estrecha entre sus brazos, separándome un poco para mirarme a los ojos—. Pareces toda una mujer.

Oh, no. No, no, no. Como *ella* empiece a llorar, *yo* voy a llorar también, y no puedo hacerlo. No. Ahora no.

Pero mi madre es una mujer fuerte y me crio para que yo también lo fuera. Respiro hondo para calmarme y me dispongo a decirle que la llamaré todas las noches y que haremos FaceTime todos los domingos porque es el mejor momento que puedo sacar con mi riguroso horario. Pero, cuando abro la boca, lo único que me sale es:
—Ay, mamá. Te voy a echar tantísimo de menos.

Y entonces las dos estamos llorando y abrazándonos. Menos mal que no llevo maquillaje, porque seguro que con estos lagrimones se me habría corrido todo por la cara. Me despido de mi mejor amiga.

—Ojalá pudiera ir contigo —susurra—. ¿Estás *segura* de que no puedo? Podría alquilar un piso en el centro o una casa un poco apartada. Podría...

—Mamá —le digo con delicadeza—. Se te necesita aquí. Estás planeando la boda de Lydia, y yo ni siquiera tendría tiempo para verte si *vinieras*. Mi horario es una locura. Hace que mis días de carrera parezcan un juego de niños. Pero te prometo que estaré en contacto, y solo son seis meses.

*Solo seis meses.* Suena como una eternidad en una tierra extraña, lejos de casa. Adoro mi hogar. Aunque nuestra infancia ha sido poco

convencional, por no decir más, mi madre hizo todo lo posible para que fuera normal.

Miro el reloj. Queda media hora.

—Está bien —dice ella con un suspiro—. Me haré la adulta y me aguantaré. Lloré cuando te llevé al jardín de infancia, ¿sabes?

Sonrío.

—Lo sé. —Me ha contado esa historia cientos de veces. Mi padre estaba de viaje de negocios y era mi primer día. Al parecer, yo «aguanté el tipo con valentía» a pesar de ser sobre todo callada e introvertida, mientras que mi madre se quedó atrás y llamó a *su* madre, y ambas se pusieron a llorar juntas por teléfono.

—Tu abuela ha venido a verte antes de que te vayas. Está abajo. Venga, vamos a tomar una taza de té juntas y le cuentas todo lo que vas a hacer allí.

Escondo una sonrisa porque me parece bastante tierno. Mi madre quiere que se lo explique a mi abuela porque ella misma no lo entiende del todo. No importa, la verdad. Me sorprendería que mi padre siquiera supiera a dónde voy.

—Lo único que lamento ahora es no haberte enseñado nunca ruso —dice, mordiéndose el labio.

Le resto importancia con un gesto.

—Mamá, la mayoría de la gente con la que voy a pasar el tiempo es estadounidense de todas formas. Aprenderé lo que necesite. Y, en cualquier caso, dicen que la mejor manera de aprender un idioma es la inmersión total, así que eso lo tengo cubierto. —Fuerzo una risa. Se me da bien la medicina y soy especialmente buena en todo lo relacionado con la ciencia, pero la lingüística no es lo mío. Lydia se quedó con todos esos genes.

He de admitir que estoy un poco nerviosa por no hablar el idioma, pero me enteré hace solo dos semanas de que me habían aceptado

en el programa gracias a una beca adicional. No hubo tiempo para aprenderlo.

Mi madre nunca me enseñó ruso porque odia a mi padre. Eso no es ningún secreto. Así que hizo todo lo posible para asegurarse de que me criara como una estadounidense en todos los sentidos. Como descendiente de inmigrantes polacos, mi madre no le veía ninguna utilidad al ruso, y mi padre es demasiado egocéntrico y ausente como para que alguna vez le importara de verdad.

Mamá intenta coger la maleta.

—Ay, mamá, esa no. Tiene mis libros y pesa muchísimo.

Se esfuerza bajo el peso, pero me guiña un ojo.

—No pasa nada. Venga, vamos. Vamos a ver a tu abuela.

—Mamá, en serio. Coge la más ligera.

Consigo quitarle la pesada maleta de las manos y la convenzo para que coja la mochila en su lugar.

—Vale, vale —dice—. Bajemos esto. Tengo algo que decirte antes de que te vayas. —Como no me mira a los ojos, me pica la curiosidad.

Llevo dos de mis maletas al pie de la escalera y luego subo a por las dos que quedan. Cuando mi padre está aquí, prefiere que el personal contratado le ayude con cosas como esta, pero cuando se va, mamá despide a todo el servicio. A mí me gusta ser lo más normal posible y no quiero atraer una atención no deseada.

—¿Qué tenías que decirme? —le pregunto mientras nos dirigimos al salón, desde donde podré ver llegar el Uber y estar con mi abuela antes de irme.

—Tu padre ha llamado esta mañana —dice, caminando a mi lado y sin mirarme a los ojos.

—¿Sí? ¿Quiere quedar conmigo en el aeropuerto? ¿Salir a cenar cuando llegue? —Pongo los ojos en blanco. Le gusta fingir que es un

padre cariñoso, pero tanto ella como yo sabemos que no es verdad. No hará ninguna de las dos cosas.

—No —dice ella con cautela—. Él… insiste en que tengas un guardaespaldas mientras estés de viaje.

Me quedo con la boca abierta y me paralizo en el sitio mientras la miro fijamente.

—¿*Qué*?

Los amables ojos azules de mamá se llenan de preocupación, frunce el ceño y las arrugas de la comisura de sus labios se suavizan.

—He intentado que cambiase de idea porque sé cómo eres, Vera. Sé las ganas que tienes de ser independiente. Pero dice que Moscú no es seguro e *insiste*. —Aparta la mirada y finalmente lo admite en un susurro—. Y tengo que admitir que tiene razón. *No* es seguro. Me sentiré mucho más tranquila sabiendo que estás bajo la protección de alguien cuando no estás conmigo o con tu padre.

La miro fijamente.

—¡Mamá! No puedo tener un guardaespaldas. ¡Soy una estudiante de posgrado! No quiero que nadie sepa de dónde vengo ni quién soy en realidad.

Al oír eso, entrecierra los ojos y se yergue.

—Tienes que estar orgullosa de quién eres, Vera Ivanova. Entraste en este programa por tus propios méritos, sin ninguna interferencia de tu padre. Me aseguré de ello. Nadie tiene por qué saber quién es tu padre.

—¿Así que llego con un *guardaespaldas* y la gente no va a pensar nada raro? ¡Solo somos cinco en el programa! —reprimo un quejido, tentada de gemir en voz alta como una adolescente frustrada. Esta es la peor noticia posible.

—Encontrarás la manera de mantener las distancias. Nadie tiene por qué saber que va contigo. Puede mantenerse alejado y estar ahí solo en caso de emergencia.

Suspiro y me pellizco el puente de la nariz.

—¿Hay *algo* que pueda decir para que cambie de opinión?

Mamá suspira.

—No, sobre todo porque, en este caso, estoy de acuerdo con él. Venga, cariño, ve a ver a tu abuela antes de que lleguen a buscarte.

Con un suspiro, entro en el salón. La abuela está sentada con la espalda recta como una tabla, con una taza de té en la mano. Sus ojos brillan al mirarme y da una palmadita en el asiento a su lado con una sonrisita pícara.

—Vera —dice con su voz temblorosa, con su marcado acento—. A lo mejor es guapo. Ya me lo contarás todo y le darás a una anciana la oportunidad de vivir a través de ti por una vez. Venga, entra y cuéntamelo todo. —Me amenaza con una uña roja bien cuidada—. Y no discutas con tu madre antes de cruzar el charco.

Le doy un beso en las mejillas a la abuela y me siento a su lado.

—No estoy discutiendo con ella, es que…

—Sé perfectamente a qué suena una discusión —dice la abuela, tomando otro sorbo de té. Su mirada se endurece—. No discutas con tu madre.

Reprimo un gemido. Ellas dos son mi mayor apoyo, así que, si no lo tengo, no tengo nada que hacer. He vivido en una burbuja durante tanto tiempo que esperaba que esta fuera mi primera oportunidad de escapar de los límites de mi estricta educación.

Cierro la boca y no replico, porque ¿qué sentido tiene ahora? Ya vienen a por mí y, cuando llegue al aeropuerto, voy a conocerlo a *él*. A mi nuevo guardaespaldas. Si se parece en algo a los antiguos

guardias de mi padre, sé exactamente qué esperar. Por decirlo suavemente, mi abuela se sentirá profundamente decepcionada con el «guardaespaldas guapo».

—Bueno, cuéntame, Vera. Cuéntame todo lo que vas a hacer.

No puedo evitar sonreír. Esto es lo *mío*.

—Estaré en la Academia Avanzada de Investigación Biomédica e Innovación de Moscú durante los próximos seis meses…

—Es exclusiva —interrumpe mamá—. Han combinado la investigación médica de vanguardia con estudios prácticos de campo. —Oculto una sonrisita. Mamá se estudió el folleto del programa de pe a pa—. Sus estudios de posgrado están totalmente pagados porque es una *genia*, *matka*.

Niego con la cabeza.

—No soy ninguna genia.

—Vera, no te quites mérito —dice mamá con un gesto de la mano—. ¡Vas a entrar en un campo que tiene el potencial de marcar una gran diferencia en las enfermedades de alto riesgo! Tienen un proceso de admisión riguroso y solo aceptan a los candidatos más excepcionales.

Sonrío y me giro hacia mi abuela, que ya parece un poco confusa.

—El plan de estudios está diseñado por algunos de los líderes en el campo de la medicina militar, la respuesta ante desastres y los servicios médicos de emergencia. Por fin podremos combinar la teoría con una amplia formación práctica y simulacros en situaciones reales.

—¿De verdad? —dice la abuela, intrigada—. ¿Como qué?

Se me acelera el corazón. Esta es mi pasión, mi niña bonita. Me encanta hablar de esto.

—Como prestar soporte vital avanzado en traumatología en una situación de combate, realizar procedimientos quirúrgicos de emergencia sin la preparación habitual o cómo manejar un brote masivo de una guerra biológica.

La abuela parpadea.

—Parece una serie de televisión.

No puedo evitar sonreír.

—Tuve un profesor que fue asesor de un estudio de producción en Hollywood. —Sin embargo, tengo el corazón encogido. La echaré de menos a ella y a mi madre. Fueron mi pilar durante toda mi infancia. Y, aunque ambas me sobreprotegieron mucho, eso casi compensaba la falta de una presencia real por parte de mi padre.

Mi madre mira por la ventana mientras un todoterreno blanco se detiene en la puerta. Se le corta la respiración mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

*¿Cómo le dices adiós a la única persona que te ha querido de verdad?*

Tenía que hacerlo en algún momento, pero no esperaba que fuera un golpe tan duro. Le doy un beso en la mejilla a mamá y no intento evitar llorar, ya que no tiene sentido.

—Te echaré de menos —le susurro al oído—. Te echaré tanto de menos.

—No te olvides de llamar —dice la abuela, secándose sus propias lágrimas con un pañuelo.

—¡Por supuesto que no!

—¿Y vendrás en las fiestas?

—Estaré en casa para cuando tengamos alguna fiesta importante —digo con una sonrisa triste. Tengo que ser la valiente aquí. Me

vuelvo hacia la puerta y cojo las maletas, pero me detengo y me quedo mirando cuando la puerta trasera del coche se abre.

—Mamá —digo por encima del hombro—. Dijiste que mi guardaespaldas me esperaba en el aeropuerto. ¿Quién es este?

Me quedo boquiabierta. No es un hombre alto y larguirucho. Es… *enorme*. Mide más de metro ochenta y cinco. Musculoso. Tatuado, probablemente de la cabeza a los pies. Con un ceño amenazador, una mandíbula afilada y unos ojos de acero que me atraviesan, siento que estoy mirando a una versión más oscura y letal de Superman.

Imponente. Rudo. Primitivo.

*Cañón.*

Lleva el pelo oscuro y corto, lo que acentúa su mandíbula cincelada y su mirada penetrante. A pesar de su aspecto intimidante, hay una sensación de poder controlado en él, evidente en sus movimientos precisos y su conducta calculadora.

¿Acaba mi padre de compensar toda una vida de abandono exagerando con el guardaespaldas?

—Oh, Dios mío —susurra mamá a mi lado—. Sería como si Jason Bourne fuera real… Y estuviera ciclado.

*Ese* es a quien no era capaz de reconocer. Se parece al asesino de aquellos libros que me encantaban y de las películas que le gustaban a mi madre.

—Se acerca —le susurro a mi madre—. Dios mío, viene hacia aquí.

Estiro la mano como una boba. Se me queda mirando un momento y finalmente envuelve mi mano, mucho más pequeña, con la suya, más grande y áspera. Me estremezco y espero que no se dé cuenta.

—Soy Vera —digo, porque siempre procuro ser educada—. ¿Y usted es?

—Markov. —Su voz es grave; su tono, seco y cortante. Apenas registro el contacto de su palma áspera y cálida contra la mía cuando la retira y se agacha para coger las bolsas.

La abuela me mira fijamente y asiente con complicidad. Me sonrojo.

—Oh, tenga cuidado, que esa bolsa pesa mucho —le digo cuando va a coger la de los libros, pero la levanta como si no pesara absolutamente nada—. Puedo ayudar. —Sigue sin responder; se limita a coger las bolsas y meterlas en el maletero del coche. Ni siquiera el conductor se baja. Sin mediar palabra, me abre la puerta y me indica con un gesto que entre.

—Bueno… —les digo en un susurro a mi madre y a mi abuela—. Supongo que ha llegado el momento. Por suerte, no parece que le guste la cháchara. Odio la cháchara. Quizás no sea tan malo después de todo.

—No lo será —me dice mi madre al oído mientras me da un beso en la mejilla—. Estoy *tan orgullosa* de ti, Vera. Venga, cariño. ¡Ve a coger el vuelo y llámame en cuanto aterrices!

—Cariño, con un hombre así no hace falta hablar —dice mi abuela, con los ojos muy abiertos, pero con un brillo pícaro.

—¡Mamá! —Mi madre parece avergonzada—. Es su *guardaespaldas*.

Mi abuela se encoge de hombros sin más. —Mejor todavía. Deja que una vieja se divierta.

Me río a pesar de las lágrimas que asoman a mis ojos.

Mi nuevo guardaespaldas permanece distante. Esperando. Atractivo, sí, pero bien podría estar tallado en piedra.

La situación parece un poco surrealista, como si estuviera en el rodaje de una película o algo, mientras me siento en el asiento y él cierra la puerta detrás de mí. Aquí dentro hace calor y huele ligeramente a canela. El conductor asiente y me saluda con la mano. —No te molestes en hablar con ese —dice—. Solo habla ruso.

Suspiro y me reclino en el asiento mientras él entra y se sienta a mi lado. Sospecha confirmada.

Supongo que me sentiría un poco más segura con un hombre como él si no me mirara como si *yo* fuera el enemigo.



## CAPITULO 3

*NIKKO*

Sabía lo que tenía que hacer y estaba preparado.

He observado cada maldita cosa que ha hecho Vera Ivanova durante los últimos días. He vigilado su historial de internet y he rastreado su móvil. He escuchado sus conversaciones. He examinado su cuenta bancaria para ver dónde se gastaba el dinero. Sé incluso su signo del zodiaco y cómo se toma el café.

Pero ninguna investigación, espionaje o acoso me preparó para conocerla en persona.

Sabía que era guapa. Me dejó sin aliento la primera vez que vi su foto. En persona…, apenas puedo apartar la mirada.

Tengo que hacerlo.

Su ropa es adecuada para un vuelo largo: unas mallas de yoga negras que se ciñen a cada una de sus curvas perfectas y una camiseta de manga larga verde pálido que hace que sus ojos resalten. Tan modesta. Tan absolutamente hipnótica.

Pero en cuanto estoy en su presencia, es obvio que hay mucho más en Vera de lo que parece a simple vista. A pesar de su constitución esbelta y menuda, hay una fuerza silenciosa en su postura y en sus movimientos. Una elegancia decidida en su forma de comportarse y de hablar. Es la elegancia personificada.

Por lo que he leído sobre ella, esta mujer es jodidamente brillante, además; la han aceptado en uno de los programas de posgrado más prestigiosos de Europa. La combinación de picardía y desafío, de elegancia e inteligencia, superaría a un hombre con menos autocontrol que yo. Pero he aprendido a gobernar mis emociones.

Tengo que mantenerme distante. Ajeno. Me creo una coraza en público, siempre lo he hecho, y estoy agradecido por ello, porque

nunca la he necesitado tanto.

Vera me dedica una mirada curiosa. —¿Ha volado alguna vez? —No consigo descifrar la mirada que me dedica, pero para mantener la farsa, me limito a encogerme de hombros.

Ella y el conductor intercambian una mirada. Bien, mi plan ha funcionado. Conseguí comunicarle que no hablaba inglés y, en el poco tiempo que he tardado en meter sus maletas en el coche, él debe de habérselo dicho a ella.

Observo cómo hace un pequeño movimiento con el dedo como si fuera un avión y vuelvo a encogerme de hombros como si siguiera sin tener ni idea de lo que está diciendo, porque sus intentos de comunicarse son bastante monos. Agito los dedos en el aire y ella dice, esta vez más claro y más alto: —¿*Avión. ¿Usted?*—

Me encojo de hombros y asiento. Sí, he volado antes, muchas veces.

La señalo con el dedo y hago un gesto de volar.

Se endereza en su asiento y niega con la cabeza. —Eh, no. Nunca he montado en avión.

*Mierda.* ¿En serio? Su primer vuelo de Nueva York a Moscú durará unas diez horas.

Genial. ¿Tendrá miedo? ¿Sabrá algo del protocolo del aeropuerto? Me he dado cuenta al subir al coche de que tenía los ojos algo llorosos y enrojecidos. ¿Le da miedo volar o hay otra razón por la que parece que ha estado llorando?

Aunque da igual. Mi objetivo es infiltrarme en la seguridad de su familia y llegar hasta su padre. Vera es solo un medio para conseguir un fin.

—He traído algunos libros para leer —dice en voz baja, tamborileando los dedos sobre sus rodillas. Es casi como si hablara para sí misma en lugar de para mí, lo cual tiene sentido, ya que

piensa que no hablo su idioma. Elige las palabras con cuidado, pero se nota que está más ansiosa de lo que aparenta.

El lenguaje corporal transmite más de lo que la gente cree. Me fijo en que no me mira cuando habla. En cómo su mirada está fija en la ventanilla y su pie no para de moverse.

Sin embargo, el ligero aleteo de las yemas de sus dedos en la clavícula significa algo más que nerviosismo.

¿Ha estado alguna vez tan cerca de un hombre como yo? ¿Hasta qué punto la han protegido?

Continúa, con la voz un poco temblorosa. —Tengo algunos libros de pasatiempos. El móvil, por supuesto, pero se me cansan los ojos de mirar pantallas después de estudiar, y estoy tan harta de mirar el móvil… Espero que haya wifi. A lo mejor me echo una siesta, pero no me gusta la idea de dormir en público porque bajaré la guardia, y yo… —me mira de reojo—. Vaya. Supongo que nadie me va a molestar si estoy sentada cerca de usted. A lo mejor *sí* que me echo una siesta.

Me alegro de que no crea que hablo inglés, porque le aseguraría que no le pasaría absolutamente nada por dormir a mi lado. Le prometería total seguridad y protección, pero no puedo arriesgarme a acercarme demasiado a ella.

—Mi madre era muy sobreprotectora —explica—. En cierto modo, me alegro de que no hablemos el mismo idioma, porque eso significa que puedo decir cosas que quizá normalmente no diría.

El conductor la mira por el espejo retrovisor.

—Quizá esté mintiendo.

Miro al frente y finjo no haber oído nada. El gilipollas debería meterse en sus asuntos. Ni siquiera tengo el lujo de poder lanzarle una mirada asesina, o podría delatarme.

—¿Cree que está mintiendo? —le dedica una mirada inquisitiva al conductor—. Interesante.

—No he dicho que lo esté. Solo digo que es una posibilidad.

Finjo no sentir el foco certero de su mirada evaluadora.

—Bueno, pues entonces… —dice Vera, acercándose a mí. Baja la voz para que el conductor no la oiga—. ¿Y si dijera cosas que le hicieran sonrojar? Si no hablara inglés, no reaccionaría, ¿verdad?

¿Pero qué coño está haciendo?

Le lanzo una mirada displicente, como si fuera una hermanita pequeña y pesada que necesita irse, y luego saco el móvil y finjo que lo estoy mirando.

—Bueno —dice en un susurro mientras se mordisquea las cutículas con despreocupación—. No me gusta dormir con pijama. Solo digo.

*Joder.*

Miro fijamente el móvil y no la miro a ella. Apenas me muevo.

—No me gusta el tacto de la ropa entre las sábanas y yo —continúa en un susurro—. Me pregunto si a usted sí.

Como no respondo, suelta un gran suspiro.

Quizá Vera Ivanova no sea tan inocente como parece. Las apariencias engañan.

Con un suspiro, vuelve a hablar con el conductor. —Creo que se equivoca. Creo que en realidad es verdad. —Baja la voz—. O eso, o no tengo el efecto en él que esperaba.

*Oh, pero vaya si lo tiene.*

—De acuerdo, guardaespaldas —repite ella con su voz clara y directa —. Le he contado uno de mis mayores secretos. Ahora voy a contarle otro más, porque no tiene ni idea de lo que estoy diciendo.

Mantengo la vista estoicamente fija en el móvil mientras reviso varias notificaciones. Le lanzo una mirada ligeramente curiosa.

—Nadie sabe que me he leído todos los libros de Bourne. Y estoy total y *perdidamente* enamorada de Jason Bourne. —Se inclina hacia mí—. Y usted es *igualito* a él. I-gua-li-to.

Interesante. Jason Bourne era un asesino y a ella le vuelve loca.

*Pero es tan tentador responder. Tan tentador.*

*No reacciones. No reacciones.*

Guardo el móvil en el bolsillo y miro al frente mientras Vera saca el suyo con un suspiro. Se pone los auriculares y musita algo para sí misma. Podría comprobar lo que está haciendo con la aplicación que tengo para duplicar la pantalla, pero está sentada justo a mi lado. No quiero correr riesgos.

Mi tarea más importante en este momento es meterla en ese avión. Una vez estemos en el aire, las posibilidades de que me descubran disminuirán.

La segunda tarea más importante es relacionarme con la Bratva Ivanov y hacerles creer que soy quien digo ser.

Compruebo el GPS del conductor en el salpicadero y veo que solo estamos a dos minutos. Tengo que prepararme.

La mayoría de la gente cree que los aeropuertos son lugares de aventura, a menos que viajen mucho por trabajo, en cuyo caso pueden parecerles pesados y tediosos. Algunos, sin embargo, sabemos lo que son en realidad: zonas peligrosas para criminales, enemigos y cualquiera en quien no confíes. Los fugitivos se escapan con identidades falsas, la gente es robada y secuestrada. No me fío de nadie, y menos en un aeropuerto.

Es noche cerrada cuando llegamos a la zona de llegadas. Hace años que no vuelo con civiles. Su padre es un imbécil por permitirlo. Si mi hermana Polina fuera de viaje a Moscú, no solo tendría un *equipo* de

guardaespaldas con ella, sino que estarían en contacto constante con nosotros y volaría en un avión privado. Nunca he entendido por qué algunos miembros de la Bratva no cuidan de sus mujeres.

Pero eso no es asunto mío. Ella no es nada para mí.

Salgo del coche y voy a la puerta de Vera para abrírsela. Puede que no sea su verdadero guardaespaldas, pero interpretaré el papel. Es joven e inocente. Guapa y vulnerable. Necesita un guardaespaldas, y que me aspen si voy a dejar que alguien le haga daño.

No pensaré en lo que tengo que hacer.

Cuando le abro la puerta, me mira con sus ojos grandes e inteligentes.

—*Spasibo* —dice con una sonrisita de suficiencia—. *Gracias.*

Ah. Así que eso es lo que estaba haciendo en el móvil. Estudiar ruso.

No puedo evitar sonreírle y asentir. —*Pozhaluysta*.

*De nada.*

El conductor nos mira a los dos, tamborileando los dedos en el volante, pero no hace ademán de coger nuestro equipaje. Imbécil. Doy un golpecito en el maletero del coche para que lo abra y poder coger las maletas, y me sorprendo cuando Vera va a coger una. Ni hablar. Mi madre me educó mejor que eso, y que me aspen si va a llevar ella las maletas mientras yo esté de guardia. Niego con la cabeza en silencio y le lanzo una mirada severa. —*Nyet.*

Cuando resopla y coge la maleta pesada para *desafiarme* abiertamente, tomo una decisión. Me vuelvo hacia ella y la levanto, con las manos bajo sus axilas, antes de depositarla en la acera. Cuando ella se agita y suelta la maleta, yo las cojo y le señalo su pequeño bolso. *Hala. Eso sí puedes llevarlo.*

—Soy una mujer moderna, ¿sabe? —dice con un pequeño bufido, pero el ligero rubor de sus mejillas me dice que está un poco

alterada por cómo la he tratado. ¿Ah, sí?

Estoy colocando todas nuestras maletas en un carro para meterlas cuando intenta marcharse. Al parecer, su pequeño tutorial de ruso no le ha enseñado la forma rusa de mandarme a la mierda, lo que me facilita mucho ignorarla.

Instintivamente, cojo el asa del carro con la mano izquierda y la agarro a ella con la derecha. Mis dedos se aprietan en su esbelto brazo, no con la fuerza suficiente para hacerle daño, pero sí para detenerla.

—¡Suélteme!

No me molesto en intentar comunicarme, sino que le espeto en ruso. —¡*Ne uhodi ot menya v aeroportu!*

*No te alejes de mí en el aeropuerto.*

Jesús, ¿en qué está pensando?

Por supuesto, no entiende ni una palabra de lo que digo, así que me limito a mantenerla sujeta por el brazo y a repetir lo que he dicho.

—Solo voy a coger una de esas cosas para el equipaje —dice, señalando una pila de carros a unos seis metros. Resoplo, niego con la cabeza y voy yo mismo a por uno.

—Bueno, esto va a ser divertido —murmura entre dientes—. ¿Un guardaespaldas sobreprotector con el que no puedo hablar?

¿Qué clase de guardaespaldas ha tenido?

Caminamos en un tenso silencio hasta la facturación, donde dejo nuestras maletas junto al quiosco y la miro con dureza.

—¡Está bien! —espeta—. No voy a coger las maletas, ¿vale?

Supongo que he comunicado eso con suficiente claridad. Bien. Tiene mucha suerte de no ser mía con esa actitud.

Niego con la cabeza y escaneo nuestras tarjetas de embarque. Noto que se tensa a mi lado.

—Eh... No puede llevar eso en un avión —susurra.

Levanto la vista sorprendido y veo que está mirándome la espalda. El arma que llevo está asegurada en la cinturilla de mis vaqueros, a la altura de los riñones.

Me encojo de hombros. Ella se acerca más a mí, apoyando la mano en *mi* espalda.

*Joder.*

Mi piel se calienta por su cercanía, una llamarada de calor por su tacto, y el ligero y persistente olor a caramelo caliente y especias me envuelve. Acerca su boca a mi oído y lo intenta de nuevo, repitiendo lo mismo. —No puede llevar una pistola en un *avión*. —La aprieta contra mi espalda para enfatizar su argumento.

¿Ah, no? *Pues mira cómo lo hago*. Me limito a sonreírle y a negar con la cabeza. No habrá ningún problema.

En el control de seguridad, me dirijo directamente al guardia que me indicó Aleks. He estado en contacto con el equipo de seguridad de los Ivanov, pero me han dado instrucciones mínimas. ¿Por qué no me sorprende?

El guardia de seguridad me sonríe cuando le doy la vuelta al brazo y le muestro el tatuaje que me identifica como miembro de la Bratva.

—Hola, señor. Por aquí, por favor. —A puerta cerrada, le entrego discretamente el dinero que acordamos, y él nos aparta con rapidez y nos guía por un pasillo VIP para saltarnos el control de seguridad y llegar a nuestra puerta de embarque.

—No puede ser que usted acabe de hacer eso —dice, negando con la cabeza—. Dios mío, ojalá hablara usted inglés. Le diría que eso ha sido… —Su voz se apaga al darse cuenta de que no le respondo—. Excitante —se dice a sí misma—. No, pensándolo bien, no se lo diría.

Una observación interesante.

Hemos llegado pronto para el vuelo, pero estamos cómodos en una sala VIP que hemos reservado con antelación.

—Vale, esto sí que está bien —dice mientras se acerca a una zona de aperitivos con bebidas y comida de cortesía. Señala la comida y luego su estómago—. Me muero de hambre. ¿Y usted?

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a comer, y no tengo ninguna intención de dormir en ese avión, así que me uno a ella. Nos damos un festín de sándwiches, patatas fritas y fruta, y cuando coge una galleta, yo la rechazo.

—Vigilando los macros, ¿eh? Claro que sí. No se puede tener un cuerpo *así* y pasarse el día comiendo carbohidratos. —Suspira—. A mí, en cambio, los macros me dan absolutamente igual.

No se equivoca. Yo no como esa mierda.

Mantengo el rostro deliberadamente impasible, pero ella es peculiar y bastante mona, así que cada vez me cuesta más conseguirlo.

—Macros ni macras —dice, mordisqueando alegremente una segunda galleta—. Yo me dormiré felizmente, seducida por un coma diabético.

Finjo estar ocupado con el móvil, pero en realidad estoy comprobando la aplicación de duplicación de pantalla del suyo. No tengo ni idea de cómo alguien puede funcionar con veinte aplicaciones abiertas a la vez, pero ella pasa de una a otra sin problemas: una aplicación de traducción al ruso, una web con «frases imprescindibles en ruso», un jueguecito de combinar joyas y una aplicación de lectura. Interesante. Tengo que esforzarme el doble para controlar mi expresión cuando veo los títulos. Lo calificaría de… ecléctico y revelador. ¿Qué se puede averiguar de alguien por los títulos que lee?

*El Futuro de la Biometría Médica*

*La Bella y el Guardaespaldas*

*El Dominio de su Dama*

*Guía de Ruso Para Novatos*

—Señoras y señores, el embarque del vuelo 5834 con destino a Rusia comenzará en veinte minutos. Les rogamos que realicen las compras de última hora o vayan al servicio si lo necesitan. En breve comenzaremos con el embarque prioritario.

Vera se levanta y señala un aseo.

—Necesito ir al baño antes de que nos vayamos, ¿de acuerdo?

Cuando asiento y me levanto con ella, sus ojos se abren de par en par, horrorizados, pero yo me limito a negar con la cabeza y a señalar el suelo, frente a la puerta del aseo. No voy a entrar en el baño con ella.

Sin embargo, sí que estaré atento para asegurarme de que nadie la espere para hacerle daño o esté listo para atracarla, y vigilaré cada entrada y salida.

Repaso la lista de perfiles de los demás pasajeros, así como la de los auxiliares de vuelo. Nada parece fuera de lugar. Quizá no sea un objetivo como otros. Quizá la falta de interés de Ivanov por ella ha dado sus frutos. O quizá es que todavía no he visto nada.

El móvil desechable que tengo en el bolsillo trasero vibra con un mensaje. Pertenece a Markov Pashnik, cuyo cuerpo yace ya, con un peso atado, en el fondo del East River.

Markov fue poco original cuando creó su lista de contactos.

**Markov**
¿La has cogido?

Respondo con una sola palabra*:*

sí

Nada más. Alguien está marcando una casilla para asegurarse de que está aquí, pero le importa una mierda lo demás.

Por mí, perfecto.

Saco mi propio móvil mientras ella está dentro y le envío rápidamente un mensaje a Aleks.

Todo despejado. ¿Has visto algo?

**Aleks**

Nadie sospecha nada. Todo bien por aquí. Markov ha desaparecido, y un problema menos. Tenía pocos amigos. Nuestro plan está funcionando. Una vez que estés allí, no tendrás problemas. Ivanov está de viaje y nadie más te conocerá. Te reunirás con la Bratva de Ivanov, pero que sea breve. Ninguno de ellos ha conocido a Markov todavía, pero cuanto menos contacto tengas con ellos, mejor.

Perfecto

Guardo el móvil en el bolsillo justo cuando ella sale y nos vamos a embarcar.

—Debería haberme tomado una copa bien cargada —dice con voz temblorosa. Miro al frente y finjo no darme cuenta de cómo le tiemblan sus delgados hombros.

Vera se acerca un poco más a mí.

Noto que intenta mantener la calma respirando hondo, mientras yergue los hombros y mira al frente. Llevamos nuestro equipaje de mano, pero ella insistió en subir a bordo la maleta que parece estar

cargada de ladrillos. Yo llevo esa y camino detrás de ella mientras embarcamos.

Definitivamente, no estoy acostumbrado al tamaño de estos asientos. Quienquiera que reservara estos billetes solo pensó en ella y no en un posible acompañante. Apenas quepo. De nuevo, maldigo mentalmente a su capullo de padre por escatimar con ella. Debería volar en primera clase, a cuerpo de rey, no apiñada a mi lado en turista en un vuelo de diez horas.

—Vaya —dice en un susurro—. Uf, qué estrechez.

Me mira y niega con la cabeza.

—Markov, eso no puede ser cómodo para usted.

Por mucho que lo intento, la mitad de mi cuerpo está prácticamente en su asiento. Me echo hacia atrás, me cruzo de brazos y niego con la cabeza. Tengo un trabajo y voy a hacerlo.

Cuando lleguemos a Moscú, tendré acceso al paradero de su padre, así como a su círculo íntimo de conocidos. Pero, por ahora, tengo un único trabajo que hacer, y pretendo hacerlo bien.

Una hora después, me duelen los músculos de tanto mantenerme alejado de ella. Me recoloco en vano, y un niño pequeño sentado delante de nosotros con su madre empieza a llorar a gritos.

Te entiendo, colega.

—Oh, pobrecito —dice Vera—. Seguramente sean los oídos.

La madre intenta de todo con él, pero no hay forma de calmar al pequeño. Reprimo un gruñido. Como tenga que seguir metido en este asiento diminuto y escuchar a un niño gritando durante nueve horas más…

Vera mira por el hueco que hay entre los dos asientos y le hace cosquillas en el pie al niño. Él para. Le lanzo una mirada severa. No

es el método más seguro, iniciar el contacto con desconocidos, pero a ella parece importarle un bledo. Excelente.

Me pongo recto en el asiento e intento ignorar al pequeño, que ahora mete cositas con entusiasmo por el hueco que hay entre los asientos.

—A mí tampoco me gusta volar —le susurra—. Tengo miedo. ¿Usted tiene miedo?

El niño mira por el hueco, primero a mí y luego a ella, para después volver a mirarme. —Miedo —susurra. Con unos grandes ojos marrones y el pelo rubio y rizado, aparenta la edad de mi sobrina Ivy, unos tres o cuatro años. El pequeño tiene las mejillas enrojecidas de llorar. Su madre le sonríe a Vera mientras habla con él.

—El hombre que está a mi lado es mi amigo, pero a mí también me da miedo. O sea, mírelo.

¿Qué se supone que significa eso?

El niño me mira fijamente y el labio inferior le empieza a temblar. *Mierda.*

—¡Oh, no! —dice Vera, rectificando rápidamente—. Solo quería decir que *parece* que da miedo. ¡Es muy majo! No tiene por qué tenerle miedo.

Claro, es más fácil decirlo que hacerlo.

Y ¿cómo sabe que soy majo?

Cuando abre la boca para gritar de nuevo, me cubro rápidamente la cara con la mano. Al cabo de unos segundos, cuando sé que tengo toda su atención, miro entre los dedos y lo veo observándome fijamente. Empezamos un juego rápido de «cucú-tras» que lo hace reír a carcajadas.

Finalmente, la madre le da un aperitivo al pequeño y, pocos minutos después, está medio dormido sobre su hombro.

Vera sonríe, pero no dice nada.

Sin embargo, cuanto más tiempo volamos, menos cómodo me siento.

*Joder.*

Esto es una mierda. Saco el móvil cuando ella está ocupada leyendo y le escribo a Aleks.

> Estamos en los asientos más pequeños conocidos por el hombre y estoy medio desparramado en su regazo. Ayuda.

Es mitad de la noche, pero, por suerte, Aleks suele tener el sueño ligero y los niños lo mantienen despierto. Responde rápidamente.

> **Aleks**
> Mierda, lo siento, tío. Déjame ver qué puedo hacer.

> Diles que lo hagan parecer un error. No quiero levantar sospechas.

Cuando la azafata, una joven con el pelo rubio recogido en un moño apretado en la nuca, se acerca a nosotros unos minutos más tarde, Vera se sobresalta. Está muy concentrada en uno de los libros que ha traído en su equipaje de mano.

—¿Vera Ivanova y Markov Pashnik? —pregunta con una sonrisa—. Por favor, acompáñenme.

Aleks lo ha conseguido.

Se vuelve hacia Vera. —Se suponía que tenían que pasar a primera clase. Lamento mucho la confusión. —Me dice lo mismo en ruso.

—Oh, gracias a Dios —dice Vera—. Habla usted ruso e inglés. ¿Podría traducirnos?

La azafata asiente. —Por supuesto. Primero, vamos a acomodarlos en sus nuevos asientos. ¿A no ser que sea un asunto urgente?

Vera niega con la cabeza. —En absoluto.

Cojo mi móvil y nuestros equipajes de mano, y ella coge sus libros de pasatiempos, su móvil, el refresco de jengibre y los auriculares, haciendo equilibrios precarios con todo en los brazos. Me acerco y cojo algunas de sus cosas para añadirlas a mi montón.

—Vaya, gracias.

Asiento en silencio y las sigo hasta donde el avión conecta con la sección de primera clase. Respiro aliviado cuando vemos nuestros nuevos asientos. La amplitud y la comodidad me tranquilizan de inmediato. A diferencia de nuestros asientos anteriores, estos se reclinan por completo hasta convertirse en camas. Nos quedan algo menos de nueve horas, y no sé si podría haber aguantado mucho más en un asiento hecho para un niño pequeño.

—Ah, esto sí que está mejor —suspira Vera, recostándose en su asiento—. Puede que hasta me eche una siesta aquí. Es como si cada asiento fuera su propio capullo.

—Dice que estos asientos son mejores y que puede que incluso pueda descansar —me repite la azafata en ruso.

Me decepciona un poco que ahora esté tan lejos, pero sé que es mejor así.

—Excelente —respondo en ruso—. Por favor, dígale que será prudente que descanse antes de que lleguemos. Además, dígale que puede descansar tranquila; yo la vigilaré mientras lo hace.

La mirada de la azafata se suaviza un poco, de la forma en que lo hace la de una mujer cuando ve a un hombre hacer algo particularmente tierno. Le transmite el mensaje a Vera.

—Antes de que se vaya —dice Vera—. ¿Puede decirle, por favor, que gracias por todo?

La azafata nos mira, primero a mí y luego a ella, y de nuevo a mí. —Dice que gracias.

En ruso, respondo. —Por favor, dígale que, por supuesto, es mi trabajo.

Mira a Vera y sonríe. —Dice que es un placer para él.

Eso no es exactamente lo que he dicho, pero el sonrojo en las mejillas de Vera cuando lo dice hace que desee haberlo dicho.

Con más espacio entre nosotros, me resulta fácil girar el móvil hacia un lado para ver lo que está haciendo. Está leyendo otra vez. Echo un vistazo. Hay una pluma en la portada y un candado plateado.

*DOMINADA POR EL SICARIO MULTIMILLONARIO*

> *La autora B.N. Honey lleva a los lectores a un viaje vertiginoso por el lujoso mundo del multimillonario Maxwell Rodino, un hombre de negocios despiadado con una inclinación por el control. Cuando la joven y talentosa artista entra en su mundo, se ve envuelta en un universo de intriga, lujo y poder...*

Vaya, vaya. Qué interesante, señorita Vera.

Veo un enlace para una muestra y hago clic rápidamente.

> *—No, señor —dije, negando con la cabeza mientras él me rodeaba, la corta fusta casi vibrando por la conexión eléctrica que había entre nosotros—. Sé que no debo correrme sin su permiso.*

Mi móvil cae al suelo con estrépito. Vera me mira sorprendida mientras lo cojo rápidamente antes de que pueda ver lo que hay en mi pantalla.

Vera Ivanova está leyendo un libro sobre hombres ricos y poderosos y sobre sumisión y dominación.

Es solo un libro. Ficción. Fantasía. No significa que a ella le vaya… de verdad todo eso.

Y aunque así fuera, no es asunto mío.

*En absoluto.*

Le echo un vistazo cuando vuelve a enfrascarse en la lectura. Noto que su respiración se ha acelerado y que tiene las mejillas

ligeramente sonrojadas. Es arriesgado duplicar la pantalla de su móvil y ver el punto exacto en el que está leyendo, pero ahora que he echado un ojo... tengo que saberlo.

Antes de que pueda cambiar de opinión, toco la aplicación y la pantalla de su móvil aparece delante de mí. Nunca en mi vida he leído algo así, pero en cuestión de minutos, estoy inmerso en la escena de sexo más sórdida que podría haber imaginado.

Vuelvo a mirar la portada.

«Pluma y candado», mis cojones. ¿Quién iba a pensar lo que se escondía tras una portada como esa?

Me sobresalto cuando la cabeza de Vera cae hacia un lado.

Está durmiendo. Solo durmiendo.

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Aquí, en primera clase, tenemos espacio de sobra, libertad para movernos y el lujo de tener sitio para dormir. Sin embargo, si alguien se revuelve..., que es exactamente lo que hace Vera..., uno puede acabar muy cerca del otro.

Su pelo me hace cosquillas en el brazo. Su fragancia me envuelve y, mientras la observo, su mano descansa suavemente sobre su pecho.

¿Con qué estará soñando? ¿Con una escena en la que la domina un poderoso macho alfa? ¿Con perder el control por completo...?

Ha vivido entre algodones, eso lo sé. Se esconde tras sus libros y sus palabras rebuscadas, y si algo he aprendido es que le falta experiencia en la vida. No tiene novio y, por lo que he investigado, no ha tenido ninguna relación seria.

Sí. Apostaría mi dinero a que Vera Ivanova es virgen.

Durante un segundo de más, me permito fantasear. ¿Cómo sería mostrarle el mundo sobre el que solo lee? Dominarla, someterla, ver sus dulces labios entreabrirse de éxtasis y oír su gemido seductor...

Le cierro la puerta a esos pensamientos con una ferocidad que no permite nada que no sea una abstinencia perfecta. No he hecho más que proteger mis emociones, y, sin embargo, me encuentro en sintonía con sus reacciones.

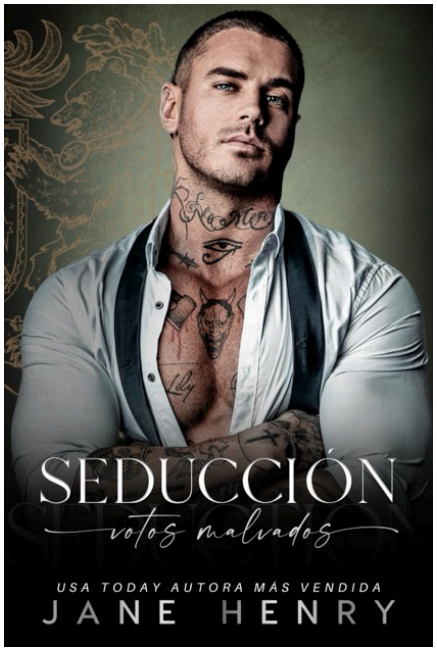
Recuerdo lo suave que era su mano cuando se la estreché. Lo menudo que era su cuerpo cuando la aparté del equipaje.

Sería el mayor honor para un hombre dominar a una mujer como ella. Ese nivel de *confianza*... Un reto, sí, pero uno que disfrutaría.

Pero sé que no puedo dejarme influenciar ni mostrar debilidad de ninguna manera, por muy tentadora que sea.

Me reclino en mi asiento y planeo mi siguiente movimiento.

¿QUIERES DESCUBRIR QUÉ OCURRE DESPUÉS? PIDE TU EJEMPLAR DE "SEDUCCIÓN: UN ROMANCE OSCURO DE LA BRATVA Y MATRIMONIO DE CONVENIENCIA" HACIENDO CLIC EN LA IMAGEN DE ABAJO. ¡DISPONIBLE EL 19 DE SEPTIEMBRE DE 2025:





Jane HENRY

Romance for "good girls" who love bad boys

Impulsada por el chocolate negro y un café aún más negro, la autora superventas de USA Today Jane Henry escribe lo que le encanta leer: romances con personajes bien desarrollados e irresistibles que presentan hombres alfa dominantes y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Ha creído en el poder del amor y el romance desde que Bella conquistó a la bestia, y finalmente decidió escribir sus propias historias de amor.

Boletín de Jane
Página web de Jane